

ALFAGUARA



J. M. Guelbenzu

La muerte viene de lejos



Una mañana, un viejo avaro aparece muerto en la cocina de su casa por emanaciones de gas. El suceso se cierra con la conclusión de muerte por accidente. Dos años más tarde, Carmen, la antigua Secretaria de Juzgado de la Juez De Marco, le insta a reabrir el caso alegando asesinato. Pero, tras estudiar detenidamente el sumario, no encuentra resquicio alguno que justifique las sospechas de Carmen. La casualidad hace que Mariana conozca al sobrino del viejo, al que Carmen acusa de asesinato, y la Juez empieza a interesarse por él por razones bien distintas.



José María Guelbenzu

La muerte viene de lejos

ePub r1.0

dacordase 13.12.13

José María Guelbenzu, 2004

Editor digital: dacordase
ePub base r1.0

—Yo lo hubiera guardado para el final —dijo la señora Oliver—. Si hubiera sido una novela, quiero decir —añadió como excusándose.

—La vida real es un poco diferente —comentó Battle.

—Ya lo sé —replicó la novelista—. En ella está todo muy mal dispuesto.

AGATHA CHRISTIE

Capítulo I

—Ni existe el Mal ni hay crimen perfecto —dijo la Juez Mariana de Marco a media voz mientras cerraba el expediente que tenía sobre la mesa. Se quitó las gafas y las dejó colgando del cuello sobre su jersey de cachemir azul pálido al tiempo que se recostaba en el sillón; después dirigió la mirada a la puerta de su despacho. Esperaba y sonrió al escuchar un animoso taconeo al otro lado. Cuando la puerta se entreabrió, una carita vivaracha asomó primero, hizo un gesto de reconocimiento y se quedó esperando:

Carmen Fernández había sido Secretaria del Juzgado de San Pedro del Mar durante los dos años largos que duró el ejercicio de Mariana como Juez de Primera Instancia e Instrucción en esa localidad, pero lo que fue una cordialísima y eficiente relación de trabajo se convirtió en una firme y perdurable amistad aunque ahora se vieran de tanto en tanto porque Villamayor, el nuevo destino de la Juez, aunque se hallaba en la misma provincia distaba no menos de una hora de automóvil y ambas estaban sobradas de trabajo. Lo natural en ellas era encontrarse uno o, excepcionalmente, dos fines de semana al mes, en casa de la una o en casa de la otra. Por eso mismo, Mariana sintió curiosidad ante esta insólita aparición de Carmen a mediados de semana. La tarde la estaba aprovechando para revisar y repasar asuntos pendientes en espera de su amiga no sin tener algún momento de distracción preguntándose por la índole de esta cita solicitada a bote pronto.

—¿Mar? —la cabeza de Carmen asomaba por la puerta entreabierta.

—¡Te has cortado el pelo! —exclamó Mariana.

—¿Qué quieres que te diga?: un arrebató.

Con el pelo corto y peinado a raya, Carmen desmentía sus treinta y tantos

años. El nuevo corte agrandaba sus ojos, despejaba los pómulos, mostraba unas orejas pequeñas y bien formadas y, en conjunto, le daba un aire más desenvuelto, más vivaracho aún que antes; pero el golpe de gracia a su antiguo aspecto era el color rojo llama del teñido. Mariana se había quedado de una pieza, sin acertar a emitir opinión alguna.

—«En sus ojos se leía la sorpresa...» —recitó Carmen terminando de abrir la puerta. Vestía unos pantalones tan rojos como su cabello y una chaqueta cruzada negra sobre una camisa blanca de lazo. Y los zapatos, negros, de puntera afilada, levantaban su pequeño cuerpo en equilibrio inestable sobre un par de tacones de aguja.

Mariana consiguió sacudirse el estupor al oír el ruido de la puerta cerrándose con estrépito.

—Reacciona, mujer —dijo Carmen tras el portazo.

—Pero ¿qué te has hecho, criatura?

—En esta vida, Mar, hay que tomar decisiones drásticas de vez en cuando.

—No sé qué decirte... ¿*Tan* drásticas?

—Pues lo peor para ti vendrá luego, cuando tengas que salir conmigo a la calle.

—No te preocupes que no te abandonaré ni social ni personalmente. Las amigas...

Carmen se sentó en una silla al otro lado de la mesa. Su estatura se ajustó mejor al recuerdo de Mariana.

—Pues esto que ves no es todo, aunque te asombre. No es por esto por lo que venía a verte —dijo cambiando bruscamente de tono.

—¿Hay más?

—Mucho más. ¿Te acuerdas de mi sobrina Vanessa?

—¡No me voy a acordar! Un verdadero guayabo, como se decía antes; un bombón de niña.

—Sí, de licor.

Mariana titubeó.

—¿Quieres decir que frecuenta la zona húmeda?

—Como todas.

—Bah, seguro que es una buena chica; incluso un poquito simple; no creo que vaya a tener problemas a cuenta de la juerga nocturna del fin de semana, aparte los que le corresponden por la edad. Ahora son así. ¿Cuántos años tiene?: diecisiete o más, ¿no?

—Veinte, Mar, veinte ya.

—Lo dices como si fuera una desgracia.

—Es que *es* una desgracia, Mar. Es que se quiere casar con un hombre que le lleva veintitantos años.

Mariana volvió a quedarse con la boca abierta por segunda vez.

—¿Tu sobrina Vanessa? —preguntó con un tono de total incredulidad.

—Ya sé que esto parece un folletín, pero deja que te cuente...

—¿Y él? ¿Quién es? ¿De dónde ha salido? —Mariana había olvidado por completo el asombro que le había producido el impactante aspecto de su amiga al aparecer por la puerta de su despacho.

—¡Uf! —exclamó Carmen—. Es un hombre de aquí con una historia complicada. Te cuento: emigró en el vientre de su madre cuando sus padres fueron a buscarse la vida en Francia. No volvieron nunca, ni en vacaciones, no mantenían relación con el hermano del padre, el tío del niño. El niño, o sea, el interfecto, creció y se desarrolló en Francia y allí siguió su vida y sus estudios, lo que es aquí el bachillerato. Entonces sus padres se mataron en un accidente de automóvil y, por lo visto, dejó los estudios y se puso a trabajar. Ahí anduvo dedicado a vaya usted a saber qué, la tira de años, porque no regresó hasta hace unos tres, casi cuatro, a casa de su tío que, por cierto, tenía dinero y propiedades, porque era un avaro de cuidado, ¿sabes?, uno de esos que viven como miserables y luego tienen millones en la libreta; el caso es que volvió sin haber hecho fortuna, con lo puesto y poco más. Por lo visto, empezó a mantener correspondencia con su tío de Pascuas a Ramos hasta que se decidió a plantearle el asunto. Para hacerte el cuento corto: el tío lo aceptó, pues a fin de cuentas también era su único sobrino carnal, aunque no sin condiciones. El tío, que era un solterón bastante retorcido, debió ver la ocasión de hacerle pagar el merecimiento a la herencia y lo tenía como a un criado. Pero lo que es la vida: el tío muere en menos de un año y el sobrino hereda. Conque imagínatelo, cuarentón, bien plantado, faldero y dispuesto a

disfrutar de la vida. Porque otra cosa, no, pero estilo y modales sí que se trajo de Francia. En estos últimos tres años se ha hecho sitio entre gente bien situada, porque hay que reconocer que encanto le sobra, como a todos los seductores, y ahí lo tienes hecho un señorito al que al final se le ocurre ir a fijarse en una niña más simple que una mata de habas, guapa, ingenua... Un bocadito, vamos.

—Desengáñate, Carmen, ahora ya no hay chicas ingenuas a los veinte años.

—Ingenua de otra manera, sí, pero ingenua al fin y al cabo; o sea: con alguna experiencia de lobeznos y ninguna de lobos, que es a lo que me refiero.

Mariana se tomó un respiro.

—Bueno —dijo por fin—. No tiene por qué ser un desastre, aunque no parezca el tipo de relación más aconsejable. Pero vamos por partes. Primero: ¿está decidida?

—Está empeñada.

—¿Y sus padres?

—Pues él poco menos que limpiando la escopeta y mi hermana, te puedes imaginar: desconsolada.

—Y la niña, tan terne.

—Ay, Mar, de verdad, qué pesadilla.

—De todos modos: esto suele ser un drama hasta que deja de serlo, como sabes muy bien. Al fin y al cabo él tiene dinero y, como dice el buen pueblo, el que no la corre de soltero la corre de casado y eso es un punto a su favor. Puede ser un buen novio, es cuestión de darle carrete y ver qué pasa. Tú sabes el tamiz que es el tiempo. ¿Por qué no le cortáis las prisas a la niña, de momento? Con buena cara, se entiende, no vaya a ser que se os embarace en plan retador.

—Pues vaya consuelo.

—El que hay. ¿Qué van a hacer los padres, a ver? Si ella se emperra, o la enjaulas o matas al otro. Yo entiendo tu pesar, Carmen; si yo tuviera una hija, no quisiera verme en éstas, pero es que los tiempos han cambiado mucho...

Carmen suspiró. Estaba tan abrumada que todo su recién estrenado

glamour parecía haberse desvanecido como una estrella fugaz en el firmamento. Mariana le tendió un cigarrillo que ella aceptó con desgana. Durante un rato fumaron en silencio.

—A ver —dijo Mariana de pronto—, ¿a qué has venido? ¿A dejarme traspuesta con tu nuevo *look* o a darme la noticia de lo de tu sobrina? Es que es tan raro que te presentes así de pronto en mitad de la semana...

Carmen volvió a tomar aire y a suspirar. Dio una calada al cigarrillo mediado, echó el humo sin gustarlo y lo aplastó minuciosamente contra el fondo del cenicero.

—Es que no te he dicho todo —dijo después.

—¿Ah, no? Pues ¿qué falta? —preguntó ligeramente intrigada Mariana.

—Pues que el novio, además, es un asesino.

En otoño los atardeceres se sucedían lentamente casi todos los años. Aquel tiempo y aquella hora significaron para Mariana, durante su destino en San Pedro del Mar y al término de muchas de sus jornadas de trabajo, paseos por la playa bajo la luz dorada del crepúsculo: la orilla de arena, las mareas, las montañas lejanas, la melancolía, la paz del alma... Después, con esa suma de sensaciones y percepciones, se retiraba a cenar y a leer sus queridas novelas decimonónicas mientras dejaba sonar la música de Tom Jobim, o de John Dowland. Cuando estuvo con Andy desplegaron alguna actividad turística recorriendo la provincia, pero ya no estaba Andy y sus paseos siguieron siendo los mismos y el olvido no ingrato, hasta que cambió de destino y la soledad se acomodó a su nuevo hogar. Ahora estaba leyendo *Tess of the d'Urbervilles*, de Thomas Hardy, pero residía en una población diez veces mayor que la de San Pedro del Mar y ubicada en el interior y cuando paseaba lo hacía entre edificios adocenados que decoloraban la última luz del sol apoyados por un rutilante reguero de farolas urbanas. El otoño, sin embargo, estaba siendo templado incluso en los valles y por esta razón parecía dirigirse perezosamente hacia el invierno. Y, aprovechando la temperie, Carmen y Mariana habían elegido la terraza solitaria de una cafetería apartada del tráfico para charlar con calma.

La historia que estaba relatando Carmen parecía un rosario increíble de casualidades. El tío de Rafael Castro —así se llamaba el pretendiente de Vanessa— vivía con su sobrino en una casa de tres pisos: la planta de calle ocupada exclusivamente por la tienda y un minúsculo espacio dedicado a almacén, detrás del cual se hallaba la cocina; la segunda planta se destinaba a dormitorios y a la pequeña salita de la televisión del viejo; y la tercera era un

desván donde olvidaba cualquier cosa con tal de no tirarla. La casa formaba parte de una fila de nueve en la misma acera y por atrás disponía de un patio alineado con las colindantes. El viejo, con la llegada de Rafael, había despedido al único dependiente cargando sobre las espaldas de aquél, a cambio de casa y comida y un discreto estipendio, todo el trabajo y quedándose sólo al cuidado de la caja y de abrir y cerrar el negocio. De esta manera, Rafael tenía que pagarse sus vicios con ayuda del escaso dinero que trajo de Francia aunque el viejo recelaba y no se iba a cenar hasta que cuadraba las cuentas. «¡Pero, hombre! —le decían—, ¿para qué te andas privando de satisfacción si lo que guardas lo van a disfrutar los herederos?»; a lo que él contestaba, maliciosamente: «No disfrutarán tanto como yo ahorrándolo».

—Caramba —comentó Mariana.

Una mañana, el sobrino empezó a abrir puertas y ventanas despavorido y un olor a gas se extendió por un momento en la calle antes de desvanecerse en el aire. Primero se dedicó a ventilar la casa, luego sacó a rastras al tío y con la ayuda de un vecino que pasaba por allí consiguió sacarlo al exterior, pero ya estaba muerto. Al parecer el sobrino advirtió el olor a gas cuando llegó a su planta, se supone que a través de las rendijas del tillado porque su cuarto estaba sobre la cocina. Esa mañana, el viejo debió levantarse antes de lo normal. Al principio se especuló con la idea de que se le hubiese ido la cabeza entre el acto de abrir la espita del gas y el de encender el quemador porque allí lo encontró su sobrino tirado. Más tarde se descubriría que en ese local estaba uno de los escondites del dinero, por lo cual todo el mundo se enteró de que había mucho más de lo que tenía en el banco y en propiedades. Pero cuando la Guardia Civil empezó a casar datos puso en manos del Juez un interrogante: accidente o suicidio.

—Y yo te digo, Mar, que de suicidio, nada. Ni de accidente. Son muchos años viendo cosas por aquí y en el juzgado para tragarme el cuento. Y no sólo yo, te diré que el rumor entre la gente, la *vox populi*, es lo que dijo. Rafael mató a su tío y se quedó legalmente con el dinero. Y hay más: incluso aparecieron unos parientes cercanos, al olor de la herencia, y se les vio por el pueblo, que no está tan lejos de esta parte, hasta que se les dejó de ver tras

una conversación que se dice que tuvieron con Rafael. Yo conozco lo que son las disputas de herederos por aquí y te aseguro que algo muy gordo tiene que pasar para que desaparezcan como por ensalmo. ¿De qué hablaron? Ni se sabe. Pero...

—Me pasmas, Carmen. ¿Te das cuenta de que estás hablando como una comadre chismosa?

—No hay chisme, Mar. El viejo era de esos que antes se pega un tiro que se suicida.

Mariana rió, no ya por la paradoja, sino por el tono de indignada convicción con que se había expresado su amiga. Carmen, después de reflexionar, rió también.

—En serio, Mar. Quiero que reabras la instrucción del caso.

—¿Qué?

—Que la reabras. El caso está sobreseído. Puedes reabrirlo.

—A la luz de nuevas pruebas, de nuevas evidencias... como bien sabes. ¿Lo tienes todo? ¿Estás segura?

—Tengo razón. Un razonamiento bien armado es suficiente para levantar dudas. He estado pensando mucho y no es difícil.

—¿Has estado pensando desde que se ha puesto a pretender a tu sobrina o desde antes?

—Desde que ha aparecido en mi vida, sí, ¿qué pasa? Todo lo que en esta vida te afecta tiene un motivo ¿no?

—Carmen: de esto ha pasado tiempo, yo no estaba. Me suena el caso, pero yo no estaba aquí. ¿Cómo voy a explicar que acabo de llegar, como quien dice, y me fijo precisamente en este asunto?

—Te vas a hacer muy popular, la gente no ha olvidado.

—¡Pero bueno!...

—Quiero decir que a nadie le va a extrañar porque el morbo que tiene es superior a cualquier otra consideración.

—A la gente, no sé, lo más normal es que lo hayan borrado ya de su mente —Carmen negó repetidamente con la cabeza—, pero en nuestro oficio... ¿te crees que a nadie le va a llamar la atención? Aunque bien pensado, también puede que le hiciera sospechar a la gente común porque

aquí los asuntos se arrumban, pero no se olvidan, así que tú me dirás cómo se justifica una cosa así.

—Es un canalla, Mariana, es un canalla y hay que hacer justicia. Eso es lo que importa de verdad. Es un alma canalla. Tú no le conoces. No se contentará con lo que tiene. Y es mi familia la que ahora está por medio.

Mariana de Marco levantó las manos ante su amiga pidiendo tregua. Se sentía confusa y desbordada a la vez. Le resultaba incomprensible que Carmen le pidiera que reabriese la instrucción, un caso resuelto por su antecesor como más probable accidente. No se debió probar de manera indudable que se tratase de accidente, pero, por lo que estaba escuchando, debió ser la hipótesis más verosímil o razonable. En todo caso, no podía atender a una intuición interesada.

—Lo siento, Carmen, pero no hay nada que hacer. Si quieres... sólo si quieres —añadió para contener el gesto de impaciencia de su amiga—, puedo echar un vistazo al sumario a ver si de ahí sale algo, pero siempre como cosa mía; como curiosidad o suspicacia o lo que te parezca; llámalo un asunto personal, que es lo que es, en definitiva, para el que vamos a mover los papeles del asunto como una consulta; personal, insisto, fuera de toda relación con las actividades del Juzgado. ¿Te parece bien? ¿Te quedas contenta así, Secretaria inconsecuente?

—A ver, qué remedio.

—Tengo toda la razón. Parece mentira que una profesional tan buena como tú...

—Muy bien. Lo siento, lo siento.

—Y ahora hablemos del pelo. Ni un reproche por mi parte —la atajó de inmediato—, sólo saber. ¿Es también a causa de ese tal Rafael Castro o responde a otros estímulos más normales?

—Responde a la irracionalidad más absoluta.

—O sea: a algo que no manejas.

—Pues no te diría yo que no. Estos prontos no vienen de la nada. Será que tengo ganas de cambiar de vida, ¿no?

—¿Las tienes?

—No sé ni eso. Ya ves cómo estoy.

—Cada vez que nos hacemos un corte radical de pelo es un corte con la vida: o la necesidad de tomar una decisión de serias consecuencias o que no te aguantas.

—Pues será eso.

—¿El qué? ¿Cuál de los dos?

—Los dos.

—A mí me parece, viéndote hablar, que lo que a ti te pasa es que no puedes soportar la existencia de ese pretendiente y si hay algo que deseas es que desaparezca de la faz de la Tierra; pero como no se va ni le puedes echar una maldición de las buenas, de las que te transportan a mil kilómetros de distancia, estás que no te encuentras.

—Sí, guapa, pero no sé cómo hacer el hechizo, mira tú.

—Pues la verdad es que te retuerces más que un conjuro. Para quieta de una vez, ¿eh?; ya te he dicho que echaremos un vistazo a los papeles.

A Mariana le costó dormirse aquella noche. La insólita aparición de Carmen y su no menos insólito aspecto la tenían entre la risa y la preocupación. Risa, porque no podía obviar el lado cómico de la escena; y preocupación no por la historia en sí, que no dejaba de ser uno de los tantos sucesos propios de la vida provinciana, sino por la alteración del carácter de su amiga. El relato de folletín desgarrado no cuadraba con ella. Sin duda exageraba los peligros de la situación. ¿Quién no, en su circunstancia afectiva? Pero había visto a una persona fuera de sus casillas y Carmen, si bien era divertida, pizpireta, alocada incluso, lo que no había perdido nunca desde que la conocía era su temple para mantener lo importante a la distancia adecuada. Trató de imaginarse a Rafael Castro y no pudo; Carmen estaba segura de que al menos lo conocería de vista porque él, aunque pasaba buena parte de su tiempo en la capital de la provincia, tenía la residencia en Villamayor según Carmen. Era un chalet a las afueras construido con el producto de la venta de la vieja casa de la ciudad en un prado propiedad de su difunto tío.

—¿Cómo es la casa?

—¿Qué casa?

—La de ese hombre, Castro.

—Ah, pues una casa ostentosa.

—¿Qué quieres decir con ostentosa?

—Pues que tiene de todo lo que hay que tener para parecer rico.

—Pero ¿cómo es? ¿Tradicional? ¿Moderna? ¿Victoriana? ¿Montañesa? ¿De indiano? ¿Chalet suizo?

—No. No está mal. Muy grande.

—O sea, que está bastante bien y no es nada ostentosa.

—¿Y que lo mismo da?

—Trato de hacerme una idea del personaje. Una casa es muy expresiva.

Carmen reprimió un gesto de fastidio.

—¿Sabes a quién frecuenta en la capital, una persona a la que tú conoces mucho? —le dijo de pronto, como atacada por una iluminación.

—Ni idea.

—A Sonsoles Abós. Para que veas hasta dónde ha llegado.

—¿A Sonsoles? Pero, Carmen, ahora va a resultar que lo conoce todo el mundo menos yo —después repitió, verdaderamente sorprendida—: ¿A Sonsoles?

Lo peor —se decía esperando el sueño— es que lo mismo lo he tratado e incluso me ha caído bien.

Cuando Mariana estaba intranquila o se traía trabajo a casa cambiaba sus audiciones musicales. En momentos así recurría, por ejemplo, a Lou Reed o a los cuartetos de cuerda de Shostakovich y si éstos no acababan por enervarla, se metía directamente en el mundo de la ópera para reconcentrarse. Era la ocasión de *Norma*, de *Pelléas et Mélisande*, de *Orfeo ed Euridice*... Óperas que le hacían olvidar el mundo cotidiano para acordarse sólo de sí misma. Ahora —diez de la noche, después de haber cenado una buena ensalada de hojas de espinaca y champiñones— sonaba Lou Reed, *Street Hassle*, y Mariana se movía inquieta, tan pronto sentada como de pie, sin acabar de entender qué era exactamente lo que la desasosegaba. Podía haberse entregado al jazz y no al rock. El *Free* era, en su opinión, más duro que el rock, pero el jazz era la pasión musical de su ex marido y si por causa suya dejó el despacho y la abogacía para dedicarse a la judicatura, por la misma razón le dejó toda la colección de discos de jazz que habían reunido juntos y cuya escucha sólo le hubiera traído un rencor del que deseaba desprenderse tanto como de él mismo.

Miró a la calle desde el ventanal del salón. Quizá en aquellos precisos momentos Rafael Castro estaría paseando su palmito por las calles de Villamayor, bromeando en la barra de algún bar, atrayendo a alguna joven a un restaurante, tomando la última copa en un pub antes de regresar a la

capital donde quién sabe qué dama estaría esperando que pasase a recogerla...

—Imaginaciones —se dijo a media voz. La irrupción de Carmen en el Juzgado esa misma tarde la había alterado y ya no había remedio. Algo, una especie de vaga sospecha, le decía que esa alteración ni era solamente producto de la información que le había llevado Carmen ni del nerviosismo de Carmen sino algo más, algo que se había removido muy adentro, en esa zona oscura de la memoria que parece inerte de puro profunda y que oculta cosas, más que almacenarlas, que no ordena sino que, de algún modo, sepulta; pero, memoria al fin, por cualquier fisura, por cualquier leve resplandor, es capaz de establecer una corriente de simpatía entre el motivo de la llamada y lo más oculto de sí misma y traer esto último a la superficie. Lo que ocurre frecuentemente es que la mente no reconoce esa corriente que viene de la profundidad en busca de la luz; por el camino, lo escondido sólo se manifiesta como una sombra que se acerca y que va rozando en la oscuridad paredes del alma de una, como un anélido que remueve la tierra al desplazarse; y en esa remoción hay otras formas que despiertan a su vez y se incorporan al paso de esa corriente. Su progreso hacia la claridad exterior es tan turbador que no hay zona de paso que no se vea emocionalmente implicada. No es como un terremoto, porque no hay destrucción, pero lo cierto es que despierta en su camino sensaciones dormidas. Y lo que estaba oculto no es un dato perdido o una experiencia desconectada, muy al contrario: es algo escondido con causa que no quiere salir a la luz, pero que ha recibido la llamada. Hay muchos casos en los que la claridad hiera, pero no deja ver y es lo que se conoce como crisis de angustia. ¿Sería éste el caso, la causa de su intranquilidad? Mariana estaba bien lejos de la angustia, de eso no le cabía la menor duda. Sin embargo, había reconocido la sensación que la alteró. Sólo la sensación. Le produjo incomodidad preguntarse qué tenía que ver el objeto de la preocupación de Carmen con ella misma. En todo caso, tardó en coger el sueño.

Mariana de Marco saltó de la cama un minuto antes de que sonara el despertador, quitó la alarma y practicó su tabla de gimnasia. Después se dio una buena y larga ducha con el agua bien caliente, se vistió, preparó un desayuno generoso, se sentó a la mesa de la cocina, frente a la ventana que dejaba ver un cielo cubierto, pero luminoso, y al terminar se preguntó qué demonios hacía ella en Villamayor.

La posibilidad de llegar a un Juzgado de lo Penal —por ahí regresaba la abogada penalista que había sido— en una ciudad de importancia se le hacía un imposible. Tenía cuarenta y dos años, estaba sola, sus amistades de toda la vida vivían en Madrid, le costaba comunicarse con la gente más allá del trato general porque los intereses de la gente del lugar no coincidían con los suyos, salvo Carmen en parte y, por razones sociales, Sonsoles Abós. El clima moral e intelectual a su alrededor se le hacía pequeño; la vida, también pequeña; el amor, impensable. En cierto modo le parecía que su ex marido no sólo se había quedado con sus socios en el despacho sino también con la parte de vida que, en cuanto a relaciones, se correspondía con los años vividos desde la universidad. Y aunque no hubiese perdido ciertas amistades, las más propias, las más valiosas, la distancia las incluía también en el mundo que había quedado allí, en Madrid, representado ahora por un despacho de abogados cada día más influyente, la construcción de una parte del cual le pertenecía a ella, lo mismo que las amistades a las que no veía y a las que su ex marido, incluso aunque apenas las tratara, las podía tener más cerca de lo que las sentía ella porque al fin y al cabo todos estaban allí. Todos menos ella.

En Madrid había ido al colegio, había estudiado y se había convertido en

profesional. La ausencia le pesaba cada día más. En realidad, ella había tenido que comenzar de nuevo, eso era lo que le parecía tan injusto. En el despacho la relación profesional se había roto por la línea de menor resistencia: el factor psicológico. Así ella perdía trabajo y estado, su marido sólo estado. Su propia libertad le había costado aparecer como alguien que huye; después, en apenas cinco años, la madurez había dado alcance al temperamento, a su energía, pero el precio pagado era muy costoso y ésta no era la soledad que había añorado en tiempos de dificultad sino una soledad más bien sórdida, alicorta, desesperanzada en su perspectiva inmediata. El camino de sus ambiciones atravesaba un territorio si no hostil, aunque el acceso a la judicatura por el tercer turno no dejaba de levantar recelos, sí jerárquico, muy corporativo y socialmente anclado en el pasado: bien por un pensamiento conservador que además mezclaba con cierta facilidad ideología y derecho, bien por un exceso de purismo que era, en la misma medida, un defecto de comprensión de la realidad. No es fácil ser quien juzga a los demás y sentirse igual a ellos. El concepto de autoridad seguía manteniéndose muy cerca del de superioridad pese a la llegada de la democracia. Un cambio semejante no se improvisa: de las formas al fondo hay un largo trecho de experiencia inevitable con todas sus consecuencias, avances y retrocesos. La democracia era entonces una muchachita alegre, alocada y pizpireta a la que todos los señoritos echaban los tejos, pero con la que ninguno se comprometía.

Sin embargo, contaba con ello tanto como con la realidad de que iniciaba un camino pedregoso y empinado. No era, pues, el papel del Poder Judicial en sus muy variadas aplicaciones lo que la intimidaba, se reconocía a sí misma, sino el poder de erosión de una soledad que todavía estaba lejos de ser lo que se esperaba de ella, o lo que Mariana esperaba que fuera. Mientras tanto, Carmen y Sonsoles, sus novelas del XIX, la música y las vacaciones no eran suficientes para sacarla del aislamiento en que se sentía vivir. El miedo a perder, a empequeñecerse, a ser devorada por el ambiente, era su verdadero miedo; como en los casos que había conocido de demencia senil o de mal de Alzheimer, temía que si se adentraba en la pequeñez ésta la atraparía como las arenas movedizas tiran hacia abajo de su presa; y que a lo peor, cuando

quisiera reaccionar, la agitación y el deseo de escapar la condenasen, como sucede a los que presa del pánico quedan atrapados sin remedio y cada movimiento los hunde más y más, a ser definitivamente tragada por la mediocridad.

Y el día de mañana la menopausia, el deterioro, la deformidad, acostumbrarse a dejar de ser vista... «En fin —se dijo al dejar los trastos del desayuno en la pila—, hoy me parece que tengo un día lúcido, así que será mejor que lo aplique a mis deberes profesionales. Y en cuanto a ti, Rafael Castro —dijo amenazando al exterior con el dedo índice extendido—, tiembla si tienes algo que ocultar».

«Que no lo tendrá a pesar de mi amiga Carmen», pensó mientras se ponía el abrigo por una manga y con la otra mano terminaba de escribir en el bloc de notas las instrucciones del día para la asistenta.

Su amiga Carmen no tenía razón. Durante todo el día siguiente Mariana estuvo ocupada, pero a la media tarde del otro consiguió hacer un hueco para informarse del caso de la muerte del viejo Castro y lo cierto era que no había lugar a la sospecha. La muerte sólo pudo ser por descuido o por propia voluntad. En cuanto al descuido, bien podría ser aunque el olor del gas debería haberlo alertado. Todo lo más cabía suponer que hubiese sufrido un desmayo y perdiera el sentido justo después de abrir el quemador de la cocina, una verdadera casualidad. Lo encontraron donde el gas le derribó al suelo. En cualquier caso, tuvo tiempo sobrado de advertir el olor y tratar de escapar; pero, por otra parte, la cocina delataba que estuvo preparando su desayuno e incluso las cerillas se encontraron en el lugar de costumbre, de lo que se deducía que intentó encenderla. La única explicación aceptable era que no llegó a aplicar la cerilla correctamente bajo el cazo o que apagó el fuego sin darse cuenta al regular la llama y murió sin enterarse. O bien: esa mañana, más pronto que de costumbre, bajó sigiloso a la cocina pues su sobrino no le oyó, abrió la llave de uno o más quemadores y esperó. Esa espera era la única base de sospecha de suicidio: que no hubo descuido sino intención. Su sobrino —que, por cierto, habría muerto con él, probablemente— se precipitó a cerrar la espita de la bombona de butano, tras abrir la ventana y la puerta que daba al patio de atrás, y encontró en la calle al vecino que lo ayudó a sacar el cuerpo, de manera que la llave siguió abierta y sólo después, al volver a la cocina, se dio cuenta y la cerró y avisó a la Guardia Civil, pero no recordaba si había una o más llaves abiertas.

Cabía la posibilidad de pensar en una falsa información de su sobrino, pero ¿con qué motivo? Cabía la posibilidad de que en verdad se dispusiera el

viejo a encender un quemador y sufriera un desmayo, pero no más de uno en tal caso. Y, además, si el sobrino había mentido respecto al único quemador abierto y recolocado la escena poniendo todo lo del desayuno en su lugar, ¿por qué dejar una puerta abierta al suicidio cuando el accidente sería bien claro? Eso fue lo que hizo el Juez: sobreseer provisionalmente en vez de libremente para dar la oportunidad de que en un futuro se presentasen indicios suficientes de inducción o de cooperación al suicidio. En cuanto a lo que interesaba a Carmen: que el gas pudiera haber sido abierto por el sobrino, éste tendría que haber dejado inconsciente a su tío de algún modo, haber abandonado la cocina acto seguido, cerrado la puerta (pero la llave se encontró dentro y la puerta presentaba señales de haber sido forzada) y aguardado pacientemente a que el gas hiciera su efecto. Mas no había señales de violencia en el cuerpo. Por más vueltas que le diera, la probabilidad del accidente le parecía la más lógica.

La tienda y el almacén estaban separados por un tabique en el que se abría un vano protegido por una cortina. La escalera daba al almacén tras el cual, a la izquierda, se hallaba la cocina y a la derecha un corto pasillo lateral. La ventana de la cocina y la puerta del pasillo daban a su vez al pequeño patio trasero con muro a la calle y portón. Por allí entraba el material al almacén. Todo esto lo dedujo del excelente informe policial y aunque le habría gustado acercarse a echar un vistazo sabía que sería la curiosidad y no la duda la que la empujase a hacerlo (de eso estaba segura, como de que Carmen la obligaría a ello con su tenacidad característica), pero sería perder el tiempo.

Trató de imaginar los pasos de Rafael Castro aquella mañana. ¿Le habría despertado el olor o, por el contrario, despertó a su hora y percibió el gas? Según la descripción de la casa, su dormitorio estaba sobre la cocina; de hecho su ventana era simétrica respecto a la de abajo. Quizá debería comprobar el tillado, que seguramente tendría alguna rendija en las juntas por donde se colaría el olor. ¿O sería al acudir al baño de la planta, o al salir tras asearse, cuando le llegó el olor, quizá a su cuarto, quizá por el hueco de la escalera? Desde luego, la casa debía ser una bomba en ese momento; ¿y si hubiera llegado a encender un cerilla?, ¿sería fumador?, ¿fumador de los que

encienden un pitillo nada más abrir los ojos? El caso es que advierte el olor, sabe que no puede provenir más que de abajo... ¿o podría provenir de otro lugar de la casa?, ¿tenían estufas para calentarse? Baja preocupado y, a medida que descende, advierte el olor más intensamente. El gas debía estar escapando también por debajo de la puerta de la cocina. ¿Corre a la cocina? ¿Corre primero a la puerta del patio, la abre, regresa a la cocina, entra, ve al hombre, abre la ventana y trata de sacarlo afuera?; pero la puerta estaba cerrada con llave. Otro misterio, otro dato para la hipótesis del suicidio. El dato no era concluyente: se pudo encerrar a contar su dinero, el del escondite. Aquello está lleno de gas: fuerza la puerta a patadas, cierra la espita del butano, abre la ventana, se supone que se cubre con un pañuelo o un trapo, toma aire, intenta sacar a su tío con una sola mano, no puede, sale al patio, sale a la calle, topa con el vecino y pide ayuda...

Mariana se echó atrás en su sillón de trabajo y apagó su imaginación. Sí, más o menos así habría ocurrido. Quizá entró y salió más de una vez para tomar aire, el gas es muy traicionero. Eso era todo. Por más vueltas que le daba no veía fisuras. Tampoco quería llamar la atención sobre el asunto, de manera que meditó cómo podría investigar un poco más sin levantar sospechas. La verdad es que lo hacía por Carmen. A ella no iban a bastarle sus lucubraciones. Al fin y al cabo, Carmen habría pensado lo mismo que acababa de pensar ella y, sin embargo, insistía en el valor de su intuición.

Lo de que la gente murmurase no la impresionaba mucho. En estos lugares donde el anonimato es difícil de sostener, los rumores daban pábulo a cualquier sospecha, bien o mal intencionados. Con que alguien levantase la liebre ésta correría sin descanso por todo el campo social. Ella misma, a pesar de hallarse ahora en una población de importancia, debía tener cuidado con las formas, por más que no hubiese nada de que cuidarse con la vida retirada que llevaba; pero, sin ir más lejos, un mes en el que estuvo yendo repetidamente a la capital se originó alguna suspicacia que su infalible olfato para lo indirecto percibió en seguida.

—Una Juez ha de ser como la mujer del César —se dijo; luego concluyó—: Pero al menos ella tenía un César en casa, que siempre es una ayuda.

Rió silenciosamente.

El viernes siguiente, Carmen se plantó en Villamayor dispuesta a pasar el fin de semana en casa de su amiga. Aunque llegó tarde, llegó provista de un bogavante vivo que hizo retroceder aterrada a la Juez. En realidad lo traía en una bolsa, pero lo sacó de ella para agitarlo ante su cara cuando Mariana abriese la puerta. El efecto de las enormes patas delanteras agitándose en el aire y el escandaloso movimiento de la cola la hicieron huir hacia la cocina y poner la mesa por medio cuando Carmen la alcanzó y dejó el bicho sobre la misma mesa. Mariana retiró las manos con aprensión, pero algo más tranquila al descubrir las gomas apretadas en torno a las oscuras e impresionantes pinzas.

—Un kilo doscientos —anunció pomposamente—. ¿Qué tal?

—Todavía no hemos procesado a Rafael Castro —dijo Mariana por toda respuesta, mientras empezaba a abrir las puertas altas de los armarios.

—Esto es por la apertura de nuestro sumario particular —contestó Carmen—. Así que imagínate lo que va a ser el final.

Mariana la miró con una sonrisa burlona y siguió buscando hasta dar con una especie de caldero viejo, arañado y desportillado, de considerable tamaño.

—Está sin tapa —anunció.

—Como debe ser —dijo Carmen—. Voy a dejar el abrigo en la entrada y vuelvo.

—¡Ni hablar! ¡Yo no me quedo sola con este bicho! ¡Y además se está moviendo! ¡Se va a caer de la mesa!

—No te preocupes; si te ataca, corre hacia mí. Estoy segura de que llegarás antes que él.

—¡Carmen, por Dios!

A la vuelta, mientras empezaba a hervir el agua, Carmen no desaprovechó la ocasión de mantener su opción de dominio sobre Mariana describiéndole sin olvidar pormenor el proceso de cocción del bicho que, entretanto, parecía haberse resignado a su suerte y se mantenía melancólicamente sentado en el fregadero sobre el extremo de su cola. Cuando empezó a regodearse en el momento en que el animal es arrojado al agua hirviendo, Mariana empezó a palidecer a su vez.

—Se oyen perfectamente los gritos del bogavante al escaldarse, es impresionante —decía Carmen y Mariana huyó esta vez de la cocina al salón—. Es decir, no son gritos, son como unos gemidos desesperados que te parten el alma.

—¡Cállate! —gritó Mariana desde la otra habitación.

Se oyó un chapuzón y se hizo el silencio.

—Desde luego, Carmen, no sé cómo puedes hablar con esa tranquilidad. Mira que sois insensibles los nativos de esta zona, de verdad. Casi me dan ganas de no comer.

—No es el primero que te comes, pero sí es el primero al que has visto morir. Ojos que no ven, corazón que no siente. Mira la niña tiquismiquis de Madrid, qué hipócrita —luego se echó a reír—. ¿De verdad te has impresionado tanto? ¿Y los conejos?, ¿y las terneras?, ¿y las pobres lubinas aleteando en el suelo?

—De acuerdo, déjalo. Ya vuelvo —Mariana reapareció en la cocina sin dejar de echar unas miradas, con una mezcla de curiosidad y aprensión, en dirección al caldero que borbolloneaba—. Dime una cosa: ¿qué tal tu primer muerto? ¿Lo recuerdas?

Había un acuerdo tácito entre ellas para preparar y disfrutar la cena que era evidente. Mariana transformó como si fuera un hada la mesa de la cocina en una encantadora mesa de bistró parisién. Carmen luchó bravamente con la coraza del bogavante cocido. Mariana llenó la heladera e introdujo el cava dentro. Había preparado también una ensalada de lechuga y ventresca. El centro de mesa era un cestillo de piñas con ramitas de abeto y a uno y otro lado estaban dispuestos los candelabros plateados con sus velas. Las dos se

sentarían frente a frente, ante la querida vajilla azul de Vista Alegre que Mariana llevaba consigo de destino en destino.

—Por suerte —dijo a Carmen señalando la vajilla y los cubiertos— los hombres no pelean por estas cosas en un divorcio.

—Es preciosa —dijo Carmen—. Y los cubiertos también. Son con baño de plata, ¿verdad? Yo tengo ganas de comprarme unos.

—Pues metemos el coche en el Ferry y nos vamos a Londres un puente. Hay unas galerías, los Silver Vaults, donde encuentras todos los que quieras. Los candelabros también son de allí.

—Son ideales —admiró Carmen.

Mariana encendió las velas con una cerilla mientras Carmen, que había partido el bogavante en dos mitades con ayuda de un cuchillo de grandes dimensiones, lo colocaba en una fuente sobre hojas enteras de lechuga. Al terminar, contempló con verdadera satisfacción su obra. Luego se volvió hacia su amiga.

—¿Tienes miedo? —preguntó ofreciendo la bandeja.

—Tengo hambre —respondió Mariana sirviendo el cava.

Se sentaron la una frente a la otra y al cabo de unos segundos se echaron a reír.

—Qué plan más estupendo —dijo Carmen.

—Sí, la verdad es que sí.

Era una noche de otoño templada y tranquila. A la mañana siguiente podrían acercarse a alguna playa para dar un paseo. «Quizá a bañarnos», pensó Mariana, pues ambas eran muy valerosas en lo tocante a los baños de mar en cualquier época del año. Pero de pronto su pensamiento se ensombreció: mañana sería también un día difícil. Carmen esperaba mucho de ella y ella tenía muy poco que ofrecerle. Nada, en realidad. Estaba firmemente convencida de que no había manera de meterle el diente al asunto que obsesionaba a Carmen. Pero esta noche, al menos hasta la sobremesa, ni a Rafael Castro ni a Vanessa les haría sitio en el bistró. El disfrute de la cena era un acto litúrgico central en la religión de los placeres que las unía por encima de todo desacuerdo.

Después de la cena y de recoger someramente la cocina, las dos amigas se acomodaron en la sala de estar. Mariana colocó en el reproductor de compactos un disco de Marin Marais y luego sirvió un orujo a Carmen y a sí misma un whisky con hielo.

—A ver si te gusta esta música para endulzar una conversación estable y relajada —dijo pulsando la tecla de inicio—. ¿De acuerdo?

—Eso quiere decir que no ves las cosas como yo las veo —dijo Carmen—. Lo que te conté.

—Pues... tengo que decirte que no hay sombra de duda sobre la versión oficial de los hechos; por lo menos en el sumario.

—No puedo creerlo, de verdad.

—Verdad o mentira, así es.

—Y ¿qué vamos a hacer, Mar?

—¿Tú qué propones? En el Juzgado no hay más información.

Carmen se quedó un rato meditando mientras daba vueltas a su pequeño vaso en la mano, mirándolo. Luego habló con decisión.

—Verás: yo creo que debemos ser nosotras quienes busquemos la información. Si en el Juzgado no hay más, la buscaremos fuera.

Mariana la miró con una sonrisa cariñosa y escéptica a la vez.

—¿Tú y yo? Carmen: te recuerdo que yo soy Juez aquí y tú la Secretaria del Juzgado de San Pedro. No tenemos el día para nosotras y, además, no me parece muy prudente, debido a nuestros respectivos cargos, andar por ahí interrogando a la gente acerca de un asunto que, como se sepa que nos interesa, va a levantar una polvareda que no necesito describirte.

—Nadie tiene por qué saber lo que estamos buscando.

—¿Nadie? Carmen, ¿en qué mundo vives? Te recuerdo que tú fuiste la primera en advertirme acerca de la manera más o menos sinuosa que tiene la gente por aquí de enterarse de lo que pasa alrededor. En cuanto interroguemos, aunque sea con toda la apariencia de casualidad, a la primera persona que decidamos interrogar, ésta habrá transmitido la noticia a la segunda de la lista antes de que nos podamos sentar a hablar con ella. No te hagas ilusiones: no habrá anonimato.

—Yo no me resigno, Mar.

—Nadie te pide que te resignes.

—¡Pero algo tenemos que hacer!

—Carmen: ése es un problema de índole familiar, no un asunto penal. No ha salido, por decirlo así, de la jurisdicción familiar y creo que no saldrá nunca. Lo que a ti te importa es tu sobrina y ése es un asunto que tendréis que resolver por dentro. Fuera sólo hay una sospecha bastante infundada y mediatizada por tu parte respecto a un hipotético crimen que no lo parece en absoluto según se recoge en el sumario. Si crees que puedes apartar al pretendiente, como tú lo llamas, de tu sobrina, encarga a un detective privado que le siga y le ponga al descubierto. Si es como dices, seguro que tiene un lío por ahí; o varios. Ese camino es bastante más seguro que el de implicarlo en un crimen. Y si ni por ésas tu sobrina decide apartarse de él, habrá boda y tú irás a la boda aunque sea tragando bilis y tendréis un convite y comeréis tarta. Ésa es la realidad y no le des más vueltas.

—¿Y si descubro algo?

—Me traes el indicio, lo estudio y te contesto. Mira: hemos cenado maravillosamente, tenemos el fin de semana por delante, en la vida hay que pasarlo bien y, por fin, tu sobrina es tu sobrina y tú eres tú y su vida es suya. Tú no puedes hacer más de lo que puedes hacer.

—¿Y si se casa con él, Mar?

—¿Y qué? ¿Y por qué va a casarse? ¿Y si no es eso lo que él busca? A mí me parece que te estás precipitando. Sale con él. Se acuesta con él. Eso es todo. Nadie te dice que sea para toda la vida, ni siquiera para casarse.

—Yo no sé si se acuestan.

—¿Serás simple?...

—Ella va a casarse con él, te lo digo yo.

—Pero si es casi una adolescente, Carmen. ¿Tú nunca has sido adolescente?

—Sí; y lo mismo me hubiera casado con él.

—Fantasías, Carmen. Llevas mucho tiempo sin salir de aquí. Te convendría un buen viaje y airearte. Insisto: ¿qué te parece si, por lo pronto, nos escapamos a Londres?

Mariana de Marco se observaba intrigada en el espejo. Había estado hablando con Carmen de otros asuntos que no fueran el pretendiente de su sobrina y su presunta criminalidad y, en una pausa, Carmen dijo de pronto:

—No entiendo cómo no ligas con los hombres a pares, porque estás estupenda; eso sí, mejor que cuando estabas con el sieso del inglés ese. Y es que yo creo que los hombres —había añadido— la mejoran a una, la ponen más guapa y más sexy.

—Yo siempre he creído que era un poco caballo —había contestado ella—. A mí me parece que tienen más éxito las mujeres menudas como tú —lo dicho lo creía de verdad. Mariana era alta y grande y eso intimidaba a los hombres. A ningún hombre le gusta que la mujer sea más alta que él. Es verdad que ahora la juventud ha levantado la media del español tipo, como si la democracia alimentase mejor que la dictadura. Los bebés nacidos y alimentados después de 1978 eran hoy una especie de baloncestistas desgarbados y las chicas igual; sin ir más lejos, Vanessa, la sobrina de Carmen, sacaba la cabeza a su tía—. A lo mejor —ahora hablaba ante el espejo— ha llegado el momento de estar a la altura de las circunstancias. Pero el problema es que lo que antes me sobraba de alta ahora me sobra de madura. ¿Quién compite con esos guayabos de mi talla asediados por machos de mi edad enfermos de triunfo o de síndrome gris? Los señores que a mí me corresponden ahora son bajos, gorditos, calvos y machistas. Qué ilusión más grande.

Seguía llevando la melena muy corta que dejaba al descubierto unas orejas finas y pequeñas, pegadas a la cabeza, de las que estaba orgullosa. Antes sólo lucía unos minúsculos pendientes con un brillante de modo

permanente, como si se tratase de un *piercing*, pero de un tiempo a esta parte se había aficionado a variar y, siempre que no fuera en el Juzgado, donde era muy estricta en el vestir, estaba lanzada por la loca senda de la bisutería moderna, incluso atreviéndose con aros dorados o de colores, más propios de una cabaretera tropical. Se miraba en el espejo con las orejas desnudas, desmaquillada, observando sus grandes ojos castaños bajo el corto flequillo como si estuviera escrutando la intensidad de su mirada; la barbilla redondeada destacaba sobre el cuello y el escote vertical del albornoz cerrado. Acababa de darse un baño relajante para llamar al sueño y coger la cama y de toda la conversación larga e insistente con Carmen prefería recordar sólo el piropo inocente y encantador que le había dedicado.

Pensó que quizá eso era porque hacía mucho tiempo que nadie la halagaba con un comentario así, pero por lo que de verdad se estaba preguntando tras la grata e incluso voluptuosa sensación de sentirse admirada era por la carencia que se revelaba al fondo de su satisfacción. Desde que comprendiera que la relación con Andrew, a pesar de su agradable y sencilla irregularidad, se había convertido poco a poco en la nimiedad a la que consciente o inconscientemente aspiraban, cada uno a su manera, para no comprometerse más, vio claro que la relación misma, llegado ese extremo, la degradaba; no por Andrew sino por ella, porque para obtener aquellos encuentros físicos periódicos no necesitaba a Andrew y la relación ya no era más que eso y, posiblemente, Andrew tampoco era más que eso. La novedad tiene un límite pasado el cual o se queda arrumbada en el armario o se regala a alguien o, simplemente, se tira. Todo resultó tan normal que pareció que no se habían conocido nunca y eso no dejó ni un resquemor ni una decepción en el ánimo de Mariana.

Y en todo el tiempo transcurrido hasta el momento exacto en que se observaba en el espejo no había mantenido relación alguna, salvo esas excepciones más propias de un arrebató o de una necesidad que no dejaron huella alguna. Era extraordinario. Nada de nada. Había descubierto que si una practica la abstinencia, bien que no por vocación, no sucede ninguna catástrofe, no se te carian los dientes o se te cae el pelo o te llenas de varices. Todo es cuestión de disponer de una suficiente dosis de vida propia, concluía,

para no tener que estar flotando sin saber a qué cama u orilla te lleva el río de la vida. Pero una cosa era resistir sin descomponerse y otra muy distinta prescindir de lo que la Naturaleza te ha dotado para fines que van más allá de la procreación.

Sabía que ya no iba a tener hijos. Era el resultado fatal de una decisión tomada precisamente por buscar la seguridad de que esos hijos se criarían dentro de un territorio de firmeza afectiva doble, la del padre y la de la madre; el resultado era que la futura madre, al comprender un día que la relación con el futuro padre carecía de porvenir, decidió desligarse de ella y, sin saberlo, de los hijos, porque ahora ya estaba fuera de edad y el ex futuro padre se casó con una muchacha más joven con la que criaba —o quizá sólo tenía, pensó con fruición— a la parejita clásica de niño y niña.

Como ya hacía tiempo que echó a todos los demonios fuera, al menos a los demonios grandes, ahora se contemplaba en el espejo con relativa tranquilidad y sólo una pizca de rencor, una pizca no mayor que la de pimienta que se echa para animar un plato. Así que fue sólo un centelleo lo que pasó por sus hermosos ojos. «Esos ojos dicen la verdad, si me permite que se lo comente», le había dicho una vez el capitán López, el jefe de la Brigada Especial de la Guardia Civil sin otra intención, presuponía ella, que la de reconocer un rasgo de carácter; sin embargo, no dejó de saborear esa apreciación. Estaba orgullosa de sus ojos como lo estaba de sus orejas. «No me alabaré otra cosa —solía decir—, pero de lo que estoy orgullosa, estoy muy orgullosa». Y era cierto. Por eso, dirigiéndose a sí misma en el espejo con la sombra de una sonrisa maliciosa bailando en los labios, se preguntaba qué hacía que no escapaba a la calle a buscar un hombre bien plantado y se dejaba de tonterías de soñar con una relación duradera o una persona especial. No se trataba de retroceder y conformarse sino precisamente de lo contrario: de aceptar la vida como era. Pero nada de un tío en Inglaterra con el cual encontrarse a ritmo de vals periódicamente sino un tipo que le pusiera los vellos de punta aunque fuese un macarra. Total, para cuatro días que va una a vivir...

Mas para eso necesitaba salir de Villamayor como salió de San Pedro. Sólo el anonimato de la ciudad te permite moverte a tu aire —se decía sin

quitarse ojo de encima—. Si decides echarte al monte no puedes ir demasiado cargada y la maledicencia es una pero tan grande que muy pocas almas pueden soportarlo. Es más —se dijo sentidamente—, las que lo resisten es porque no tienen más remedio, porque no tienen recursos ni futuro para escapar a otro lado.

Volvió a observarse. «Y tú —dijo a media voz agitando la cabeza con determinación—, ¿se puede saber qué haces a estas horas de la noche sola en tu cuarto planeando delirantes aventuras? Incluso Carmen, que está bastante más preocupada que tú en este momento, debe llevar ya un buen rato durmiendo».

Se apartó del espejo, miró la habitación mientras decidía si escapar a la cocina por un vaso de leche fría y decidió que no.

—Hora de dormir —dijo como si lo anunciase y ordenase a todos los objetos de su habitación.

La semana siguiente Mariana estuvo tan absorbida por los asuntos del Juzgado que no volvió a acordarse del que tenía en vilo a su amiga, pero al final de la semana le aguardaba una sorpresa.

Salía del Juzgado camino de su casa cuando una llamada la alcanzó justo a la puerta. El vigilante la acompañó hasta el teléfono, que había dejado descolgado sobre el mostrador de la recepción, con unos ademanes que parecían insistir en la importancia de la llamada.

—Mariana de Marco. ¿Con quién hablo? —de inmediato su gesto de extrañeza se relajó—. ¡Sonsoles! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo es que me llamas a estas horas? Estaba saliendo por la puerta.

—Perdóname, no sabes cuánto lo siento —dijo Sonsoles Abós al otro lado del hilo telefónico—, pero es que necesitaba dar contigo y nunca encuentro el número de tu móvil. Verás, perdona, es que doy una cena esta noche y necesito que vengas. Gente encantadora, te puedes imaginar y, de paso, te escapas de ese agujero...

—Pero yo, esta noche, no sé, así, de pronto... —Mariana se había hecho a la idea de una noche tranquila en casa, incluso tenía pensado alquilar una película.

—Nada, Mariana, no hay excusas. Te vienes en taxi si no te apetece conducir y te quedas en la habitación de invitados, pero te vienes.

—Sonsoles, no me hagas ir a una fiesta con el neceser, querida. En todo caso iría en mi coche y me volvería después.

—Ni hablar. Tú te vienes en taxi y ya encontraremos quien te lleve, porque si no te das a la bebida estarás más seria que un ajo. Mañana es sábado, ¿no? Pues no le des más vueltas.

—Espera, espera. ¿Cómo voy a ir en taxi? ¿Tú sabes a qué distancia estoy?

—Pues claro, en media hora de carretera estás aquí. En Madrid tardarías mucho más en ir de un lado a otro.

—De noche, no, pero da igual. No necesito decirte que he ido multitud de veces desde aquí, como bien sabes. Lo que pasa...

—Mira —la interrumpió Sonsoles, atacada por una súbita inspiración—. Ya tengo la solución. Rafael Castro viene a la cena y después se va a su casa de Villamayor; creo que espera gente mañana por la mañana... No: estoy segura, porque me comentó que no quería quedarse hasta tarde; así que te vuelves con él por la noche. Ahora sí que está todo arreglado, no te quejes, ni una palabra más.

El peso del silencio alarmó a Sonsoles Abós.

—¿Mariana?

—¿Sí?

—No, nada. Es que creí que te había dado un aire.

—Yo... Estaba pensando —dijo Mariana mientras se reponía. La aparición de la casualidad de modo tan repentino la había dejado estupefacta.

—Entonces está hecho.

—Bueno... —titubeó—. Déjame que lo piense.

—Mariana, no me irás a hacer este feo. Somos ocho a la mesa, cuatro y cuatro, no puedes fallarme.

—¿Cómo te voy a fallar si no habíamos quedado?

—Ya sabes que cuento contigo.

—No, no, no. Espera. Las cosas no funcionan así. Otra cosa sería que hubiera quedado contigo antes, ayer o anteayer, por ejemplo...

—Mariana, no me des más la lata. Tú vienes y se acabó.

—Déjame que lo piense.

Sonsoles gruñó y acabó colgando. Mariana sabía que ella sabía que iría, pero necesitaba reponerse de la impresión que le había producido la noticia. Rafael Castro. Apenas había tardado una semana en aparecer desde que Carmen viniera a verla para contarle el asunto de su sobrina; pero la casualidad a veces es muy excitante.

Las preguntas se agolpaban en la cabeza de Mariana mientras se dirigía al aparcamiento del edificio del Juzgado. ¿Quién sería la pareja de Rafael Castro? ¿Vanessa? ¿Otra distinta? Lo cierto es que la curiosidad la mataba. ¿No sería ella misma? No. Aparte de que Sonsoles se lo habría advertido previamente, aquello hubiera sido demasiada casualidad. Una cosa es la casualidad y otra la casualidad premeditada. Tenía y no tenía ganas de ir, pero ante todo empezaba a encontrarse incómoda porque la irresolución era una de las cosas que más detestaba en la vida y en esta ocasión debía aceptar que no sabía lo que hacer, así, literalmente. No sabía qué hacer ni cómo salir del marasmo. Lo cierto era que la primera actitud, la de acudir, iba ganando terreno a la segunda. Posiblemente, lo que aún la retenía fuera esa pereza que se toma por costumbre cuando una va poco a poco amoldándose a la soledad. La soledad no es tan mala si sabes qué hacer con ella; su maldad reside en la continuidad: estar mucho tiempo sola acaba por hacer daño. Antes de que eso suceda hay un tramo en el que una se va acomodando casi sin darse cuenta. Tras él viene la pereza sin excusas; esa pereza que no es lentitud (la lentitud es maravillosa) sino falta de ganas para hacer cualquier cosa. Sin embargo, la tentación que encerraba para ella la cena de Sonsoles era demasiado fuerte. Estuvo a punto de telefonar a Carmen, pero luego recapacitó: si le contaba el plan de esta noche, la tendría despierta hasta el regreso, hasta que se comunicara con ella para darle el parte de la cena aunque fueran las tantas de la madrugada. Y la conversación consiguiente.

Así que Rafael Castro. Así que era verdad lo que le anticipó Carmen de que frecuentaba a aquella especie de nobleza rural a la española. Sonsoles, que había vuelto a levantar cabeza después de un año de depresión, era esa típica soltera de mediana edad, simpatiquísima, que estaba en todos los saraos, que no perdonaba concierto, que era socia del Tenis y de la Hípica por tradición familiar y que todos los veranos compartía con su amiga Ana María Arriaza el mando de la colonia de veraneo de San Pedro del Mar. Allí la gente era más variada y aquí, en la capital, más uniformemente provinciana, pero siempre dentro de un determinado e infranqueable nivel económico. De hecho, Mariana no podía comparársele ni en fortuna —inexistente en su caso— ni en *pedigree*. Mariana pertenecía a lo que podría llamarse clase media

ligeramente alta de Madrid. Burguesía estable, sin apuros, en términos de familia. Pero era su condición de Juez lo que la convertía en un elemento a la vez exótico y respetable que le abría todas las puertas, en especial y en aquella provincia cuando iba acompañada por Sonsoles, que la adoraba. Ambas eran amigas desde el colegio, porque Sonsoles había estudiado en Madrid, en el mismo colegio de monjas, con su hermana Marta, que era la que tenía la edad de Mariana. Pero fue Sonsoles y no Marta, a pesar de la diferencia de edad, la que congenió con ella; y aunque después el tiempo las separara intelectualmente no lo hizo afectivamente.

Mariana aceptó, por fin, la cena propuesta, en parte porque carecía de excusa, pero sólo en parte. En una parte muy pequeña —pensó con el mejor humor—, en una parte infinitesimal —precisó en seguida—. Por encima de la comprensión, la educación y el decoro reconocía una atracción irresistible. ¿Quién era y cómo era Rafael Castro?

—Querida Carmen —se dijo mientras se ajustaba el cinturón de seguridad de su coche—, sé que no me perdonarías si huyera de la cita de esta noche. Las ocasiones se atrapan al vuelo, tú lo sabes, tú lo harías. Es más: tú no me perdonarías que no aprovechase esta oportunidad.

Estaba satisfecha con su decisión. Maniobró y salió del garaje a la luz del día. El agente la saludó al pasar y ella le correspondió con un movimiento de la mano tan alegre que el otro no supo qué hacer con la suya. El día era luminosamente otoñal, apenas había unos jirones de nubes en el cielo; remontó la rampa y se introdujo en la población. «Qué feo es este lugar —pensó—. Qué fea es la vida entre tanto edificio mediocre. ¿Qué será lo que les hace aparentar que son felices?».

—La monotonía mata —sentenció después. En pocos minutos tomó la dirección de su casa. La gente caminaba por la calle, los bares empezaban a llenarse, algunas tiendas cerraban. Era la hora del almuerzo. Después, la población se sumiría en la siesta para esquivar el aburrimiento.

A las cuatro de la tarde del mismo día, Mariana recibió una llamada de Carmen para avisar que venía de camino. Se apresuró a advertirle que esa noche ella estaría fuera y la casa no disponible, pero su amiga venía de compras, simplemente, y sólo quería aprovechar unos minutos para charlar y presentarle a alguien. Cuando colgó, supuso que la acompañante sería la propia Vanessa. Si era así, Vanessa no acudía a la cena. En tal caso, ¿habría pensado Sonsoles en ella como pareja de Rafael Castro? Eso le hacía menos gracia.

Volvió a considerar la posibilidad de rechazar la invitación. «Esta semana ha sido como si me pasara un tren por encima —se recordaba—... Esta noche hubiera sido... un baño caliente... la cama... dormir doce horas...». Pero ya no podía echarse atrás, sería dejar colgada a Sonsoles; aunque, por otra parte, Sonsoles la había llamado este mismo mediodía, la había pillado por los pelos... ¿Y si era ella el verdadero plato de segunda mesa? Sonrió: estaba más que decidida.

¿Qué me pongo? Nada de pantalones. Traje de chaqueta, sí. Negro. ¿Blusa? No, sin blusa. Chaqueta cerrada, sujetador negro. ¿Todo negro? Medias negras, zapatos negros. ¿La blusa blanca, entonces? No, la chaqueta cerrada sobre el sujetador, sin más. Ese escote es ideal. El color vendrá de las joyas, déjame buscar.

A las cinco estaba en la peluquería para lavar el pelo y recortar las puntas. El color del cabello, castaño oscuro, era natural y aún no asomaban las canas; liso y fino, no había querido aclararlo nunca precisamente porque sus ojos eran de un color castaño más luminoso, lo que daba a su rostro una sensación de armonía que disimulaba bien una cierta rudeza de rasgos. Sonsoles, en

cambio, encontraba muy atractivos esos rasgos que casaban bien con su aspecto fuerte y atlético de mujer grande. En todo caso, la melena corta que dejaba al descubierto las orejas en cuanto agitaba la cabeza, el flequillo que reducía su frente y los ojos grandes seguían siendo los puntos fuertes de una imagen físicamente atractiva que llamaba en seguida la atención del observador.

Se hizo repasar las uñas. A sus manos, fuertes y largas, como las piernas, el color natural del esmalte transparente le sentaba bien. Estuvo de charla con la oficiala, comentando las bodas de esa semana. A medida que las poblaciones eran más grandes, las bodas civiles aumentaban. En la provincia eran naturalmente mayoritarias las eclesiásticas, pero se estaban produciendo cambios de actitud entre la clientela.

—Pues a la gente le debe hacer raro que les case una mujer, ¿no?; bueno, mejorando lo presente, que yo no digo que me parezca mal —a la muchacha que se estaba ocupando de hacerle las uñas le encantaba hablar mientras trabajaba. Mariana aceptó benévolamente el comentario—. Yo misma a lo mejor me caso por lo civil, porque hay divorcio.

—Pues si ya vas con esa idea, mejor que no te cases —comentó la oficiala que atendía a la clienta contigua—. Mira ésta.

—Ay, hija mía —intervino la clienta, una mujer mayor—, no digas de esta agua no beberé. Hoy en día, por si las moscas, bueno es tener una salida porque antes, nada de nada. ¡Y no hay casos por ahí que más les valdría...!

—Lo que digo yo —interrumpió la manicura—. A ver si vas a querer menos a tu marido por casarte por lo civil, anda ésta.

—Lo que yo le encuentro —continuó la clienta— es que no tiene empaque. Un juzgado no tiene el empaque de una iglesia, claro...

—Pues mejor, porque te ahorras un traje que sólo sirve para un día y al armario y te lo gastas en uno así como elegante que puedes usar otras veces y además con la diferencia te pegas un viaje bien guay.

—Pues no sé, chica, a mí me da como cosa lo de no ir de blanco y de largo y con el velo y todo. Es como más romántico.

—Y usted ¿cómo se casaría? —dijo la primera muchacha, la que parecía más pragmática, dirigiéndose a Mariana.

—¿Yo? —contestó Mariana—. Yo depende del hombre. Si le va el chaqué clásico, clásica; si el traje, un traje de calle impecablemente blanco y con pamea.

—¡Ay qué ideal! —dijo la muchacha extasiada interrumpiendo su labor.

—Y en el Juzgado, por supuesto —terminó Mariana con un gesto cómplice.

A las seis de la tarde, Mariana esperaba en una cafetería cercana a la peluquería. Había sido un día luminoso, sorprendentemente, sin una nube salvo unos cuantos jirones blancos en el horizonte, el aire en calma. La luz empezaba a decaer, pero la temperatura de la terraza era aún muy agradable. La gente iba y venía por la calle con ese aire característico del inicio del fin de semana. Un grupo de alumnos del Instituto, chicos y chicas, se dirigían entre gritos y empujones hacia sus casas para preparar la noche. Sus voces y giros y saltos le recordaron a los vencejos en retirada. Sólo que aquéllos eran hijos de la noche también y pronto se dirigirían en bandadas hacia la zona húmeda. Afortunadamente, Mariana vivía al otro extremo de la ciudad. Los fines de semana padecían del mal general del país a esas horas: ruido y alcohol.

—¿Llego tarde? Oye, qué bien te encuentro, ¿qué te has hecho?

—¿Yo? —Mariana miró a Carmen sobre las gafas de sol—. Nada. Esperarte. ¿Qué tal estás?

—Muy bien. Déjame que te presente a Teodoro —un hombre de la edad de Carmen, con aspecto de campesino recién acicalado, le estrechó la mano enérgico y tímido a la vez—. Tenemos cosas que contarte. ¿Nos sentamos aquí?

Mariana asintió con la cabeza sin dejar de observar al hombre que, evidentemente, trataba de agradar.

—Qué paliza de tarde, hija. Vengo de hacer la última compra cargada como una mula; menos mal que tengo a Teodoro, que si no... Nos vamos pitando después de tomar el café contigo. ¿Tú qué quieres, Teo?

Mariana percibió en seguida que Carmen venía muy animada y no le

costó atribuirlo con toda seguridad a que esperaba aportar pruebas decisivas para acabar de una vez por todas con Rafael Castro. El llamado Teodoro le hacía gracia porque sin duda era testigo de cargo y se le veía incómodo, como si se enfrentara por primera vez a una situación de especial responsabilidad. Estaba pendiente de Carmen en todo momento y la miraba a ella, a Mariana, furtivamente, mostrando una sonrisa cada vez que en esas miradas se encontraban sus ojos, lo que Mariana buscaba con toda malicia porque le divertía la situación.

—Te preguntarás por qué te he citado hoy —empezó a decir Carmen.

—No me hago otra pregunta desde que has aparecido —contestó Mariana con un punto de inocencia irónica en su voz. El hombre no advirtió la complicidad. Observaba atentamente a las dos mujeres como si no quisiera perder una sola palabra de la conversación y otorgara a ésta, además, la condición de representación de un mundo más alto.

—Teodoro, aquí presente, tiene mucho que aportar a lo que te he venido diciendo estos días. Es un amigo de la familia; en realidad es más amigo de Vanessa que mío porque se veían hace un año, ¿no? —el hombre, que seguía muy concentrado la conversación, reaccionó, primero con gesto de aturdimiento, después para afirmar con la cabeza, al sentirse interpelado. Carmen continuó, satisfecha—. Y, mira tú por dónde, Teodoro fue quien le presentó a Vanessa a Rafael Castro.

—Mal negocio, Teodoro —dijo Mariana. El hombre abrió las manos con gesto de impotencia mientras sonreía. Tenía una sonrisa muy franca.

—¿Y por qué conocía Teodoro a Rafael, dirás tú?

—Me has quitado la pregunta de la boca —confesó Mariana siguiendo su propio juego.

—Pues porque Teo estuvo trabajando con Rafael un año. ¡Un año entero! Desde antes de la muerte del viejo. Y en un año se ven y se oyen muchas cosas, como supondrás. Un año —confirmó triunfalmente—. El año en el que Rafael liquidó todo lo del tío y empezó a invertir el dinero, a gastarlo también, a pavonearse y a alternar. ¿Qué te parece?

—Mmm... no sé. ¿Cometió irregularidades? Yo supongo que todo lo haría legalmente.

—Legal sí que lo era. Y cumplidor —dijo de pronto Teodoro.

—¿Con las mujeres también? —Mariana dejó la pregunta en el aire y el otro sonrió sin saber a qué atenerse.

—No le hagas caso, Teo, que está de guasa.

Teo miró a Carmen, casi agradecido, y a la Juez como excusándose. Mariana percibió la actitud de Teodoro desde que lo vio sentarse en la silla: ante todo reconocía en ella a la Juez y la idea de estar charlando con una autoridad pesaba en él más que cualquier otro sentimiento. Sin embargo, le gustaba aquel hombre por su sonrisa franca y el físico fuerte; aunque se le veía intimidado, no daba la sensación de ser una persona ingenua o indefensa. Tenía ese punto que algunos hombres tienen de transmitir seguridad y distancia, una distancia discreta, de una manera muy natural. ¿Cuál sería su relación con Carmen? Pero recordó que, según ella, fue novio de Vanessa. ¿Hasta que se la presentó a Rafael Castro?... Menudo donjuán. Y menudo pardillo, Teodoro...

—Muy bien —dijo Mariana dirigiéndose a Carmen—, ¿y qué tengo yo que ver con todo esto? Te recuerdo —dijo intencionadamente, era una advertencia— que ni conozco a Rafael Castro ni me interesa su vida.

Carmen recapacitó un momento. Luego dijo:

—Teodoro es persona de confianza. El otro día, hablando, salió lo de Vanessa y el sinvergüenza ese y me dijo que no me fiara de él, que si andaba detrás de Vanessa algo más estaba buscando. Yo le pregunté por qué y me dijo que Rafael no andaba sólo con ella —se quedó mirando a Mariana, en espera de una reacción.

—¿Y? —dijo Mariana.

—Pues está claro: que busca el dinero de mis tíos. Vanessa es hija única, es la presa más importante; y además, como buen faldero, no desdeña nada, ¿no?

—Pero, vamos a ver, Carmen. ¿Por qué me cuentas a mí todo esto?

—¿Es que no lo ves? Primero se hace con el dinero del tío y ahora va detrás del de Vanessa.

—Carmen —Mariana le dirigió una mirada significativa señalando también con los ojos a Teodoro—. Me estás contando un chismorreo en el

que no quiero participar, no sé si te das cuenta —volvió a señalar disimuladamente a Teodoro—. Me interesa la suerte de tu sobrina porque es sobrina tuya, pero yo no pinto nada en esto, te insisto. Al fin y al cabo, Vanessa ya tiene edad para hacer lo que le parezca. Y si se equivoca, qué quieres que te diga, se equivocará. Pero que vengas aquí y ahora y *acompañada* —subrayó con toda intención la palabra, aunque en suave tono — a contarme a mí, que soy quien soy en esta ciudad, una murmuración todo lo creíble que tú creas, pero murmuración al fin y al cabo, para... para lo que tú sabes... En fin, me parece fuera de lugar como poco.

—Con permiso —dijo Teo de pronto—, voy a llevar los paquetes al coche y luego me acercaré un momento a la ferretería de Alonso, antes de que cierre.

Teodoro se puso en pie, se despidió de Mariana, recogió los paquetes y se fue calle abajo. Carmen se revolvió en su silla para encarar a Mariana.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Eso digo yo —respondió vehementemente Mariana—. ¿No te das cuenta de que me estás poniendo en un aprieto? ¿Cómo se te ocurre traer a un desconocido poco menos que a testificar ante mí? Carmen, yo creo que has perdido la cabeza. Yo tengo una posición y no me puedo prestar a que pueda darse pábulo a un interés mío en Rafael Castro, ni en general ni mucho menos respecto a la muerte de su tío. Y, desde luego, no quiero que nadie pueda andar diciendo por ahí que estoy interesada en la relación entre él y tu sobrina y si me parece bien o mal esa relación.

—En primer lugar, Teo es de confianza y es una tumba. En segundo lugar, tiene dudas, como yo, acerca de la muerte del viejo. Quería que tú lo escuchases, eso es todo.

—Pues no voy a escucharle. Lo que tenga que saber me lo cuentas tú sin él delante, ¿eh?

—Vale. Lo siento. Me he dejado llevar por mi propia confianza. No pensé ni por un momento que te lo fueras a tomar así.

—Pero no reconoces mi situación.

—Si tú no quieres...

—No es que yo no quiera —la interrumpió Mariana—, es que se te tiene

que ocurrir a ti; es que una Juez no puede entrar así en ningún asunto, sea yo o el Presidente de la Audiencia. Parece mentira que no caigas tú en ello siendo Secretaria de Juzgado, Carmen. Es por el hecho de ser quien soy y ocupar el cargo que ocupó, no porque esté o no dispuesta a escuchar unos rumores que no pasan de ser habladurías locales —hizo una pausa—. Y ahora dime de una vez qué más tienes contra ese Rafael Castro aparte de que sea el prometido de tu sobrina. Que, por cierto, ¿qué clase de promesa se han hecho?

—No se han prometido oficialmente, claro, porque mis tíos no quieren ni oír hablar del asunto, pero ella va diciendo a quien quiera oírlo que se casan. Y eso es todo lo que tengo contra él, que ya es bastante, aparte del crimen. Por lo demás, nada —añadió irónicamente.

—Pues no lo entiendo, Carmen, porque parece que no piensas en otra cosa.

Carmen se cruzó de brazos enfurruñada.

—¿Tengo razón o no la tengo? —dijo Mariana con tono conciliador.

—Sí.

—Me puedes contar lo que quieras, pero entre nosotras.

—Vale. Ahora se me han quitado las ganas. Pero que conste que lo hacía con la mejor intención. Y que no tengo nada personal, o sea, sólo mío, contra ese sinvergüenza, ¿no?

—¿Te parece poco tenerle por asesino y ladrón?

Las farolas se encendieron de pronto. Aún quedaba luz y el contraste dibujó una zona ambigua que empalidecía el aire. Mariana y Carmen dejaron pasar unos minutos en silencio, mirando a su alrededor, terminando sus consumiciones. La noche estaba cerca.

—Bueno —dijo Carmen de pronto—. Hablando de todo... ¿adónde vas esta noche? Porque estás hecha un pincel.

—Nada. Tengo una cena que organiza Sonsoles. Nada especial.

—Con lo que a ti te gusta el fin de semana tranquilo y te vas a la capital de juerga. Vaya, vaya. Aquí hay gato encerrado.

—Aquí hay una amiga, que es Sonsoles, que da una cena. No te creas que me ilusiona mucho eso de andar de noche por la carretera, pero, en fin...

—¿Y no hay nadie más por medio? —preguntó Carmen con picardía.

—Siento defraudarte —contestó Mariana.

Carmen seguía luciendo su pelo corto rojo llama y Mariana se preguntó qué tal habría caído el cambio en el Juzgado de San Pedro.

—Si quería traer conmigo a Teo para que hablase contigo era por que te comentase algo que me comentó a mí. Sí —dijo adelantándose al ademán de protesta de Mariana—, ya sé que he sido descuidada y que este asunto me trae de cabeza, pero además es que tenía necesidad de transmitírtelo. En fin, te lo digo en dos minutos. Teo estuvo junto a Rafael Castro con el tío en vida y luego, una vez muerto éste, a sus órdenes durante un año o por ahí. Cuando Rafael heredó, Teo se convirtió por unos meses en su mano derecha: el que se ocupaba de negociar las tierras, el que contrató a los constructores del chalet que se hizo, el que lo acompañaba de un lado a otro para sus gestiones variadas, contactos... Se hicieron amigos, como te digo, cuando Rafael

estaba viviendo con el tío; echaba manos y solían salir por las noches del fin de semana. Ya sabes lo que es la parranda, así que Teo ha oído decir muchas cosas a Rafael. Y me dijo que ni borracho se iba de la lengua un pelo más de lo que quería irse, que era muy calculador, que es de los que no dan puntada sin hilo y que odiaba a su tío, pero esperaba heredarlo.

—Y lo consiguió.

—Sí, lo consiguió. Sin embargo, no era el destinatario inicial de la herencia porque para su tío era un perfecto desconocido y, a pesar de su grado de parentesco más cercano, otros sobrinos en segundo grado, hijos de un primo, creo, estaban mencionados en el testamento. Y se las arregló para que el tío se lo dejara todo a él sin más explicaciones. ¿No te parece raro?

—Lo normal de raro. Primero: era su pariente más cercano; segundo: vino a trabajarse la herencia y la consiguió.

—Ya, pero... ¿por qué no apareció un testamento a su favor?

—No te entiendo.

—Pues es muy fácil de entender. Si el viejo era soltero y había anulado el testamento y Rafael era su pariente más directo, la herencia habría sido suya sin más. Bueno, puede que esos sobrinos segundos hubieran importunado un poco para ver si les caía algo si hubiera hecho nuevo testamento... pero sin testamento el heredero legal era él.

—No sé qué decirte. ¿Y si pensaba hacer otro reparto?

—¿Y por qué no lo hizo? Rafael era heredero universal salvo indicación en contrario. Reconoce que es raro. ¿Qué pensaba el viejo? ¿Cuál era el anterior testamento? ¿Les dejaba todo a los sobrinos? ¿Sólo una parte? ¿Y el resto? A mí me parece que al viejo le daría un ataque si se le iba la mitad de lo ahorrado en impuestos.

—Mira, Carmen, llevo vistos tales líos de herencia sólo aquí y en estos últimos años que no me extraña ni lo más mínimo que lo haya dejado en el aire aunque lo probable es que acariciara la idea de proveer a su sobrino, dilatara la decisión por pura desconfianza y, en ésas, le pilló la muerte. Por lo que me dices, no parecía ser persona fácil de enredar. Un verdadero avaro, Carmen, no cae en la redes de un sobrino recién aparecido. Yo me imagino que el hombre se vio solo, se encontró con alguien que respondía a sus

necesidades y lo acompañaba, pero decidió aplazar la decisión a convertirlo en heredero hasta poner las cosas en claro, ver cómo se desenvolvían las cosas; al fin y al cabo, el otro no necesitaba testamento para heredar, así que lo normal era esperar. De haber querido hacer testamento habría sido para lo contrario, para privarle de algo; o de todo si las cosas no funcionaban como él quería; o para hacer un reparto que lo incluyera a él. Por lo oído, creo que era persona saludable. Lo raro de verdad —reflexionó— es que anulase el testamento anterior porque eso convertía automáticamente a Rafael en heredero universal.

—No se entiende. ¿Te parece razonable que en tan poco tiempo de trato anulase el testamento? No llegó a convivir con Rafael ni un año, Mar. Ni un año. Lo raro de verdad es que se diera tanta prisa en anular un testamento, no que lo anulase. Además: ¿quién o quiénes eran los beneficiarios antes de Rafael?

—Sería un avaro atípico —dijo Mariana, que deseaba terminar con la conversación.

—En fin, Mar, ya conocerás algún día a Rafael Castro y ese día sólo quiero que te fijas en sus ojos. Es muy simpático, ¿sabes?, y siempre parece estar pendiente de ti, muy educado y todo eso, pero —continuó con aire misterioso— a veces se le va la mirada. Sí, es como un relámpago, pero cuando lo ves no lo olvidas nunca porque en ese momento tan pequeño lo que sus ojos dejan ver es la maldad. Es un hombre que lleva el Mal dentro de él, Mar, te lo digo yo. Lo esconde como el doctor Jekyll escondía a mister Hyde, ¿te acuerdas, no?, y no asoma sólo porque se escape esa mirada por unas copas de más, por ejemplo; no, se manifiesta en cualquier momento, como si tuviera descuidos repentinos, como si en realidad su alma siguiera viviendo en el mundo del Mal porque pertenece a él y la imagen suya que vemos en este mundo fuese un fingimiento constante e imposible de mantener sin traicionarse en algún gesto. Ese hombre es una encarnación del Mal, por eso ha matado para hacerse con la herencia de su tío y sabe Dios cuántas cosas más. Teo también cree que hay algo malo en él, algo que la gente no ve, pero que quien ha estado a su lado durante un año sí ha tenido ocasión de ver. Nadie puede fingir ser otro sin un descuido. La convivencia destapa esos

descuidos y Teo los percibió. No es que les diera importancia, claro, porque es un hombre más bien tranquilo y muy buena gente, pero yo le he apretado un poco y entonces ha empezado a caer en la cuenta de detalles, de...

—Es decir, que le has influenciado.

—De eso nada, le he sacado a la luz cosas que él tenía en sombra.

—Carmen, no me vengas con ésas que te conozco...

—Está bien, ya veo que, por ahora, contigo es imposible. Pero la que tiene un pie en el alero es mi sobrina y yo no voy a dejar las cosas como están.

La luz del atardecer se esfumó. Las dos amigas se levantaron y se fueron caminando hasta el lugar donde Carmen había aparcado el coche. Teodoro esperaba apoyado en el capó. Mariana se despidió de él cortésmente y de su amiga con un largo abrazo.

—Y que no te aburras mucho esta noche —le dijo Carmen con toda intención—, que yo también he convivido contigo y sé por qué te arreglas cuando te arreglas.

—¿Es que voy mal a diario? —preguntó divertida Mariana.

—Tú ya me entiendes —respondió Carmen.

Pasadas las ocho, Mariana se hallaba lista para salir y decidió no esperar más. Estaba en casa y a gusto tras terminar de arreglarse y estaba claramente satisfecha de su aspecto porque había puesto cuidado en él y el conjunto era muy llamativo dentro de su sobriedad. Negro sobre negro, una preciosa cadena de oro con un pequeño colgante esférico sobre un escote sugerentemente realzado por el impecable corte de la chaqueta y unos aros, también dorados, en las orejas. Oro, la base brillante de las uñas de las manos, rojas en los pies, el pañuelo también rojo que asomaba en el bolsillo de la chaqueta. Volvió a mirarse una vez más en el espejo de cuerpo entero de su dormitorio y decidió que esa noche iba a lucirse de verdad. Hacía ya tiempo que no se dedicaba a la mundanidad y a la vida social. Absorta en su trabajo, iba quemando tiempo en ello sin apenas darse cuenta y los días parecían pasar tan sólo para que llegase el fin de semana o el rato de lectura o de audición en el confort de su casa a última hora del día. Era una vida rica en lo personal, en su interioridad personal, pero pensaba que no tanto en lo que se refiere a la vida propiamente dicha, al movimiento de la vida y de las personas. Como Juez sabía bien que detrás de cada litigio había un caso humano, un caso de alguien que necesitaba ayuda. Ahí encontraba una buena porción del paisaje humano que forma parte de la experiencia; pero el otro trato, el de la amistad compartiendo ideas y experiencias apenas lo frecuentaba fuera de Carmen o del círculo de Sonsoles. Eso era poco, lo reconocía y, aunque no temiera en absoluto la misantropía, no dejaba de reconocerse que en algún momento tendría que romper con esa rutina del encerramiento cómodo, de las cosas en su sitio, de la reconfortante repetición de actitudes conocidas y previsibles. Si no, corría el riesgo de empequeñecer

su vida sin darse cuenta.

Tenía que viajar a Madrid aprovechando ciertos momentos porque, si no, en poco tiempo iba a acabar por perder algunas amistades que apreciaba verdaderamente. El tiempo no pasaba en balde, la distancia no era el olvido, como decía el bolero, pero sí que borraba pistas, detalles, gestos que hacen una relación más fluida, que permiten remontar una conversación sobre el tiempo transcurrido sin deterioro aparente. Esa cosa tan grata que era el reencontrar a alguien a quien tienes verdadero afecto, de quien sientes cercanía, a quien no te cuesta compartir contigo misma, con tus convicciones y tus sensaciones y darte cuenta de que, apenas empiezas a hablar o a reír con él o ella, todo está donde lo dejasteis la última vez y todo tira adelante desde allí hasta ahora y sigue fluyendo. En Madrid tenía unas pocas personas con las que no perdió el contacto y en cuya respuesta aún confiaba. Tenía amigos, amigos y amigas de verdad, no más que los dedos de una mano, más que suficientes. Sin embargo, sabía también que una debe cuidar lo que quiere y moverse hacia lo que desea; si no, la distancia puede hacerse insalvable y hacer que la amistad degenera en cortesía, en cumplimiento social o en dependencia y soledad.

La noche era templada, pero Mariana se echó sobre los hombros un chal de cashmere color rojo oscuro, suave y ligero, salió a la calle envuelta en un halo de elegancia y se dirigió al coche, que estaba aparcado unos metros más allá del portal. Mientras caminaba, pensó: «Si Carmen llega a saber adónde voy le dan los siete males».

«O no —pensó luego—, o se instalaría en casa esperando mi vuelta, no sé qué sería peor. Es tremendo cómo se encadenan las cosas».

Llegó al coche, se sentó al volante, encendió el motor y prendió las luces.

—Voy camino de conocer al causante de tus fantasías criminalistas, mi querida Carmen, pero recuerda que ni existe el Mal ni hay crimen perfecto —dijo a media voz mientras maniobraba para salir—. La vida es más real y, sobre todo, más casual que todo eso, mal que nos pese.

Capítulo II

Cuando Mariana llegó a casa de Sonsoles, todos los invitados se encontraban ya presentes en ella. Desde el recibidor se oía una animada mezcla de conversaciones que, en un primer momento, le hizo vacilar, pero de modo inesperado acudió también la imagen de una noche en su casa, sola con sus libros y su música, y la rechazó de inmediato dando un paso adelante; por eso, al hacer su entrada en el salón y percibir la atención que todos le dirigían, resplandeció.

—Estás guapísima. Los vas a dejar *époustouflés* —le estaba diciendo Sonsoles al oído mientras la acompañaba llevándola cariñosamente del brazo. Los caballeros se levantaron de inmediato y Sonsoles los fue presentando; para consuelo de Mariana, entre los invitados se encontraba una pareja conocida, un arquitecto y su mujer, pintora, a cuya última exposición había acudido en la primavera pasada. Naturalmente, localizó de inmediato a Rafael Castro, pero fue el último a quien le presentó Sonsoles; aunque sólo le dirigiera la mirada y la sonrisa en ese instante, había sido consciente de su presencia en todo momento mientras iba saludando al resto de los invitados. Hechos los cumplidos, tomó asiento entre la pareja que conocía y aceptó una copa de champán.

Era guapo, sin paliativos. No sólo en la presencia, sino en los rasgos. De su misma edad, más o menos. Trató de imaginar a la Vanessa veinteañera a su lado y le resultó imposible: demasiado joven para casar a este tipo de galán por su cara bonita; otra cosa era la aventura sexual; tan evidente le pareció que por unos instantes cruzó por su mente la idea de que había un error, de que Carmen se refería a otro Rafael Castro. Y en cuanto al dinero... ¿tenía aspecto de cazadotes? No debía de necesitarlo —se confesó—, pero sí,

podría representar el papel de un perfecto cazadotes.

—Encantado... e intimidado —dijo Rafael jovialmente al ser presentado.

—¿Qué corresponde a la mujer y qué a la Juez? —preguntó el arquitecto, que se encontraba junto a ellos.

—Prefiero que no se pronuncie —anunció Mariana.

—Obedezco encantado, pero no intimidado —respondió Rafael.

Mariana le observó con descarada curiosidad mientras todos hablaban y bebían. Era igualmente evidente que Rafael se había interesado de inmediato por ella. ¿O no tan de inmediato?, le sugirió su lado malicioso. También le pareció un poco redicho. Resultaba curioso ver que todos los concurrentes, excepto el arquitecto y la pintora, vestían traje; de todos modos estos últimos lucían un *look* de madurez deportiva que se incorporaba perfectamente a la clase de distinguido ambiente que su amiga propendía a crear cada vez que abría los salones de su casa. La conversación se había generalizado sobre un solo asunto, las tres representaciones que componían la temporada de ópera, y el programa avanzaba entre exclamaciones de unos y de otros. Mariana había cogido su abono con Sonsoles y estaba encantada de haberlo hecho porque, ciertamente, vivir a poco más de media hora de la capital ofrecía otros alicientes que los de una villa costera como San Pedro del Mar, su anterior (y primer) destino. Acto seguido, sin ser consciente del porqué del salto, advirtió en medio de la conversación cruzada entre todos que Rafael Castro era la pareja de su amiga y suspiró aliviada; no exactamente: lo prefirió, sin más. La suya era uno de esos solterones dudosos de buena familia con mucha conversación. Mariana empezó en seguida a comprobar que no había perdido soltura ni ganas de meterse en reunión, lo que le hizo pensar que tampoco era tan destructivo aislarse de tanto en tanto, por rachas. ¿O es que acaso su alma sociable se negaba a abandonarse a la pereza? Apenas había acercado los labios a su segunda copa de champán cuando Sonsoles llamó a la cena.

El arquitecto se sentó a la derecha de Mariana y a la izquierda su solterón, lo que agradeció en silencio ferviente a Sonsoles, que esta vez había elegido situarse a un extremo de la mesa con Rafael en el opuesto. María Linaje, una amiga de Sonsoles insustancial y alborotada, pero simpática a pesar de todo,

se sentaba frente al arquitecto y la pintora frente al solterón, de manera que justo enfrente de Mariana estaba el marido de María, que era un conversador tan aburrido como inconsciente de serlo. La cena era excelente: sopa de patata con huevas de trucha y salmón relleno de verduras al horno en *papillote*. Mariana apreciaba los deliciosos menús de su amiga tanto como despreciaba sus propias habilidades para la cocina. En esto debía reconocer que la soledad era un hándicap, pues ¿quién quiere emplear su tiempo en hacerse complicados platos para, a continuación, trasladarse a la mesa a comerlos melancólicamente? Cuando Mariana daba una cena en casa —y eso sólo sucedía de manera muy espaciada— la encargaba a un restaurante cercano o preparaba un buffet frío, que solía ser lo más apreciado porque, inquieta por parecer una improvisadora comodona, cubría la mesa de exquisiteces.

Ahora, al observar a Rafael, a quien no perdía de vista, se preguntaba qué relación habría podido tener con Teodoro que no fuera la del señor con el capataz. La transformación de Rafael —que, en origen, debía proceder de una cuna muy semejante a la de Teodoro— en lo que ahora era y la imagen del campesino de aspecto franco y rudo, reservado y un poco asustadizo de Teodoro, abonaba completamente su teoría de que en este mundo la única manera de cambiar es viajar. Sin fortuna alguna, pero con los ojos abiertos al parecer, Rafael Castro había refinado su aspecto de manera extraordinaria. Su aspecto y, por supuesto, su trato. ¡Y pensar que su tío lo tuvo poco menos que como criado durante casi un año! ¿O sería que no lo tuvo precisamente como criado? Costaba aceptar esa imagen tan dura y empezó a pensar que, como siempre, ésa podría ser la versión maledicente del asunto. Desde luego, el tipo había sabido aprovechar bien su suerte. Hay gente que nace predispuesta a ser lista y lo es toda su vida: la suma de escuela de la vida y listeza es incontenible. Pero si todo lo que contaba Carmen era cierto, Rafael había tenido que pasar por el Lycée.

Lo que la llevaba bien lejos: a la época en que viajar se convirtió para ella en una necesidad vital y nada le parecía suficientemente lejos: Francia, Alemania, Escandinava, Inglaterra, Marruecos, México, Estados Unidos... Dos años de vida en Londres le enseñaron que la urbanidad es calidad de vida

para ti y para quienes te rodean y, de hecho, cuando volvió a Madrid le costó acostumbrarse al ruido, la rudeza, el grito y la mala educación en general. El mayor descubrimiento acabó siendo que la franqueza, el modo directo y a las claras no era más que pura y simple falta de educación y de espíritu cívico, que a esa gente que abanderaba el trato llano, que presumían de ser directos y francos con los demás, se cogía un globo en cuanto una probaba a ser directo con ella. Su hermano, que había sido y era el lado refinado de la familia —en fin, ahora ella no le andaba a la zaga, pero siendo más joven detestaba ciegamente sus modales, y si ahora también, era por otros motivos—, su hermano soltó la frase por la que le odió y que más tarde reconoció con sorpresa como no del todo desacertada: «¡Naturales! —decía—. ¡Tus amistades son todas muy naturales!, ¿no? ¡Pues que se pongan a hacer sus necesidades en mitad de la calle si les llega la gana o que viajen a pie, que es lo más natural!». Su hermano, como todas las personas bien educadas, era un salvaje cuando algo lo sacaba de sus casillas.

—Perdona...

—Decía que si tienes intención de quedarte y optar a la Audiencia o nos vas a dejar dentro de unos pocos años.

—No lo sé —dijo Mariana con la mejor de sus sonrisas—. Apenas llevo un año aquí.

—De eso tenemos que hablar tú y yo.

Se dio cuenta de que le gustaba al arquitecto.

De vuelta de la reunión, que se había prolongado hasta las dos de la madrugada, Mariana se confesó abiertamente que al salir de su casa rumbo a la cena, había cogido su coche para evitar la segura posibilidad de regresar a Villamayor con Rafael Castro, posibilidad que le había ofrecido Sonsoles, cuando el mediodía anterior trataba de convencerla. Lo cierto es que dudó, al final de la velada, cuando él se ofreció a llevarla y dudó porque, aunque se encontraba en buenas condiciones, sabía que si la detenía la Guardia Civil de Tráfico daría positivo en un control de alcoholemia; ella, todos los asistentes a la fiesta y, en general, todos cuantos circularan por carretera a esa hora de un sábado. Sin embargo, la idea de tener que volver por su coche a lo largo del día o al siguiente, domingo, le pareció determinante. Si al menos hubiera tenido algo que hacer en la capital el sábado siguiente... Tampoco le apetecía hacer el camino de vuelta con Rafael; o sí, sí que le apetecía, ésta era la cuestión, pero también le parecía imprudente hacerlo; o le apetecía y no le apetecía a la vez. El caso es que volvía a casa por su cuenta, abriendo la noche con la luz de los faros por la autopista.

No se atrevió a preguntarle, en alguno de los momentos en que se encontraron charlando aparte, por Vanessa. No tanto porque lo directo de la pregunta la hubiera puesto al descubierto, pues nada habría sido más fácil que hacerle entender que conocía a su familia, sino porque de pronto había dejado de concernirle la relación de Rafael con la muchacha. Sucede a veces en la vida que una opción queda reemplazada por otra sin que se sepa bien la causa: sencillamente, el foco de interés ilumina en otra dirección. Era la persona de Rafael Castro lo que le interesaba ahora, una persona surgida de un medio rural emigrante que se recria en una sociedad ajena y que regresa a

ocupar un lugar que nunca le hubiera correspondido ni aun abriéndose camino en la suya propia como un emergente. Al emplear la palabra «emergente», la asoció con la figura de Julián Sorel pues, siendo bien distintas las dos y bien distintos ambos casos, en el tiempo y en la forma, las dos dibujaban la figura del desclasado que desde entonces había ido trepando por la escala social de manera cada vez más extendida y cada vez más exitosa. El caso de Rafael era distinto porque el dinero heredado, puesto en manos del Banco Marítimo, le había abierto las puertas del despacho del director, un hombre particularmente influyente en el medio social capitalino; claro que no debió ser sólo el dinero sino su indudable talento para las relaciones personales el que jugase a su favor de manera complementaria. Sorel acabó mal porque aquellos tiempos eran el inicio de la ruptura de los compartimentos estancos del sistema de clases; ahora, como bien a la vista estaba, la permeabilidad había dado la vuelta al modo de ascender en la escala social. En su cabeza resonaban las palabras de un conocido durante la última visita a Madrid: «Desengáñate, Mariana, que esto ya no es lo que era; hoy en día a la universidad sólo van los hijos de los taxistas». Y ella se lo había quedado mirando y preguntándose si eso le parecía bien o mal. ¿Un criminal, Rafael Castro? A su pesar, reconoció que esa imagen tiraba morbosamente de ella. La verdad es que era posible, tan posible como que una Juez prevaricase; pero la hipótesis pertenecía sólo al reino de la especulación. En cambio, la transformación social que el personaje había experimentado reunía todas las cualidades de una historia tan real e interesante como la vida misma; una historia que, una vez que había conocido a su protagonista, adquiriría el efecto de lo increíble. Y lo increíble lo había tenido ante sus ojos toda la noche. Pero es que, además, Rafael Castro era un seductor. Hay gente en la vida que parece haber nacido para seducir a los demás; no como lo hace un guapo profesional sino por medio de una extraordinaria capacidad de provocar simpatía alrededor. Habían estado bailando y así como no le cupo duda de que al arquitecto, en efecto, le había gustado, pudo darse cuenta de que Rafael buscaba simplemente que ella se fijara en él, lo aislase del resto y le prestara atención. Por eso, entre otras razones, se alegraba de haber traído su coche. La vuelta con él hubiera sido

como quedarse a solas en una habitación estrecha y oscura después de haber disfrutado de una fiesta de mucho cascabeleo. ¿Lo habría querido él? Mariana sospechaba que no porque cedió muy fácilmente cuando ella rechazó su ofrecimiento de devolverla a Villamayor y esto le hizo pensar qué cantidad de cálculo había en su simpatía; quizá no mucho, quizá nada, pero... Pero en Rafael había una componente de lo que ella y Sonsoles llamaban, medio en broma medio en serio, «guapo tenebroso»; que era una imagen hecha, de corte novelesco más bien.

En cualquier caso, sabía que volverían a verse, que sería pronto y que no le disgustaba nada la idea.

El caso de Tomás Pardos era uno de los asuntos más disparatados que cayeron en manos de Mariana de Marco como Juez. Tomás era un viajante que se desplazaba de continuo no sólo por la provincia sino por toda la cornisa cantábrica de un extremo al otro extendiendo sus actividades desde la margen derecha del río Miño, que hacía frontera con Portugal, hasta la margen izquierda del Bidasoa, que hacía frontera con Francia. Tomás Pardos, que viajaba en berlina nacional y no soltaba un coche hasta que lo apuraba al máximo, había concertado un seguro a todo riesgo con una compañía del ramo especializada en seguros del automóvil sobre la berlina que acababa de adquirir tras vender la anterior para chatarra. Suscribió tal seguro porque tenía costumbre de hacerlo a todo riesgo, al menos hasta cubrir los primeros setenta y cinco mil kilómetros; después, si el coche aguantaba bien, iba reduciendo la cobertura a medida que aquél perdía valor en mercado hasta quedarse solamente con el seguro a terceros y el de responsabilidad civil, obligatorios.

A principios de año, apenas estrenado el coche, tuvo su primer percance en mucho tiempo: cuando se desplazaba por una sinuosa carretera comarcal entre montañas camino de Infiesto, una vaca se desprendió de la ladera donde estaba pastando y cayó sobre el capó del coche provocando un accidente que estuvo a punto de acabar con la vida de la vaca y la de Tomás. Ambos se repusieron, lo que resultaba particularmente milagroso en cuanto a la vaca, pues Tomás salió ileso aunque no así el vehículo. El seguro se hizo cargo de la reparación del vehículo y de proporcionar un automóvil a Tomás, que lo necesitaba por razón de su oficio de manera imperativa. Dos meses más tarde, cuando viajaba en la berlina ya reparada, una vaca le salió al encuentro al

atardecer a una larga recta cercana a Corrales. La niebla había empezado a cerrarse y aunque él llevaba los faros antiniebla prendidos, marchaba a una velocidad razonable y conducía —según sus palabras— con extrema precaución, no pudo evitar el encontronazo con el animal que surgió como un fantasma de entre los árboles e invadió la calzada a la carrera. Tomás frenó, el animal plantó las patas en el asfalto y esperó resignado el choque que finalmente se produjo. En la aseguradora torcieron el gesto y empezaron a dudar de las cualidades de Tomás Pardos como conductor, pero se hicieron cargo de la reparación aunque ya no volvieron a poner un coche a su disposición, lo que le costó un buen pellizco a Tomás, que necesitaba desplazarse continuamente por razón de su trabajo. Desde ese momento se estableció un mutuo recelo entre compañía y conductor que quedó en expectativa de resolución.

Tomás Pardos era hombre práctico y decidido. Encabezaba una familia compuesta por su mujer, cuatro hijas y un hijo y era de muy humilde procedencia campesina, recto a la manera que puede serlo un comerciante, luchador y tozudo. Tenía don de gentes, amigos y conocidos en todas partes y suficiente labia y fama de cumplidor como para no perder clientela. Nunca dejó de abastecer a nadie ni falló en un trato; él funcionaba lo mismo que el filete de una hélice engrana entre los dientes de una rueda, de modo que la rotación de su esfuerzo producía el movimiento que llevaba el artículo del proveedor al cliente con el debido y medido impulso; y si la maquinaria fallaba, la ancestral confianza en el arreglo de última hora, cabalgando entre la providencia, el azar y la rapidez de reflejos, al viejo estilo español, resolvía el conflicto *in extremis*. Era, por tanto, hombre de recursos y de evidente capacidad de trabajo. Pero, con todo, nunca se había visto en una situación semejante a la que le aquejaba a costa de las vacas y, poco a poco, empezó a observarlas con recelo en el campo y a mirar a derecha e izquierda de la carretera tanto como al centro de la calzada en cada uno de sus desplazamientos. «Las vacas son los animales más tontos del mundo en carretera —decía a quien quería escucharle— porque siempre se colocan del lado por el que intentas adelantarlas».

A Mariana de Marco, que tenía una relación con las vacas propia de una

zona lechera, le hizo gracia el comentario por lo acertado, pues ella misma había conducido a paso de vaca tras alguno de los muchos rebaños que los vaqueros sacaban a la carretera rumbo a algún prado cercano. Había gente que sabía meter el morro del coche entre ellas con verdadera destreza y se abría paso en seguida y otros que se armaban de paciencia a la espera de que el vaquero las apartase corriéndolas con el palo. En cambio, accidentes como los que afectaban a Tomás eran del todo desacostumbrados. Y tres meses después del segundo, Tomás Pardos apareció por la aseguradora con su carpeta de documentos bajo el brazo y se puso a la cola de partes de accidente mientras los empleados que atendían al público le observaban con inquietud.

—¿Qué? No se habrá vuelto a estampar contra una vaca —preguntó el empleado con una sorna no exenta de prevención cuando Tomás se sentó ante su mesa.

—No se lo va usted a creer... —empezó a decir Tomás.

Visiblemente afectado, contó cómo yendo por una carretera de montaña se disponía a atravesar un breve túnel cuando, en el momento en que encendía las luces de cruce para adentrarse en él, una vaca saltó al vacío y cayó a plomo sobre el maletero del coche dejándolo cruzado en la calzada. Con gran presencia de ánimo consiguió salir al exterior, descubrió que el maletero estaba atascado y no podía extraer de su interior los triángulos rojos de avería y con las mismas echó a correr, saltó sobre la vaca y llegó a tiempo de detener al primer coche que venía en su dirección para evitar que se estrellase contra el animal y para pedir ayuda.

—Usted tiene un problema que sobrepasa todas nuestras expectativas respecto a la cobertura del seguro de accidentes en carretera —dijo el empleado mirándole con gesto de sospecha.

Tomás apretó los dientes y sólo la conciencia de su insólita situación le hizo contener el comentario que ya asomaba a su labios, según contó a su abogado. El caso es que el empleado tomó nota de los detalles y al día siguiente, el representante de la aseguradora citó a Tomás en su despacho para decirle que la compañía se veía obligada a resolver unilateralmente el seguro de accidente en vista de la contumacia del asegurado en repetir la experiencia. Tomás tuvo un estallido de furia que sólo pudo apagar el gesto

de terror que se pintó en el rostro del representante mientras retrocedía hacia la pared sin despegarse de la silla; el gesto fue tal que afectó por reflejo a Tomás y lo ayudó a calmarse. Tras unos segundos de tregua, la protesta continuó dentro de límites razonables, hasta que el representante, probablemente harto de discutir el asunto y envalentonado al observar el aplacamiento de su cliente, comentó que ni siquiera considerando que el último de los accidentes hubiera sido provocado por una vaca suicida que decidió tirarse al vacío al paso del automóvil objeto del seguro dejarían de cancelarlo.

Nunca lo hubiera dicho: Tomás Pardos se levantó bruscamente, dirigió una mirada fulminante al joven descolorido que se había atrevido a dirigirse a él con semejante descaro y le anunció que se encontraría con él y con su empresa en los tribunales.

—Yo hubiera estado dispuesto a llegar a un arreglo —declaró Tomás a su abogado— pero que encima de todo lo que me ha pasado se cachondeen de mí diciendo que era una vaca suicida es más de lo que yo estoy dispuesto a aguantar. Uno ha soportado mucho en esta vida, porque cuando naces pobre es lo primero que aprendes, pero aguantar que se rían de un trabajador que se deja el alma y el cuerpo por esos caminos plagados de vacas para alimentar a su familia... hasta ahí hemos llegado.

Por más situaciones pintorescas que hubiera contemplado a lo largo de su corta carrera, nunca hubo de hacer la Juez de Marco un esfuerzo tan trabajoso por no romper a reír al repasar los autos. Y, sin embargo, no era una risa que le produjera satisfacción, todo lo más se trataba de un pequeño desahogo a causa de lo chusco de la situación; pero detrás de la chuscada, como de tantos otros avatares netamente hispanos que ella reconocía sin vacilar, se encontraba un personaje ofendido y abatido a partes iguales; con toda probabilidad, un hombre de trato y negocio directo basado en la garantía personal, que se buscaba la vida duramente y al que a cuenta de una desgracia grotesca, que debería provocar esa tolerancia que debe acompañar al humor, se sentía humillado en su trabajo y en su dignidad por una empresa que él había contratado para que lo protegiera. Otra cosa era el cumplimiento de un contrato en el que, a primera vista, la aseguradora parecía haber actuado de

acuerdo a la letra.

La Juez Mariana de Marco, que nunca permitía que sus ideas acerca del mundo y de la sociedad en la que vivían todos interfirieran en sus funciones, no dejaba de sentir una lejana simpatía por el hombre que se encontraba en tal situación. «Finalmente —pensó—, los individuos siempre se las ven negras frente a las corporaciones. Eso los hace más humanos y más cercanos, lo que te obliga a andar con mucho tiento para no mezclar la aplicación de la ley con los sentimientos de la gente».

Vanessa Terón Fernández, sobrina de Carmen Fernández, estaba distraída aquella mañana. Vanessa trabajaba en una agencia inmobiliaria dedicada a la venta de pisos y chalets unifamiliares. Ubicada en Villamayor, cubría toda la provincia y empezaba a extenderse a alguna de las zonas limítrofes, a lo largo de la costa. Vanessa no necesitaba trabajar de manera imperiosa porque sus padres vivían en una situación holgada y disponían de propiedades, pero al haberse integrado el padre en varios de los proyectos inmobiliarios de la zona, éste la animó a trabajar con uno de sus socios, que era también propietario de la agencia; así todo quedaba en casa y Vanessa obtenía un sueldo a cambio de aportar presencia y don de gentes a una agencia que necesitaba de cierto refinamiento en su imagen a medida que la demanda se iba encareciendo. La idea de que todo, o lo más posible, quedara en casa era consustancial a cualquier negocio en la mentalidad mayoritaria de los paisanos del lugar, de manera que Vanessa, terminado su bachillerato y después de andar zascandileando de acá para allá sin una ocupación en particular, acabó haciendo estudios de Turismo, más por matar el tiempo que otra cosa y no estar todo el día mano sobre mano esperando el fin de semana; la formación recibida le valió para desenvolverse en el reino de la agencia; allí atendía clientes en el local y también, según los casos, se ocupaba de acompañarlos a visitar las viviendas.

La muchacha se encontraba en una urbanización de chalets pareados en proceso de construcción. Estaba ante el chalet piloto al pie del prado que, por delante de ella, se alejaba un par de cientos de metros y terminaba abruptamente sobre el mar aunque luego, a su derecha, la tierra descendía con más suavidad en ladera hacia una playa que habitualmente cubría la pleamar.

El día era luminoso aunque el cielo se estaba cargando de nubes que venían del oeste con el viento. El viento le alborotaba el cabello y por un instante salió del motivo de su abstracción para decirse que el viento, en un promontorio como aquel en que se encontraba, era más bien un inconveniente.

Miró alrededor y la vista de los materiales desperdigados sobre el suelo junto a los esqueletos de los chalets en construcción, el cascote, los palés de ladrillos, los sacos de arena, los carretillos volcados y sucios de cemento, la hormigonera... todo daba una sensación de devastación poco estimulante. «Y encima, el viento —pensaba—. Con lo bueno que es trabajar sobre casas terminadas». Su tía le reprochaba que vendiese aquellos chalets tan pegados a la costa y en alto, abiertos a vientos y borrascas, que en un par de años estarían hechos polvo por la erosión y la humedad y donde no se podía plantar un mal arbusto que resistiese por su cuenta. «Pero ¿es que no tienen ojos? —decía, refiriéndose a los compradores—, ¿es que no ven lo que crece alrededor, o sea lo que *no* crece?».

—Eso es cosa suya —contestaba Vanessa sin inmutarse—. Que no se los compren si no les gustan.

—Y ¿cómo van a saber si les gustan o no si nadie les advierte de dónde se meten?

—Mira, tía, ya son mayores, ¿no? Pues será que les gusta tener el mar delante... ¡yo qué sé! Es su dinero, ¿no?

—No, si yo lo entiendo —decía Carmen—, tampoco te van a contratar para que digas que son una engañifa. Pero hay trabajos, hija...

Vanessa se irritaba al recordar este punto porque intuía que su tía no dejaba de tener razón, pero ahora eran más inmediatos el fastidio del viento, que dejaba al descubierto una de las precariedades de la urbanización, y el retraso de los clientes a los que estaba esperando desde hacía ya veinte minutos. Y más aún si resultaban ser unos pelmazos de esos que vienen con todo: la suegra, los niños, los cuñados, un amigo... Se le iba a hacer tarde, tenía cita y estaba a una hora de Villamayor. El viento aumentaría, las dudas y las preguntas también, las nubes no tardarían en filtrar la luz. Un día de sol, con brisa y el mar en calma ponía a todos, clientes y vendedores, de buen

humor y no era raro que acabasen tomando una cerveza en el Arucas de San Pedro aunque no se decidieran aún, una cerveza que los acercaba más a la compra, que los devolvía a casa a hacer cuentas satisfechos y casi convencidos. Pero esta mañana y con el tiempo corriendo para mal por doble motivo, el escenario y la cita...

Y, además, que la gente no es tan inocente, como decía su padre. Sí, la tía podía tener razón, porque la tía era una legalista, como decía su padre, pero la vida no se arreglaba al pie de la letra ni con esas buenas intenciones que al final no te perjudican más que a ti. ¿Usted busca esto?: aquí tiene esto. A ver si iban a ser unos ángeles todos los que venían a buscar su chalet, con esas pintas. ¡Pues anda que habría que ver de dónde sacaban ellos el dinero que metían aquí! Porque ella, lo que vendía, era lo que se anunciaba, ni más ni menos. Y, además, éstos no eran de los chalets que estaba haciendo su padre.

Volvió a pensar en la cita y se distrajo de nuevo. A pesar de todo, el día era grato y no hacía frío. Un ruido de coche se aproximó lentamente. Vanessa se giró en su busca. El coche se detuvo al otro lado del chalet piloto, jadeó y después se abrieron las cuatro puertas para dar paso a una familia entera, que avanzó hacia Vanessa. Las cuatro puertas quedaron abiertas. Vanessa se dirigió a ellos, sonriente y con la mano extendida.

—¡Creí que se habían perdido! —gritó.

—Na, que mi cuñado se ha empeñado en enseñarnos el pueblo de su madre al venir.

—Y tú en comprar el orujo, mira éste —protestó el cuñado.

Vanessa saludó a las mujeres mientras los niños se dispersaban entre los cascotes y el material y los animó a entrar en el chalet piloto haciendo de tripas corazón. No era que le disgustase su trabajo, ni siquiera cuando le llegaba gente quisquillosa y dubitativa porque eso le hacía crecerse. El problema estaba en Villamayor, en la cita con Rafael para el aperitivo porque la hora se le iba a echar encima y la familia tenía aspecto de instalarse en el chalet piloto hasta la hora del almuerzo.

Si no, le llamaría por el teléfono móvil para encontrarse directamente en el restaurante; pero el aperitivo era tan divertido siempre que le daba mucha pena perderlo.

Carmen se dijo que, ciertamente, Teo era un mozo bien guapo. Lástima que la tonta de su sobrina lo hubiera dejado, aunque nunca han de perderse las esperanzas. ¿Acaso no podía cometer Rafael un desliz que lo dejase al descubierto ante Vanessa? Claro que lo peor sería que el desliz lo cometiera ella porque eso sí que tendría mal arreglo: malo si se casaban y malo si no se casaban. ¿Usarían condón? Carmen no concebía que no lo estuvieran haciendo, «Y este infeliz —se dijo mirando a Teodoro— seguro que sólo hizo de acompañante con ella, claro que —continuó pensando mientras sorbía su cerveza— éste no es de los de condón sino de aquí te pillo, aquí te mato. Con ese buen carácter que tiene no debe haber visto un preservativo más que en el cine».

Carmen era de esas personas que no perdonan el aperitivo y allí estaba sentada en la terraza del Arucas con Teodoro, que había ido a recogerla a la salida del Juzgado. Carmen no cesaba de maquinarse actuaciones que condujeran a desalojar a Rafael Castro de la vida de su sobrina, pero en seguida comprendió que sus planes no podían pasar por la reanudación de relaciones entre Vanessa y Teo. En primer lugar, porque en punto a seducción Teo era un pedazo de madera al lado de Rafael; en segundo lugar porque el propio Teo, que parecía haber bebido los vientos por ella tan sólo un año atrás, ahora se desprendía de manera explícita de cualquier insinuación acerca de los encantos de Vanessa. Los tanteos de Carmen rebotaban en una inmovible determinación, lo cual no dejaba de sorprenderla pues, en cambio, aceptaba su compañía con verdadero agrado. Sin duda estaba aún herido por el desdén de su sobrina; además, la herida era doble: la de la mujer y la del amigo.

—Por cierto —preguntó Carmen—. ¿Vosotros erais amigos o qué?

Teodoro se revolvió en la silla.

—Él era el jefe —dijo tras unos segundos de silencio.

—Ya, pero era una relación bastante amistosa, ¿no? —precisó Carmen.

Teodoro se tomó otros pocos segundos de reflexión.

—Era —contestó como al desgaire. Luego se volvió sonriente hacia Carmen—: Lo pasado, pasó, ¿no es eso lo que dicen?

—Pues sí —contestó dubitativa Carmen mientras buscaba otra puerta que abrir a la conversación que estaba buscando. Porque, en su opinión, era imposible que Teodoro no supiera mucho más de lo que le decía respecto a quién y cómo era Rafael. Lo había conocido cuando era un don nadie, lo había seguido en su ascensión, se había detenido en ese seguimiento cuando pasó al trato con la gente más empingorotada, había estado a sus órdenes y luego el otro le birló a la novia... Carmen, de pronto, tuvo la súbita revelación de que, en realidad, Rafael le había quitado la novia a Teodoro para imponerse y también para vengarse. Al que fue medio criado de su tío se le debía hacer la boca agua cada vez que coincidía con Vanessa del brazo de Teodoro. Habían salido mucho juntos durante una temporada, Teodoro asentado en su trabajo y el otro pendiente de la herencia. ¿Se habría insinuado ya entonces a Vanessa?; porque otro atractivo no, pero planta sí que tenía, mucha más que Teodoro, que era un guapo rústico. Ah, no —pensó—, se debió quedar con las ganas porque no le convenía quedarse sin apoyo y, probablemente entonces, sin mujer. Claro que toda esta reflexión la obligaba a considerar también el hecho de que su sobrina parecería una interesada en tal caso. Y quizá lo fuera —reflexionó Carmen— porque esa niña está demasiado acostumbrada a todos los lujos que le han dado por ser la única hija y por tocarle vivir una época en la que hay dinero y hay de todo para comprar. En los quince años que nos llevamos la una a la otra las cosas han cambiado mucho.

En todo caso, ese robo alevoso le iba bien al carácter de Rafael. Carmen recordaba muy bien el día en que Vanessa le presentó a Rafael. Ya estaba advertida de la relación y, aunque no le gustaban los rumores acerca de la intervención del hombre en la muerte de su tío, tampoco estaba dispuesta a

darles crédito, conociendo como conocía la olla donde borbollaban. El encuentro se produjo por casualidad, en el mismo San Pedro, en el Paseo, y Carmen quedó impresionada por el porte del hombre porque, debido a las noticias que tenía de que doblaba en edad a su sobrina, había imaginado a un tipo ya de retirada, escaso de pelo y más bien desatotado. También se dio cuenta de que era mucho más que su sobrina en todo: trato, educación, mundanidad, temple... pero eso tampoco era malo, ya aprendería ella. Fue un primer encuentro del que tan sólo salió dudando acerca de la conveniencia de que una muchacha tan joven y de escasa experiencia se embarcase en el matrimonio con un hombre hecho y derecho y tanto mayor que ella. «A lo mejor soy una antigua —le comentó después a su hermana—, pero estas diferencias de edad no son sanas».

Sólo más tarde comprendió el peligro, cuando tuvo ocasión de ver el Mal en los ojos de Rafael. No era una ridícula palurda capaz de creerse cualquier cuento y, por lo tanto, cuando le dijo a Mariana de Marco que el Mal anidaba en el corazón de Rafael Castro le sentó como un tiro que ella se lo tomara como un reflejo de atavismo pueblerino. Una cosa es ser malo, incluso malvado, y otra es llevar el Mal dentro porque esto último es lo mismo que haber vendido el alma y, por más que su disimulo fuera casi perfecto, era inevitable que se traicionase como se traicionó el día en que, aprovechando que se encontraron en una esquina de la plaza del Ayuntamiento de Villamayor y después de que él la saludara amablemente, pero con una media frialdad que anunciaba que ya sabía de sus reticencias sobre la boda, ella se atrevió a comentarle algo acerca de una dilación temporal del asunto y entonces él, clavando en ella una mirada quemadora que la hizo retroceder dos pasos, le espetó, escupiendo las palabras como si salieran de la misma ascua de los ojos, que se apartase de su camino si no quería ir a parar al fondo del río.

Carmen quedó paralizada primero y, apenas se repuso del golpe de miedo y él hubo desaparecido, sintió una humillación tan grande por haber retrocedido dos pasos ante el otro que estuvo a punto de salir corriendo tras él, pero ya no estaba allí y ella sí y aún temblaba. Sin embargo, no fue ésta la pieza de convicción definitiva, sino que hubo de esperar veinticuatro horas.

Al día siguiente los encontró a los dos, a Vanessa y a él, en San Pedro, cogidos del brazo, sonrientes, descarados; y cuando se le subió la sangre a la cabeza y, apenas conteniéndose, reprochó a su sobrina lo que su prometido le había dicho el día anterior, éste puso cara de ángel y lo negó con la más exquisita educación, con el más refinado fingimiento. Y ahí fue, en esa mirada comprensiva y compasiva que él componía delante de Vanessa y que se helaba a medida que se adentraba en ella, donde Carmen reconoció sin duda alguna la doblez del Mal. «Hielo y fuego: los dos queman», dijo como quien deja en el aire una contraseña misteriosa al separarse bruscamente de la pareja dejándolos plantados.

—La verdad es que yo conocí a Rafael de casualidad —dijo Teodoro de pronto, sintiéndose apremiado por Carmen sin saber cómo—. Cuando se quedó él solo en la tienda dos o tres días, ya no me acuerdo bien. Le eché una mano. Era mucho hasta para los dos.

—¿Quieres decir que os conocisteis así, por las buenas? —preguntó Carmen sorprendida.

—Sí. Yo le conocía de vista y él también; pero entré, me dijo que si le echaba una mano y, bueno, pues eso.

—O sea: que te medio contrata, vamos a decirlo así, sin más ni más.

—Sí —contestó lacónicamente Teodoro.

—Y él de recién llegado o casi.

—Casi —dijo Teodoro.

—Pues no es muy normal —insistió Carmen.

Teodoro esperó unos segundos en silencio.

—No —dijo al fin—, normal no es. Pero así fue —añadió después.

Carmen se lo quedó mirando con perplejidad.

—¿Y el viejo? —terminó por preguntar.

—En el hospital.

—¿Qué pasa? ¿Estaba enfermo?

—Le operaban de la nariz.

—¿Por qué?

—Porque no respiraba bien. Me parece que tenía el tabique nasal, ¿se dice así?, desviado.

—Pero eso es cosa de unos días.

—Pues sería. Yo creo que volvió al cuarto día, pero no me acuerdo bien.

¿Por qué me lo preguntas? ¿Es que es importante?

—No —Carmen titubeó; luego añadió—: Nunca se sabe, ¿no?

Teodoro la miró con una sonrisa generosa que a ella le gustó.

Mariana se encontró una mañana al capitán López, de la Brigada Especial de la Guardia Civil, en el Juzgado y le invitó a compartir un café de la máquina. Sentados en el alféizar de uno de los ventanales con el vaso de plástico en la mano cada uno, le relató la historia de Tomás Pardos y la compañía aseguradora.

—En estos sitios pasan cosas que no te las acabas de creer nunca —dijo el capitán, y le contó la historia de la pareja de hipopótamos que escapó de un zoo relativamente cercano y se refugió en el establo de un paisano, el cual, al escuchar el movimiento del ganado que tenía allí estabulado, bajó en plena noche a ver qué sucedía y se encontró con los dos animales. Lo verdaderamente gracioso fue que tras llamar al cuartelillo para decir que había un par de hipopótamos en el establo, lo mandaron a dormir la mona. Tuvo que vestirse y llegarse al cuartelillo mismo para demostrar que estaba sereno; y entonces empezó la captura de los bichos a campo traviesa, pues a pesar de su aspecto macizo corrían que se las pelaban.

Mariana se secó las lágrimas después de haber reído a gusto.

—¿Y cómo los cazaron, a lazo? —preguntó con el pañuelo aún en la mano.

—Pues parece que, al acosarlos, volvieron ellos solos al redil. Y menos mal porque, efectivamente, a ver cómo reduces a un animal de ese calibre. Y el encargado declaró después que si se habían ido sería por capricho porque tal y como los tenía atendidos no podían quejarse de nada.

Mariana volvió a soltar la carcajada.

Había trabajado con el capitán López en un caso de asesinato dos años atrás y luego habían vuelto a encontrarse en alguna ocasión por razones de

trabajo. A Mariana le gustaba la profesionalidad y el carácter del capitán, que pertenecía a una nueva generación de guardias civiles en la que la técnica y la formación habían sustituido al pintoresquismo y la fama de bruto de que había gozado el cuerpo en los años del franquismo. *Tienen, por eso no lloran, / de plomo las calaveras*. De pronto aquellos dos versos de Lorca acudieron a su mente y se quedó estupefacta porque de inmediato visualizó el bar de la Facultad de Derecho donde un estudiante, cuyo nombre no recordaba pero al que reconocía perfectamente, recitaba de corrido el «Romance de la Guardia Civil Española». *Con el alma de charol / vienen por la carretera*. Sonrió desde la memoria hasta que la sonrisa afloró a los labios.

—Bueno, yo tengo que cumplir con mis obligaciones —dijo el capitán empezando a despedirse.

—Estaba recordando —dijo Mariana— un tiempo en que éramos enemigos.

—¿Enemigos? —dijo el capitán sinceramente asombrado.

—Usted y yo no, capitán. El cuerpo y yo con mis amigos. En los tiempos de la Facultad ya éramos demócratas unos cuantos y eso no estaba muy bien visto todavía.

—¡Ah! —exclamó el capitán López, aliviado.

—Y ahora —prosiguió Mariana— aquí estamos codo con codo. Lo cual me recuerda otros versos de Lorca:

*El juez, con guardia civil,
por los olivares viene.*

—Eso sí me suena —bromeó el capitán.

—Usted y yo, como en el verso de Lorca. Ya ve las vueltas que da la vida.

—Bien dadas estarán, digo yo —comentó el capitán llevándose la mano a la gorra como saludo—. Bueno, pues yo sigo a lo mío, porque aún estoy de servicio. A sus órdenes —dijo a modo de adiós.

Mariana le despidió agitando la mano, se acercó a la máquina

expendedora de bebidas en busca de la papelera y luego se dirigió a los servicios, aún con la sonrisa en los labios, para lavarse las manos. Estaba a punto de entrar en ellos cuando una iluminación repentina acudió a su rostro. Buscó la figura del capitán López que se alejaba y lo llamó mientras corría tras él.

—¿Sucede algo? —preguntó el capitán, sorprendido.

—No. Nada importante. Es... sólo una cuestión de curiosidad, es decir, si usted tuvo algo que ver con lo que le voy a preguntar.

—Usted dirá.

—Verá... ¿Recuerda usted un caso aquí en Villamayor de un anciano apellidado Castro que murió asfixiado por emanaciones de una bombona de gas butano que se había dejado abierta?...

—Una cocina, ¿verdad? —dijo el capitán haciendo memoria—. Se había dejado abiertos los quemadores de la cocina...

—Exacto. Dígame. ¿Fue un suicidio?

—No me atrevo a asegurarlo, creo recordar que no.

—El Juez dictaminó muerte por accidente, así que debía de haber alguna clase de indicios.

—Pues yo creo que no —dijo el capitán—. Lo que pasa es que, si no recuerdo mal, se resolvió con archivo por probable accidente o suicidio, nada más. No sé por qué, quizá por si algún día había que reabrirlo.

—¿Y quién iba a querer reabrirlo? —preguntó, sorprendida, Mariana.

—Ni idea.

—No acabo de entender, es como si alguien dudase. ¿Quién o qué es lo que sostiene esa duda?

—Tampoco sé nada. Yo estuve en el lugar de autos con el Juez y luego me limité a estar presente en las diligencias.

—Qué raro —dijo Mariana, meditabunda.

El capitán la sacó de su ensimismamiento.

—¿Desea algo más?

—Oh, perdóneme, estaba en otra cosa. Gracias por su información. Es todo.

Se quedó en mitad del pasillo, pensando. La decisión del Juez la dejaba

perpleja. Tuvo que haber alguna duda para que el Juez cerrase el asunto dejando una puerta abierta. ¿Quién y para qué querría abrir esa puerta? La declaración de muerte accidental a quien favorecía sobre todos era a Rafael Castro, con lo que habrían cesado las habladurías. Tampoco recordaba que hubiese ningún seguro de vida de por medio, lo que quizá hubiese explicado el interés de quien fuera, muy probablemente una compañía de seguros, por abonar la teoría del suicidio; pero sin seguro... Mariana reconocía que ahora le picaba la curiosidad; tanto que decidió revisar con más atención el expediente.

Aquella tarde Mariana volvió a las tantas a su casa debido al atasco de trabajo que tenían en el Juzgado. Le desesperaba ver los montones de autos que aguardaban turno y no veía solución. O a todo el mundo le estaba dando por pleitear, o la vida estaba cada vez peor organizada. Bien poco podían hacer los justiciables aparte de esperar y bien poco podía hacer ella aparte de darse aquellos atracones de trabajo; pero la solución no era lo uno ni lo otro y entretanto muchos de esos asuntos se estarían enconando o distendiendo u olvidando mientras llegaba el día en que habría que despertar al conflicto. Y a veces, cuando le invadía el desánimo, pensaba también qué dramas humanos se podían esconder detrás de alguno de aquellos procedimientos que quizá tuvieran consecuencias ya irreparables cuando fueran resueltos. Pero así eran las cosas.

Llegó a su casa y no tenía ganas de cenar. Echada en el sofá, hojeaba distraídamente el Hardy como si no se decidiera a meterse con él. La historia de Tess le producía una fuerte impresión. Tenía a Hardy por uno de los más grandes. Él y Conrad eran para ella los guardianes de la línea fronteriza que separaba la novela del XIX de la del XX, el segundo con más de medio cuerpo en el XX y el primero mitad y mitad. De los dos, su preferido era Hardy. Las desventuras de la pobre Tess no le parecían tan lejanas, sin embargo: el mundo rural había evolucionado mucho menos aprisa que el urbano y ese lastre pesaba en demasiados lugares de España; en el mundo de Tess, el instinto mandaba sobre toda razón con la característica brutalidad de esa forma de vida primitiva que sólo acarrea destrucción en los espíritus puros y sin doblez; la rebelión de la pobre Tess a las leyes del hombre rural la acercan al castigo y la alejan, paradójicamente, de las de la Naturaleza; así, el

destino de tales seres es el sufrimiento; un sufrimiento al que la muerte convierte en tragedia. En otros lugares, en cambio, en Villamayor sin ir más lejos, de la España profunda unas veces sólo parecía quedar el atavismo y otras veces tomaba cuerpo allí, en la misma sala del Juzgado, como si el tiempo avanzara y retrocediera a capricho. La de Villamayor tenía el aspecto de ser una sociedad más enraizada en unas costumbres acordes al modo de vida moderno que en el cerrilismo propio de un carácter rústico; éste se batía en retirada, pero aún se escuchaban sus gruñidos de fiera al recular hacia lo profundo del alma, como diría un esteta. Y mientras pensaba en todo esto se le ocurrió que, sin embargo, cuanto le estaba sucediendo por intermedio de Carmen Fernández era más antiguo que Hardy, pertenecía a la primera época victoriana: la sobrina inocente, el libertino, la tía leal y valerosa, la boda en perspectiva, los padres... y ella misma, sólo que en la época victoriana sería un Juez y no una Juez quien se viera implicado en la trama. Probó a encajar a Rafael Castro en Hardy y no encajaba, pero sí era asumible —aunque tendría que ser tan malo como Carmen pretendía— en una novela de Wilkie Collins. El pobre Hardy tuvo que abandonar la novela debido al acoso que sufría por parte de los lectores bienpensantes y al desprecio y el hartazgo que le producían a él. La sociedad de su tiempo no estaba dispuesta a mirarse en el espejo de Tess o de Jude. Hardy debió pensar aquello de que no se pueden echar margaritas a los cerdos y se largó al campo a escribir poemas. En cambio, ella, urbanita, se había venido al campo —o al medio campo, para ser más exactos— empujada por la necesidad, por diversas necesidades en realidad, todas ellas atenuadas a su vocación de jurista y a asuntos relacionados con su humanidad personal. Sin embargo, no sería capaz de establecer prioridades salvo, quizá, una que no le gustaba como primera, pero que encabezaba con mucha más definición que las otras su elección: cerrar definitivamente una relación matrimonial de la que se había librado en lo espacial, mas no en lo temporal porque el rencor no se había apagado del todo. O acaso no fuera rencor sino una exigencia de justicia —en ella, la jurista— que tenía que ver con la vida. Pero justicia y vida son piezas de distintos rompecabezas y mientras siguiera empeñada en juntarlas sobre un mismo tablero, el juego seguiría estancado y pendiente. Eso le había dicho

alguien en cuyo juicio confiaba, pero no alcanzaba a discernir, por más certero que pudiera ser el diagnóstico, si ella lo tomaba como una puerta de salida o como una trampa en la que estaba pillada.

«Ya estás otra vez dándole vueltas al coco —se dijo—. ¿De dónde habré sacado yo esta costumbre? ¿De la soledad?». Antes era más bien extrovertida y charlatana y poco dada a reconcentrarse en intensas meditaciones. La concentración la reservaba para el estudio o para el trabajo, pero fuera de ellos prefería divertirse al máximo. Quizá era el matrimonio lo que había aportado la ración de amargura necesaria para dar vueltas y más vueltas a la cabeza en busca de una explicación satisfactoria o que al menos la reconciliase consigo misma ya que difícilmente lo haría con su experiencia. O a lo mejor era esa misma búsqueda de explicación, tan inútil como insistente. Por eso.

¿Cuál era su futuro? En lo profesional, Mariana confiaba en que su próximo traslado fuera a un Juzgado de lo Penal, para lo cual se estaba preparando concienzudamente y, si tenía suerte, quién sabe, hasta podría ser en una Audiencia Provincial. Al fin y al cabo, su experiencia era considerable y si no lo conseguía en un primer paso, lo lograría en uno segundo; y confiaba en ello porque confiaba en su vocación tanto como en su preparación y en su pasado como penalista en el bufete. En este punto torció el gesto. ¡Otra vez el bufete! ¡Otra vez el recuerdo! ¡Otra vez el rencor! Agitó la mano como quien se desprende de una presencia molesta y en ese momento descubrió que tenía *Tess of the d'Uberilles* entre las manos, abierto por cualquier página.

Carmen Fernández levantó la vista y se encontró con la figura de Tomás Pardos delante de su mesa.

—¡Hombre, Tomasín, tú por aquí!

Tomás asintió con aspecto de hombre abrumado por una pesada carga moral y, sin decir palabra, tomó asiento ante ella.

Era un hombre de corta estatura, ancho de cuerpo, con escaso pelo, ojos que parecían saltones aunque sólo eran grandes y una gruesa nariz que subrayaba su aspecto de campesino reciclado en la ciudad. La impresión que dejaba en la mayoría de la gente con la que trataba era la de ser un tipo directo y cumplidor, sin un pelo de tonto, aunque quizá la suya fuera esa clase de astucia de asiento rural que engaña sin mentir. Sentado en la silla al otro lado de la mesa donde trabajaba Carmen, su seriedad —porque era hombre de muy buen trato, pero serio— parecía haberse acentuado y concentrado en un rostro abrumado y retraído.

—Tomás, hijo, que parece que te ha dado un aire.

—Ojalá fuera eso —respondió Tomás con pesadumbre—. Ojalá.

Tomás vivía en Villamayor, precisamente en la casa que había sido del viejo Castro y que le compró a su sobrino por un buen dinero y una hipoteca que le venía pesando más que el resto de la familia porque, para afrontar la primera y mantener a la segunda se veía obligado a trabajar a cualquier hora del día o de la noche en que se pudiera tomar y atender un pedido. Y no estaba arrepentido, sin embargo, porque la casa, en poco más de un año, ya valía más de lo que pagó por ella. Tomás era un hombre de origen muy humilde, que había andado por el mundo con una mano delante y otra detrás, sin esperanza de recibir nada por herencia y teniendo que ganárselo todo a

pulso, desde los primeros calzones hasta el automóvil con el que se recorría la cornisa cantábrica. La casa era su primera propiedad y en ella confiaba para dejarles algo a los hijos y que no penaran como hizo él detrás de cada peseta.

—Pero, hombre, ¿de qué te quejas?; si con ese espíritu que tú tienes los vas a dejar instalados como reyes.

—Anda y calla, que no estoy yo para bromas.

Carmen lo miró intrigada.

—Pues ¿qué te pasa? —preguntó.

—Te lo cuento si me prometes que no te cachondeas de mí.

Carmen asintió muy seria y Tomás Pardos se puso a contarle sus problemas con la compañía de seguros y la demanda que había presentado. A medida que avanzaba él en su relato, ella tuvo que hacer un serio esfuerzo para no romper a reír. Sin embargo, cuando el progreso del relato se fue uniendo a los gestos cada vez más suplicantes de Tomás reclamando compasión, Carmen no pudo más y se echó a reír a mandíbula batiente ante la consternación de un Tomás desesperado que se desmadejó en la silla.

—Esto es lo único que consigo, que la gente se ría. Pero ¿por qué carajo me habrá caído encima esta desgracia? ¿Y qué hago yo en el juicio si todo el mundo se descojona de risa cuando tenga que volver a contarlo?

Carmen, ahogada y convulsa y lagrimeando, boqueaba en busca de aire para intentar decir alguna palabra a Tomás; una al menos, que le transmitiera que si la risa era insuperable, al menos había un punto de comprensión en ella, un deseo si no de tomar en serio el asunto, lo que por el momento resultaba imposible, sí al menos de contener la hilaridad que la privaba del uso del habla; y esto era lo que intentaba conseguir sin éxito mientras en su cabeza se reproducían imágenes de vacas rebotando en el coche de Tomás.

—Toda una vida —se lamentaba abrumado Tomás, hablando consigo mismo—, toda una vida sin faltar un solo día a mis obligaciones, inclusive los pagos del seguro, que no son poca cosa, para que ahora me dejen tirado como una colilla. Y es que no hay justicia en este mundo —concluyó—, no hay justicia ni decencia y, sobre todo, lo que no hay es humanidad.

Carmen consiguió que pasara un poco de aire por su garganta, se puso en

pie para aliviar el cuerpo de los espasmos y a duras penas empezó a hablar.

—Hijo, Tomasín, es que estas cosas sólo te pasan a ti.

—¿Y qué? ¿Acaso voy yo en su busca?

—Claro que no, hombre —Carmen ahogó con fortuna un nuevo ataque de hilaridad—. Claro que no. ¡Pero si te queremos como eres!

—Pues vaya una desgracia —protestó Tomás.

—A ver, ¿con qué Juez te ha tocado?

—Con una tía, o sea, lo que faltaba.

—Oye, macho, que yo soy una tía y trabajo en este Juzgado como la primera, desde hace ya suficiente tiempo como para que muestres más respeto.

—Sí, pero tú eres tú.

—Y yo ¿qué soy? Una mujer tan mujer como la madre que me parió. O más. Así que más respeto. Y, por cierto —añadió—, una Juez es una Juez cuando se habla de ella como Juez. No es una tía, es una Juez tan Juez como cualquier Juez. O más.

Tomás Pardos reculó alarmado.

—Mujer, yo, la verdad... —empezó a decir Tomás.

—Vale. Lo acepto —cortó Carmen, que tuvo que hacer un nuevo esfuerzo para no pensar en las vacas inestables y romper a reír de nuevo—. Y ahora vamos a lo positivo. En primer lugar —empezó a decir—, supongo que quien te ha tocado es la Juez de Marco, porque es la única mujer Juez en Villamayor. Eso quiere decir que no tienes por qué preocuparte; es una Juez magnífica, que entenderá perfectamente el caso y que no se va a fijar en si es o no causa de risa tu asunto. Y en segundo lugar, es amiga mía y la conozco muy bien como mujer y como Juez porque trabajé aquí con ella durante más de dos años y ha dejado un recuerdo estupendo. De manera que no vuelvas a meter la pata ni te quejes de lo que no debes.

Tomás asintió humildemente. No era persona que se dejase comer el terreno con facilidad, pero una mujer de carácter y con estudios le intimidaba más que el más duro de sus proveedores.

—Y ahora que lo pienso, ¿a qué venías tú a verme? —preguntó Carmen.

—Pues a pedir consejo, porque hoy tenía que acercarme a recoger unos

pedidos y me he dicho: voy a dejarme caer por el Juzgado a ver si veo a Carmen y me dice cómo lo ve.

—Cómo veo ¿qué?

—Pues eso, que si he hecho bien en poner la demanda o es mejor que trague y me busque otra compañía para asegurar el coche. Es que, además, estoy sin coche y esto me va a costar un dinero que no tengo, porque yo tengo que seguir viajando todos los días, ¿me entiendes? Y, encima, si pierdo el juicio y me toca pagar, pues no te cuento ya el agujero que me hace.

—A ver, Tomás. Primero: yo no conozco los detalles del asunto y en esto quien te tiene que decir la verdad es tu abogado. ¿Quién es tu abogado?

Carmen contempló con preocupación a Tomás. Era un hombre recto al que conocía de antiguo porque había tenido relaciones comerciales con su padre. Sentía por él una oscura admiración apoyada en su determinación por salir adelante y su capacidad de trabajo y por su manera de proteger y defender el futuro de su familia. Para un hijo único que se había quedado huérfano primero de padre y luego de madre en la adolescencia, la familia era una fundación; y haber sacado de la pura soledad lo que ahora tenía en mano lo valoraba como un ejercicio de hombría bastante infrecuente porque un chaval solo y educado sobre la marcha de la vida que mantuviera la rectitud de Tomás era un caso de mérito. Así que le estaban entrando ganas de ir a la aseguradora a armar un buen bochinche, pero ni podía hacer eso ni predisponer a Mariana a favor de Tomás. De manera —se dijo— que voy a hablar con su abogado a ver qué me cuenta a mí porque si a éste le ha ocurrido lo que le ha ocurrido con las vacas, no te quiero decir lo que le puede pasar si cae en manos de algún picapleitos.

—Yo es que no me puedo comprar ahora un coche nuevo, Carmen.

—Yo no conozco el contrato que tienes firmado, pero si incluye un coche de sustitución, por mucho que no te lo quieran renovar, ahora tienen que cumplir con el contrato. Lo que no sé es si podrás mantenerlo, el contrato, porque ni siquiera sé si te conviene; pero hacerles cumplir hasta la última peseta... eso como está mandado.

—Lo malo es el tiempo que va a tardar en resolverse.

—Nada de nada. Tú arregla el coche y ya les pasarás la factura. No vas a

estar a pie o alquilando.

—Ya, pero es que es un dinero. Es que me están apretando con un pico que tuve que pedir a un amigo, además de la hipoteca, para pagar al señor Castro.

—¡Hombre! ¡El señor Castro, le llamas! ¡Tú eres el señor y no ese mangarrán! ¡No te fastidia? ¡El *señor* Castro! —repitió acentuando su desprecio.

—Ya. A mí tampoco me gusta, pero ¿qué quieres?

—Mira que ir a comprar precisamente su casa —dijo Carmen malhumorada.

—Pues todavía no he terminado de limpiarla, porque tuve que usar la tienda para almacén de todo un poco, por esas cosas que a veces me caen y que tengo que hacer yo mismo de mandadero, de mozo y de todo. Hasta la cocina la tenemos como estaba porque es que no nos llega para vivir hasta que no me desahogue un poco.

—Pero él la debió dejar cerrada, ¿no?

—Él se hizo la casa nueva con su dinero y ésta ni la tocó, que por eso la he podido comprar, porque estaba hecha una mierda. Pero entre la mujer y yo y algún amigo la hemos ido apañando, o sea, lo que es vivienda y lo demás a esperar.

—¿Así que toda la planta de calle está como estaba? —preguntó Carmen súbitamente interesada.

—Tal cual estaba. Bueno, excepto la cocina, que la alicatamos entre un amigo y yo porque daba pena verla y no era ni higiénico ni nada. Pero el almacén, como estaba. Y el patio. Incluso hemos aprovechado el calentador, las estufas, la pila... Hasta que me desahogue, como te digo. Y mientras tanto, gangas que encuentro. Aprovechando que siempre estoy de un lado a otro, pues miro por ahí...

—Todo llegará, Tomás.

—Eso digo yo. Pero el pico que le debo al señor Castro... si le pago ya, sí que no hay coche ni soñando; y si no le pago...

—No te irá a pegar un tiro —dijo Carmen bromeando, pero con intención.

—Pues no sé qué te diga... —respondió el otro.

Carmen se mantuvo en silencio, con gesto de estar pensando aprisa.
Luego miró a Tomás.

—Oye, Tomásín, ¿qué te parece si me enseñas tu casa?

Tomás puso cara de asombro.

—Claro, mujer, cuando tú quieras. Pero no te esperes nada, ¿eh?

—Quién sabe —respondió Carmen, pensativa.

Mariana se había encontrado con un caso de maltrato infantil. Una niña de cuatro años y un niño de uno y medio, hermanos. Los facultativos del hospital apreciaron daños antiguos en los dos, pero el niño había quedado internado debido a las lesiones que presentaba y a la niña, tras una cura por heridas leves, la envió al centro de acogida. Le impresionó la desesperación con que se separaba de su hermano y al final tuvo que contenerse para no acompañar a la niña personalmente. La psicóloga del centro entendía que lo que necesitaba la niña era alguien que estuviese a su lado y le aseguró que se ocuparía con todo interés. Fue un repente, como lo llamaba ella. Incluso estuvo a punto de prometerle a la niña que la llevaría a ver a su hermano en el hospital. Iba a hacerlo, pero se detuvo a tiempo. «La declaración de los padres diciendo que las dos criaturas se habían caído por las escaleras, jugando, tiene narices», comentó la psicóloga. Así eran las cosas. Recabó un informe minucioso de lesiones presentes y pasadas y también de la Guardia Civil en el entorno de los padres. Éstos eran jóvenes y sin oficio conocido, al parecer con antecedentes penales el padre, por delitos menores, y sin antecedentes la madre, aunque no descartaba otros resultados del informe policial antes de tomar medidas definitivas.

Vio a la niña tender los brazos a los padres y esa imagen era la que le había conmovido. Un niño, a pesar del maltrato, vuelve a los padres porque son todo su mundo, toda su referencia del mundo. La imagen de un niño reclamando protección y amor a quien le golpea porque no tiene ni puede tener otro a quien reclamarlo le seguía resultando dura a pesar de su experiencia. Ella se había acostumbrado, desde la época del bufete, a toda clase de desgracias y bajezas, como los médicos se acostumbran al dolor y a

la herida; había tenido que entender con normalidad lo que no eran más que anormalidades para los demás. Una normalidad, por otra parte, tan asumida como la de los pedófilos consigo mismos, por ejemplo, hablando de niños, cuando se justifican y se liberan de culpa diciendo: «Es mi naturaleza», como si eso los exonerara de sus abusos, como si la naturaleza del pedófilo fuera un estigma de nacimiento, un atenuante. Es curiosa la autoindulgencia que tienen consigo mismos, quizá por eso se asocian como conjurados, quizá por eso hay miles de páginas de Internet dedicadas a la prostitución infantil.

¿Soy una moralista? —se preguntó Mariana en silencio—. Por lo menos el Marqués de Sade me parece uno de los más acabados ejemplos de mente criminal que nos ha proporcionado la Humanidad; si eso es ser moralista, soy moralista. Claro que no sé qué parte de juicio literario hay en esta opinión sobre el dichoso Marqués; porque mira que es aburrido y monótono el tío. En fin, para celebrar que soy una moralista —añadió levantándose de la butaca donde meditaba—, me voy a poner otra copa porque ésta se está muriendo de aburrimiento con tantas disquisiciones.

Se sirvió un whisky con un par de hielos y soda, vació una bolsa de almendras saladas en un bol y regresó a la butaca.

La inmune ante los perversos se prepara una copa para serenar su conciencia —continuó pensando—. ¿Quién puede resistir la inmoralidad profunda del dolor, la corrupción de las voluntades, la explotación de los seres humanos, el hambre o la mortandad más salvaje sin tomarse una copa? ¿Es un caso de supervivencia el mío?; porque de lo contrario tendría que tirarme al monte o arrojarme en brazos de la inmoralidad.

Se quedó meditando sobre el contenido explícitamente sexual de las dos últimas imágenes.

—¿Será verdad que no pensamos en otra cosa? —dijo en voz alta.

¿Qué hago con esos padres? ¿Y con esos niños? A veces me asombra el despego con el que tomamos decisiones —decisiones que afectan al futuro y aun al desarrollo de la personalidad de alguien, por ejemplo— amparados por un Código. ¿Y en qué me ampararía yo para castigar a un pedófilo como la gente cree que se merece? ¿Y cuánto se merece? ¿Y de dónde procede su pedofilia y en qué caldo la ha venido cultivando? Me encantan las preguntas

mientras te tomas una copa porque no hay que contestarlas sino esperar a que se deshagan, como los hielos del vaso, por el calor del alcohol. Pero ni yo me estoy preguntando hielos ni estoy alcoholizada, es sólo un estado pasajero de relajo. Lo único malo de todas estas cuestiones que estoy aprovechando para poner en fila es que no te despegas de la realidad porque, como decía Brecht, el que de verdad abre una vez los ojos ya no puede volver a cerrarlos nunca. Lo cual no es del todo cierto, porque a base de alcohol o de canutos sí que llegas a cerrarlos, pero ¿qué hago yo, pobre de mí, que ni soy alcohólica ni drogadicta? O eso creo. Además: ¿cuándo duermen los que abren los ojos y ya no pueden volver a cerrarlos? Es todo un problema.

De lo cual, la única conclusión que saco esta tarde es que una debe llegar a conclusiones, dictar sentencias, no amar al prójimo como a sí misma en tanto que Juez, pero conseguir que alguien del prójimo la ame a una de vez en cuando, a ser posible alguien simpático, guapo, culto y seductor, y en un caso u otro, seguir haciéndome toda clase de preguntas que no empañen ni afecten a la honorabilidad de mi cargo ni lo cuestionen con malicia.

¿Verdad que sí?

Dos días después del encuentro de Carmen con Tomás Pardos, ella fue a Villamayor a conocer su casa. Llevó consigo a Teodoro sin advertirle de su destino porque deseaba observar sus reacciones. No esperaba nada en concreto, simplemente deseaba observarle por lo mismo que iba a echar una mirada a la antigua casa del viejo Castro: por curiosidad; una curiosidad no exenta de alguna pálida esperanza, de una vagarosa intuición.

—Para, para. ¿Adónde vas? —dijo Teodoro en cuanto vio que Carmen se plantaba delante de la casa y tocaba a la puerta.

—¿Recuerdas la casa? —dijo ella por toda respuesta.

—¡No la voy a conocer! —protestó el otro—. ¡Pues no he estado aquí yo veces ni nada en otro tiempo!

—¿No te importa acompañarme, verdad?

—No, pero...

—Tú conoces a Tomás Pardos, ¿no?

—De vista.

—Y sabes que es su casa.

—Sí, lo sé —Carmen notaba una cierta resistencia por parte de Teodoro, lo que acentuaba su deseo de insistir.

—Una buena compra, me parece a mí.

—No sé yo. No es cosa mía.

—¿Ah, no? ¿Y eso?

—Pues porque no lo es.

—Hombre, yo te pido una opinión, no que hagas un análisis.

—No sé. A ver cómo está.

—¿Por qué? ¿Qué tenía?

—Nada. Yo...

—¿Tú qué? ¡No me pongas nerviosa, Teo!

—O sea, que yo la vaciaba y la volvía a hacer nueva.

—Por dentro, querrás decir.

—Sí, por dentro.

—Anda, cuéntame por qué.

—Es que no me gusta andarme metiendo con lo que hacen otros, Carmen.

Yo sólo me meto en lo mío.

—Ay, hijo, que vaya cruz; tiene una que sacarte las opiniones con fórceps. A ver: ¿con quién te tendrías que meter, con Rafael o con Tomasín?

—Es que a mí la casa no me gusta, Carmen. Era... era muy ruin.

—¿Ruín de pequeña o ruín de ruín?

—Las dos cosas: en cuanto que entrabas se achicaba sobre ti y luego había como un aire, no sé cómo decirlo... de tacañería, pero también vil, ¿me comprendes?

—Algo malvado, ¿verdad? —añadió Carmen esperanzada.

—Justamente —corroboró Teodoro con alivio, como si le hubieran sacado una espina que tuviera atravesada en la garganta.

No pudieron seguir hablando porque en ese momento se abrió el portón y salió Tomás a recibirlos.

La casa, según confirmó Teodoro, estaba sin tocar en lo referente a la distribución, pero se veía el trabajo de Tomás y su mujer para adecuarla y adecuarla a sus necesidades. La casa constaba de planta de calle, primera y desván. Donde estuvo la tienda había ahora un espacioso zaguán, que en parte debería ser en su día recibidor, pero que en su totalidad era hoy por hoy un almacén donde se guardaban cuidadosamente apilados y separados por afinidades toda clase de objetos propios del comercio de Tomás. La cortina que separaba antaño la tienda de la cocina, el almacén antiguo y el paso al patio era ahora un tabique de obra con una puerta y al otro lado quedaban la cocina, agrandada y con una buena mesa de comedor; la despensa y una salida al patio por la puerta trasera. Todo ello concienzudamente restregado y repintado.

—Joder, es que parece otra cosa —dijo Teodoro con admiración. Carmen contemplaba la planta con cierta grima, pero en lo tocante a limpieza le daba toda la razón a Teodoro.

En la primera planta estaban situados los dormitorios y una sala de televisión y en la última seguía habiendo un desván que Carmen hubiera destinado a convertir en piso para los niños dejando cómodamente dedicado el inferior a la vida matrimonial, pero el concepto de agolpamiento humano en un mismo nivel —que debía proceder de los tiempos en que las familias aprovechaban el calor del establo, el de la cocina y el del pajar para recogerse en un cuarto espacio protegido por los otros tres— era el que ordenaba todavía la habitabilidad de la casa.

—El desván está como estaba —comentó críticamente Teodoro al asomarse a él—. Aquí no ha entrado nadie.

Carmen lanzó una mirada intencionada a Tomás.

—Sí —dijo éste como excusándose—. Así lo dejó el señor Castro y no creo que nada de lo que dejó aquí le interese porque, si no, se lo habría llevado.

—¿Todo esto lo dejó aquí? —preguntó ella.

—Eso le dije yo, pero me contestó que lo tirara, que él ni se molestaba en revisarlo, así que lo tengo para echarlo en una camioneta y llevarlo al vertedero.

—No, hombre, no lo tires así como así, que siempre hay algo que se puede aprovechar.

—Esto no vale una perra, hombre —contestó Tomás—. Ya lo ha mirado mi mujer.

Carmen, que estaba fisgando, se volvió a Tomás:

—¿Y esta cómoda? No seas tonto, Tomás, y llama a un anticuario de la zona, que lo mismo sacas unas perras.

—No sé —dijo Tomás rascándose la cabeza—. No me parece a mí...

Lo cierto era que bien poco parecía ser de interés en aquel desván en el que había desde un orinal de loza hasta un perchero sin brazos. Lo que allí se apilaba procedía del simple deseo de no tirar propio del avaro o del desconfiado y la capa de polvo que lo cubría todo hacía pensar en un segundo almacén de inutilidades acumulado año tras año.

—Aquí hay papeles —dijo Carmen, que seguía inspeccionando los cajones de la cómoda.

—Yo ahí los dejo. Si el señor Castro los quiere, que venga por ellos —dijo Tomás.

—Es raro —siguió diciendo Carmen—. Son documentos de la casa. Muy antiguos. Esto es historia, Tomás, no deberías tirarlos. Si va a ser tu casa es la historia de tu casa.

—Para lo que me sirve —contestó Tomás.

—Hijo, la verdad es que tenéis menos curiosidad que un caracol. ¿De verdad que no los quiere nadie? ¿Me puedo quedar éstos? —preguntó Carmen alzando dos sobres grandes cuyo contenido acababa de hojear.

—¿A ver? No, éstos son del señor Castro. Me pidió que los guardase por

si los necesitaba; y me lo encareció mucho —respondió Tomás.

—Bueno, pues me los llevo y te los devuelvo, no te apures.

—Ay, ay, a ver si los vas a perder. Y, además, no sé yo si...

—Tú no te das por enterado de nada y se acabó.

—Es que no sé yo si esto es muy legal —protestó Tomás sin mucha convicción.

—Esto es legal porque lo digo yo y punto en boca —sentenció Carmen.

Tomás les había preparado un aperitivo que a Carmen le pareció una cena, pero que todos los demás devoraron con total dedicación y en su dedicación se advertía con sencillez que ninguno renunciaría luego a la cena que los esperaba.

—Anda que vaya saque que tenéis todos —comentó Carmen—. Aquí las desgracias nunca vienen solas, como se suele decir, pero es porque ni en la peor de las adversidades la gente deja de darle al diente.

—Y démosle gracias a Dios de que no nos falte —dijo Tomás, satisfecho.

—Será porque Dios es medio montañés —apostilló Carmen.

—Pues no te diría yo que no —apuntó Teodoro.

Estaban todos sentados a la mesa de la cocina, comiendo y bebiendo animadamente, y en ese momento sí que parecía que el mismo fantasma del viejo Castro se hubiera desvanecido por completo a la nueva luz de la casa.

Rafael Castro telefoneó a Mariana de Marco ese fin de semana para proponerle una cita.

La vida actual de Mariana de Marco era una vida mayormente profesional: el trabajo del Juzgado ocupaba una buena parte de su día porque, además, tenía por costumbre dedicarle tiempo extra, obsesionada por una mezcla de tozudez perfeccionista y de agobio por las causas pendientes. Cuando leía o veía en los medios de comunicación social referencias, cuando no reproches directos o implícitos, a la lentitud de la Justicia, su personalidad se escindía en dos: de una parte la Juez superada por la escasez de medios para sacar adelante los asuntos acumulados; de la otra, la Juez también irritada por la lentitud inercial del propio Cuerpo. La primera hacía frente a una situación imposible a corto plazo ya que los medios, sobre todo los humanos, no eran susceptibles de improvisación o, si se hacía así, el apresuramiento en la preparación de los jueces no iba sino en perjuicio de un exigente ejercicio de la judicatura. La segunda la empujaba a creer que quizá valiera más un Juez incompleto que ningún Juez en tantas plazas donde faltaban. La consecuencia era que ella misma no lograba desprenderse, pese a sus deseos, de una cierta culpabilidad procedente de los viejos tiempos de juventud e ingenuidad, y tendía a echarse a las espaldas más trabajo del que sería debido de acuerdo a los hábitos generales de funcionamiento. Eso era lo que hacían muchos de sus colegas y se parecía más —pensaba ella— a la carga de una cruz, de una especie de complejo de culpabilidad social, que de una efectiva cura de urgencia.

Con esa vida de dedicación a su oficio y el tiempo que ocupaba en la lectura, la música, cartearse con los viejos amigos y amigas (no soportaba las

relaciones personales por correo electrónico, aunque a veces acudía a ellas apurada por lo inmediato) y a las pocas relaciones que mantenía en su zona de influencia, como las de Sonsoles Abós o Carmen Fernández, su tiempo estaba ocupado al completo.

Lo que realmente la sorprendió de la llamada de Rafael Castro fue comprobar la cantidad de tiempo que hacía que no recibía una proposición a la vieja usanza, lo que entonces se conocía como *salirte un plan*. Y he aquí que, de pronto, muchos años después de aquellas emociones juveniles, le salía un plan con todos los ingredientes del género: dos personas que se acababan de conocer, unos pocos días de silencio para no dar lugar ni a la sensación de atosigamiento ni a la atracción imperiosa y, acto seguido, la primera llamada de invitación, una simple cita para comprobar si la chispa volvía a encenderse y, en definitiva, un acercamiento interesado, pero expectante.

Había dejado todo cuanto solía hacer para recrearse en la idea de la cita. No era más que una cena que, en buenos términos, prometía repetirse. Sin embargo, a partir de cierta edad y de una experimentada relación con la realidad, lo que en la juventud una propuesta semejante provocaba ante todo una exaltación de ilusiones más bien acrítica, en la iniciada madurez de cualquier mujer una cita se convierte en una confesión personal: cuando una acude sabe lo que desearía hallar y lo que sobre todo aprecia es que haya indicios suficientes, discretas esperanzas de continuidad sin más e, incluso, curiosidad; eso, en vez de ilusiones soñadoras; y no porque en tal tesitura se pierda espontaneidad sino porque ahora la espontaneidad se desprende también de la experiencia.

Así que Rafael Castro se había interesado por ella. ¿Por quién se había interesado en verdad, por la mujer o por la Juez? ¿O quizá por una morbosa combinación de ambas? A lo largo de su corta carrera y pese a estar retirada de los núcleos de población verdaderamente importantes, donde la fauna es mucho más variada que en las ciudades de tamaño mediano-pequeño, pudo percatarse de que su figura obtenía una atracción especial, una mezcla de buena planta y autoridad que, por lo visto, emite una peculiar excitación a la que muchos hombres se muestran sensibles y especialmente los triunfadores.

¿La emite o se la otorgan? Ese dilema no sabía resolverlo; quizá se tratase de un camino de ida y vuelta.

Rafael Castro (había tenido ocasión de comprobarlo) era un hombre de éxito además de un hombre físicamente interesante en una edad, los cuarenta y pocos, en la que madurez y vitalidad suelen converger tentadoramente; siempre con la condición del éxito, cualquier clase de éxito, pues venía a ser el mejor carburante para un motor de tales características. Era un momento en el desarrollo de los hombres en el que incluso los poco agraciados se vuelven interesantes. No todos —pensó— porque a muchos les llega el éxito cuando lo han pagado demasiado caro con su vida anterior y llegar a salvar de la quema un verdadero atractivo es algo tan estimulante como infrecuente, nada menos que un espíritu sostenido lejos del alcance de la mediocridad.

Después pensó en Carmen y en su sobrina y se dijo que aceptar aquella cita no era tan inocente. Por una parte, sospechaba que Carmen lo consideraría una traición, salvo que pensara que Mariana usaba sus artes de mujer para investigar a su odiado enemigo; pero sería hacerle un flaco favor a Carmen suponer que iba a pensar así. En cuanto a Vanessa, no dejaba de pensar que una cita persona a persona y no en grupo, una cena, íntima por mucho que transcurriera en un restaurante público, no dejaba de ser, en términos convencionales, una reunión a espaldas de quien se tenía por novia oficial. ¿Lo era —novia oficial— o era una fantasía de la propia Vanessa? ¿O una invención obcecada de Carmen? En fin, se trataba de una cita con una persona comprometida que era, evidentemente, una cita motivada por la atracción interesada del invitador. Las cosas entre hombres y mujeres es mejor no disfrazarlas.

Hacía un buen rato que había dejado *Tess* en el sofá y paseaba por su escueto salón cuando el ruido escandaloso de la lluvia sobre los cristales la sobresaltó. Estaban metidos en el otoño y la templanza y buen tiempo del principio tocaba a su fin. Seguramente llegarían las lluvias encadenadas a los días y después sería tiempo de invierno. Pensó en las Navidades con un escalofrío. ¿Acaso la lluvia le amenazaba o le advertía de algo? Pensó en llamar a su madre, que había acudido a su mente al tiempo que la imagen de la Navidad. A ella sí deseaba verla y muy probablemente lo haría para no

quedarse sola porque ésas eran fechas en que los amigos, por muy cercanos que estuvieran en su afecto, no constituían el núcleo emocional que cada uno guarda en el fondo de su corazón para un día como el de Nochebuena. También ese núcleo se había ido desgastando con respecto a la familia, pero... Al final una comprendía que las Navidades son una fiesta de la infancia y que sólo allí residía su felicidad.

La lluvia seguía sonando en los cristales. Volvió a pensar en Carmen. ¿Qué diría ella de la invitación recibida? Mejor ni pensarlo. En cierta medida el suceso le afectaba, mas en vista del encono habido de por medio, no tenía la menor intención de decírselo, al menos por el momento; lo contrario hubiera sido concederle una importancia inmerecida.

Porque, naturalmente, Mariana había aceptado la invitación de Rafael Castro.

Rafael Castro, prudentemente, había elegido un restaurante en la capital y Mariana valoró esa atención.

—No es fácil sacar a cenar a una Juez y menos en una ciudad de provincias, sin que las orejas sociales se levanten —comentó ella—. A un Juez sería otra cosa.

—¿Tú crees? —preguntó jovialmente Rafael—. Los jueces también tienen que cuidar su reputación —había encendido el primer cigarrillo nada más sentarse a la mesa.

—Digamos que no es lo mismo —contestó ella— aunque teóricamente lo parezca. Es como aquella escena del *Juan de Mairena* sobre Agamenón y su porquero.

—¿Mairena el cantaor? —dijo con sorna Rafael. Mariana sonrió ante el deje andaluz que había impreso a la palabra.

—No. ¿Eres aficionado al flamenco? —preguntó ella a su vez. Rafael la miró sorprendido y se echó ligeramente hacia atrás en la silla como si deseara escrutar el gesto de Mariana al preguntarle. Luego respondió, atento:

—Sí... es decir: me gusta sin más, lo mismo que otra clase de música. ¿Y tú? ¿Cuál es la música que te gusta?

—Variada, como a ti, preferentemente la clásica y el rock.

—Allí en Francia, donde vivíamos, había un parque con un templete de música donde tocaban música clásica y también aires populares.

—Volviendo a lo que hablábamos —dijo Mariana con la intención de eludir adentrarse en una conversación banal—, la escena que cuenta Machado, que fue como un tópico en mi época universitaria, es más o menos así: «La verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero». Entonces

Agamenón asiente: «Conforme». Y dice el porquero: «No me convence».

Rafael se la quedó mirando con interés mientras ella le sonreía. Al cabo de unos segundos preguntó, al tiempo que apagaba tranquilamente su cigarrillo en el cenicero:

—¿Y? ¿Cuál es la conclusión?

—Ninguna. Dicen lo que dicen, sin más. La conclusión, suponiendo que sea algo evidente, es cosa del lector —respondió Mariana.

—¿De qué lector? —dijo Rafael.

—Del lector del libro, naturalmente.

—Entonces ¿qué sentido tiene? —insistió Rafael.

—Pues... quizá no sea fácil de explicar. En realidad la actitud del autor es neutra en apariencia y luego, por debajo, emerge...

—La lucha de clases —dijo Rafael satisfecho.

—Oh, no, no —protestó Mariana.

—A mí me parece claro y tengo que decir que estoy bastante de acuerdo con esa visión de las cosas. La vida es así.

—¿Y tú? ¿Dónde te sitúas tú? —preguntó interesada Mariana.

—Yo soy ese tal Agamenón.

—Quieres decir que estás de acuerdo con él.

—No. Quiero decir que *soy* Agamenón.

—Que ocupas su lugar, su posición —quiso confirmar Mariana.

—Exactamente —Rafael prendió un nuevo cigarrillo.

Mariana le observó y se preguntó qué habría sido de él si su tío no hubiera muerto tan oportunamente. ¿Habría acabado por regresar a Francia? ¿Habría resistido a pie firme la condición de dependiente de la tienda? ¿Lo había sido en realidad? Ahora resplandecía, había sacado afuera su interior de seductor y dominante al calor del dinero y era evidente que lo disfrutaba y se hacía notar por ello.

—Yo hubiera sabido ganarme a mi tío, que era un desconfiado enfermizo, pero la fortuna me llegó como llega siempre en estos casos: de repente, sin esperarlo. Pero yo me hubiese ganado a mi tío y las cosas marchaban muy bien. Yo era ya de hecho su heredero universal y él me apreciaba; siempre por debajo de esa capa de desconfianza que lo caracterizaba, pero me

apreciaba.

Mariana lo detuvo con un gesto:

—Yo quería saber si venías con la decisión de instalarte aquí y si una vez que te instalaste estabas dispuesto a seguir.

—Eso mismo —dijo él. Mariana le miró dubitativa—. ¿Qué pasa? ¿Es que no me crees? Además, de todos modos, las cosas han sucedido como han sucedido.

—Y no han podido suceder mejor —comentó Mariana.

—Precisamente.

Mariana no sabía bien qué pensar de aquel hombre. A ratos le parecía un bárbaro y luego un tipo inteligente, con esa clase de inteligencia peligrosa que carece de deriva justo por lo inmediato e imprevisible de sus reacciones. Sin embargo, había en él una determinación, una decisión, que indicaba que lo vivido le había provisto de cualidades para ser un jugador de riesgo y un carácter bien templado a la vez. Desde luego no debía ser hombre dado a rigurosidades morales, pero muy a su pesar reconocía en él el atractivo de... ¿cómo decirlo?, ¿del aventurero?; pero eso sonaba demasiado romántico o demasiado trasnochado. Mariana sintió que fluía corriente entre ambos y se prometió ser cauta. No temerosa —se dijo— sino cauta. Al fin y al cabo, sólo estaban cenando.

Es el atractivo de la fiera —pensó de pronto, involuntariamente—. Eso era. La precisión de la idea la excitó con una áspera certidumbre. Sonrió, porque en un momento le vino a la cabeza la imagen de Carmen: «Ese hombre es el Mal». Bien, al menos era sólo una fiera y a las fieras se las puede enfrentar mientras que el Mal, tal como lo concebía Carmen, era un absoluto imposible de evitar cuando pone los ojos en ti. Rafael Castro había puesto los ojos en ella, eso era evidente como lo era el hecho de que en tal caso la monogamia no era su fuerte. Ahí sí podía darle la razón a Carmen: no era un partido conveniente para Vanessa aunque no estaría de más descubrir a qué llamaba Carmen dinero cuando se refería al de los padres de Vanessa. Rafael Castro no tenía aspecto de contraer matrimonio sólo por unas cuantas fincas; la fiera acosada por el hambre acepta cualquier bocado; la gran cazadora busca las mejores presas. Muy grande tendría que ser el patrimonio

de su hermana y su cuñado para poder considerar a Rafael un peligro real. ¿No se estaría él divirtiendo, simplemente? ¿No habría fantaseado Carmen en exceso, llevada de su espíritu medio romántico, medio aventurero? En ese punto de sus pensamientos, Mariana advirtió que Rafael la miraba atentamente.

—Seguro que estás pensando algo —dijo él al recibir la mirada de ella—. Te has ido.

—¿Adónde? —respondió Mariana risueña.

—No lo sé. ¿A tu Juzgado? —Rafael abandonó el cigarrillo en el cenicero.

Mariana entendió de inmediato que la pregunta era una pregunta calculada en la que él no creía.

—Para nada —contestó ella—. La diversión queda aparte, siempre.

—Entonces te diviertes —dijo él. Una pizca de intención lució un segundo detrás de sus palabras y se apagó después.

—Pues sí —dijo resueltamente Mariana—. La cena es estupenda y la compañía no lo es menos; así que, sí, me divierto.

—Gracias —dijo Rafael—. Y ahora dime en qué pensabas.

—Pensaba... —Mariana dilató unos instantes la respuesta— en una amiga a la que tengo que ver mañana.

—¿Dices que te estás divirtiendo y no piensas en mí?

—No. Contigo estoy. En ella pienso. Son cosas diferentes.

—Qué decepción —dijo Rafael con una brillante sonrisa. El contraste entre la frase y el gesto le gustó a Mariana. Mucho. Pero siguió adelante:

—Mi amiga se llama Carmen Fernández —dejó correr un segundo y continuó—. Fue Secretaria de Juzgado cuando yo estaba destinada en San Pedro del Mar. Lo sigue siendo, de hecho —añadió.

—Tiene que ser una persona muy interesante, deduzco.

—Mucho. Muy amiga también. Tú vas por San Pedro a menudo, a lo mejor sabes quién te digo —Rafael no exteriorizó la menor reacción; era realmente un carácter, pensó Mariana admirada.

—Ni idea. No he tenido asuntos pendientes con el Juzgado de San Pedro y espero no llegar a tenerlos nunca. De todas formas, no hemos venido a

hablar de tu amiga esta noche.

—No, por supuesto. Yo... te lo he comentado porque como dijiste que debía de ser muy interesante...

—Pues lo retiro; no es ésa la clase de conversación que me apetece.

—Lo dices de una manera...

—¿Brutal?, ¿te parece? —Rafael volvió a encender un cigarrillo.

—No. Yo diría tajante.

—Muy justo. Siempre digo que un machetazo corta la caña por donde debe —Mariana parpadeó. Entonces él se reclinó en el respaldo de su silla, como si de pronto eligiera una distancia para alejarse de sus palabras. O quizá sólo observaba su efecto en ella. Luego preguntó, con despreocupación—. ¿Te doy miedo?

—No, ningún miedo —respondió Mariana con determinación.

Teodoro aguardaba en la barra del Arucas tomando un mosto. El bar estaba semidesierto, pero se respiraba el aire de un acontecimiento y así era, en efecto, porque en menos de veinte minutos se pondría de bote en bote por el aperitivo. Tomar unos vinos antes de volver a casa mientras la mujer terminaba de hacer el almuerzo y ponía la mesa era casi un deber de identidad local, como en todos los demás lugares del resto de la cornisa cantábrica. El que no cumplía el ritual lo hacía por edad, demasiado adolescente o demasiado proveya, o por prescripción médica; quien no era partidario de excederse con el alcohol se entregaba al mosto, como Teodoro, con una guinda dentro pinchada en un palillo, una especie de Dry Martini de provincias (aunque en Villamayor había una suerte de pub en que los ponían buenísimos, como excepción). Sin embargo, quizá para caldear el ambiente ya próximo del aperitivo, una veintena de jubilados procedentes de un autobús del Inersa que acababa de detenerse ante la puerta del Arucas se precipitó de pronto en el interior del local y la mezcla de timidez y arrojo con que penetraban en territorio ajeno llenó el espacio de un vocerío efervescente.

Teodoro se retiró prudentemente a un extremo de la barra mientras unos pedían refrescos y pinchos y otros, más cautelosos, se interesaban por los precios. La tortilla de patatas, redonda y opulenta y con aspecto de estar cuajada en su punto, se trocó y desapareció en un santiamén, lo mismo que una bandeja mediada de hojaldres. Se agitaban, empujaban, bromeaban y gritaban de una punta a otra del bar y se apiñaban ante el mostrador de la pastelería comentando y haciendo bulla y enviándose consignas y recomendaciones. Lo están pasando en grande —pensó Teodoro—, lo están pasando como en su vida. Afuera llovía, como el resto de la semana, y

además había empezado a soplar un noroeste que echaba el agua a la cara de los destemplados viandantes.

—Ya viene lo malo del otoño —dijo Carmen apareciendo repentinamente junto a Teodoro, que estaba distraído viendo evolucionar a los excursionistas.

Se sentaron en una mesa pegada a la cristalera que daba a la calle.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué has sabido? —preguntó Carmen en cuanto se hubo deshecho de la gabardina, el pañuelo y el paraguas.

Carmen había recordado una frase dicha al desgaire y recibida sin darle importancia que Teodoro pronunció una vez delante de ella hablando del viejo Castro. Durante el tiempo en que éste ayudó a Rafael en la tienda el viejo marchó al hospital para ver si le operaban de la nariz. Al parecer llevaba años sufriendo progresivamente un deterioro que le hacía respirar con dificultad y al fin se decidió a afrontar el problema, que no era más que una sencilla intervención para corregir la desviación del tabique nasal que padecía desde bastante tiempo atrás, pero que sólo ahora había empezado a molestarle en serio hasta el extremo de hacerle perder incluso el apetito y obligarle a estar haciendo inhalaciones de agua salada cada dos por tres. El viejo Castro, con lo flaco que estaba, siempre había tenido consideración de buen saque y en ese aspecto del vivir era el único en el que no se morigeraba, si bien no puede decirse que fuera muy refinado. «Voy a ver si me echan unas patatucas a la olla», solía decir, pero en la olla entraba algo más que patatas. Y lo cierto es que de vez en cuando se le veía traspasar la puerta de algún restaurante donde se trataba bien aunque, para no perder la fama, cargaba con el sambenito de no haber dejado jamás propina en mesa alguna.

Carmen Fernández era una persona meticulosa que cuando tomaba un asunto entre sus manos no lo soltaba sin apurarlo y agotarlo. Esta costumbre exasperó a veces a Mariana de Marco cuando trabajaron juntas, porque la concentración y el pundonor que Carmen ponía en todo lo que hacía era extremo, pero cuando el tiempo apremiaba resultaba exasperante depender de ella. Carmen buscaba indicios hasta debajo de las piedras para encontrar el cabo que la llevase al ovillo de la culpabilidad de Rafael Castro y en su minucioso rastreo había dado con la información casual acerca de la operación del viejo. Fueron tres días nada más, tres o cuatro días en los que

Teodoro estuvo ayudando a Rafael en la tienda, en los que Rafael se quedó solo y se hicieron amigos. ¿Acaso había descubierto en esos dos días el escondite del dinero? Y en cuanto al viejo: ¿por qué toma la decisión de operarse así, de repente? Bien podría haber esperado, decía Carmen muy quisquillosa.

—Alguna vez tendría que hacerlo, digo yo —le había dicho Teodoro, que no compartía la última apreciación de Carmen. Ella estuvo de acuerdo, pero su intuición la empujaba en aquella dirección; no porque diera pie a la sospecha, que, en efecto, no daba, sino muy posiblemente porque era el único hecho extraordinario que aparecía ante sus ojos dentro de los que conformaban día por día aquella vida exasperantemente rutinaria y cerrada. Por todo lo cual, envió a Teodoro al hospital para que indagase.

Teodoro era de esas personas que se las arreglan para caer bien a todo el mundo o, más exactamente, para generar confianza por su sentido común y su trato llano; no dejaba de tener la retranca propia del lugar, pero era llano. Tenía amigos o conocidos por todas partes y, en sus negocios, fama de ser de una probidad absoluta. Por estas razones decidió Teodoro que no sería en el hospital donde probase a obtener la difusa información que Carmen le requería sino que prefirió conseguirla de la misma boca del caballo. Esto le llevó tiempo, pero como era calmado no le concedió la importancia que sí le concedía Carmen, la cual le apretaba prácticamente cada día. De no ser porque Carmen era una mujer que a él le gustaba, quizá se hubiera echado atrás, así que aplicó la calma tanto a esperar la ocasión propicia, de una parte, como a soportar el acuciamiento constante de la otra. Y ahora estaba frente a ella, sentado ante la cristalera del Arucas, mirando cómo afuera seguía lloviendo y el viento inclinaba los árboles del Paseo.

—Todavía no he dado con el médico —empezó a decir Teodoro por fin— y de él no tengo noticia. No es fácil porque tiene que ser un encuentro natural, ¿no?, y el hombre tiene una vida muy ajustada. Pero —dijo dejando en suspenso el gesto de desilusión de Carmen— he sabido algo por otro lado, que no sé si te interesa o no, pero que a mí me ha llamado la atención —el gesto de desilusión de Carmen se trocó en impaciencia, tanta que estuvo a punto de tirar su zumo de naranja al suelo.

—A ver, qué —dijo excitada.

—Pues que el problema de la nariz del viejo Castro parece que no era lo que nos creíamos —dijo Teodoro contemplando con satisfacción a su interlocutora.

—Ay, hijo, suéltalo de una vez, que no lo resisto —protestó ella.

—No era el tabique nasal; ¿se llama así, no? O, bueno, no era el tabique lo más importante, vamos, que podía haber seguido respirando durante algunos años más aunque, por lo visto, sí que le causaba molestias; de manera que le operaron y quedó bien o eso cree ella porque una vez dado de alta no volvió a aparecer por el hospital. Por lo que dicen es una operación bastante sencilla que no tiene riesgo ninguno y te la hacen de un día para otro. Es dolorosa, pero sencilla y la recuperación se hace en seguida.

—¡Me cago en la leche que te han dado, Teo, por Dios! ¿Acabarás de una vez? —casi gritó Carmen, exasperada.

—Sin ofender, Carmen.

Carmen reculó y respiró hondo.

—Lo siento, Teo, de veras. Tú sabes que yo quiero a tu madre. Es que me estás poniendo de los nervios con tu pachorra.

—Estoy explicando las cosas como son.

—De acuerdo, no nos pongamos a discutir ahora, que no es el momento. Volvemos al asunto, ¿vale? ¿Qué le pasaba al viejo Castro?

—Pues que había más y nos enteramos, es decir, el señor Castro y yo, por el preoperatorio, que le descubrieron que había perdido el olfato y se lo tenía tan callado como oculto tenía su dinero.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, que había perdido el olfato, que no podía oler nada; como los sordos, que no oyen nada, pues igual con la nariz. A mí me parece bastante jodido, la verdad. Si lo único de lo que disfrutaba era del comer... No me imagino yo lo que debe de ser comer y no gustar nada, pobre hombre —concluyó Teodoro apesadumbrado—. El viejo tardó en darse cuenta porque aunque pierdas el olfato no te percatas de repente sino que puedes seguir degustando las cosas sin darte cuenta de que no las aprecias porque la memoria funciona automáticamente y te acuerdas de los sabores. Pero un día

pasa algo que te hace notar que no hueles y entonces es cuando te enteras y ahí sí que se te cambia la vida. Creo que es cosa de un virus o de una infección la cosa esa de perder el olfato. ¡Así no tenía apetito últimamente! ¡Como que se le había acabado el gusto por la comida!

—Pero, Teo..., ¿estás seguro? ¿Estás seguro? —le apremió Carmen.

—¡No lo voy a estar! —protestó Teodoro—. ¿O acaso has oído decir de mí que yo levanto falsos testimonios? Eso de perder el olfato... O sea, que se le acabó el gusto por la comida; no es que al final se volviera aún más avaro, es que había perdido el gusto por la comida.

—No. Que no, Teo. Que te creo —dijo Carmen con los ojos brillantes; y añadió—: Pero estás seguro, ¿verdad?

—¡Joder, Carmen! —protestó Teodoro.

Carmen se levantó y le plantó un beso en la cara.

—Qué haría yo sin ti, alma mía —dijo ella mientras recogía la ropa, el paraguas y el bolso.

Teodoro la miró totalmente desconcertado, pero echó mano a la cartera para pagar la cuenta y seguirla cuando ella salía a la calle con el teléfono móvil en la mano y la gabardina a medio poner, el pañuelo arrollado a un brazo y el paraguas colgando del otro.

—¡Mariana! ¿Estás en casa?

—...

—Agárrate fuerte y escucha: sé cómo se cometió el crimen.

—...

—¿Cuál crimen va a ser? ¡El del viejo Castro!

Teodoro llegaba en ese momento a su altura y, mientras la alejaba de la puerta del Arucas, le hizo señas de que bajara la voz.

—Que sí, Mar, que está todo claro, que ya estamos reabriendo la instrucción del caso. Te lo advertí.

—...

—Ahora no te lo puedo contar aquí en medio de la calle porque tengo a Teo encima diciéndome que me calle, que me van a oír, pero yo...

—...

—¿Yo debajo? Muy graciosa, Mar, muy graciosa. Te estoy hablando en serio. Mira: vamos para allá y te lo cuento. Nada, me da lo mismo lo que estés haciendo. Ahora mismo cogemos el coche. Pero te adelanto; ¿sabes cómo lo mató?: porque no tenía olfato, Mar, es increíble. No pudo oler el gas. El pobre se murió sin enterarse mientras el otro dejaba abiertos los quemadores. Sin enterarse un carajo. Es increíble.

Capítulo III

Eran cerca de las seis de la tarde, la luz decaía y Mariana estaba exhausta. Se puso en pie para dar luz a la estancia y dirigió una mirada de complicidad a Teodoro que éste no recogió porque estaba contemplando a Carmen y, de pronto, como una iluminación, se percató de que Teodoro no la miraba de cualquier modo. Entonces no supo dónde poner los ojos mientras asimilaba este descubrimiento, contemplaba la decepción de Carmen, ajena y desfondada, e intentaba poner orden en el desconcierto generalizado que la mezcla de asuntos le había causado.

Lo primero que se le vino a la cabeza fue que era tan natural que Teodoro estuviera afectivamente interesado en Carmen que no comprendía cómo no se había percatado antes. No tenía otra explicación el hecho de que él estuviera siguiendo sin rechistar todos los pasos e instrucciones que ella le daba. Lo había convertido en su brazo derecho, en su investigador particular. A la vez, la imagen de Carmen entregada al desconsuelo por las grietas que Mariana abriera en su teoría del crimen evidenciaba una ajenidad total a esos sentimientos. De manera que al curioso desencuentro entre ambos se añadía el de ella misma, que se hallaba más bien incómoda con la situación.

La hipótesis de Carmen iba directa al corazón de Rafael Castro: sin duda alguna, Rafael era el único que debía conocer la pérdida del olfato de su tío. Éste no se lo había dicho a nadie y todo el mundo debió atribuir su retraimiento último respecto de la comida y su ausencia de cualquier restaurante de los que anteriormente visitaba a un nuevo ataque de avaricia, propiciado por la vejez. ¿Qué fue lo que convirtió en secreta la afección del viejo? ¿Coquetería? ¿Miedo al deterioro que anuncia el final? ¿El deseo de no mostrar su inicial decrepitud a los demás? ¿La vergüenza de que lo vieran

comer sin ganas? Probablemente fuera una mezcla de todo. Sin embargo, el sobrino, en la convivencia, hubo de notarlo y hasta es posible que lograra hacerle confesar: con ello se convertía en su cómplice del secreto, pero también en el poseedor de una valiosa información. Haciendo cuentas, descubrieron que fue más tarde cuando el viejo anuló su primer y único testamento; si lo hizo con conocimiento de Rafael o Rafael se enteró por su cuenta era cosa imposible de dilucidar. Era muy probable que el viejo avaro se sintiese inseguro y empezase a pensar en amarrar el destino de sus posesiones como una forma indirecta de protegerse del terror a la pérdida de su botín y de su vida también. La cabeza funciona a veces de manera incoherente aunque explicable. El único que estaba cerca de él era su sobrino y más cerca aún tenía el miedo a la muerte. Pero todavía debía faltar algo, porque tardó un tiempo en morir y Carmen aventuró que ese tiempo fue el que tuvo que esperar Rafael para descubrir el lugar donde el viejo escondía el dinero en metálico, cantidad que no figuraba en ningún papel ni nadie pudo calcular nunca hasta que, justo a la muerte del viejo, el propio Rafael lo halló, dijo que por azar, en un hueco perfectamente disimulado de la cocina. Eso sirvió en la vista para sostener la teoría de que aquella mañana, como debía hacer en muchas otras desde mucho tiempo atrás, se había encerrado en la cocina para contar el dinero, no para suicidarse, y como ambos actos eran perfectamente contradictorios entre sí, la conclusión a la muerte del viejo avaro se inclinaba del lado del accidente. Los avaros no se suicidan jamás. Pero ahora, sostenía Carmen, a la vista de la información obtenida por Teodoro, las cosas cambiaban de modo radical pues ya no se trataba, en efecto, de un accidente ni de un suicidio sino de un caso claro de asesinato premeditado. Rafael había bajado con el viejo, posiblemente le ayudó a preparar el desayuno, pues fue encontrado sobre la vieja mesa de madera, dejó abiertos los quemadores y salió de la cocina. El viejo no podía oler el gas y el ruido de éste al salir no llegó a escucharlo, cosa corriente en un hombre de su edad. A partir de aquí, Carmen reconoció que especulaba: probablemente salió llevando consigo la llave, cerró por fuera y esperó. ¿Cómo supo cuándo debía entrar? Muy sencillo: mirando por la ventana alta de la cocina que daba al patio.

(En este punto del relato, Mariana no pudo evitar un estremecimiento: ¿se habrían cruzado las miradas de ambos, la del agonizante y la del presunto asesino?)

Después, según Carmen, cuando el sobrino lo viera tendido en el suelo y calculase el tiempo necesario, volvería a la puerta cubriéndose la nariz y la boca, la derribaría de una patada y saldría de estampía a pedir socorro tras cerciorarse de que el viejo ya no respiraba.

—Un momento —había dicho Mariana, que seguía atentamente la exposición de Carmen—. ¿Y la llave? La llave ha de resentirse de algún modo si se rompe la cerradura a golpes y, sin embargo, estaba intacta.

Carmen permaneció en silencio, reconcentrada y apretando los labios entre los dedos.

—No —dijo de pronto Teodoro dirigiéndose a Carmen—. No tiene por qué ser así. Bien pudo romper la cerradura y luego dejar la llave sobre la mesa, como si lo hubiera hecho su propio tío después de encerrarse, ¿me comprendes?

Carmen miró a Teodoro con tal arrobo que éste no pudo evitar que un gesto de satisfacción le recorriera la cara como una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Bien, Teo, eres un genio! ¡Eso es lo que pasó! Y entonces ¿qué? Pues que monta todo el paripé, llama al vecino, abre puertas y ventanas, la gente se congrega, se arma el lío padre, en el tumulto se borran pistas si es que había alguna huella interesante o algo así, se recompone la propia disposición de la escena, lo que sea... Rafael dispuso de margen para organizarlo todo a voluntad y tuvo la serenidad y la inteligencia de sacar a relucir más tarde el dinero escondido y ponerlo en manos del Juez, con lo que queda como el hombre más legal del mundo. Todo el mundo se hace lenguas y comenta admirado que o es un gilipollas o un caballero, porque Hacienda jamás se habría enterado de la existencia del dinero.

—Eso dice algo en su favor —comentó Mariana.

—Oh, sí, seguro que sí —respondió Carmen—. Pero ¿no se te ocurre pensar que, a lo mejor, había diez, cincuenta o cien veces más de lo que declaró?

—No es dinero fácil de esconder y es arriesgado tenerlo en casa —

respondió Mariana.

—Pues el viejo lo tuvo —objetó Teodoro, que volvió a recibir una mirada de gratitud de Carmen.

—Ahí tienes —apostilló Carmen—. Pero es que, además, sabemos que Rafael ha viajado en varias ocasiones fuera de España. Él dice que son viajes a Francia, al lugar donde vivió, pero... Todos eran viajes en coche, en el coche se llevan maletas que pueden esconder algo más que ropa, en fin... ¿qué me dices?

—Sí, es verdad —reflexionó Mariana—. Pudo haber mucho más dinero y pudo haberlo metido en un banco suizo. Pero me queda una duda: ¿cómo es posible que un hombre criado desde niño en un hogar humilde y en un país que no es el suyo tenga tanto mundo y se maneje tan extraordinariamente bien no ya en el planeamiento y ejecución del crimen sino en toda la organización posterior? Finalmente, por mucho que ahora se haya refinado y por muy inteligente y avisado que haya sido siempre, en aquel momento era poco más que un empleado que vivía en estrecha dependencia de su tío a la espera del botín si es que llegaba algo.

—Un momento —intervino Teodoro—. Era más que un empleado. El viejo lo reconocía y lo trataba como sobrino; otra cosa es que fuera un avaro.

—Da igual. En todo caso, Carmen, no casa la figura con tu planteamiento; de ser cierto que se trate de un crimen, Rafael no era entonces el tipo de criminal que tú estás dibujando. Ese asesinato es de una brillantez intelectual tal que se corresponde más bien con un criminal de alta gama, un maestro del crimen, una ficción. Y otra cosa: si era un tipo tan inteligente y con tantos recursos antes de ahora, no entiendo cómo no consiguió medrar allá en Francia; y tampoco entiendo cómo aguantaba a su tío.

—Porque pensaba matarlo —dijo Carmen.

—¿Un tipo tan listo dedicado a tragar sin rechistar el tiempo que fuera necesario? De verdad, me estás hablando de un ingenio y de un temperamento diabólico. No me lo creo. La inteligencia es un grado, Carmen. Lo que yo aceptaría es que quizá fuese un vivo, pero un vivo que, por el momento, esperaba su oportunidad. Lo que tú pretendes decirme es que vino ya con la idea de matar. El grado de premeditación y planeamiento que tú

imaginas es sólo eso, pura imaginación. Quizá, sólo quizá, habría estado dispuesta a considerar que se encontró las cosas tan bien colocadas, tan a huevo, que no se pudo resistir; pero tampoco es ése el carácter. Ni es el Maligno ni un asesino sobre la marcha. Simplemente, la herencia y los acontecimientos se le pusieron de cara. Hay gente con suerte. Ni tú ni yo, pero hay gente que sí.

—Claro que es diabólico. Es el mismo Mal, te lo dije yo, ¿no?

—El Mal... Un as del crimen... Lo tienes muy mitificado, me parece a mí —dijo Mariana con toda ironía.

—Bobadas, Mar —Carmen no lo percibió—. El crimen está claro, está claro el motivo y está claro el *modus operandi*. Lo que yo creo es que hay material suficiente para reabrir el caso y con lo que tenemos te aseguro que perderá los nervios y se traicionará. La evidencia es abrumadora, Mar, no soportará el juicio.

Mariana sonrió:

—Tú sabes que no es así.

—Lo tuyo, Mar, sí que son suposiciones: no es tan refinado, no es tan mundano, no es tan inteligente... Eso no cuenta ante un tribunal. Son los hechos, la oportunidad, el motivo, los que verdaderamente pesan en un caso así. Y te diré una cosa: si tú no reabres la instrucción del caso caerá sobre tu conciencia.

—Me parece bien. Si tiene que caer, que caiga, pero no te ciegues tú con la devoción por tu sobrina. Y para ello, déjame que te planteé las objeciones que, como Juez, te haría yo para reabrir la instrucción disponiendo sólo de la información que tú me das. ¿De acuerdo?

Carmen torció el gesto malhumorada y asintió.

—En primer lugar —empezó a decir Mariana—, no hay base para concluir que la falta de olfato del viejo Castro nos lleve al asesinato. Imaginemos que las cosas han sucedido tal y como se ha supuesto, es decir, que el tío de Rafael entró él solo por la mañana a la cocina, se preparó un desayuno y, al apagar la llama del quemador, no se percató de que éste quedaba abierto. O bien que harto de su vida y de haber perdido el único placer que se permitía, en un ataque de depresión abrió los quemadores y se dejó morir. En el primer caso, la falta de olfato es decisiva; en el segundo, es accesoria; pero ambas posibilidades siguen en pie a favor o a pesar de su lesión. Yo creo que tú estás tan empeñada en la condición criminal de Rafael que miras el asunto con *blinkers*, como los caballos rebeldes, y no calibras otras posibilidades; por ejemplo: el suicidio sólo te interesa si crees que ha habido inducción o cooperación, porque el suicidio no es perseguible, como sabes, pero tú estás erre que erre con la idea del asesinato y no hay quien te saque de ahí.

—No estoy de acuerdo —dijo Carmen a su aire— porque no entiendo que abra todos los quemadores para calentarse un cacillo de leche.

—¿Todos? —comentó Mariana—. ¿De dónde sacas que estaban abiertos todos?

Carmen se quedó en silencio.

—Si no me equivoco, Rafael reventó la puerta, se encontró una habitación inundada de gas y empezó a abrir puertas y ventanas; más en concreto: abrió la puerta que da al patio junto con la ventana alta y también la puerta de calle de la casa. Y antes o después, no lo recuerdo ahora, supongo que fue antes, cubriéndose con el pañuelo o con algún trapo, cerró el

quemador. El quemador, no *los* quemadores, según él. Puede que fuera más de uno, pero no lo recordaba con claridad, según consta en el sumario, y no lo recordaba debido a la prisa con que actuó para no morir él mismo. Y ahora veamos: si era uno, es accidente; si dos o más, es suicidio. La duda final quizá provenga de este detalle que no se ha podido comprobar porque cuando llegó la Guardia Civil estaban ya cerrados; luego está el otro detalle, el de la llave sobre la mesa de la cocina con la cerradura echada, aunque ya hemos visto que había razones, digamos de sordidez de avaro, para justificarlo. En todo caso se mantienen en pie tanto el accidente como el suicidio, mucho más el primero. Visto así, reconocerás que tu teoría del asesinato es imposible probarla. Se trata de una simple conjetura... y de muchas habladurías propias de un caldo de cultivo provinciano donde todos se conocen y se puede acoger con más regodeo un rumor que nunca resulta difícil de echar a andar.

»Por lo demás —continuó Mariana—, te confieso que a estas alturas hay una cosa que me intriga: ¿por qué estás tan empeñada en culpar a Rafael? ¿Sólo porque quiere casarse con tu sobrina? Es una razón, desde luego —se apresuró a decir al ver que Carmen torcía el gesto—, pero es sólo una razón y lo tuyo, en cambio, es una persecución en toda regla. Eso es lo que me llama la atención —estuvo por añadir: “¿No habrá algo más en esa manía persecutoria?”—, pero se contuvo porque conocía a Carmen y, al menos en aquel momento de la conversación que estaban manteniendo, no era una insinuación oportuna; sin embargo, se prometió hablar de ello más adelante.

—Eso lo sabrías si conocieras a Rafael —Mariana se contuvo y Carmen no advirtió un levísimo temblor en la barbilla de su amiga—. Es un hombre sin principios, Mar, una persona absolutamente amoral...

—Sí, una encarnación del Mal, con mayúsculas —la interrumpió Mariana con una entonación paciente en la voz.

—Ya sé que no crees en eso. Yo tampoco creía, pero lo vi en sus ojos una vez y no se me olvidará nunca.

—¿Lo viste? ¿Cómo? —dijo Mariana, escéptica.

—Lo vi cuando le advertí de que dejara a Vanessa porque no era para él y me miró de tal manera que si las miradas matasen allí mismo me habría degollado y se rió como un demonio antes de amenazarme de aquella manera

en mitad del Paseo —respondió con convicción Carmen—. Eso es indescriptible, pero cuando lo ves ya no lo olvidas nunca. Es como verle la cara a la Muerte. No lo olvidas y tampoco se lo puedes transmitir a nadie.

—Ya sabes que yo sólo creo, por ahora, en la maldad humana y con eso ya tengo bastante. No pienso pasar de ahí. Y te diré que basta la maldad para matar a alguien, no hace falta el Mal del que tú hablas, que no es más que una idea, un concepto.

—Concepto... ¡bah! Yo soy católica aunque sea muy poco practicante, pero nunca llamaría concepto al Mal como tampoco se lo llamaría a Dios.

—La vida sí que no es un concepto, Carmen, y a ella es a lo que yo me atengo.

Fue entonces cuando Carmen dijo, completamente decepcionada:

—La vida es una mierda.

Por un rato, los tres se quedaron en silencio y luego Carmen habló:

—Reconoce que si quisiera matar a su tío, ésta era la manera perfecta de hacerlo.

—Y entonces —dijo Mariana— reconoce que sería un crimen perfecto y yo en lo que creo, en todo caso, es en la casualidad afortunada, incluso en una suma formidable de casualidades, pero no en el crimen perfecto. Eso no existe. Ve pensando, Carmen, si tanto te duele, en convencer a tu sobrina para que deje a Rafael Castro.

—Ya sabes que no hay nada peor con una joven arrogante que intentar convencerla de que está equivocada, de que ha elegido a la persona equivocada.

—Se emperrará —dijo Teodoro de pronto, como si quisiera dar fe ante las dos mujeres de que él también estaba allí.

—Justamente —dijo Mariana—; por lo tanto, mejor será esperar a ver qué pasa. No creo que hayan fijado la fecha de la boda. Vamos a ver: le gusta un tipo que es una mala persona. ¿Y qué? También las malas personas tienen su gracia...

—Mar, no me jodas.

—Es la vida, Carmen. Y vuelvo a lo que te decía, que es tu preocupación: ¿han fijado ya la fecha de la boda?

—No, pero ella me dijo que él iba a pedir su mano.

—Y tú...

—Yo me puse furiosa, sí, ¿qué pasa?

—Nada, nada. Tú misma te contestas.

Vanessa estaba sentada con dos amigas en la terraza cubierta de una cafetería en la plaza del Ayuntamiento de Villamayor. Habían estado de compras y junto a la silla de cada cual reposaban una o más bolsas. Las tres charlaban muy animadas y moviendo constantemente la cabeza de un lado a otro, como si quisieran llamar y capturar las miradas de todos los que pasaban junto a ellas o las observaban desde las otras mesas. Agitaban sus manos con una especie de nerviosa alegría salpicada de risas y, de cuando en cuando, arqueaban la espalda para echar al aire una carcajada. Su estado de excitación era evidente y un observador atento hubiera descubierto que la excitación nacía en ellas mismas, como la trayectoria de un cohete de fuegos artificiales, y moría en el aire.

Vanessa era una vistosa morena cuyo atractivo, como el de sus amigas, residía en su edad: veinte años bien alimentados eran en la España de finales del siglo XX un seguro de prestancia física. Ninguno de los tres cuerpos mostraba su procedencia campesina, aunque el paso del tiempo y quizá las costumbres ancestrales acabasen devolviendo esos cuerpos a sus formas de origen, pero ya nada sería lo mismo y sus hijos, salvo, quizá, los que permanecieran encerrados en pequeñas comunidades, estarían aún más cerca del modelo europeo que del racial iberismo. La televisión había uniformado lo que el general Franco separase con su España de cuartel, mesa camilla y ñoñería social.

Pero Vanessa tenía una característica bien poco habitual. A más de ser alta y esbelta, sólo había salido a su madre en los ojos y a su padre en todo lo demás, pues lo primero que destacaba en ella era su par de ojos azules enmarcados por una larga y cuidada cabellera negra. La madre, María

Fernández (que, como su hermana Carmen, no llegaba al metro sesenta, una estatura baja en comparación con su hija), era mujer de pecho generoso y caderas anchas, aunque en conjunto no representaba el clásico tipo de mujer gruesa y recia que aún predominaba en la zona. El padre, Manuel Terón, por el contrario, era un tipo más bien alto y flaco como un zumaque, de estómago hundido, y en el que sólo unas manos como palas y unas arrugas muy marcadas delataban su origen campesino. La madre tenía el cabello rubiajo y los ojos lucían el mismo azul luminoso que había heredado su hija y el padre, por el contrario, un hermoso pelo negro que sólo la calvicie incipiente y un puñado de canas en ambas sienas descolorían en parte. En consecuencia, la combinación de ojos y cabello de la hija y el tipo estilizado la convertían en un elemento exótico entre los suyos y la destacaba por encima de las demás, de lo cual ella era plenamente consciente y lo exhibía sin prejuicios, por lo que se había convertido en objeto de deseo de muchos jóvenes de San Pedro y los alrededores y, en opinión de las comadres locales, en una moza muy creída. Por eso, cuando empezó a salir asiduamente con Rafael Castro las maledicencias corrieron tan aprisa como la noticia y Carmen, que las cazaba al vuelo, entendió que en este caso comportaban una mezcla perfecta de satisfacción y envidia; satisfacción por ver rendida a la más arrogante y envidia porque se juntaban dos buenas herencias y también porque Rafael Castro era el suspiro secreto de muchos corazones que ahora hablaban y desfogaban por boca de hipócrita.

Por todo lo cual, el alboroto que las tres muchachas armaban en la terraza de la cafetería no pasaba desapercibido ni a los demás clientes ni a los viandantes que cruzaban ante ellas.

Cuando Rafael Castro —pantalón de pana gruesa de color vino, camisa de anchas rayas azules, jersey azul marino echado sobre los hombros y zapatos de campo elegantemente envejecidos, un cigarrillo descuidado en la mano— llegó a su altura desde la otra acera, las tres chicas redoblaron sus pajareos para saludarlo alegremente y hacer comentarios entre ellas, salpicados de risas nerviosas en las otras dos y de alegre satisfacción en Vanessa, viéndole venir.

Rafael llegó a la mesa, besó a las tres, pero a Vanessa en la boca,

despacio y con la evidente intención de hacérselo notar, y se sentó con ellas. Cuando volvió la cabeza hacia la puerta del café, el camarero ya estaba pendiente. Pidió un vermouth con ginebra y unas almejas vivas y ordenó que volviera a llenar las copas de las chicas sin consentir en sus protestas. Ellas estaban deseando que no consintiera. Rafael había caído del cielo como un milano sobre las tres pollitas que, haciendo amago de asustarse y excitarse a la vez, se arremolinaron junto a él.

Vanessa cruzó su mirada con la del hombre mientras éste se ocupaba galantemente de encender su cigarrillo en primer lugar, antes que los de sus amigas y con manifiesta deferencia, y se sintió llena de satisfacción y de prosperidad.

Aún quedaba luz en la playa. El día había sido lluvioso, pero repentinamente las nubes compactas empezaron a romperse y dispersarse y entre ellas asomó el azul del cielo ya algo descolorido por el atardecer aunque todavía luminoso. Las nubes se abrían como por ensalmo y se desplazaban rápidamente. Apenas si soplaba el viento y Mariana pensó en un rezo mágico y se dio la vuelta sobre sí misma como buscando al hechicero, mas no había nadie a su alrededor salvo una pareja a lo lejos que caminaba rodeada por los saltos y piruetas de su perro y una vela cruzando ante la línea del horizonte. El sol también descendía hacia el horizonte, a punto de tomar ese color amarillo anaranjado del crepúsculo antes de hundirse en el agua. La playa era una inmensa y vacía extensión de arena en la bajamar; la soledad abierta del enorme espacio que se extendía entre el agua que se retiraba en suaves olas y las lomas verdes que se sucedían hacia el interior y que azuleaban al acercarse a las colinas de donde procedían y más allá se difuminaban en tonos grises y acerados por las montañas cercanas, era una invitación a la serenidad, como si el prodigioso espacio que abrían llenara de vastos sentimientos esa soledad de la que ella se apropiaba ahora y disfrutaba allí, descalza, con los zapatos en la mano y abrigada con un grueso jersey y unos pantalones remangados a media pierna.

Con las plantas de los pies sintiendo el tacto de la arena, el dulce frío en el rostro y la luz del atardecer y la súbita transparencia del aire ante sus ojos, contemplaba la villa de San Pedro al fondo, ante las colinas y, por detrás de ellas, las últimas y más altas cumbres de la cordillera, nevadas, y aún sobre ellas el azul del cielo que se pavonaba con lentitud y calidez, mientras la línea marina del horizonte clareaba atravesada por un resplandor rosáceo y todo el

conjunto, de la arena limpia a la luz decadente que el sol arrastraba consigo virando hacia el oro sobre la playa, del resplandor final de los picos hasta el brillo de los charcos diseminados, de la leve línea de espuma que dibujaba la orilla a los arbustos que crecían a su espalda entre roca y tierra, recogía y expandía su espíritu tal y como se abría y cerraba su corazón ante aquel regalo de la naturaleza. Mariana, en aquellos momentos, respiraba felicidad y se reconocía a sí misma, habiéndose puesto en pie con los brazos en cruz y los zapatos colgando de los dedos de la mano izquierda, que en ninguna otra parte hallaría la plenitud que aquel espacio de verdad y de belleza le estaba ofreciendo. Entonces recordó la cita que se avecinaba y sintió un vértigo que le erizaba la piel y que se extendía por dentro de ella como la misma arena descubierta por la mar en retirada: esa enorme extensión entre la ría de la villa al fondo y el promontorio que la cortaba al otro extremo era a la vez acogedora y perturbadora. Echó a andar en dirección al mar, como si no quisiera reconocer ninguna de las dos puntas sino afirmarse ante el mar, pisando descalza, mirando al frente, al agua desmemoriada que la recibía con su llano y suave retroceso hacia el horizonte, tentándola, jugando con sus sensaciones.

Más tarde, con la última luz, se dirigió a la carretera que bordeaba la playa donde había dejado su coche. A medida que se acercaba, todavía descalza, caminando lentamente por la extensión de arena ahora ya fría, percibió una figura en pie que la observaba y cuando se acercó lo suficiente como para reconocerla agitó los zapatos en el aire en señal de saludo.

Rafael Castro fumaba recostado en el coche cuando ella llegó junto a él.

—¿Has venido andando desde Villamayor? —preguntó sentándose a su lado mientras sacaba los calcetines del bolsillo del pantalón.

—No. Me ha acercado un amigo —contestó él tranquilamente.

Mariana agitó los calcetines en el aire, los dejó a un lado y empezó a sacudirse la arena de los pies.

—Nunca hubiera imaginado a un Juez que se pintara las uñas de los pies —comentó Rafael divertido, arrojando el cigarrillo lejos.

Mariana se calzó los calcetines y después los zapatos.

—Este país ha cambiado tanto desde la muerte de Franco —dijo ella— que ya todo parece posible.

—¿Y eso es bueno? —preguntó él.

—Para mí, sí —respondió ella—. Para ti... no lo sé; no creo que te importe mucho. ¿Te llevo a alguna parte? —preguntó con fingida ingenuidad.

—Creí que habíamos quedado aquí —dijo él.

Mariana le dedicó una sonrisa cómplice, sacó las llaves del bolso que llevaba en bandolera y le indicó con un ademán que subiera a bordo.

—¿Te ha gustado tu paseo playero? —preguntó él mientras se ajustaba el cinturón de seguridad.

—Hay veces en que el mundo se vuelve tan hermoso que me horrorizaría

vivir fuera de él —dijo Mariana con un velo de emoción en los ojos que Rafael no pudo ver.

Teodoro detuvo su furgoneta ante la casa de Tomás Pardos, llamó a la puerta, se dirigió luego a la parte posterior del coche, levantó el portón trasero y se agachó ligeramente, con las manos en las rodillas, mirando al interior; después enderezó el torso y se quedó esperando de cara a la casa. Poco después, una hoja de la puerta se abrió y asomó Tomás medio cuerpo, tras lo cual volvió a meterse adentro y, con la ayuda de un chaval que apareció de pronto y que debía ser su hijo, retiró los cerrojos que fijaban al suelo la otra hoja. Teodoro adelantó un par de metros la furgoneta, regresó a la trasera del coche y entre los tres empezaron a meter en la casa unas cajas anchas y planas.

La ocupación principal de Teodoro, además de su personal correría de seguros a comisión, era la de estar continuamente intercambiando cosas con todo el mundo y la de Tomás era la de colocar cualquier producto en el establecimiento adecuado, razón por la cual ambos se facilitaban trabajo bastante a menudo. En cuanto terminaron de descargar, Tomás encargó al chico que cerrase la puerta, Teodoro reculó con la furgoneta hacia un espacio mejor para aparcar y luego se fueron ambos a un bar cercano.

—A ver, Paco, ponnos dos mostos —requirió al propietario, que atendía la barra.

—No sé si vos gusta esto —dijo el otro sacando de debajo de la barra una bandejita con pinchos de jamón cocido y queso.

Gustaron los dos y se pusieron a hablar, como si se hubieran concertado para ello, sobre Rafael Castro.

—Parece que lo de la Vanessa y él va en serio —comentó Teodoro—, porque eso me ha dicho su tía, que está que fuma en pipa.

—Pero ¿tú no saliste antes con la Vanessa? —preguntó Tomás, que quizá de tanto andar de un lado a otro se había acostumbrado a las comidillas de la gente.

—Quita, hombre —respondió Teodoro—. Eso fue cosa de un momento y luego se pasó, pues... —titubeó— porque tenía que pasar. Está olvidado.

—La chavala está de muy buen ver —dijo Tomás con intención.

—Eso sí —respondió Teodoro—. Buena, está buena, pero es más por fuera que por dentro. Por dentro... —Teodoro torció el gesto—. Vamos, que yo no la quiero para novia.

—¡Vaya, hombre! —soltó Tomás—. Y para lo otro ¿sí? —añadió con picardía.

—Eso pregúntaselo a Rafael Castro, que es el interesado, porque yo no tuve más que ver con ella.

—Bah, si ahora las cosas ya no son lo que eran.

—Bueno, pues por si acaso.

Tomás contempló a Teodoro con simpatía.

—Pues eso te perdiste, que lo que se han de comer los gusanos, mejor que lo disfruten los cristianos —a Tomás le gustaba combinar dichos y sentencias con sus propias opiniones, como refuerzo.

Teodoro rió por lo bajo. Había estado saliendo con Vanessa un tiempo, pero no pasaron nunca de la línea que separa la decencia del escarceo amoroso. No le pesaba porque no se fiaba mucho de la chica aunque le había gustado. Las cosas vienen siempre por su cuenta, pensaba él, y esta vez le había tocado de no. Sin embargo, más allá de este pensamiento flotaba un deseo incumplido que no dejaba de picarle cuando se cruzaba con ella. Un deseo que, además, y esto le confundía, provocaba en él un sentimiento de desaire cuando la encontraba y se saludaban. Y en esas ocasiones se sentía desairado, aunque no supiera expresarlo, por la lozanía de Vanessa, que recibía como una demostración de superioridad mientras que en ella el lucimiento estaba por encima de cualquier otra consideración. Se consolaba diciéndose que no era para él, que una muchacha como ésa siempre acaba por traer disgustos y que un hogar no debe brillar sino en la intimidad.

—Así que ahora te dedicas a la tía, ¿eh, bribón?

Teodoro enrojeció a su pesar.

—Anda y no digas tonterías —contestó evasivo.

—Pero si es muy maja esa chica, hombre, y yo creo que haces muy bien.

—Que no hay nada de eso, te digo.

—Ya, pero tanto va el cántaro a la fuente... Tú no te separas de ella.

—¡Venga ya! Si está todo el día con su trabajo en el Juzgado.

—Y tú a la puerta en cuanto tienes un rato. Que todo se sabe, hombre, aquí no hay secretos.

—Bueno y si es verdad ¿qué?

—Que enhorabuena y a ver si la consigues, que es bien difícil. ¿Cuántos años tendrá ya?

—Los que tenga, ¿a ti que te importa?

—Ahora no me vayas a decir que no se te ha ocurrido pensarlo. Ha de tener como tú más o menos, calculo yo. Eso está bien.

—Tomás, que no te vayas de la lengua no sea que lo pintes como no es y empiecen las habladurías a hacer daño.

—Yo no hablo, pero me fijo. Y la gente también. O sea, que si se acaba diciendo algo, que sepas que no viene de mi parte porque a mí no me gusta andar con chismes.

—No, nada... —comentó sarcástico Teodoro.

—Oye, Teo, de otra gente puede que yo haya dicho lo que sea, pero de ti... De aquí —dijo signándose la boca— no sale una palabra sobre lo tuyo, palabra de honor. Por cierto, hablando de otra cosa: ¿Carmen no es muy amiga de la Juez esa que me ha tocado? ¿De Marco?

—Sí, ¿por qué? —preguntó Teodoro a la defensiva, que conocía bien a Tomás.

—Porque... ¿ni palabra a nadie, eh?... pero la vi el otro día en la playa con el Rafael Castro ese.

—¿En la playa? ¿En qué playa? ¿Con este tiempo? Tú estás p'allá.

—Te lo juro. No estaban haciendo nada, ¿eh? Estaban hablando junto a la carretera y yo es que pasaba por allí. Me llamó la atención porque Carmen lo odia a muerte a ese Rafael desde que sale con su sobrina —hizo una pausa. Teodoro le contemplaba con gesto preocupado—. Y yo me digo: se

conocerán de algo, ¿no? No va a estar saliendo con dos al mismo tiempo. Y, además, una Juez... En fin.

Teodoro sopesó mentalmente todo lo que Tomás había dejado flotando ante su entendimiento y empezó a sentirse incómodo. Habría preferido no oír las palabras anteriores porque se preguntaba cuánto habría de verdadero tras la información que acababa de recibir y hasta dónde llegaría esa verdad. Seguramente era un hecho casual, pero la intervención de Tomás eliminaba ese carácter de casualidad y lo convertía en algo al menos inquietante. Algo que no sabía si tendría que contarle a Carmen. Pero después de haber oído a Tomás no le cabía la menor duda de que la voz iba a empezar a correr. ¿Sería descuidada la Juez? ¿Debería advertirla por medio de Carmen? Pero si Carmen se enteraba de la noticia... Teodoro no tenía claro cuál iba a ser la reacción de ella. Este conjunto de pensamientos empezó a embotarle la cabeza y se bebió el mosto de un trago. Al bajar la copa vio que Tomás lo estaba mirando como si quisiera escudriñar sus pensamientos. Teodoro pidió otro mosto.

—Yo no, gracias —dijo Tomás—. Ahora tengo que inventariar todo lo que me has traído y conviene tener la cabeza bien despejada.

—Eso está bien —dijo Teodoro.

Tomás pagó y salió a la calle. Teodoro permaneció acodado en la barra. Estaba dándole vueltas a la información recibida. La verdad era que la Juez no tenía por qué no conocer a Rafael Castro. Seguro que se conocían. La gente de una misma clase se conoce y Rafael ya no era aquel sobrino que aguantaba carros y carretas aunque, la verdad, tampoco fue nunca un zopenco; sabía manejarse y tenía mundo y él lo sabía bien porque se le había arrimado atraído por esas cualidades, Teodoro admiraba la desenvoltura de Rafael. No, no era un zopenco ni un rascatripas sino que él entendía bien que con dinero estuviera donde estaba. Eso era lo que le estaba faltando cuando lo conoció: dinero. Así que ¿por qué no iba a tratar con una Juez, o con un Juez? Ese Tomás siempre andaba mirando a los lados y nunca de frente, a la carretera; no le extrañaba nada lo que le había ocurrido con las vacas, seguro que cuando ocurrieron los accidentes iba mirando o pensando en otra cosa. Así se echan a correr los rumores —pensó—, pero no seré yo quien siga la

corriente.

No lo haría y, sin embargo, una última consecuencia le tenía inquieto. Sin duda lo mejor era no decir nada, no haber oído nada y no darle más vueltas; pero había algo más, un asunto colateral que no dejaba de hacerse presente y era que Carmen no tenía la menor idea de que Rafael y la Juez se conocieran tanto como para estar juntos en la playa, porque lo que había visto Tomás no parecía sólo un saludo entre dos. Y nada le preocupaba tanto como tener guardada una noticia que le quemaba pensando en Carmen porque mucho peor sería que Carmen acabase sabiendo que él sabía y calló. Realmente era un dilema el suyo, aunque por el momento, resolvió callar y esperar.

La noche había caído, pero la playa se repetía como un eco en su cuerpo. La casa de Rafael Castro en el campo estaba envuelta en oscuridad por el exterior, oscuridad que parecía enmarcar en el gran espacio de la noche un ventanal luciente como una gran ascua. Una mirada al interior habría descubierto al observador el cálido ambiente de un salón con la chimenea encendida frente a la cual se sentaban, a prudente distancia, un hombre y una mujer que conversaban en la intimidad; sólo los separaba una bandeja sobre la alfombra, una botella y dos copas semivacías. Mariana resplandecía por el efecto del fuego y la cambiante luminosidad de las llamas se reflejaba en su rostro. Rafael estaba sentado en escorzo hacia la chimenea con las piernas cruzadas y movía los brazos al hablar, como un encantador de serpientes; la luz proyectaba sombras a su espalda, también cambiantes. Mariana, en cambio, recibía la luz de lleno. Estaba realmente hermosa, misteriosa y resplandeciente y el encantador se mantenía con sus gestos a la distancia justa de la conversación que mantenían. En los ademanes de Rafael acechaba un peligro que, sin embargo, no parecía intimidarla a ella, antes al contrario, lo seguía con la mayor atención, con una mezcla de intensidad y confianza porque disfrutaba con ello. Había un desafío en el conjunto de la escena al que ninguno de los dos era ajeno. El movimiento de luces y sombras que se desprendía de la chimenea los acercaba y los alejaba a la vez, como dos figuras al acecho jugando con sus deseos.

Una lejana campana dio la una, pero la habitación parecía estar fuera del tiempo. La campana había sonado afuera, en el espacio ilimitado de la oscuridad y por ella se fue expandiendo hasta que el ventanal quedó reducido a un punto de luz en la inmensidad de la noche.

—Puesto que no podemos luchar contra la muerte, por lo menos lucharemos contra la pena de muerte —dijo Mariana de Marco a su interlocutor.

Éste era un hombre de edad avanzada, con el pelo blanco y el bigote muy bien recortado también blanco, un blanco impoluto que llamaba la atención y le daba un aspecto de lozanía en la vejez realmente atractivo. Severo Abós, tío de Sonsoles, hermano de su padre, ya fallecido, fue un respetado economista que entretenía su reciente jubilación viajando por el mundo. Antes lo había hecho por razones profesionales (congresos internacionales y desplazamientos laborales sobre todo) y ahora lo hacía por curiosidad y diversión. Residente en la capital, aprovechaba encuentros, amigos y tertulias y los fines de semana se instalaba en una especie de hostel rural junto al mar para respirar yodo, según decía, caminando a lo largo de la playa por mover las piernas y el corazón; eran pacientes caminatas en las cuales, siempre que no las impidiera algún temporal, se detenía a cada largo de playa cumplido para hacer unos ejercicios de tabla de gimnasia y respiratorios todos los fines de semana del año con excepción del comienzo de la primavera, en que solía desplazarse primero a las islas Canarias para secarse el mohoso invierno cantábrico e, inmediatamente después, a Sevilla para aspirar el olor del azahar en flor; y de ahí, vuelta a su lugar de origen y a las costumbres diarias. En verano se quedaba en la capital porque era la época de acontecimientos culturales, especialmente musicales, afición por la que congeniaba con Mariana.

—El día menos pensado cogerás una pulmonía y te irás al otro barrio —solía decirle Sonsoles a la vista del invierno.

Estaban sentados en el Tenis tomando unos aperitivos y mirando a la bahía mientras charlaban. Mariana y él compartían unas ostras con sendos vasos llenos de hielo y de ron blanco en tanto que Sonsoles, que no se recalaba en recordarle su edad en relación con el consumo de alcohol, bebía en sorbos distraídos un vermouth rojo.

—A ti sí que te va a matar ese brebaje que bebes y que es pura química, criatura —respondió él con un ademán de desdén—. Estas muchachas de hoy en día —añadió dirigiéndose a Mariana con gesto cómplice— son unas sinsorgas.

—Y tú un viejo verde —le espetó Sonsoles.

—Mejor ser un viejo verde que un viejo muerto —respondió él—. Y hablando de muerte esto nos devuelve a lo que estábamos hablando. ¿Qué era lo que habías dicho? —preguntó a Mariana.

—Que ya que no podemos luchar contra la muerte, al menos debemos luchar contra la pena de muerte —contestó Mariana.

El viejo Abós la miró por encima de sus gafas de présbita —había estado leyendo hasta entonces el periódico del que partió la noticia que daba pie a la charla— y sonrió con ironía.

—¿Y qué debería hacer un Juez contrario a la pena de muerte en una legislación que la incluye como pena máxima y que, por lo tanto, obliga a ejecutarla en los casos en los que ella lo exige?

—No lo sé, porque no es el caso aquí en España...

—Ahora —interrumpió con toda intención Abós.

—Ahora —confirmó ella antes de proseguir—. Sospecho que si se encuentra ante un caso que pueda incluir tal sentencia lo que debería hacer es alegar un problema de conciencia que le obliga a abstenerse.

—¡Plaf! Carrera finita —comentó Severo Abós en tono jocoso.

—En cuanto a sus aspiraciones, puede que sí; en cuanto a su conciencia, todo lo contrario.

—Yo no considero a la conciencia como un factor decisivo en este asunto —zanjó Abós—. La ley no es subjetiva. Aunque se componga de letra y espíritu ningún Juez debe irse por el extremo del espíritu. Excesivo protagonismo —concluyó.

Hablaban a propósito de un atentado terrorista de la banda ETA que había causado dos muertes y se discutía si sus autores eran merecedores de una condena que, cualquiera que ésta fuese, no pasaría de veinte años de cárcel efectiva, si es que llegaban a cumplirse. El viejo Abós era tajante en su apreciación de que una cosa era que uno se tomase la justicia por su mano y matase y otra bien distinta que el ejercicio legítimo de la violencia por parte del Estado establecido pudiera considerarse una acción igual.

—A mí, la verdad es que lo de matar no me gusta nada en ningún caso —dijo Sonsoles.

—Pues anda que no se mata por cualquier tontería en la vida diaria —dijo su tío con aire de aplastante evidencia— como para que ahora haya que cogérsela con papel de fumar cuando se trata de delincuentes o de terroristas. Sobre todo de terroristas, niña.

—Los terroristas son otra cosa —matizó Sonsoles.

—El que a hierro mata, a hierro ha de morir —sentenció el viejo.

Mariana levantó la mano.

—Ésa no es la Justicia, Severo.

—Pamplinas —replicó el viejo—. La Justicia depende de quién manda.

—Lo mismo que decía Humpty Dumpty —contestó divertida Mariana.

—Yo digo lo que me parece —protestó el viejo Abós— pero lo digo con conocimiento de causa.

—¡Vaya, hombre! —saltó Sonsoles—. ¿Y Mariana no tiene conocimiento de causa o qué?

Mariana volvió a reír:

—Entre que soy mujer, Juez y, al parecer, menor de edad, Sonsoles, creo que tu tío no me va a dar una sola oportunidad de seguir opinando.

—¡Al contrario! —dijo el viejo—. ¡Tú opina! Ésta es vuestra oportunidad. Nosotros, la gente de mi edad, quiero decir, ya hemos opinado todo lo que había que opinar. Ahora la vida es cosa vuestra, así que allá vosotros y vuestras opiniones. A mí, mientras no me fastidiéis más de la cuenta, todo lo demás se me da una higa.

—Pero mira que eres antipático, Severo. Antipático y bravucón todavía —dijo Sonsoles—. ¿Sabes lo que te digo? Que te morirás mandando, aunque

no sé a quién, porque nadie te va a hacer ni caso como sigas así.

—Ni falta que me hace —dijo el viejo Abós llevándose una ostra a la boca. La saboreó lentamente y luego dio un sorbo a su ron—. Con esta delicia, ¿quién se preocupa de nada más?

Mariana le imitó. El metálico sabor marino de la ostra y el oscuro fondo de alcohol que se escondía tras la dulce procedencia de la caña de azúcar le llenaron la boca con tal intensidad que empleó los instantes siguientes en sentirlo y recrearse mirando el plácido espejo de la bahía extendida a lo lejos.

—Tú, Mariana, ni caso. El tío Severo ya sabes cómo es —dijo Sonsoles.

—Severo —comentó Mariana.

—Sí, sí, reiros —dijo el tío—. Los vascos vienen a ponernos bombas y vosotras de juega. Y ya están viniendo a comprar casa aquí, también. ¿No les gusta tanto su País Vasco? Pues que se queden allí.

—Los vascos, no. Detesto las generalizaciones. Y si entre ellos hay terroristas y gente que los apoya, lo mismo pasa en otros sitios, pero ni todos los vascos son iguales ni nadie está obligado a vivir en ninguna parte, Severo; parece mentira que digas esas cosas.

—Porque no es que odien lo español sino que a todo lo que odian lo llaman español —prosiguió por su cuenta Abós—. Son muy cortos, hija, gente del Neolítico. Pero, eso sí, los fines de semana salen todos escapados de su paraíso para venir a respirar en nuestros bares. En fin, para qué hablar.

—El odio —dijo Mariana—, ése sí que es un problema. Nada bueno nace del odio. Odiar es negarse a pensar, a reconocer al otro, cosa que practica mucha gente en el mundo entero... y que se practicó mucho aquí en España después de la guerra, por cierto.

—Ah, ¿así que tienen su razón los etarras?

—En el caso de muerte, no, al menos en mi opinión —dijo Mariana—. La muerte es una sinrazón siempre. Odio y muerte, ¿qué se puede esperar de esa alianza? Pero no me pidas la pena de muerte para ellos, Severo, no te empecines. Y no es que se trate de poner la otra mejilla —dijo adelantándose al gesto de protesta del viejo— sino de mantener el rumbo de los principios por mala que sea la tormenta —Mariana se detuvo, como escuchando lo que acababa de decir—. Y no sigo hablando porque estoy empezando a ponerme

estúpidamente mayestática.

—Ya veremos lo que dices si un día, Dios no lo quiera, te matan al marido o a un hijo esos bandidos.

—Todo el mundo puede disparar, Severo, pero no todo el mundo es capaz de entender. Yo los llevaré a la cárcel aunque me pongan una pistola en la sien, pero no los condenaré a muerte. Y no por ellos, entiéndeme bien, sino por mí, por mi propia alma y por la propia sociedad en la que quiero vivir.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Severo—. El mundo lleno de terroristas y mafiosos de toda laya y tú con éstas. Así es como se pone en la calle a los delincuentes.

—Nadie pone en la calle a los delincuentes, no digas aberraciones.

—Muchacha: lo que yo te digo es que al cuerpo de policía lo deja laminado que los delincuentes entren por la puerta de la Comisaría y salgan por la puerta del Juzgado.

—La ley, Severo, especifica delitos y penas y sólo trata de establecer una relación proporcional entre unos y otras. Así que las protestas, a los legisladores, ¿me entiendes? Nosotros aplicamos la Ley y como hay algún margen entre el espíritu y la letra yo he dejado en la calle a más de un delincuente menor. Lo prefiero en la calle que aprendiendo en la escuela de la cárcel porque, cuando empieza, aún tiene posibilidades de rehacerse, pero de unas estancias cada vez más largas en la cárcel sólo saldrá una fiera dispuesta a matar si es necesario.

—Paparruchas y contemplaciones. Lo que pasa es que falta carácter, mi querida amiga. Carácter para afrontar las cosas como son.

—Yo creo que para lo que hace falta carácter es para no dejarse llevar por el deseo de venganza.

—Pero ¿qué venganza ni qué venganza? Estamos hablando de Justicia.

—Me parece, tío —intervino Sonsoles—, que de lo que estáis hablando es de dos cosas distintas.

—¿Te parece, eh? Pues a mí me parece que no. Yo creo que los jueces son blandos y que se les ha perdido el respeto y como ellos ya no se respetan van a conseguir con sus decisiones que tampoco se respete a la policía.

—En mi opinión, Severo —dijo Mariana—, los jueces en España son

mayoritariamente conservadores, que es lo que a ti te gusta.

—¡Bah! Es la democracia la que reblandece, Mariana. Esto no pasaba antes; y no es que yo esté por la dictadura, que tampoco era la panacea, pero por lo que sí que estoy es por la razón, qué caramba.

—Lo que no había entonces, y aquí no te tolero opinión contraria porque la que sabe de eso soy yo, es proporción entre los delitos y las penas sino pura arbitrariedad, sobre todo para delitos políticos, que lo eran casi todos en un país tan politizado por una sola opción como éste.

—De acuerdo, como tú quieras. Total, yo ya estoy de vuelta y para lo que me queda...

Mariana alzó su vaso de ron helado y se inclinó hacia él.

—Por lo mucho que te queda, afortunadamente —brindó Mariana con un gesto cariñoso.

—Desde luego, tío, mira que eres buscabroncas —terció Sonsoles, que asistía progresivamente enfadada a la discusión.

Mariana no dejó de quedarse gratamente sorprendida cuando Rafael Castro se presentó en el Juzgado para invitarla a almorzar. Dos noches antes se despidió de él y regresó a su casa sin permitirle que la acompañara y convencida de que la tentación quedaba así clausurada, pero no pudo dormir hasta muy tarde pensando que había cometido una estupidez más propia de una jovencita veleidosa que de la mujer que era. Huyó de algo que estaba a punto de suceder. ¿De dónde venía aquel reparo, aquel último rechazo?: demasiadas respuestas posibles se anudaban en torno a esa pregunta, como si quisieran sofocarla. No le agradó que Rafael apareciera precisamente allí, en el Juzgado, porque con ello se abría la vía para que los rumores llegasen a oídos de Carmen, pero tampoco le disgustó la audacia del hombre. La audacia y el descaro, porque él sabía de su relación con Carmen y en buena lógica debería contar con que Mariana conociera a su vez su relación con Vanessa. A ése —pensó— no se le pone nadie por delante cuando quiere algo. Así es como se busca la fortuna... y también el peligro. Le parecía muy atractiva su manera de actuar, que él llevaba adelante con toda naturalidad, porque los caracteres que ella había podido conocer y que mejor se acomodaban al suyo revelaron siempre un fondo de amoralidad, un fondo tentador que aún no veía aflorar de lleno en él, por lo menos a simple vista; eso la turbaba tanto como le removía por dentro el tirón que tenía para ella y del que ya había dejado de esconderse. Pero esa noche se fue a casa. ¿Se fue huyendo? La idea de haber huido la excitaba aún más. Lo que además veía asomar en él era el lado aventurero que acompañaba a su insinuada amoralidad: ese aventurerismo emanaba de él como un olor fuerte, de piel curtida. ¿Será que ando perdida en ese bien de las mujeres que es la intuición

femenina? —se dijo medio en broma—. ¿Será que empiezo a ser víctima de la fascinación del Mal? —se preguntó recordando la tesis de Carmen—. Rafael era en verdad un tipo extraño y singular.

Pero el problema que se destacaba como más preocupante era Carmen. Mariana había tratado de imaginar cómo se tomaría Carmen la noticia de que ella se veía con Rafael o, simplemente, la de que conocía a Rafael. Dos días antes, sin ir más lejos, Carmen la había llamado por teléfono para insistir en su convicción de que Rafael Castro era el asesino de su tío. Carmen, ni aceptaba la conclusión de accidente ni aceptaba la de suicidio. En el primero, y en pura objetividad, Mariana le concedía que, de serlo, era un accidente tan estúpido como para no creer en él, pero el problema residía en que la mayoría de los accidentes son estúpidamente accidentales. En cuanto a lo segundo, es cierto que la pérdida del olfato y también del apetito podían ser un verdadero fastidio, pero no causa necesaria de una depresión tan profunda como para decidirse a abandonar este mundo. Porque, de hecho, en lo que creía Mariana era en el accidente y por tanto se negaba a reconsiderar el caso. Estaba tan convencida que la mera insistencia de Carmen le producía malestar y, lo había notado ya, cada vez se le hacía más cuesta arriba recibir una llamada suya. Las que antes eran espontáneas y divertidas incursiones en su vida para comentar cualquier cosa o hacer un plan, ahora eran recibidas con prevención, casi una molestia. Y como el afecto que sentía por ella no era ocasional, las recibía así con la débil convicción de que su rechazo respondía a un asunto temporal; pero en su fuero interno sabía que algo más se estaba deteriorando y, lo más notable, sentía cierta pereza ante la idea de trabajar para remontar ese deterioro.

Rafael Castro poseía una dominante seguridad en sí mismo y eso era algo que Mariana apreciaba y que, por lo general, la excitaba cuando llegaba a encontrarlo en los demás desde que se hizo adulta. Sólo un sentido de la equidad que sin duda estaba íntimamente unido a su condición de Juez le permitía discernir para elegir. O al menos eso creía ella. En todo caso, lo que le resultaba ahora bastante incómodo era la distancia insalvable entre Carmen y Rafael. No dejaba de pensar que el odio visceral que había ido criando Carmen era de una completa inutilidad porque no servía para nada. Mariana

se decía que, sin hacer concesiones a ninguna clase de simpatía que sintiese por Rafael, no encontraba razón a una relación tan terminantemente ocluida entre ambos por parte de su amiga; el conducto necesitaba mayor masa de fuerza para justificar tamaño atasco emocional; salvo que hubiera algo más ahí, algo más que ella no acertaba a vislumbrar y que explicase el origen de esa contra tan feroz e insistente por parte de Carmen a la persona de Rafael. Por más vueltas que le daba, no le parecía que la relación de éste con su sobrina fuera alimento suficiente para tanto ensañamiento.

El matrimonio de los padres de Mariana fue el mundo al revés. Su madre era una persona reflexiva, perspicaz, con una notable capacidad de comprensión que le permitía encontrar en seguida el punto de relatividad de los conflictos para desactivarlos después. Una mente lúcida. El padre era, por el contrario, sanguíneo y tozudo aunque, una vez descendido de la altura de sus humores, se volvía tolerablemente amable. Mariana daba en suponer que su capacidad de objetivar las cosas y aferrarse a la razón provenía de su madre porque era imposible que proviniera de su padre; pero también tenía que admitir que su manera de apasionarse por las cosas procedía en mayor proporción del padre que de la madre. Y que los hombres seguros y audaces le atraían mucho más que los indecisos y los tímidos. Por más que supiera y entendiera que la seguridad era hoy día, en el mundo moderno, una falacia o una careta; por más que aceptara que la inseguridad era el único suelo que pisaba el ser humano y que sobre él debía construir su guarida o su aventura, no dejaba de sentir un interés que casi se atrevería a calificar de morboso por los personajes que mostraban una fuerte confianza en sí mismos. Y no es que ella fuera un carácter vacilante, muy al contrario: le gustaban los retos y se consideraba valerosa, pero el carácter último de su madre era el dominante en las demás facetas de su vida: al entusiasmo seguía la serenidad, pero nunca se entrelazaban, lo cual, como ella solía comentar, le abría un doble camino hacia la felicidad si es que ésta se dejaba alcanzar, bien por el entusiasmo, bien por la serenidad. El padre había fallecido tres años atrás de la enfermedad del siglo: el infarto de corazón. La madre, en cambio, caminaba hacia una esperanzadora longevidad en excelentes condiciones físicas para su edad. Sin duda ese carácter tranquilo le había impedido desgastarse y sus

órganos vitales funcionaban todo lo bien que se podía esperar; su madre tan sólo temía a la demencia senil o a la lucidez en un cuerpo impedido; por ahora, afortunadamente, ambas amenazas parecían ausentes.

Rafael Castro tuvo que soportar la reprimenda del guardia municipal que discutía con el vigilante por el coche mal aparcado. Lo había dejado a la buena de Dios delante del edificio, otra muestra de su talante despreocupado. ¿O prepotente?, pensó ella. El guardia, al reconocer a la Juez, se dispuso a dar explicaciones, pero Mariana le cortó en seco.

—Haga usted el favor de entregar la multa a este señor —señaló a Rafael — como responsable de la infracción.

El guardia la miró sorprendido porque la frase sonó con la firmeza de una orden y quizá esperaba algo más parecido a una negociación.

—¿No pretendías llamar la atención? —dijo Mariana a su acompañante—. Pues eso tiene un precio que vas a pagar como está mandado. Y vámonos, que estamos estorbando.

Rafael recogió la multa, sonrió al guardia, amagó un saludo militar llevándose la mano a la cabeza y pasó al otro lado para abrir galantemente la puerta a Mariana.

—Prefiero no recordar mi vida en Francia. Me resulta penoso. Discúlpame.

Rafael Castro lo dijo de manera suave aunque Mariana entendió sin lugar a dudas que esa puerta estaba cerrada. Se preguntó por qué. ¿Amores contrariados? ¿El recuerdo de los padres? ¿La ausencia de afecto? Ninguna de las tres posibilidades casaba con el aspecto del hombre guapo, tranquilo y maduro que tenía delante. En todo caso, iba a insistir cuando un destello de advertencia en los ojos del otro la detuvo en seco; duró un instante, pero al reflejarse en los ojos de ella sintió un golpe de calor que la hizo enrojecer. Rafael sonrió inmediatamente, como una disculpa que pretendiera borrar el efecto anterior; sonrió con particular intención de agradar, pero el reflejo del gesto se manifestó en el rostro de ella al contrario, casi como un vértigo del que se repuso haciendo un esfuerzo físico que trató de esconder tras un par de sorbos de su copa de vino. Mariana estaba enojada consigo misma por haber dejado traslucir su emoción porque sentía que era una emoción que la desnudaba delante de él. Si lo deseaba, era de otro modo.

—¿Hay algo que te preocupa? —preguntó Rafael.

—No —respondió Mariana aún algo turbada; el vino defendía ahora el color de sus mejillas—. En realidad —continuó ya animada—, te preguntaba lo que te preguntaba porque ayer por la tarde estuve escuchando una pieza, una suite, de Bizet, que se titula *La jolie fille de Perth* y pensé en Francia; naturalmente no podía ser por Perth ni por la novela de Walter Scott, ahora que lo pienso, así que debió ser culpa de Bizet, simplemente. Y de Francia pasé a ti.

—Me siento halagado, pero... ¿quién es Bizet?

—¿De veras no sabes quién es Bizet?

—No —respondió Rafael aparentando la mayor naturalidad.

—¿No conoces la ópera *Carmen*?

—Sí —contestó Rafael.

—Pues es suya, la compuso él.

—Oh —no dijo más y permaneció en silencio; no era un silencio ofendido o preocupado sino un silencio indiferente, una pausa para un cambio de conversación. Mariana se preguntó si le gustaría o no la música.

—¿No te gusta la música? —dijo al fin.

Rafael salió de su mutismo y la miró con simpatía.

—No es una de mis aficiones; me gusta en general, ya te lo dije.

—Pero ésta es una ciudad muy musical, tendrías que incorporarte al circuito de melómanos o quedarás muy mal en ciertos medios de gente que ahora tratas, incluso puede que enfríes algunas amistades.

—Entonces me incorporaré —concluyó Rafael—. ¿Qué te parece?: a lo mejor necesito unas clases. ¿Quizá tú...?

Mariana rió alegre:

—¿Yo? Yo soy simplemente una oyente, una aficionada sin pretensiones. Tengo mis favoritos, los escucho y nada más. De tarde en tarde descubro algo nuevo y lo incorporo a mi colección. Pero aquí la vida musical de temporada es un acto social de primera importancia donde, a pesar de todo, abundan los melómanos.

—Lo sé, pero el año pasado estuve fuera todo el verano.

El camarero apareció junto a la mesa con una lubina tendida en una fuente, abierta sobre la espalda, rociada y horneada con mantequilla y un refrito de ajos y acompañada de un puré de patata salpicado de motas de perejil. Rafael asintió, dirigió a Mariana una mirada que solicitaba aprobación y en seguida el camarero se ocupó de servir diligentemente los platos. Rafael requirió una segunda botella de vino blanco, pero de inmediato detuvo al camarero y le preguntó a ella: «¿Seguimos con lo mismo o prefieres cambiar?». Ella se inclinó hacia él y le dijo confidencialmente:

—¿Estaba muy bueno, no?

—El mismo Rosal —anunció Rafael al camarero. Le vieron alejarse en

silencio.

—Debe de ser difícil —dijo de pronto Rafael, mirándola con atención.

—¿El qué? —preguntó ella.

—Ser mujer y Juez.

—Vaya. ¿De verdad lo crees así?

—Pues, verás, en las mujeres dominan los sentimientos y un Juez... un Juez debe ser implacable, creo yo. Implacable... o lo contrario: corrupto, pero no mujer.

—No sé si te entiendo. ¿Quieres decir que las Jueces no podemos... — rectificó sobre la misma frase—, no estamos capacitadas para ser corruptas ni tampoco para ser implacables?

—Lo de corruptas no lo había pensado. Supongo que sí. En cuanto a lo de implacables... no, francamente, no creo que siendo implacables podáis ser objetivas.

—¿Seáis? ¿Quiénes? ¿El género humano femenino?

—Así es.

Mariana se preguntó por qué resultaba atrayente un tipo capaz de expresarse de esa manera y albergar esas ideas y no encontró justificación alguna. Empezaba a pensar que la imagen vendida en los viejos tiempos de juventud según la cual no era la belleza sino el espíritu lo que adornaba verdaderamente al hombre contenía una contradicción en sí misma: la guapeza, qué demonios, era una llamada irresistible y, por el contrario, la belleza interior algo tan realmente infrecuente que sólo cuando en verdad iluminaba a alguien podía llegar a cegar con su resplandor. ¿O era el cuento que les contaron los feos, desastrados y retorcidos semicultos universitarios para atraerlas hacia ellos? La verdad era que la época en que estuvo bajo la influencia de un retorcido semiculto fue una época de tortura psíquica que si la consiguió superar en un plazo de tiempo razonable fue por su alergia a la imbecilidad, pues tenía alguna amiga que incluso en la cuarentena mostraba aún restos inequívocos de aquellos padecimientos. Ahora, en cambio, el cuerpo le estaba hablando con tal claridad por debajo de la conversación que se obligaba a hacer un esfuerzo para contenerlo. Cada vez le resultaba más difícil.

—O sea que, al menos, aceptas que podamos ser implacables.

—Ah, terriblemente, excesivamente; sin duda.

—Debido a nuestra sentimentalidad.

—En efecto.

Está demasiado bien para romperle la botella en la cara, pensó con cierto regocijo Mariana porque reconocía que continuaba siendo igual de interesante después de haber dicho las sandeces que acababa de decir.

—Meditaré sobre eso —dijo ella con voz de alma compungida al tiempo que atacaba su porción de lubina.

—Lo que más me gusta de *Carmen* es la canción del torero —dijo de pronto Rafael mientras prendía un nuevo cigarrillo.

—Del toreador —precisó ella.

—Sí. Y la pieza que acompañaba los títulos de la película.

—¿La película? —Mariana dejó de comer, perpleja.

—La película, sí. ¿No la has visto? Aunque no eran franceses sino negros.

—¡Por Dios! —protestó Mariana—. ¡Te refieres a *Carmen Jones*!

—Ésa es mi *Carmen*; ni de Bizet ni de Merimée.

—*Carmen Jones* —remachó Mariana—. Una versión. ¿Así es como tomas tú el pelo a la gente?

—Una mujer de una sensualidad muy, muy fuerte.

—En eso te tengo que reconocer que superaba a todas las *mezzo* habituales del escenario.

Rafael se quedó en silencio, mirando comer a Mariana hasta que ésta dejó los cubiertos en el plato y lo interrogó con la mirada.

—Estaba pensando —dijo Rafael— que tú eres muy Carmen.

—¡No me digas! —exclamó Mariana con un deje irónico.

—Pues te lo digo porque lo creo.

—Bueno —dijo Mariana—. Vaya una sorpresa. Carmen —titubeó antes de continuar—. ¿Lo dices por la sensualidad?

—Lo digo porque eres una Juez muy sensual —amplió Rafael y apagó su cigarrillo lentamente.

A Mariana le gustó el comentario, pero se sintió incómoda por la misma complacencia y se limitó a sonreírle. Él, en cambio, la seguía mirando con

aplomo. Mariana volvió a sonreír como si aguardara a que sucediese algo. Rafael tensó el silencio hasta donde creyó conveniente y cuando la actitud de Mariana ante la espera empezó a sentirse en unas mínimas vibraciones de impaciencia rompió la pausa y se puso a tararear la obertura de *Carmen* en semitono. Mariana aprovechó para hacer una pamema de rechazo.

—Anda, vete por ahí —dijo—. ¿No estás un poco ganso hoy? —dijo después, volviendo a atacar la lubina.

Rafael levantó su copa, le imprimió un leve movimiento circular, se la llevó a la nariz, apoyó los labios en ella y, antes de beber, la inclinó hacia Mariana; ella se apresuró a levantar la suya y, un tanto sorprendida, brindó con él y sintió un cálido estremecimiento al entrechocar las copas.

—Por la suerte —dijo entonces él.

—¿La mía o la tuya? —ella acompañó la pregunta con una sonrisa preventiva.

—La suerte sabe —afirmó él.

Carmen Fernández esperó pacientemente a que Teodoro terminase de leer la carta. La leyó una vez y otra con gesto inexpresivo y siguió mirando el papel que tenía entre las manos con la mirada vacía, como si en realidad no quisiera apartar los ojos y la carta fuera una especie de escudo que lo protegía de la conversación que se avecinaba. Entonces Carmen tomó delicadamente la carta con dos dedos y la sustrajo a esa mirada perdida.

—¿No te dice nada? —preguntó luego.

Teodoro salió de su ensimismamiento resignado a lo inevitable. No era ésa la clase de conversación que deseaba tener con Carmen.

—¿Dónde la has encontrado? —dijo al fin.

—En el desván de la casa de Tomás Pardos, o sea, en el desván de la que era la casa del viejo Castro.

Teodoro suspiró.

—¿La has robado?

—Pero ¿no te acuerdas? Tú estabas conmigo. Son unos papeles que cogí al azar porque me pareció, así por encima, que pertenecían al viejo. Tomás lo permitió, estabas delante. Una corazonada.

—Eres una indiscreta.

—Bien, ¿qué me dices?

—¿Qué quieres que te diga? Es una vieja carta, vaya uno a saber por qué la escribió y qué pasaba entonces.

Carmen se puso de morros.

—Vamos a ver, Teo, que hoy estás que no hay quien te aguante. Esta carta demuestra que el viejo no se fiaba un pelo de su sobrino, que no estaba dispuesto a acogerle así como así y que no tenía intención de dejarle un

céntimo...

—Eso no lo dice —protestó Teo.

—Eso se sobreentiende —afirmó rotundamente Carmen—. De la carta se deduce con toda claridad que Rafael acepta lo que el otro le pide: que no espere otra cosa que un techo y comida en caso de que decida venir, pero le pone las cosas tan feas como para desanimarlo incluso de eso. Y yo me pregunto: ¿cómo se pasa de esa situación a convertirse en heredero *universal* —subrayó esto último con toda intención— en tan poco tiempo? ¿Qué era Rafael, un encantador de serpientes? Dime una cosa: tú has sido testigo de su trato. ¿Cómo se llevaban?

—Normal.

Carmen dio un palmetazo en la mesa.

—¿Cómo normal? ¿Qué es normal?

—Pues normal —respondió Teodoro desconcertado—. El viejo lo trataba con suficiencia y él era más bien atento. El viejo era cascarrabias y Rafael lo dejaba pasar. Había los roces que tenía que haber. Normal.

—¿Le despreciaba?

—¿Quién?

—El viejo al otro, Teo —dijo Carmen con tono de irritada paciencia.

—No. A mí no me extraña que lo pensara poner en el testamento. Rafael lo cuidaba y atendía al negocio el día entero. El viejo estaba viejo y de repente le cae una ayuda que ni pintada y encima es el hijo de su hermano que, en vez de resultar un aprovechado, le alivia la vida.

—¿Sabes si deshizo el primer testamento *motu proprio* o con el sobrino?

—No tengo ni idea. Yo me veía a menudo con Rafael porque entonces éramos amigos, pero jamás me habló del testamento ni de lo que pensaba hacer cuando el viejo se muriese. Estaba allí y lo atendía y nada más.

—Como si estuvieran en el limbo, ¿no?

Teodoro suspiró largamente.

—Bueno, ya me las arreglaré para sacárselo al notario. Ahora dime: ¿qué hacía esta carta entre los papeles del viejo?, ¿no te llama la atención? —preguntó Carmen.

—No —Teodoro la miró perplejo—, ¿por qué me iba a llamar la

atención? Eran sus papeles, ¿no?, pues estaba donde tenía que estar.

—¿Así que no te llama la atención?

Teodoro, molesto, negó con la cabeza.

—Ay, Teo, hijo, mira que eres corto para ciertas cosas. Rafael revisa y se lleva todos los papeles del viejo *menos* esta carta y una serie de facturas atrasadas y billetes de lotería caducados y cosas así.

Teodoro se la quedó mirando con atención.

—Esta carta es propiedad de Rafael, Teo. Él la envió y él la guardaba, no el viejo, que es quien la tendría en su poder. Y ¿por qué se queda entre los papeles del viejo, me pregunto yo? ¿Por qué no se la lleva también consigo o se deshace de ella como hizo con las demás?

Teodoro la siguió mirando sin decir palabra.

—Rafael se la habría llevado consigo. Es más: debe suponer que la tiene entre los papeles suyos, los que se llevara cuando vendió la casa, que bien cuidadosamente los debió mirar y seleccionar porque al parecer todos los documentos que se necesitaban los aportó él. Esa carta no le conviene, no le deja en buena posición, hasta pudo dar lugar a sospechas. Tendría que haberla destruido, como las otras, para que no apareciese inoportunamente, pero no lo hizo. Es raro, ¿no?

Teodoro parecía sumido en una maraña de pensamientos. ¿Qué importancia podría tener la última carta de Rafael a su tío? En ella aceptaba las condiciones del viejo y punto. Las conclusiones de Carmen le parecían muy forzadas. Ella, dejándolo por imposible, se recostó en la butaca y se quedó también pensando, pero sus pensamientos avanzaban ordenada y velozmente en una dirección bien definida. Estaban en casa de Carmen tomando café. Fuera hacía frío porque desde la noche anterior soportaban un frente de borrasca que había entrado por el noroeste. El día invitaba a recogerse.

—Lo que yo creo —dijo al fin Teodoro— es que de tanto darle vueltas al asunto vas a acabar viendo lo que no hay. Tú eres muy empecinada, Carmen, y eso es bueno para tu trabajo, como dices siempre para justificarte, pero no para darle vueltas a la cabeza con supuestos porque va a llegar un momento en que no distingas entre lo que hay y lo que te imaginas. Déjalo estar, mujer

—parecía haber concluido, pero volvió a hablar—. Y si tu sobrina se empeña en casarse con ese hombre lo va a hacer de todas maneras; y si se equivoca, que se va a equivocar del todo, ya lo pagará.

—¡Claro! —saltó Carmen—. ¡Cómo se nota que no eres de la familia! A ti qué más te da, si no es ni tu prima ni tu sobrina ni tu hija. Ya me gustaría a mí verte en mi situación. Y, además, tú saliste con ella, ¿no?, vamos, que puede decirse que te la quitó Rafael. ¡Es que no tienes sangre en las venas, hijo, por Dios!

—A mí no me la quitó Rafael sino que ella se fue con él.

—Pues eso.

—No, señora, no es lo mismo. Cuando te quitan algo, lo peleas, pero cuando te dejan por otro lo mejor que puedes hacer es echarlo al olvido cuanto antes. Si es ella la que se quiere ir, mejor que se vaya, así ahorramos disgustos y malos ratos.

—Hombre, mira qué práctico. Tú eres un romántico, ¿no?

—Pues no lo sé. No lo creo.

—A este paso, don Listó, te quedas para vestir santos.

—Eso es cosa mía.

—Y Vanessa, mía. Te lo repito: verías las cosas de otra manera bien distinta si fueras de la familia.

—Ya me gustaría a mí —dijo Teodoro.

Carmen iba a seguir con su perorata, pero se limitó a abrir la boca, olvidó lo que iba a decir y se quedó mirando a Teodoro de hito en hito.

El coche estaba detenido a un lado de la carretera, junto al muro de piedra que guardaba el jardín de la casa. Llovía y el cielo estaba oscuro antes de su hora. La borrasca arreciaba y parecía ser de agua y viento. Las cumbres lejanas de la cordillera estaban, sin embargo, cubiertas de nieve. El agua repiqueteaba en el techo del automóvil, sobre la pareja que se besaba. El hombre la besaba largamente y la mujer se aferraba a él con verdadera ansiedad. El hombre tenía su mano bajo la falda de ella, que había separado las piernas y buscaba con la suya en los pantalones de él. Finalmente, el hombre apartó la cabeza. Ella la siguió con la suya y él sacó la mano de debajo de la falda y la contuvo sujetándola por el hombro.

—Vanessa, tengo que irme, lo siento. No puedo evitarlo —dijo Rafael.

—Te lo suplico, vámonos a tu casa o a cualquier lado, donde quieras, pero no me dejes aquí ahora.

—Te lo advertí. Tengo que volver. No insistas.

—Rafael, por Dios, mira cómo estoy, no me dejes así.

Vanessa buscaba la boca de él y Rafael seguía contendiéndola. De pronto cedió y se besaron con pasión. Luego él retrocedió de nuevo.

—Esto es un disparate, Vanessa. No podemos seguir, no debemos seguir, tienes que respetarme. Yo tengo una cita ahora. Una cita i-ne-lu-di-ble, ¿sabes? No podemos seguir y será mejor que te bajes.

—Pero, Rafael, yo te necesito también.

—Mañana, mi amor; mañana nos metemos en la cama y no salimos en todo el día. Mañana estoy libre, pero hoy no.

—Ay, Rafael, yo es que no puedo vivir sin ti.

—Pero nos vamos a casar, mi amor, y entonces tendremos todas las

noches para nosotros...

—¿Y por qué no ahora, por qué?

—¿Otra vez te lo voy a tener que decir? —la voz de Rafael se elevó un tono y Vanessa se encogió instintivamente—. Atiende de una vez: Hoy-no-puede-ser. Métetelo en la cabeza y no me des más la tabarra, por favor.

—¿La tabarra? —dijo Vanessa al borde de las lágrimas. Se había enderezado sobre el asiento y lo miraba fijamente. Estaba erguida, pero en actitud sumisa. Despacio, empezó a ponerse la gabardina.

—Así me gusta —la voz de Rafael volvía a ser cariñosa—. Me gusta que lo entiendas. Tú quieres hacer las cosas que a mí me gustan, ¿no es así? —ella asintió con la cabeza mientras se abrochaba los botones de arriba abajo—. Tú las haces y yo haré las que te gustan a ti —Rafael acompañó esta declaración con un amago de llevar la mano al regazo de Vanessa; ella se encogió al sentirlo—. Y ahora eres una niña buena y vuelves con tus padres. ¿De acuerdo?

Vanessa volvió a asentir a la vez que se anudaba el cinturón y tanteaba con la mano en busca del sombrero. Tras una indecisión le ofreció la cara y Rafael la tomó por el cuello y la besó con fuerza. Ella respondió al beso pendiente de cuándo se apartaría él. Cuando lo hizo, Vanessa retrocedió también.

Al abrir la portezuela, el ruido del agua que caía invadió el coche. Vanessa se volvió a él una vez más para mirarle y luego, con un gesto rápido, saltó del coche, echó a correr hasta el portón del muro y se internó en el jardín de la casa de sus padres. El automóvil lució repentinamente sus pilotos traseros, maniobró hacia la carretera, entró despacio en ella y en breves instantes desapareció bajo la cortina de agua.

Mariana estaba en su casa haciendo tiempo y viendo llover cuando Rafael la telefoneó desde el coche para anunciarle que ya iba camino de recogerla y Mariana colgó el auricular con una leve sensación de inquietud. Carmen la telefoneó esa misma tarde y tuvo que darle largas porque quería citarse con ella, con Mariana, sin pérdida de tiempo. Entonces, acelerada como era, le empezó a contar al teléfono, bloqueando la línea y la llamada de confirmación que Mariana estaba esperando. Era una historia de una carta de Rafael Castro, una carta de contestación a su tío que demostraba la desconfianza en su sobrino y, creía ella, la intención de no heredarlo. Como la carta era de Rafael, todo cuanto le decía Carmen era pura deducción. Por detrás de las protestas de fidelidad, lazo familiar y desinterés económico de Rafael asomaba, según Carmen, la desconfianza del viejo Castro. Mariana, mientras escuchaba, empezó a sospechar que Carmen se encontraba rondando la paranoia con este asunto; incluso llegó a pensar que Carmen sentía alguna clase de atracción morbosa por Rafael porque no veía pie para semejante obsesión. Era la prueba definitiva de que se había chiflado. El asunto, además, iba de mal en peor porque pronto o tarde Carmen se iba a enterar de que Mariana se veía con Rafael, lo que sin duda se tomaría por la tremenda y por nada del mundo querría ella que sucediera eso; pero el asunto se envenenaba por momentos y Mariana se sentía presa de la fatalidad. Empezó a maldecir la vida de provincia. Todo ello sucedía a la par que escuchaba a su amiga con la historia de la maldita carta que maldito el interés que pudiera tener justo en esos momentos.

Sin embargo, después de colgar y prometerle vagamente que se encontrarían muy pronto, algo le había quedado en la cabeza que no acertaba

a distinguir, algo así como mirar una imagen fuera de foco tratando de reconocer el motivo o la figura. Estuvo dando vueltas alrededor de la impresión mientras se vestía para su cita. Después, cuando Rafael llamó para anunciar que estaba en marcha, algo vibró dentro de ella en consonancia con la vaga sensación que venía teniendo. ¿Sería en torno a la carta? La carta de la que le habló Carmen parecía inofensiva excepto a la luz de sus fantasías producidas por la obsesión. Pensó en aquello de que sólo los niños y los locos dicen la verdad y acto seguido se reprochó por haber calificado así a su amiga, aunque fuera en broma. Estaba claro que las obsesiones podían compartirse, aunque ella no pusiera nada de su parte sino todo lo contrario. En todo caso, ya estaba dándole vueltas al asunto que más quería olvidar en estos momentos: era el contagio.

Había elegido un traje de chaqueta y pantalón de color rojo y la chaqueta abrochaba directamente sobre el cuerpo justo a la altura del sujetador, negro como su pelo y como los zapatos de medio tacón. Los pantalones tenían una caída perfecta y pensó que la lluvia los llenaría de salpicaduras. ¿Qué era lo que le había llamado la atención de toda la conversación con Carmen? Aunque mejor sería llamarla monólogo. Luego estuvo probando unos aretes de oro para las orejas porque los tenía de diversos tamaños. Le encantaban los aretes; le gustaban desde que era pequeña. Una vez le birló unos a su madre y se presentó en el colegio con ellos en las orejas. La monja no sólo puso el grito en el cielo —que era el lugar propio de su condición, pensó— sino que llevó a madre e hija al despacho de la superiora, la cual, por fortuna, volaba más cerca de tierra. También a Rafael le gustaban los aretes. Tenían algo de fetiche, de fetiche erótico probablemente.

Terminó de arreglarse y se asomó a la ventana. La sensación no se desvanecía y la espera se le hacía incómoda por lo impreciso de la cita. Una y otra contribuían a ponerle mal el cuerpo. O quién sabe. Reconocía esa especie de nerviosismo. En fin, la carta. ¿Qué demonios decía la carta? Excusas o promesas, promesas de buen comportamiento. Era natural; incluso aunque fueran fingidas. ¿Qué va a hacer quien no tiene nada sino adular al que le tiende una mano, aunque sea a regañadientes? Porque Rafael no tenía nada, una mano delante y otra detrás, o eso decían todos, incluido él. La verdad es

que su buena suerte no había sido sólo la herencia sino el uso que había hecho de ella; aunque a eso no podía llamarse suerte sino capacidad. Él dijo que se lo merecía y ella estuvo de acuerdo. Al fin y al cabo, el merecimiento lo había pagado con muchos años en los que la suerte le volvió la espalda, empezando por la muerte de sus padres. También podía haber vuelto entonces a España, pero ¿qué sucedió? Tendría que preguntárselo a ese donjuán. Y pensando en Carmen y en su soliloquio, quizá la estaba haciendo un favor; porque era de todo punto evidente que Rafael no tenía intención de casarse con Vanessa. Otra cosa era que la rondase en busca de dinero o de puro sexo, porque ese dinero iba a tardar demasiado en llegar a sus manos. Todo se había quedado en un negocio carnal que le debió resultar satisfactorio a juzgar por el aspecto de la niña. Punto final. ¿Debería comunicarle sus impresiones a Carmen? Lo haría si no fuera porque eso significaba revelar algo más. Carmen era de las que no perdonan.

La carta, en efecto. Rafael y su tío se cartearon tras años de silencio, de ahí procedía, de cuando se presentó al viejo por carta. Pero ahora se trataba de una carta encontrada de casualidad entre un montón de papeles inútiles; una carta que, para más inri, se había dejado olvidada. ¿Quién olvida una carta reveladora? Y Carmen rondando para que reabriera el caso. ¡Era una situación increíble! Se puso a pensar si recordaba alguna comedia norteamericana con un asunto parecido; porque le sonaba de algo y en esta vida las cosas más increíbles no son tan originales como parecen. Una carta, una sola carta abandonada durante no se sabe cuánto tiempo en el desván. Una única y maldita carta que sólo había servido para que ella acabara por destemplarse mientras aguardaba la hora de la cita. Sí, la carta la había puesto nerviosa. ¿Sólo la carta? Ni siquiera. Hoy no tenía su día. Volvió a asomarse a la ventana. Ahora llovía suavemente; la calle aparecía desierta; quizá el agua desapareciese.

Rafael debía estar a punto de llegar. Reconoció que lo estaba deseando. Sabía lo que debía hacer, en cualquier caso. El vértigo respiraba dentro de ella como una parte de su propia vida. Lo mejor era dejar de dar vueltas a todo y dejarse llevar por el instinto. La vida, a fin de cuentas, circula siempre mejor por ese camino.

Entonces se le ocurrió qué era lo que le había extrañado de la carta. ¿Tiene algún sentido?, se preguntó. Porque, a su modo de ver, lo extraño no es que apareciera la carta, fuera cual fuese su contenido; lo único raro de verdad era que no hubiese más cartas. ¿Por qué una sola?

Capítulo IV

La lucha por la herencia era una de las aficiones favoritas de las gentes de la tierra a juzgar por la experiencia de Mariana; a tal punto llegaba la afición que las partes podían llegar a emplear en la contienda años y años de su vida en los que desarrollaban toda clase de tácticas tan complejas como el alma humana. Mariana había llegado a considerar la posibilidad de que la mayor fuente de satisfacción en estos enfrentamientos no fuera conseguir un botín mayor sino, ante todo y sobre todo, fastidiar al contrario. Y si al fastidiar al contrario uno se perjudicaba también a sí mismo, eso se consideraba el colmo del refinamiento y la satisfacción. Lo que en definitiva se ventilaba, de ser cierta su suposición, no era tanto el objeto de la herencia en cuestión, cuanto la libre suelta de rencores acumulados que podían datar desde la venida al mundo de cada uno de los litigantes. La última semana había sido pródiga en denuncias relacionadas con este aspecto de la relación humana interfamiliar.

—La verdad es que tú no pareces de esta tierra —le había dicho Mariana a Rafael— porque no creo que haya habido caso más simple que el tuyo con la herencia de tu tío. Porque había unos sobrinos segundos por ahí, ¿no?

—Los que se decían sobrinos se fueron por donde vinieron —le contestó él sin darle importancia al asunto.

—Dos no se pelean si uno no quiere, ¿no es así?

—Yo más bien diría que dos no se pelean sino que uno pone en su debido sitio al otro.

—Ah —había respondido Mariana, un tanto sorprendida.

Quizá por esa razón, Mariana pensó en hablar con Teodoro. Desde que Carmen pusiera el asunto Castro en movimiento, no dejó de rondarle como una sombra al caso la imagen de aquellos sobrinos lejanos venidos a husmear

y vueltos a su procedencia de un día para otro sin decir palabra ni despedirse de nadie. Rafael, como tenía por costumbre, había obviado el interés de Mariana por el procedimiento de ignorar el hecho y la pregunta de ella. Este modo de hacer coincidía con la desaparición de los primos y eso le llamaba la atención. Cuando algo no le interesaba a Rafael actuaba siempre y con toda naturalidad como si ese algo no existiera. No le interesaba verlo y no lo veía. Una cualidad —pensaba Mariana— buena para manejarte a tu antojo por la vida, pero la realidad es tozuda y cuando se empeña en llevarte la contraria te arrastra por mitad de la corriente.

Teodoro era uno de esos hombres que se llevan bien con todo el mundo, pero a los que incomodan sobremanera las preguntas. A él lo que le gustaba era constatar, colaborar y callar. Su vida de relación, por esto mismo, era tan superficial como placentera. De manera que cuando Mariana le citó para hacerle unas cuantas preguntas acerca de su anterior amistad con Rafael Castro, se puso en guardia, pero no se negó a visitarla.

—Es curioso —había empezado por preguntarle ella— que habiendo estado casi un año juntos nunca des la impresión de conocerle; como si se te hubieran borrado de la memoria todos esos días en los que tú lo ayudabas a él y no sólo en el negocio de su tío, sino saliendo juntos e incluso adelantándole dinero, según me han informado.

—El dinero siempre me lo devolvió —dijo Teodoro por toda respuesta.

—Pero os llevabais bien, erais buenos amigos —dijo Mariana, que no estaba dispuesta a rendirse a las primeras de cambio.

—Sí, bien —respondió Teodoro—, como con otros.

Mariana afiló su siguiente pregunta.

—¿Os teníais confianza? ¿Os tratabais por igual, de tú a tú?

—Bueno... —Teodoro vaciló un instante—. Él tenía su carácter.

—Quieres decir que era dominante.

—Era un poco presuntuoso, sí, pero nada más.

—Es raro —dijo Mariana.

Se produjo un silencio entre ambos que Mariana sostuvo.

—¿Por qué raro? —dijo al fin Teodoro.

—Porque él no tenía un duro, o contaba que no lo tenía, y tú le

financiabas de vez en cuando, por decirlo así. Lo lógico hubiera sido que él se ahormase contigo, no al revés.

—Bueno, cada uno es cada uno —respondió Teodoro, en cuya voz había empezado a asomar un mínimo recelo.

—Y luego, de golpe, se acaba la relación.

—No, de golpe no. Nos fuimos distanciando.

—Pero la distancia tuvo que ver con Vanessa —Teodoro hizo un movimiento involuntario de defensa y Mariana pensó que había pisado terreno peligroso.

—Perdona, yo no quiero meterme en las relaciones íntimas —se apresuró a decir.

—Yo tampoco en las de otros —contestó Teodoro con un levísimo temblor en la voz.

Esta vez la campanilla de alarma sonó dentro de Mariana. En realidad Teo no había dicho nada en concreto; quizá fuera ella misma la que, respecto de cierto asunto, podía pasarse de susceptible y, por último, no era concebible que un tipo tan discreto como Teodoro estuviese en posesión de información maledicente y aún menos que decidiera utilizarla, pero su contestación tuvo el efecto de aclarar en algo el interrogatorio y desviar la conversación del cauce por el que se había metido.

—Todo esto que te pregunto —Mariana había decidido tomar el control de la situación— es porque he conocido al famoso Rafael que trae a Carmen por la calle de la amargura y, en efecto, me ha dado la impresión de que es un tipo resuelto y mandón. E incluso algo altanero para proceder de donde procede y me preguntaba, y por eso quería confirmarlo contigo, si también era así cuando no tenía nada, al revés que ahora.

—Yo no creo que él haya cambiado mucho —dijo Teodoro por toda respuesta.

—Así que genio y figura... —comentó ella.

—Sí, puede que sí; yo sólo lo traté cuando vino aquí y no sé nada de antes.

—¿No te contó nada?

—No, nada.

—Es raro, saliendo a menudo de copas...

Se produjo un nuevo silencio. Teodoro no miraba al frente, a la Juez, sino que contestaba como de lado a partir del momento en que ella mencionó a Vanessa. Mariana pensó que quería decir algo y que no se atrevía y también que cada vez se encontraba más incómodo. Lo hubiera atribuido a su carácter, pero en su actitud había algo más que, por el momento, no alcanzaba a vislumbrar. Decidió estar alerta.

—Ahora —empezó a decir ella— se codea con la gente bien de la capital. De hecho lo conocí en una cena bastante selecta.

—Eso dicen —dijo Teodoro.

—Pero no es fácil, tú eres de aquí y lo debes saber bien; no es fácil entrar en ciertos círculos sólo porque se tiene dinero; eso es muy importante, pero hay que acompañarlo de algo más. De hecho, a la hermana de Carmen, por ejemplo, la tenemos casada con un constructor que está haciendo una fortuna y, sin embargo, no creo que lo vayan a admitir en círculos como los que frecuenta Rafael —«qué tramposa eres», comentó para sus adentros.

—¿Por qué le interesa a usted Rafael? —preguntó de pronto, como si se librara de un peso, Teodoro.

La pregunta le recorrió el espinazo a Mariana, que se obligó a rehacerse en décimas de segundo.

—Por Carmen, naturalmente. La veo, no sé si te lo parecerá a ti, demasiado obsesionada con este asunto; es como si lo considerara con una gravedad que yo no encuentro por ningún lado. Por cierto, que por eso me he permitido antes hacer una alusión a Vanessa y aprovecho para pedirte excusas si te ha molestado. La verdad es que me preocupa que Carmen se encele con este asunto y pierda la perspectiva, ¿sabes? —se preguntaba si Teodoro habría advertido su agitación, pero ahora ya se dominaba por completo—. Y... y estoy tratando de ver si hay algo, si asoma algo en Rafael que pueda justificar la inquina de Carmen, ¿me entiendes? Es que no sé qué pensar...

—Pues no lo piense —dijo Teodoro.

El aire huidizo de Teodoro se había convertido en una fuga tácita de la conversación al fondo de la cual se albergaba una sombra vaga, una especie

de resentimiento, de reproche, quizá un rencor aún no apagado a causa de la pregunta que le había hecho acerca del robo de la novia por parte de Rafael que él había cortado en seco: quizá ese corte era justamente lo que le había puesto a la defensiva; porque Teo podía ser hombre de pocas palabras, pero no emitía ninguna clase de agresividad; era uno de esos tipos, había pensado Mariana alguna vez, que jamás tendrá una pelea en un bar, salvo que se interponga por un amigo, porque no molesta a nadie, no genera agresividad alguna.

—En fin, Teo, no te molesto más. Gracias por todo y perdona si te ofendí antes con mi pregunta.

—No tiene importancia —volvía a ser el Teo de siempre, quizá el alivio al dar por terminada la conversación lo relajara. Mariana le vio alejarse y se quedó meditando. Estaba en su despacho; le había pedido a Teodoro que se diera una vuelta por el Juzgado aprovechando que tenía que pasar por Villamayor. La culpa de todo la tenía Rafael. Había descubierto repentinamente el enorme vacío que había en su historia personal; un vacío o un espacio cerrado que no había forma de penetrar, lo cual la llenaba de incertidumbre.

Tomás Pardos se encontraba inventariando unas cajas de artículos de vestir cuando Teodoro asomó la cabeza por el portón del zaguán.

—¡Hombre, Teo! —dijo Tomás alegremente, interrumpiendo su labor—. ¿Qué bueno te trae por aquí?

—Nada, que venía a devolverte esto —le alargó un par de sobres grandes y abultados. Tomás se extrañó.

—Y esto ¿qué es?

—Me lo ha dado Carmen para ti.

Aún con gesto de extrañeza, Tomás cogió el sobre, lo abrió y encontró una nota de Carmen: «Vale por los papeles que me llevé. A devolver». Entonces levantó la cabeza, sonriente.

—¡Anda, es verdad! Qué cumplidora es tu moza.

—¿Mi moza? —dijo Teodoro poniéndose rígido—. ¿Otra vez con lo de mi moza?

Tomás lo miró con sorna.

—Venga, hombre. No te hagas el inocente que ya nos conocemos. A mí no se me escapa nada, muchacho, porque tengo mucho más mundo que tú. Y que conste que yo no he dicho nada a nadie, ¿eh? Boca cerrada. Pero yo sé mirar, amigo, y estos ojos han visto mucho, pero que mucho, de la comedia de este mundo.

Un tanto desconcertado por la última alusión, Teodoro se limitó a encogerse de hombros. Luego protestó débilmente.

—En eso de mirar eres tú muy ducho. Y muy ligero para contarlo.

—¿Lo dices por lo de Rafael y la Juez? —Tomás las cazaba al vuelo. El mismo Teodoro respingó al oír su respuesta.

—Precisamente vengo ahora de ver a la Juez —dijo cambiando de tema.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué has tenido que ir a verla?

—A ti te lo voy a contar.

—Oye, Teodoro —dijo Tomás repentinamente interesado y cambiando la voz a un tono confidencial—. ¿Tú conoces a la Juez?

—Un poco —respondió Teodoro mientras pensaba en lo que perseguía Tomás con su pregunta, porque era de los que no daban puntada sin hilo.

—Tú sabes que mi denuncia está en su Juzgado, ¿verdad? —prosiguió Tomás.

—Algo he oído. ¿Por qué?

—A ver, Teodoro, tú ¿cómo ves el asunto?

—¿Qué asunto? —preguntó cautamente Teodoro, pues aunque su cabeza funcionara a menos revoluciones que la de Tomás, la prevención era uno de los puntos fuertes de su carácter. De hecho, Teodoro, cuando se veía en peligro, empezaba a retroceder sin retirarse, tan sólo para ganar tiempo y abrir líneas de fuga; tiempo para alcanzar la intención de su interlocutor y líneas de escape para esfumarse por ellas.

—¡Pero, hombre! ¡Qué asunto va a ser! —protestó Tomás—. El de mi denuncia contra la compañía aseguradora.

—Ah, lo de las vacas —Teodoro rió entre dientes, satisfecho de conseguir una momentánea ventaja sobre el otro, que, en efecto, se revolvió.

—Oye, Teo, no me toques los cojones que es un asunto muy serio y por ahí no aguanto bromas.

—Ya, pero eran vacas, ¿no? —dijo Teodoro lo más serio que pudo.

—¡Me cago en mi estampa y en toda mi parentela! —explotó Tomás—. Lárgate de aquí o no vuelvo a hacer negocio contigo así me esté muriendo de hambre.

—Venga, hombre; tú no aguantas una broma y yo tengo que aguantar lo que tú me digas. A ver si somos más justos.

Tomás Pardos refunfuñó entre dientes durante unos momentos antes de aceptar las excusas insinuadas por Teodoro. Poco a poco se fue calmando mientras daba cortos paseos de un lado a otro ante la mirada un punto socarrona de Teodoro.

—Está bien —dijo por fin—. Yo reconozco que cuando me mientan el asunto del coche me arrebato, pero es que todo el mundo parece que la ha tomado conmigo a cuenta de los dichosos accidentes. Ya me gustaría a mí verte en mi lugar, a ver si te quedabas tan pancho como estás ahora.

—Anda, anda, que ya sabes que yo no tengo mala intención. ¿Te he dicho alguna vez antes de ahora algo de tus accidentes? ¿Eh? A ver, ¿te he dicho algo? Porque no soy un chismoso, entre otras cosas. Lo que pasa es que tú también pinchas.

—Lo de chismoso...

—¿Ves cómo te picas? Pues el que se pica, ajos come. ¿O es que tú no me dijiste lo de Rafael y la Juez? ¿Ves cómo sólo miras por ti?

Tomás suspiró; Teodoro estaba lanzado y envalentonado de manera extraña porque ése no era su talante, por lo que juzgó conveniente replegarse.

—De acuerdo. Lo siento. Lo olvidamos y ya está —hizo una pausa—. Te estaba hablando de la Juez de Marco.

—Ya —Teodoro volvió a su estilo lacónico. Tomás dudó un poco antes de preguntar.

—Oye, ¿tú crees que se puede hablar con ella?

—¿Hablar de qué?

—Pues... del caso este, ¿no?

—Yo qué sé.

—Ya; pero, a lo mejor, si le preguntas discretamente a Carmen...

—¿Si le pregunto qué?

—Teodoro, hombre, no me hagas hablar que tú ya me entiendes.

—Mira, yo de esto no sé nada y no quiero saber nada.

—Pero, hombre, si tú no tienes que saber nada, sólo tienes que preguntar a Carmen si se puede hablar con la Juez, ¿me entiendes, no? A ti te contestará de otro modo que a mí, porque conmigo se puso por la tremenda.

—Mira, Tomás —Teodoro decidió poner fin al acoso—, por lo que sé de cómo es Carmen y de la amistad que tiene con la Juez y el respeto que la tiene, como le pregunte lo que me estás diciendo me arrea un tortazo que me saca la cara por el culo.

—Ah, bueno —dijo Tomás, impresionado—. En ese caso...

Transcurrieron unos segundos.

—¿Tú cómo lo ves?

—¿Lo tuyo? Pues no sé, pero esos tipos tienen buenos abogados que les pagan muy bien para que les arreglen las cosas.

—Ah, o sea, que los abogados sí que pueden hablar con la Juez.

—Yo no he dicho eso. He dicho que cuanto más dinero tienes, más posibilidades de ganar el juicio. ¿O por qué te crees que de todos los ricachos que pillan con las manos en la masa ni uno va a la cárcel?

—Hombre, alguno...

—Entrar y salir. Y, en todo caso, por la mitad de la mitad de las cosas que han hecho. Lo que hay que hacer es tener dinero para pagar a un buen abogado liante porque éstos son los que te sacan las castañas del fuego. Se ponen a meter recursos y no paran hasta que te vuelven loco y te rindes. Y si no te rindes, te dejan pelado. Por eso es por lo que yo creo que te va a salir mal, Tomás, y bien que lo siento.

—Pues si ellos pueden tocar a la Juez yo también.

—No creo que la toquen, no me parece a mí que sea de esos jueces. Si yo lo digo por lo que hay que pagarlos a ellos, a los abogados. Te sale más barato comprar un coche nuevo. Y además lo mismo te meten en una lista de clientes conflictivos, que suelen pasársela unos a otros, como hacen los bancos con las listas de morosos y ya no te vuelve a asegurar ni Dios.

—En eso sí que tienes razón —Tomás se quedó pensativo—. ¿Y qué hago? ¿Retirar la demanda?

—Mira a ver lo que te cuesta.

—¿Ves cómo tendría que hablar con la Juez? ¿Tú no podrías...?

—Que no. Si tú quieres, te vas tú a verla, pero a mí no me metes en esto, qué quieres que te diga. Pero... ¿tú no tienes tanto mundo?

—Ya, ahora, encima, ríete. Pues no sé yo si le haría gracia que fuera contando lo de su lío con el señor Castro.

—¿Lío? ¿Tú les has visto liados?

—Hombre, liados, lo que se dice liados...

—Tomás, ten mucho cuidado con lo que dices que te la puedes buscar.

—Yo no voy a decir nada, pero si tu moza se entera...

Teodoro le lanzó una mirada fulminante, se dio la vuelta y salió a grandes zancadas de la casa sin decir palabra. Tomás Pardos bajó los brazos, consternado por la brusca partida de Teodoro y se dio media vuelta en busca de sus papeles de inventario mientras murmuraba:

—Pues será muy honesta esa Juez, pero tiene muy poca decencia.

¿Rafael un asesino? Después de haberlo conocido, ya la pregunta misma le parecía en sí una fantasía. ¿Imposible? Desde la sintonía a la disonancia, todo puede admitirse menos el imposible y esa pregunta había dejado de ser imposible, no porque creyera en su culpabilidad sino porque se recreaba pensando en ella. Mariana aceptaba y enumeraba defectos en él entre los que era el menor el flirteo que se traía con ella y la relación con Vanessa, todo en el mismo saco. Aceptaba incluso la clase de amoralidad que se desprende de ese comportamiento, no sólo en lo tocante al amor sino muy posiblemente respecto del dinero, de las relaciones y quién sabe qué más. Al mismo tiempo, como bien sabía, su carácter galante, sus maneras, su atractivo no sólo físico sino, lo que era más completo, personal, justificaban la pasión de Vanessa y, en parte, la impaciencia de Carmen. A Mariana no le hubiese gustado como partido para su hija o su sobrina, pero de ahí a adjudicarle un crimen tan sórdido había un salto casi morboso. Era sin duda un tipo al que había que tratar con experiencia. Sin embargo, el recuento (modales, educación, saber estar) de cualidades arrojaba un saldo positivo a su favor. Ya en otras ocasiones y con otros protagonistas había tenido Mariana la ocasión de comprobar lo que hace el encanto personal en la vida de quienes lo poseen. Una vez más lo tenía a la vista. Por otra parte, reducir a la condición de asesino sórdido a alguien que había logrado superarse de aquel modo o, mejor dicho, que había logrado superar las dificultades materiales de la existencia sin perder las buenas maneras era propio de una estrecha, quizá inevitable, visión provinciana; aunque debía de reconocer, por más que a regañadientes, que si Carmen no lo hubiera considerado un criminal, ella no se hubiese interesado por él. Este pensamiento la descolocó. ¿De verdad era

así? ¿Habría aceptado la primera invitación a cenar de no ser por el retrato previo que Carmen hizo de él? Meditó despacio y reconoció que quizá sí, que probablemente sí, pero que a estas alturas ya no podía afirmar eso ni lo contrario. Al fin y al cabo, la reunión donde lo encontró fue puramente casual, atribuible sólo a Sonsoles; en cambio, la invitación a cenar *tea for two* ya no lo fue.

En todo caso —pensó divertida y tensa a la vez—, de serlo sería un asesino extraordinario, un fuera de serie, el autor de un crimen perfecto. Pero el autor de un crimen perfecto es una ficción y Rafael era una persona real. Arrogante, creído, altanero incluso, pero antes por convicción propia que por desprecio a los demás. Aunque se dijo que no debía desdeñar el hecho de que lo último formaba también parte de su comportamiento. Eso a ella no le disgustaba, pero tampoco le acababa de gustar, mas cuando él respondía a sus reconvenciones con el aire entre compungido y encantador propio del ganador que en nada oculta su intención de no variar un ápice su modo de ser, ella se sabía conquistada a pesar de todo. El aire de ganador, sin embargo, no lo había pulido del todo, chirriaba un tanto; porque, según Mariana, la gente verdaderamente educada no hace nunca en público manifestaciones de superioridad que señalen la torpeza del que la ha cometido, antes bien su elegancia es disculparla aceptándola. Y en este punto, Rafael cantaba.

Ella veía con claridad que la extraña, o al menos irregular, relación entre ambos —sin dejar de considerar la presencia de Vanessa— pisaba suelo peligroso por lo que tenía de abismal, y de cautivador, un espacio mucho más arriesgado emocional y personalmente de lo que hasta ahora venían siendo sus encuentros, cada vez más próximos, cada vez más comprometidos, cada vez más vinculantes. La curiosidad de ella, una curiosidad complementada por una clase de interés que tampoco se escondía a sí misma, y las intenciones de él, perfectamente al descubierto, confluían en un punto de alta tensión. Entonces, ¿era cuestión de dar un paso adelante o darlo atrás, sin otra alternativa? ¿Lo deseaba? ¿Realmente lo deseaba? La descarga pendía de un hilo conductor que se balanceaba a un palmo de ella, a riesgo de rozar su piel, de enredarse en sus manos, del cual no podía apartar los ojos, ante el que se

negaba a retroceder para protegerse. ¿Realmente lo deseaba? ¿Un paso adelante? ¿Un paso atrás? ¿Qué la retenía?

—Nada —se confesó al fin en voz alta.

Y, dentro de todo, estaba de nuevo la figura de Carmen: ella era la que había despertado su curiosidad y, por una clara suma de azares, la responsable de su mala conciencia actual. Una situación indeseada y tentadora a la vez que ella no hubiese imaginado, desde luego, cuando aceptó el traslado a uno de los cinco Juzgados de Primera Instancia e Instrucción de Villamayor.

Sonó el timbre de la puerta. Lo estaba esperando y dejó de pensar en todo lo que no fuera él.

—Tía, no me canses más.

Vanessa agitó ambos brazos con un ademán exasperado. Estaban en el camino que llevaba del puente a la playa y Carmen miró a su alrededor por si alguien las estaba observando.

Tocaba uno de los días buenos del otoño: una mínima brisa que parecía un premio después de la borrasca de los días anteriores; un cielo azul surcado de nubes extendidas como si alguien las hubiera desgarrado pacientemente; el aire transparente que dejaba ver con toda nitidez las montañas cercanas; el mar azul y tranquilo desde la boca de la ría hasta el horizonte; las barcas más cercanas al muro del Paseo y del puerto varadas en la arena por la bajamar; algunas figuras agachadas sobre el limo que dejaban las aguas en retirada, probablemente buscadores de cebo para la pesca.

Vanessa estaba furiosa porque al marcaje de sus padres respecto a su relación con Rafael se unían, cada vez con mayor frecuencia, las recriminaciones de Carmen. Hasta ahora, si no se había sentido apoyada por su tía, al menos se había sentido reconocida por ella. Esta mañana Vanessa se dirigía a la urbanización de la playa para enseñar unos apartamentos y Carmen, con la que coincidió en el Paseo, se le unió. Probablemente no hubo por su parte intención alguna de hacer reproches a su sobrina, pero la brusca opción a la defensiva que tomó Vanessa en cuanto saltó la palabra Rafael irritó a Carmen.

—Me parece muy bien que te enfades, estás en tu derecho —le dijo—. Sólo te pido que antes de saltar, reflexiones, pienses, medites lo que te he dicho y luego, si quieres, con calma, sin ponerte de los nervios, me respondas. ¿Que no estás de acuerdo conmigo? Muy bien, pues lo dices sin

cabrearte. Tengo derecho a que me oigas, sólo a que me oigas, no a que te tapes las orejas cuando te hablo, porque soy tu tía y porque sé mucho más que tú de la vida. ¿Tanto te cuesta dejarte ayudar?

—¿Ayudar? Anda, tía, no fastidies. A lo único que tú me quieres ayudar es a que deje a Rafael y a nada más. Pues es mi problema, ¿sabes?, y si puedo ganarme la vida también puedo dirigirla yo misma. Las personas mayores siempre estáis dedicadas a ayudarnos, ¿es que no tenéis otra cosa que hacer?

—Pues a lo mejor tienes razón —contestó Carmen evidentemente picada por la condición de persona mayor que le adjudicaba su sobrina—, pero también tienes que entender que al menos no vamos con mala intención y que hemos vivido más que vosotros y eso vale algo, me parece a mí.

—La experiencia, tía, no es más que una cadena de errores.

Carmen se quedó desconcertada.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó con desconfianza.

—¿Es que yo no puedo pensar? ¿Es que tú tienes la exclusiva?

—Bueno, vamos a dejarlo, ¿no?

—Tía, de verdad, basta de estar encima con este asunto, ¿vale?

—Te la ganas trabajando para papá... —dijo Carmen entre dientes, arrepintiéndose nada más decirlo.

—Pues sí, mira, yo no he tenido que sacar una oposición. Pero tu vida es como es y la mía igual.

—La vida es lo que vas a perder como sigas con ese... hombre —tuvo que hacer un esfuerzo para contener el calificativo que tenía en la cabeza.

—Tía, por favor, no seas exagerada. Ahora, además, resulta que también es un criminal en potencia. Mira: déjame en paz, de verdad.

—Yo no he dicho que sea un criminal sino que te va a amargar la vida.

—Ah, ¿no andas diciendo por ahí que se cargó a su tío?

Carmen se sublevó.

—¿Por ahí, dices? Te lo he dicho a ti, se lo he dicho a Mariana y —dudó— no sé si se lo he dicho a Teodoro. Se acabó. Así que si no eres tú la que se lo ha dicho, no sé quién va a haber sido porque los otros dos son como tumbas. Claro, ahora entiendo la mirada de fiera que me echó el otro día ese bandido. Es porque se lo has dicho tú, ¿verdad?

—¿Y por qué no se lo iba a decir?

—Pues por pura cuestión de cacumen, hija, que ahí se ve la clase de pardilla que eres. No, si éste hará contigo lo que quiera, ya lo verás, y tú a sufrir como una tonta.

—Es que a mí, tía, me gusta sufrir. Me mola, ¿sabes?

—Dios mío, si te dieras cuenta de lo que estás diciendo...

—No, no me doy cuenta. ¿Cómo me voy a dar cuenta si soy tonta?

—Vanessa, hija, no te pongas así. Vamos a dejar de pelearnos y a hablar con calma.

—¿Otra vez? —dijo Vanessa sarcásticamente.

—Hija, cuando te cierras en banda eres un pedazo de madera, así que quien te entienda que te compre. Allá tú.

—Mira, tía, a ti que te gustan tanto los consejos no pedidos te diré que lo que tienes que hacer de una vez es liarte o casarte o lo que sea con el sieso ese de Teodoro y dejarme hacer mi vida a mí.

La cara de Carmen tomó repentinamente el misino color de su pelo.

—¡Anda la niña esta! ¡Pero bueno! ¿Habrase visto? ¿Ahora eres tú la que se mete en mi vida? ¡Ven aquí inmediatamente! —Vanessa se alejaba con pasos enérgicos hacia la urbanización de la playa—. ¡Vuelve aquí y retira lo que has dicho, descarada!

Pero se lo había dicho.

Pocos días después, Mariana canceló, entre el hielo y el fuego, su cita con Rafael Castro. Dejó correr el resto de la tarde leyendo y a la noche seguía sola y en casa. Sobre la mesilla reposaba, abierto y boca abajo, su ejemplar de *Tess of the d'Ubervilles*. Un vaso bajo y ancho contenía suficiente cantidad de un líquido tan claro como para denotar que los cubitos de hielo se habían diluido en él. El reproductor de discos compactos se hallaba encendido y en silencio. Mariana se había puesto una bata ligera de lana sobre el pijama y reposaba en el butacón de lectura con la nuca apoyada en el cabecero y los ojos cerrados, pero no dormía. De pronto, como si cobrara conciencia de la falta de música, se levantó perezosamente a cambiar el disco y se llevó consigo el vaso. En la cocina recogió los restos de la cena y despejó la encimera, luego vació el vaso en el fregadero y se puso a sacar unos cubitos de hielo del congelador. En el salón empezó a sonar música de Tom Jobim, *Vou te cantar*, y la casa adormilada despertó. Regresó al salón con el vaso tintineando en la mano y la botella de whisky bajo el brazo, se sirvió y dejó el vaso en la mesilla. Se acercó a la ventana: no había estrellas en la noche, ni tampoco un atisbo de luna, no llovía. Era la primera vez que cancelaba una cita con él.

El sábado a la tarde llegaría Carmen con su tradicional bogavante de los grandes e íntimos fines de semana entre las dos amigas. Una oleada de afecto la recorrió al pensar en su animosa amiga. Lo que le estaba faltando a Carmen era un novio. No recordaba a Carmen con novio, si bien no hacía tanto que la conocía, sólo desde su primer destino en San Pedro, pero notaba en ella una suerte de prescindencia en ese asunto, como si lo hubiera dejado al azar, un azar en el que ella, Carmen, no intervenía ni siquiera para tentarlo.

Era una persona generosa, comprensiva y compasiva, que difícilmente ejercería la censura o la maledicencia contra ninguna forma de relación amorosa entre los demás y que, sin embargo, se mantenía a distancia en ese asunto consigo misma, como si no fuera con ella o si estuviera esperando a un príncipe azul que tendría que llegar si es que existía. Era un contraste curioso con la vitalidad y la voluntariedad que aplicaba a su vida.

En la especial situación en que se encontraba sumida, Mariana no quería pensar ni en Rafael ni en Carmen, pero era inevitable y constante en cuanto se despojaba de su trabajo diario. Quizá se estaba dando las palizas que se daba justamente para no pensar. Carmen le había pedido en su día que reabriera el caso del viejo Castro y ahora, con el paso del tiempo, Mariana se encontraba entre la espada y la pared. Era cierto que el asunto no presentaba un solo resquicio para la reapertura. Pero es que ahora, además, conociendo a Rafael no podía hacerlo. Sabía que la preocupación de Carmen por su sobrina no tenía sentido porque allí no había más que una aventura: no se casarían. Rafael, en todo caso, aspiraría siempre a algo más alto y mucho más en el entorno del mundo de Sonsoles, de manera que Vanessa sería una muchacha burlada y a salvo; para una sociedad pequeña, eso era una desventaja, mas no una desgracia irreversible. De hecho, más debería preocuparse ella de las habladurías que Carmen porque le parecía imposible que no se estuviera hablando de sus salidas con Rafael y seguía convencida de que Carmen aún no sabía nada del asunto. Ahora bien —se decía— ésta sí que es una situación incómoda. Es curioso cómo alguien, por consciente que sea del peligro, se deja arrastrar... No: busca dejarse arrastrar —precisó— por la corriente que lo va a llevar río adelante hasta ese punto sin retorno tras el que desaparece un tramo de vida.

Lo de situación incómoda era una descripción más bien amable de un asunto bastante más arriesgado por lo que ponía en juego en lo personal. Pero ¿qué hacer? Aparte de eso, Rafael no era sujeto de juicio criminal, no era concebible siquiera y en eso le venía bien y mal haberle conocido; bien para hacerse una idea equilibrada de la realidad de las cosas, amén de su improbable cualidad de asesino; mal porque se había visto obligada no a mentir mas sí a silenciar ese conocimiento y los encuentros sucesivos, lo cual

no dejaba de ser una delicada manera de mentir. De una manera o de otra, la relación entre ellas tenía que verse afectada y lo sería. Quizá si el primer día, tras aquella cena en casa de Sonsoles, le hubiera dicho... pero no lo hizo y no quería preguntarse por qué. ¿Cómo era posible que con sólo un primer contacto hubiera traicionado a su amiga? Por supuesto que ambas eran adultas y hablar de traición resultaba exagerado, adolescente, sobremanera emocional... y era todo eso, lo reconocía. ¿Por qué no le dijo nada? La pregunta le rondaba y ella no quería saber, prefería apartarla y, al mismo tiempo, tenía claro que la apartaba; ella, que siempre había elegido ir al corazón de las cosas, que siempre buscaba entender el sentido de los actos humanos, la apartaba. Ahí no había equidad. ¿Qué hace una Juez, o un Juez, en tales circunstancias? ¿Ser Juez imprime carácter, como los sacramentos? No era Juez por casualidad ni por despecho y alejamiento de una parte de su vida, lo era porque le pareció la salida más natural a sus exigencias personales y vitales. Por eso la situación en la que ella misma se había colocado le escocía como le placía, lo mismo que la penitencia se pega al pecado o bien, como esta noche, la dejaba aplanada, pensando en soluciones imposibles y recreándose en un estado que navegaba entre la música, el whisky, el butacón favorito y una languidez irresponsable y benéfica.

Si hubiera hablado con Carmen... Pero no habló. Verdad incuestionable. E irreversible. Ahora debería afrontar las consecuencias. Sin embargo, había algo más rondándola en dirección contraria. Esta noche eludió deliberadamente una cita con Rafael y no fue porque el problema latente con Carmen la influyera en modo alguno, de eso estaba segura. Era algo que la puso, a pesar de todo, a distancia de Rafael; era una cita más, pero en ésta, de manera exigente y sin entender por qué, el corazón decía que sí y la cabeza que no y por alguna razón que no alcanzaba a ver tomó partido por esta última. ¿Qué significaba eso? ¿Se trataba de una advertencia interior? Le costaba reconocer que en su relación con Rafael sentía un último recelo que no dejaba de rondarla. ¿Era inseguridad? ¿Era desconfianza? Que fuera una u otra cambiaba mucho el asunto porque las dos causas eran direcciones divergentes. Pero era un recelo, sí, y como todos los celos, una elaboración, una maldita defensa de algo que utilizaba el instinto para fortificarse en lugar

de dilapidar su energía.

De manera que estaba en casa como todas las noches de los fines de semana en que se encontraba sola. Incluso había dejado la lectura a un lado porque le costaba concentrarse y, por otro lado, debía de estar muy concentrada en sí misma porque la música se había apagado y el silencio la sustituyó sin que se percatara de ello. Contempló el reproductor con desaliento. Luego extrajo el disco, lo cambió por el segundo del mismo álbum y esperó a que sonaran los primeros compases de *Imagina*. Después empezó a pasear por la habitación. Entonces dijo que, finalmente, vivía en una sociedad pequeña y cerrada y eso ni lo había buscado ni tampoco tenía remedio por el momento, lo mismo que el lío en que estaba metida. ¿Fue un error hacerse Juez? ¿Eran un error sus consecuencias? No, de ninguna manera. No hay acciones perfectas, todo tiene su coste, de lo que se trata es de poder pagarlo sin tener que vender la dignidad. Si estaba en un lío sabría salir de él. Al menos, en lugares como éstos el destino de las personas seguiría siendo el de estar en contacto, con todos sus defectos y virtudes, por mucho tiempo. Esa misma mañana le habían estado explicando en el banco las ventajas de una relación on-line y cuando la muchacha le terminó de contar, Mariana se la quedó mirando:

—Es decir, que no quieren ustedes que nos acerquemos por las sucursales.

—Uy, a mí no me lo diga eso que me estoy temiendo una regulación de empleo. Antes éramos seis aquí y ahora, ya ve, nos las arreglamos siendo tres.

La pérdida de contacto. El contacto es la vida —se dijo reflexivamente— y la vida no respira ni huele ni acaricia on-line, pero este mundo está lleno de locos de los aparatos, coches u ordenadores, son como idólatras.

Bueno, y ¿por qué demonios en la realidad virtual y qué demonios le importaba a ella ahora?

Se detuvo y comprobó apenada que los cubitos de hielo habían vuelto a diluirse. Bebió con resignación. Al final, le había dado las vueltas a tantas cosas que ya no lograba recuperar el hilo de sus pensamientos y, además, se sentía cansada y somnolienta, por lo que apuró el vaso, vertió un último

trago, que bebió de un tirón, y sin molestarse en llevarlo a la cocina ni cerrar el libro, apagó el equipo de sonido primero y la luz del salón después y se dirigió al dormitorio tanteando las paredes porque la casa había quedado repentinamente a oscuras. De pronto sintió ganas de mirar afuera. La calle estaba desierta y deseó que él estuviera al abrigo de las sombras, vigilando su ventana.

Estuvo un rato dando vueltas en la cama hasta que en una de ellas recordó que no había echado las llaves de la puerta y tuvo que levantarse a cerrar y colocar el pasador de seguridad. Por un momento se quedó mirando la cadena del pasador como si la viera por primera vez.

—Esto sí que es la realidad —dijo en voz alta.

Volvió a la cama y se puso a pensar en el recelo. ¿Realmente el mundo que les esperaba desarrollaría algún medio de hacer que la gente entrara en contacto entre sí sin tocarse, sin mirarse, sin saber del otro nada más que su ordenador de origen y sus palabras tecleadas? Quizá fuera lo mejor, después de todo. Tocarse —pensó con una sonrisa mustia—. Tocarse y recelar —añadió—, qué cosa tan turbia, tan indeseable, tan dolorosa. Ahora se sentía así con Rafael. ¿Recelaba de él? Agitó la cabeza exasperada, como si quisiera sacudirse la razón misma de sus pensamientos. Oh, ¿qué le estaba sucediendo, qué incertidumbre era aquélla? Recordó el temor sentido en algunas ciudades del mundo donde la gente no se mira a los ojos y el recelo es el primer medio de contacto existente entre las personas, pero ese recelo viene del miedo y ella no sentía miedo ante Rafael sino otra cosa y se preguntó si no había bebido demasiado a cuenta de la idea de que los cubitos de hielo generosamente diluidos en el whisky lo aguaban y disminuían sus efectos y si no estaría entrando en una angustia postalcohólica. Su situación ya no admitía ambigüedades y ahora mismo estaba metida en un lío considerable respecto del que tenía que definirse cuanto antes, sí, porque hay actos cumplidos que no por singulares o accidentales dejan de ser irreversibles; tendría que definirse cuanto antes —pensó mientras se arropaba en la oscuridad, de vuelta a la cama— si conseguía dormirse previamente y descansar. Mantuvo los ojos cerrados durante un buen rato hasta que cambió de postura y volvió a intentar coger el sueño, pero lo sentía tan lejos que al

cabo pensó si levantarse de nuevo y servirse otra copa. Resistió con los ojos cerrados. Aún faltaba una eternidad de noche para llegar a abrirlos y encontrarse dentro de la mañana siguiente. Abrir los ojos, empezar el día con un gesto como volverse de lado o encender un cigarrillo. ¿Por qué no encendió Rafael su primer cigarrillo, el del despertar, al abrir los ojos el día del escape de gas? De buena se libró. Una cerilla y ¡zas!, todos por los aires. Para llegar a abrir los ojos antes hay que perderse en el sueño, pero pensando no iba a llegar a él. ¿Olería el gas antes de alcanzar la cajetilla de tabaco? Las imágenes recurrentes eran el más poderoso aliado del desvelo. Cerró los ojos, desesperada.

De pronto le entraron ganas de telefonar a Carmen. Decididamente, se estaba buscando un buen insomnio y nada le apetecía menos que pasar la noche en blanco. Trató de no pensar en ello porque tenía un punto de aprensiva respecto a las cosas que una desea evitar parecido al de las personas supersticiosas con las numerosas tonterías y tics con los que tratan de pautar su vida. ¿Estaba en un punto sin retorno? Pero tampoco nada es definitivo. El ruido de un coche deslizándose por la calle la tranquilizó; después sonó otro, o quizás había empezado a llover y el agua golpeaba en los cristales o a lo mejor ya estaba soñando cuando se quedó repentina y profundamente dormida.

Era la una del mediodía cuando, con retraso, pero con buena disposición, Carmen Fernández llegó a casa de Mariana de Marco. En una bolsa traía un bogavante y en su mano derecha empuñaba una botella de cava. El día era lluvioso como lo había sido la noche y ella llegaba cubierta de pies a cabeza por un larguísimo chubasquero con forma de capota y un sombrero de gabardina. Se sacudió el agua en el rellano como un perrillo, entregó bolsa y botella a su amiga, se despojó de las prendas empapadas y entró aprisa en busca del cuarto de baño a colgarlas para que goteasen a gusto.

—Pero ¿qué ha sido de tu pelo rojo? —preguntó Mariana al verla reaparecer en la cocina a cabeza descubierta.

—Ya ves, que me ha vuelto a dar un aire.

Mariana la contempló con ternura mientras ella se enfrentaba al crustáceo salvaje. La pequeña, vivaracha y tozuda Carmen disponía de una fuente de vida que a Mariana le pareció inagotable. Al menos ante sus ojos, no hubo momento de desánimo que no remontase con una flexibilidad de ánimo sorprendente: ante las malas rachas se inclinaba como los juncos de las dunas de la playa azotados por el viento y como ellos se alzaba entre ráfaga y ráfaga para defenderse a la espera de mejor temperie. Así la tenía en la cocina preparando el cocimiento del bogavante mientras hablaba sin parar.

—Yo, después de la agarrada que tuve con mi sobrina, me dije: Carmen, no sufras ni por quien no te lo agradece ni por quien te lo reprocha. Porque, Mar, dime tú: ¿te parece sano estar pendiente de una persona que te manda a la mierda? Eso no es sano. Yo no digo que tenga razón, que la tengo, sólo digo que no merece la pena preocuparse, agobiarse y pasar malos ratos por una imberbe que, como todas las imberbes, considera que nadie ha vivido de

verdad antes que ella, ¿comprendes? —tomó aire mirando humear ya el agua de la perola—, y que por fin puede prescindir de una pobre aldeana como yo que nunca ha levantado la vista de la hierba y de las bostas. ¿No te jode, la criatura? Porque dime: ¿qué les costará a los jóvenes reconocer que son jóvenes, o sea, que están saliendo del cascarón? Ya quisiera yo tener veinte años, ¿no te fastidia?; pero no los tengo. Eso mismo le digo: acepta lo que te pueden enseñar, tú que ahora estás aún en edad de aprender. ¿No te parece? Pues nada... Orejas de piedra.

Mariana sonrió, cruzada de brazos.

—Todas hemos sido jóvenes, tú más que yo —dijo Mariana. Carmen protestó agitando el bogavante en el aire—. Sí; y cada edad tiene su manifestación. Mira yo: cuando cumplí los cuarenta puse en mi ordenador un fondo otoñal, muy bonito, pero otoñal: esos colores de las hojas que se despiden y que parecen encendidos por el sol dorado de la tarde. ¿Te parece natural? Pues soy tan tonta que aún no lo he cambiado. Si los jóvenes fueran tan sensatos como tú quieres serían viejos, Carmen. Y sobre todo, hay algo a lo que tenemos que acostumbrarnos, y con quien más cuesta es con quienes más queremos, no ya jóvenes sino adultos y bien adultos. Hay una verdad dolorosa e inmodificable, al parecer: que la experiencia es intransmisible.

—¡Bobadas! ¿Cómo va a ser intransmisible? Entonces no habríamos progresado nada, estaríamos aún por inventar la rueda.

—Yo me refiero a la experiencia personal, a la vida. Al vivir.

Carmen advirtió el discreto punto de gravedad que había en las palabras de Mariana y tras aguardar unos instantes el momento exacto de echar el animal a la perola, se secó las manos con un paño y se volvió hacia ella.

—Quieres decir que todos nos equivocamos —comentó.

—Ciertamente —respondió Mariana—. Eso no es privativo de la juventud. Lo importante es que aprendemos y lo triste es que cuando sabemos bastante, es decir, cuando ya no nos equivocamos tan a menudo, resulta que lo que sabemos casi nunca les vale de algo a los demás. Ni siquiera se acepta lo de escarmentar en cabeza ajena. La gente, viejos y jóvenes, no ve más allá de sus narices. Es como montar en bicicleta, sólo te sueltas cuando en lugar de mirar abajo, a la rueda delantera, levantas la cabeza y miras al frente.

—Sí —respondió vivamente Carmen—, lo entiendo. Me cuesta, pero lo entiendo.

—Para atender a la experiencia ajena, Carmen, Vanessa necesita dos cosas: la suya propia y asumir que existe la ajena. Eso se llama conciencia crítica.

—Qué sería lo dices.

—Porque es triste.

—Pues eso es lo que yo he hecho: mandar a paseo a Vanessa y que se las arregle como pueda. ¿Que un día me necesita? Aquí me tiene. ¿Que no? Pues que le vaya bien.

—Mujer, tampoco hay que ser tan drástica.

—Ah, yo sí. Tú me conoces. A partir de ahora, todo lo servicial que quieras, pero ni una palabra de más.

Mariana se echó a reír.

—Qué exagerada eres.

—Mar: nos reímos, ¿no? Nos gusta comer bien, ¿no? Nos gusta esta tierra, ¿no?

—Nos queremos —añadió Mariana a media voz, conmovida.

Carmen miró su reloj.

—Y nos merecemos una copa. ¿Qué tal? —dijo Carmen—. He traído anchoas, o sea que nos vamos a preparar un pique.

Mariana abrió el frigorífico para buscar la botella de manzanilla que aguardaba fielmente en pie en la bandeja inferior de la puerta; pero en ese instante algo se cruzó por su mente en otra dirección.

—¿Prefieres el cava?

—Genial —Carmen cortaba pedacitos de pan para montar las anchoas.

—Aunque no sé si estará frío.

—Yo lo traje frío.

Mariana sacó dos copas flauta, soltó la cápsula de plomo y extrajo el tapón con un estampido seco y discreto a la vez. Vertió el cava en las copas y las dos se quedaron mirando subir la espuma hasta el borde mismo.

—Por el oscuro y negro invierno —dijo Mariana.

—Por la alegre primavera —respondió Carmen mientras entrechocaban

sus copas.

Mariana miró a su amiga, que se había vuelto a terminar de hacer los pinchos de anchoa con mantequilla y estuvo a punto de decir algo, pero no llegó a hacerlo porque no pudo evitar recrearse en silencio con la alegre serenidad que emanaba de Carmen aquella mañana.

—Voy a poner la mesa —dijo de pronto, como si se hubiera visto sorprendida por el propio silencio.

—Me acuerdo de mi padre, de cuando me llevaba a pescar al río, no hace tanto, tampoco soy tan vieja —empezó a decir Carmen—; el río, el remanso, el agua corriendo ligera, las repentinas sombras de las carpas, la mancha de árboles descendiendo por la orilla de enfrente hasta el borde del río, donde metían las raíces, y una zona más oscura, una poza, un círculo grande que me daba miedo porque imaginaba el remolino traidor y las profundidades misteriosas de las que nunca se vuelve; allí echaba la caña mi padre a menudo en busca de la trucha. Y te cuento esto porque, además de estar nostálgica, y bien comida y llena de cava, yo sentía un amor inmenso por mi padre y no deseaba otra cosa que acompañarlo a la pesca porque eran momentos nuestros, únicos, él en silencio y esperando atento aunque de cuando en cuando me buscaba con la mirada y me enviaba un gesto de cariño, y yo entreteniéndome con todo lo que encontraba, pero siempre sin perderlo de vista aunque no lo mirase, siempre sabiendo que estaba ahí, en la complicidad del silencio, en el rumor del río, en la luz del cielo, en la brisa en las hojas. Hasta que en un momento que era mágico él me daba una voz y yo, que ya sabía por qué, agarraba el bichero y salía corriendo a esperar, toda nerviosa y emocionada, pero también muy seria, muy propia, a que acercara el pez a la orilla para atraparlo. Luego él lo miraba y, si no le parecía que hubiese problema, me dejaba sacarle el anzuelo y echarlo a la cesta. A lo mejor estábamos toda una mañana, o mi madre nos ponía la comida y nos quedábamos a comer. Mira, Mar, ese espacio tan grande y tan íntimo a la vez, y tan abierto y tan cerrado era...

—Como la vida y como el amor, respectivamente —apuntó Mariana.

—¿Eh?

—Sí, mujer. Abierto como la vida y cerrado como el amor. Oh, vaya, era una gracia poética que me ha salido fatal.

—No, qué va, tienes razón. Aquel espacio físico estaba abierto, sí, a nuestro alcance, lo podíamos abarcar, ¿no?, pero estaba maravillosamente abierto porque te daba la sensación de que lo que estaba transcurriendo allí era la vida desnuda, tal cual, sin interferencias, ¿no? Y todo quedaba como cerrado a la vez, sujeto a nosotros dos, por el propio amor, es cierto, es una imagen muy bonita.

Mariana estaba sentada en su butacón de lectura con las piernas en alto, apoyadas en el reposapiés. Carmen estaba tendida en el sofá y se había acomodado un almohadón a guisa de cabecera. Hacían la digestión de la comida, charlaban lánguidamente y dejaban correr las primeras horas de la tarde.

—En cambio yo veo a Vanessa y a su padre, bueno, la veía, cuando era más chica y correteaba por la casa y la diferencia era enorme: todo lo más, su padre y mi hermana la llevaban a la plaza a tomar un aperitivo o algo mientras la niña se sentaba en su silla mirando para todas partes y aguantando las ganas de echar a correr y perderse por el pueblo porque tenía que ser formalita, una señorita ya, la pobre. Claro que mi hermana me lleva doce años y es más antigua que el hilo blanco en eso de guardar las formas y el comportamiento, que no sé de dónde lo habrá sacado porque en casa no éramos precisamente unos palurdos, aunque sí un poco asilvestrados. En fin, nada que ver. Y el padre tampoco se ocupaba de ella como el mío de mí, ni de lejos; éste ya estaba en otra manera de vivir: en la prisa, en el viaje, los contratos, los negocios, siempre ocupado. Mi padre también trabajó toda su vida, pero trabajó para poder pagarse sus momentos de felicidad y yo tuve la suerte de que me incluyera en algunos de ellos, como la pesca, ¿sabes? Así que no me extraña que Vanessa pase de ellos porque, al menos en comparación con mi infancia, ellos pasaron antes de ella. O sea, entiéndeme, no es que la desatendieran ni nada de eso, no, digo que pasaron de esa atención que se cuece con el cariño, no sé si me entiendes.

—Sí, te entiendo, pero no creas. Cuando llega la adolescencia, no hay nada que hacer. Yo fui una rebelde total y bastaba que abrieran la boca para

que los rechazara. Sin embargo, recuerdo mi infancia como un tiempo muy feliz y muy lleno de amor. No sabría decirte en qué momento empecé a cogerles manía a mis padres, pero no les pasaba una. Quizá fue porque antes sólo me quisieron y después empezaron a adoctrinarme. Si mi padre viviera hoy le habría pedido excusas de todo corazón, a pesar de cómo era, pero hoy ya no está y yo he aprendido tarde que la vida es una cuestión de equilibrio. Quizá por eso he acabado convertida en Juez, porque en los momentos difíciles, y todo juicio lo es, al menos para el que juzga, es cuando hay que tener valor y carácter para no dejarse llevar por los impulsos. ¿Tú entiendes que se pueda mantener la serenidad y la lealtad en momentos extremos? Cuando en este país suceden cosas gruesas, un atentado terrorista, por ejemplo, con víctimas inocentes, o un asesino de esos de primera página de periódico, hay que tener cabeza suficiente para seguir en contra de la pena de muerte mientras la gente pide piedad; porque lo que piden en ese momento no es justicia sino venganza. Lo que pasa es que la venganza es tan humana... es tan humana como la maldad.

—¿Y tus padres?

—Perdona, me había ido por otro camino, pero todo acaba en lo mismo, en esa convicción de que equilibrar no es ser medrosa, ni dada a componendas, ni volverse acomodaticia. No. Lo más fácil, aunque fuera lo más adecuado a la juventud, era ser una exaltada, jugar al todo o nada, abominar de todo lo establecido. La vida es un río muy ancho, tan ancho como el Amazonas, uno de esos en los que no se ve la otra orilla y conocerlo y navegarlo requiere tiempo, experiencia, situación, conciencia... cosas demasiado importantes como para apartarlas o resolverlas de un plumazo. En eso yo creo que a la larga las mujeres tenemos cierta ventaja porque somos más terrenas que los hombres, la vida la alcanzamos con los dedos de una manera más práctica: no nos hace falta verle la cara a la muerte para saber que la vida es un asunto que tiene su ritmo. Yo recuerdo una casa que teníamos en la sierra y allí ayudaba a mi madre a hacer el jardín porque me encantaba ayudar. Bueno, pues esos días de jardín, que era un jardín pobretón, con aquel clima... me di cuenta de que el tiempo necesario para hacerlo lo marcaba la naturaleza, lo pautaba la vida; era el tiempo vegetal, no

el de nuestra prisa... él era el que mandaba y entonces, sin apurarse, sin enfadarse, las dos sabíamos que trabajaríamos día tras día hasta que el jardín dijera: ya. Y que ese momento llegaría y, mientras tanto, lo que había que hacer era acomodarse y trabajar duro. Entonces comprendí o, mejor dicho, intuí, porque era pequeña, que cada asunto requiere su tiempo. Eso es lo que debí olvidar cuando empecé a pelear con mis padres y eso es lo que recordé, ya en forma de conciencia y no sólo de intuición, cuando me las tuve que valer por mí misma después de que me hastiara de la vida libertaria y la prisa por vivir. ¿Te das cuenta? La vida tiene un ritmo que tienes que encontrar cuanto antes. Tu sobrina lo está viviendo a la Viva México, como decía una amiga mía mexicana, y luego vendrá el remanso. Pero ahí es donde está la clave, porque la gente toma el remansar como una retirada y no es verdad, Carmen, ahí es donde empieza lo difícil, ese sentido duro y no blando del equilibrio, pero también un verdadero aprecio a la felicidad.

Mariana se había erguido y hablaba con vehemencia y Carmen la escuchaba arrobada con las manos cruzadas por detrás del almohadón, como si buscara sujetarse la cabeza para prestar toda la atención posible, sin dejar escapar una idea.

—La verdad, Mar, es que te expresas tan bien...

—Pura judicatura —respondió ella con una sonrisa triste agachando la cabeza—. Sumarios, sentencias, disposiciones... todo hay que explicarlo — de pronto había cambiado el gesto por otro de preocupación. Carmen tuvo la sensación de que algo le mortificaba y que estaba a punto de tomar una decisión porque conocía aquella forma de estar, como mirando hacia dentro, pero a punto de salir afuera.

Por fin Mariana levantó la cara, asentó los hombros con un movimiento rápido y volvió la cara hacia su amiga, que se había incorporado a su vez muy pendiente de ella.

—Carmen —dijo Mariana lentamente a la vez que desplazaba las manos a lo largo de los muslos como si la fricción la ayudara a acometer un acto que la violentaba—, tengo que hablar contigo de un asunto que no puede esperar más...

Tomás Pardos se sorprendió no poco cuando Rafael Castro apareció por el zaguán de su casa. Entró sin llamar, como si la casa aún le perteneciera y se dirigió tranquilamente hacia él.

—¿Cómo te va, Tomás? ¿Todo en orden? ¿La familia? ¿El negocio?

—Con los problemas de costumbre, don Rafael, ya se puede imaginar. Este trabajo no rinde más y yo sólo tengo dos manos. Pero usted dirá qué se le ofrece.

—No te quejes, que tienes trabajo y casa, aunque todavía me debes un pico del que yo soy garante, por cierto.

—Don Rafael, yo, usted sabe...

—Bien, bien. No vengo por eso aunque insisto en que no se te olvide.

—Descuide usted, don Rafael, que no se me olvida. Y en lo que pueda servirle...

Rafael echó un vistazo general al zaguán moviendo la cabeza afirmativamente.

—Ya sabía yo que como almacén daría más juego que como tienda — dijo. Luego se dirigió nuevamente a Tomás—. A ver: ¿te acuerdas de unos sobres que te dije que guardaras por si me llegaban a hacer falta?

—Unos sobres... —Tomás hizo un verdadero esfuerzo de concentración—. ¡Sí! Deben de ser los que tengo arriba en el desván. ¿Es que los quiere ahora?

—Me gustaría echarles un vistazo.

—Usted se los puede llevar, son suyos. Yo los guardo porque me lo encareció.

—Sí, sí, lo recuerdo. Bueno, ve a ver.

—Con permiso —dijo Tomás saliendo apresuradamente del almacén. Rafael se quedó mirando de nuevo el amplio espacio ocupado al menos hasta la mitad por diversos montones de cajas de variados tamaños y colores, un contenedor pendiente de ser abierto, varias cajas de embalaje que debían contener alguna suerte de aparato electrodoméstico y una gran partida de tablas apiladas de diversos tamaños. Se abrió paso hacia la trasera, donde estaba la cocina a la que se asomó. La habían renovado relativamente. Estuvo contemplándola largo rato. La placa de vitrocerámica y el horno eran nuevos, lo único nuevo junto con el frigorífico. Vitrocerámica. Sonrió mientras pasaba la mano por encima. «Aquí ya no hay peligro», dijo en alto.

—Eso le dije yo a mi mujer; ayer mismo la instalamos —la voz de Tomás le sobresaltó y su sobresalto dejó medio aturdido a Tomás. Éste estaba a la puerta, su sonrisa se había helado y tendía a Rafael un azulejo que mostraba la leyenda: «Hoy no se fía, mañana sí»—. Es todo lo que he encontrado en donde guardaba los sobres.

Rafael advirtió que la voz de Tomás temblaba ligeramente.

—Tomás, no me engañes. Si no están, tú sabes dónde están porque los papeles no tienen patas ni van por ahí corriendo de un lado a otro salvo que alguien los lleve en la mano.

—Sí, es verdad, es que no sé si hice bien...

—Dime, ¿quién los tiene?

—Los cogió... Yo le juro que no pude evitarlo, no sabe usted lo terca que es...

—Tomás, de quién hablamos —Rafael habló de manera suave, pero conminatoria.

—De Carmen Fernández, no sé si la conoce, la Secretaria del Juzgado de San Pedro.

—La tía de la señorita Vanessa —dijo Rafael con cierto retintín.

—Mismamente —dijo Tomás tragando saliva. Y, ante su estupor, Rafael soltó una gran carcajada. Se llevó ambas manos a la cintura y se dobló hacia atrás para reír más a gusto y luego siguió riendo y paseando por el zaguán. Por fin, se detuvo cerca de la puerta y se volvió a Tomás.

—Bien hecho, Tomás, bien hecho —dijo y, haciendo un ademán con la

mano, traspasó el umbral y salió a la calle.

—Bueno, pues ya lo sabes todo —dijo Mariana a modo de conclusión.

Carmen, apoyada en el almohadón que se había colocado delante a modo de parapeto, se quedó mirando al suelo en silencio. El silencio se mantuvo por ambas partes hasta que Carmen levantó los ojos y miró a su amiga. Sonrió débilmente y volvió a bajar la vista.

—Gracias —dijo de repente—. Habría sido horrible que me enterase por otros.

—Eso pensé —comentó Mariana.

Carmen cambió de postura, arrojando a un lado el almohadón.

—¿Por qué me lo has contado ahora? —dijo. Mariana se sintió herida en la misma línea de flotación.

—Porque... No lo sé.

—Ah.

Hubo un silencio que se mantuvo hasta que Mariana no pudo soportar su peso.

—No es verdad —dijo de golpe—. Es porque estoy hecha un lío. Si no, no te lo hubiera contado.

—Gracias —dijo Carmen poniendo su mano sobre la suya.

—¿Otro café? —ofreció Mariana poniéndose en pie.

Lo sirvió y luego siguieron hablando, bebiendo café, mientras la tarde transcurría horizontalmente.

—Estoy pensando —dijo de pronto Carmen, incorporándose— que no entiendo bien cómo has podido hacerlo —dijo, y se adelantó de inmediato a la protesta de Mariana—. Ya sé que esto no hay que decirlo, pero es que no lo entiendo, no entiendo que tú... —había pena en su voz y Mariana la

detestó por un instante.

—O lo sueltas todo o te callas —dijo.

—Me callo —dijo Carmen.

Mariana aguantó las lágrimas hasta el límite. «¿Cómo has podido hacerlo?», se repetía a sí misma con la voz de Carmen golpeando en el tambor de su mente. «Pero lo hice, lo hice», se decía también, como un redoble. Se llevó las manos a la cara por ahogar el ruido de una reclamación que se le hacía insoportable. Entonces las manos de Carmen cubrieron las suyas y pudo verter las primeras lágrimas y aflojar el cuerpo.

—¡No me arrepiento! —acertó a decir.

Carmen la abrazó hasta que se fue calmando. Mariana escapó repentinamente al baño y regresó al rato, recompuesta. La tensión emocional, sin embargo, cargaba el ambiente como el aire pesado de un turbión de verano. Pero se irguió y respiró hondo. La tormenta pasaba.

—Tú quieres hablar del asunto del viejo, ¿verdad? —dijo Mariana con un brusco cambio de actitud.

—No sé si es el momento... —empezó a decir Carmen.

—Es el momento —cortó Mariana—. Es el momento —repitió más despacio, buscando deliberadamente la calma.

Hubo un silencio. Luego siguió hablando.

—Entonces vamos a resumir la situación ya que es lo que está sobre la mesa a fin de cuentas y dejamos mi asunto —dijo, cambiando de conversación—: Hay un hecho incontestable que es la muerte del viejo Castro. Es igualmente cierto que, practicada la autopsia correspondiente, se descarta cualquier señal de violencia externa e incluso, fíjate bien, ingesta de cualquier tóxico; en consecuencia, la participación material de un tercero en la muerte queda excluida. Tampoco hay indicios suficientes de suicidio y lo que le pareció entonces al Juez que otorgó el fallo es que con mayor probabilidad la muerte se debía a descuido o negligencia propia. *Pero* —subrayó expresivamente Mariana—, con la intención de dar una oportunidad y por si acaso en un futuro pudieran presentarse *indicios* —subrayó de nuevo — de suicidio e incluso, creo recordar, de inducción al suicidio, que es lo que más se acerca a lo que tú sugieres que pasó, decide el sobreseimiento

provisional de la causa. Pero te recuerdo que en la misma consideración descarta expresamente el suicidio o la inducción al suicidio por todo lo visto. Y hasta aquí llegó el agua, Carmen. No hay más. Bastante fue que se diera ese sobreseimiento provisional a espera de futuras... de futuros indicios, que no *sospechas* —subrayó por tercera vez—, que cambiasen la consideración del asunto. Y te diré que en los fundamentos ni por asomo se plantea duda alguna sobre homicidio o asesinato. Tú eres Secretaria de Juzgado y tienes formación suficiente para saber que, en estas condiciones, no se puede hacer nada. ¿Es o no es cierto lo que digo?

—Bueno, Mariana, vamos a ver...

—No. No. Alto. Un momento. Primero contesta a lo que te pregunto y luego seguimos porque conviene que dejemos en claro cada paso antes de dar el paso siguiente. ¿Es o no es verdad que tras lo que te he expuesto estoy imposibilitada de actuar? ¿Sí o no?

—Es que lo de *imposibilitada*... —esta vez subrayó Carmen.

—¿Sí o no? —la conminó Mariana.

—Muy bien, sí, vale, reconozco que no puedes ocuparte del caso; e incluso aunque pudieras, si lo tomas tú parecería un capricho... o una venganza, incluso, contra Rafael.

Mariana se la quedó mirando con perplejidad.

—No, no me hagas caso, era un ejemplo —corrigió apresuradamente Carmen—, uno de esos ejemplos exagerados que se ponen para ser muy evidentes, perdona, que te encuentro más suspicaz que nunca.

—Digo yo que no es para menos —apostilló Mariana con cierta severidad.

—A ver —dijo Carmen—, si nos vamos a poner así de serias, mejor lo hablamos otro día, ¿te parece?, porque es que me siento un poco violenta.

—Pues yo, otro poco, así que a ver si poco a poco nos relajamos —dijo Mariana, mostrando una conveniente media sonrisa conciliadora. Carmen se la devolvió.

—Yo te voy a ser sincera, Mariana. Es verdad que la relación de mi sobrina con Rafael me puso enferma de los nervios, porque es verdad. Pero, como tú has dicho, yo trabajo en un Juzgado y sé lo que es mantener la

serenidad en los momentos difíciles, la serenidad y el equilibrio. Así que poco a poco he ido considerando el asunto de la muerte del viejo Castro y hasta he intentado convencerme de que Rafael no tuvo nada que ver con ella, que a lo sumo se descuidó y nada más. Pero hay algo que tampoco puedo olvidar y es el sexto sentido. Mariana: yo creo que en aquella casa sucedió algo terrible y que Rafael tiene que ver con ello, no porque salga o deje de salir con mi sobrina o porque la vaya a hacer feliz o desgraciada sino por él mismo, porque es un criminal nato.

—No hay criminales natos —especificó Mariana irritada.

—Tú sabes que hay gente desgraciadamente marcada y predispuesta por razones desde biológicas hasta educativas.

—Y aunque lo sea —continuó Mariana—. No será por esta historia. No es el caso de Rafael, no está afectado por ellas.

—Bueno, pues es un criminal que se ha hecho a sí mismo, me da igual. A mí el instinto me funciona y tú lo sabes y en esta ocasión te juro que sé separar perfectamente odio e instinto. Lo que pasa es que tienes que confiar o no confiar en mi instinto.

—Por poder, puedo confiar, pero lo que no se puede hacer es reabrir una instrucción con tu solo instinto como indicio —hizo un gesto de cansancio—. Lo que sabes muy bien.

—Vamos a reproducir la escena. ¿Vale? —Carmen se reacomodó en el sofá, siempre erguida y ahora, además, excitada—. Amanece, el viejo va a la cocina, hace frío, el sobrino baja tras él, le ofrece leche caliente, café, lo que sea, lo prepara y mientras habla cierra el quemador, que apaga el fuego, y vuelve a abrirlos todos. El viejo no tiene olfato, para escuchar el ruido del gas tienes que estar muy encima y ya se ocupa él de alejarle, pongamos que se lo lleva a la mesa de la cocina y allí empieza a preparar unas rebanadas de pan o lo que sea; comprueba que la ventana alta, a la que al viejo le costará llegar, está cerrada aunque tampoco es necesaria la precaución porque el viejo no olerá el gas hasta que se le meta en los pulmones. Cuando la cosa se empieza a poner peligrosa, deja al viejo ocupado en mojar las rebanadas en la leche, sale y cierra la puerta por fuera, por si acaso. Se aleja y espera. No necesita esperar mucho si ha medido bien el tiempo. De repente oye un golpe: el viejo

se ha desplomado. Aún tiene que esperar, asegurarse. Por fin el olor llega con fuerza hasta él. Entonces le pega una patada a la puerta para que parezca que estaba cerrada por dentro, se tapa la nariz, cierra los quemadores, abre el ventano, deja la llave de la puerta sobre la mesa, echa a correr y escapa al patio. La casa se airea, sale al exterior, a la calle de atrás, se encuentra con el vecino, que le viene que ni pintado, y monta el paripé. Ya está. Antes se habrá asegurado, eso sí, de que el viejo no respira. Punto final.

Mariana suspiró, echó hacia atrás la cabeza hasta descansar en el respaldo del butacón, volvió a alzarla, se movió hacia delante, juntó las manos en el mentón y, por fin, haciendo un gesto de ánimo hacia sí misma, dijo:

—Me toca a mí. Aparte de que no pasa de ser una suposición, bien armada, pero suposición que ya te rebatí, encuentro algunas debilidades en tu argumentación. Es difícil de creer que Rafael Castro haya aguantado medio respirando gas hasta que no pudiera soportarlo más y escapase de la habitación echando la llave. Es más, este movimiento tuvo que alertar al viejo, que carecía de olfato, pero no de oído. Es también dudoso que pudiera calcular con suficiente exactitud el momento de la muerte para volver a entrar y, si erraba, corría el riesgo de que, a poco que se ventilara la habitación por la puerta, el viejo pudiera aún recuperarse, por lo que tuvo que estar mucho más tiempo aguardando, asegurándose; pero en ese caso, el gas estaría escapando por las juntas de la puerta, que no era estanca; en cambio, que el viejo dejara el gas abierto, accidental o intencionadamente, tiene más sentido porque, en efecto, para cuando llegara el olor al dormitorio de Rafael debería estar bien muerto. Yo creo que Rafael abrió primero la ventana de su dormitorio, que es lo inmediato, y luego las ventanas que pudiera antes de llegar abajo, para buscar ventilación urgente. Y abajo debía haber una masa de gas tal que tuvo que ir a la puerta del patio, y a la de la calle para hacer corriente, antes que a la cocina misma, por pura razón de supervivencia. De hecho presentaba leves síntomas de intoxicación. Y luego tiró la puerta.

—¿Y la llave sobre la mesa?

—Precisamente: si estaba sobre la mesa cabe pensar en un suicidio y si sólo estaba cerrada por dentro, caería al suelo al romperse la puerta y es muy

posible que el propio Rafael la dejara sobre la mesa más tarde, al recogerla del suelo. Podría preguntárselo, aunque creo recordar que en el sumario declara que no recuerda.

—Vaya un testimonio fiable.

—Para mí como Juez, sería una declaración y punto.

—Pero estaba cerrada por dentro.

—Consideremos el suicidio. Hay otra respuesta. ¿Recuerdas que en la cocina se encontró mucho dinero en un escondite? Yo estoy segura de que el viejo se cerraba de vez en cuando para contar su dinero, como uno de esos avaros de película. Y sospecho que el Juez tomó esta hipótesis por buena a la hora de considerarlo accidente y, en fin, que se curó en salud sobreseyendo provisionalmente la causa por si surgían nuevos indicios.

—¿Y los sobrinos?

—El sobrino. Sólo uno, creo, pero puedo comprobarlo. Éste quizá estaba tras la hipótesis del asesinato, como tú, aunque él tenía un interés más material. Quizá por eso lo acabó ahuyentando Rafael. Si fue así, no te diré que me parece bien. Y ésa es la historia, Carmen, volvemos a donde siempre. Te juro que no estoy por Rafael, es que quiero que comprendas que no hay ni sombra de indicio. Y, sobre todo, no quiero que te vuelvas loca dándole vueltas a esto, créeme. Deja el problema donde está: en el hecho de que no te gusta un pelo como marido de tu sobrina. Yo, personalmente, creo que se trata de una aventura en la que ella se ha involucrado más allá de lo que pretende Rafael.

—Entonces reconoce que es un sinvergüenza.

—No te diría yo que no. Lo que pasa es que esta clase de sinvergüenzas suelen ser muy atractivos —levantó la mano para adelantarse a Carmen—. No me digas lo que estás pensando, por favor.

—Sí que lo estaba pensando —dijo Carmen y se echó a reír.

Rieron las dos y por un momento el espacio que compartían se inclinó amablemente sobre ellas.

—Te voy a contar algo muy personal —empezó a decir Mariana— y te ruego que no salga de aquí. Es sobre Rafael y quizá le sirva de algo a tu loca intuición. ¿Recuerdas aquella carta que encontraste en el desván de su antigua

casa? —Carmen asintió y se inclinó hacia delante, al acecho—. Era una carta rara, ¿verdad? Quiero decir que lo raro era la existencia de esa carta en la que él se hace eco de las protestas de recelo de su tío y donde a su vez hace toda clase de protestas de honestidad y desinterés. Le cuenta, como suele decirse, a calzón quitado que no debe temer otro interés de su parte que el deseo de regresar y la necesidad de sentirse unido a la familia, que sólo es el tío, y al mundo que fue de sus padres y del que se siente tan lejos y tan necesitado de reencontrar a la vez. Es, parece, una carta humilde y servicial y un «póngame a prueba». Te confieso que no me casa con el carácter del Rafael que yo conozco, por lo que debería deducir que es un cínico y eso sí que me casa. Casi todos los seductores son gente interesada y su capacidad de fingimiento es tan alta como su capacidad de seducción, como si lo uno fuera unido a lo otro. Pero, además, hay otra cosa que me llama mucho la atención: no había más cartas que ésta en los sobres que encontraste y eso me hizo pensar; me hizo pensar tanto que le pregunté, muy discretamente, creo, acerca de las relaciones con su tío y, a caballo de esas preguntas, sobre la correspondencia entre ambos. Creo que pregunté con discreción, pero él lo cazó al vuelo. Me contestó que a la muerte del viejo se había deshecho de toda la papelería inútil y sólo conservaba la que tenía alguna relación con la casa, la familia, la herencia... en fin, documentos históricos, por así decirlo. Naturalmente, yo no le di a entender que conocía la existencia de la carta que encontraste. Lo primero que pensé es que había mucha papelería inútil en esos sobres, lo cual se contradecía con su afirmación; lo segundo de lo que me di cuenta es que él ponía demasiado interés en averiguar la verdadera causa de mi pregunta. Lo extraño no era su insistencia, muy discreta por su parte, sino que tuve la perturbadora sensación de que él, en realidad, lo que quería saber es si yo había visto el contenido de los sobres.

—¿Quería saber si conocías la carta?

—No te lo puedo asegurar, pero eso es lo que pensé. Sobre todo porque no había nada más, según me has contado.

—Entonces en esa carta hay algo más de lo que hemos leído.

—Podría ser, pero no alcanzo a saber qué. Verás: ese tipo de sensaciones se corresponden con algo, indudablemente. Si ese algo es real o producto de

nuestra fantasía ya no lo puedo deslindar porque nuestros pensamientos no siempre se cruzan como es debido.

—Pero la carta, Mar, no daba más de sí.

—En efecto —Mariana se quedó pensando un momento, luego dijo—: ¿Se la has devuelto a ese tal Tomás Pardos?

—No. Le hice una especie de vale, por si se lo reclamaban.

—Me gustaría verla —declaró Mariana—. Ya sé lo que dice, es sólo pura curiosidad.

—Claro. Mañana mismo te la paso. O te la mando.

Mariana volvió a quedar en silencio. Carmen aguardó prudentemente antes de volver a hablar.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? —dijo al fin.

—Por supuesto.

—¿Sigues viendo a Rafael?

—Hoy no. Pero sí —contestó Mariana, después de otro silencio.

—Y... —Carmen dudó; Mariana la alentó con una mirada significativa— ¿lo vas a seguir viendo?

—Quién sabe —murmuró Mariana—. Nunca acabamos de saber por qué hacemos las cosas en estos asuntos en los que no es la cabeza la que manda. Hay algo que se está interponiendo entre todos nosotros. Es como la neblina que en cuestión de minutos se apodera de una arroyada y nos deja desorientados donde poco antes estábamos disfrutando de un espacio reconocible, querido y seguro. Me recuerda el día en que nos perdimos tú y yo en esa depresión donde está el bosquecillo de tuyas que hay cerca de San Pedro, justamente a causa de una niebla que se nos echó encima sin darnos cuenta. Lo conocíamos bien y de repente el buen rato se convirtió en incertidumbre y no dábamos crédito al hecho de que no sabíamos por dónde echar a andar. Momentos antes sabíamos dónde estábamos y, de pronto, no. Era un espacio reducido, lo teníamos conocido, así que tiráramos por donde tiráramos pronto íbamos a salir a terreno familiar y, sin embargo, echamos a andar con tal ataque de desasosiego que pensamos si algún encantamiento no nos habría sacado de nuestra vida y metido en otra como en los cuentos de hadas, sólo que no nos empujaba la magia sino el miedo a lo que no tenía

nada que ver con nosotros, ¿te acuerdas?

Carmen asintió.

—Así estoy yo —continuó Mariana— tras la última vez. De pronto, lo que era claro, sin más, se enturbió. No sé decirte por qué. ¿Qué importancia tienen la carta o los papeles? Ninguna. Entonces, ¿por qué de pronto esta turbiedad? Si lo supiera no te contaría esto. Me alegro de poder contárselo a alguien. Una culebra ha cruzado por delante de mí y el paisaje ha cambiado de color; no ha podido ser la culebra, así que han tenido que ser mis sentimientos al percibir su paso; pero no sé qué significa la culebra.

Carmen la miró con curiosidad; luego dijo:

—Eso es algo personal.

—Sí —dijo Mariana. Por unos momentos se quedó en silencio, abstraída, y Carmen se unió a su estado de ánimo. La luz empezaba a caer al otro lado de las ventanas y la ciudad parecía inerte. Ninguna de las dos hablaba, sumidas en sus meditaciones. Al cabo del rato, Mariana se levantó y empezó a devolver las tazas vacías a la bandeja en la que las había traído. Carmen se levantó a su vez y paseó por el salón sin decidirse a seguirla. Cuando reapareció, ambas se miraron sin saber qué hacer, pero deseando hacer algo que las sacara del estado de estancamiento en que se encontraban.

—Lo que pasa, Carmen, es que, en ocasiones, lo que nos sucede no es que no sepamos qué hacer sino que no hacemos lo que sabemos que debemos hacer —miró a su amiga y sonrió tristemente—. Ésa es la jodida verdad —dijo a modo de conclusión.

Se produjo un silencio.

—Siempre podemos hacernos un té —dijo Carmen.

Mariana la miró sorprendida y, de repente, se echó a reír. Carmen la siguió y las dos rieron y rieron hasta que se les saltaron las lágrimas, pero eran lágrimas muy distintas. Así continuaron hasta que la risa y las lágrimas se mezclaron y ambas se dejaron caer en el sofá, fundidas en un abrazo entrañable. Luego la crisis empezó a ceder y poco a poco se fueron relajando. Al final, volvieron a mirarse, cada una recostada en un extremo del sofá. A través de su respiración y con la ausencia consentida de las palabras, el espacio se volvía cálido y reconfortante después de todo.

—Hoy no estás en tu mejor día —comentó Carmen, finalmente.

Carmen había tomado a Teodoro como ayudante de investigación, lo que éste aceptaba con paciencia y a conveniencia. Carmen llevaba tantos días enfrascada en la persecución de Rafael Castro que no adivinó las intenciones de Teodoro hasta que él mismo consiguió, con tenacidad sólo comparable a su timidez, hacerse un hueco entre las prioridades de ella.

Entonces recibió, como primer reconocimiento, no una respuesta propiamente dicha sino un permanente estado de asombro en el gesto de Carmen cada vez que le miraba a él. De esta manera, sus encuentros eran cómicos y recelosos porque si Carmen le observaba como si lo estuviera examinando para asegurarse de que se trataba de la misma persona, Teodoro la observaba a su vez con la expectación pintada en rostro, parecido a cuando era chico y miraba al maestro sin saber a ciencia cierta si sería castigado o premiado por su última ocurrencia.

Como Teodoro llevaba sus gestiones —buena parte de ellas pertenecientes a su actividad principal de corredor de seguros a comisión— a lo largo y ancho de la provincia, tenía gran facilidad de contactos y Carmen le pidió en su momento que se fuera informando por aquí y por allá de cuanto se supiera acerca del viejo Castro. No buscaba nada concreto sino simplemente reunir información acerca de aquella extraña y breve familia. Y Teodoro había ido reuniendo el material encargado.

Cuando los hermanos Castro, el viejo y el padre de Rafael, se separaron fue por causa de la mujer. La historia era digna de un melodrama de época: dos hombres, hermanos, enamorados de la misma mujer. El viejo era el mayor y, por decisión de sus padres, debía ser el heredero más favorecido por lo poco que poseían, de modo que la casa en la que vivían en Villamayor —la

que ahora habitaba Tomás Pardos— cayó de su lado; los dos hermanos siguieron viviendo en ella, pero, al meterse por medio entre los dos la mujer, la situación se hizo tan insoportable que el padre de Rafael raptó a la mujer, cogió el escaso dinero que pudo encontrar en la casa y huyó de Villamayor. Poco tiempo después —la mujer tenía parientes en el norte de Francia— cruzaron la frontera y se dirigieron allá. Ella viajaba ya embarazada de Rafael. El viejo no perdonó jamás y el otro jamás volvió a saber de él. Después del accidente, Rafael quedó huérfano y esto lo supo el viejo porque los parientes de la mujer se lo comunicaron, pero él se dio por enterado tan sólo para hacerles saber que, a todos los efectos, para él su sobrino estaba tan muerto como sus padres.

La misión de Teodoro era la de encargarse de averiguar cómo y cuándo comenzaron a cambiar las tornas al extremo de establecer una conexión entre tío y sobrino que acabara dando con este último en Villamayor y convertido en heredero universal. Carmen estaba además verdaderamente intrigada por explicarse qué había convertido a aquel niño que viajaba en el vientre de su madre en aquella encarnación del Mal que ella había puesto al descubierto. ¿Sería acaso aquel lugar de Francia tierra de brujas y demonios? Al parecer era uno de esos lugares cercanos a los Países Bajos donde el cielo de color gris sucio se pega a la tierra durante la mayor parte del año y la luz es tan triste que aflige vivir con ella. Allí estuvo el chico acogido por los parientes de su madre hasta que pudo ganarse la vida. En este punto, nadie había conseguido sacar información a Rafael. Quienes le conocían lo consideraban natural, pues debieron ser años muy duros, pero nadie podía decir a ciencia cierta si ganó dinero y lo dilapidó o si llevó una existencia miserable. El caso es que apenas le quedaban unos francos cuando regresó a España a la casa de su tío. Pero ¿qué fue lo que hizo que su tío aceptara tomar contacto con él y, poco a poco, pero en breve tiempo en comparación con lo que había sido la larga etapa de ignorancia, aceptarlo hasta el punto de recogerlo y, aún más asombroso en un viejo avaro como él, dejarle abierta la puerta de la herencia?

—Porque se sintió viejo y solo —dijo Teodoro con voz decidida.

—Más cerca estaban aquellos sobrinos tan raros —protestó Carmen.

—A veces lo que está más cerca es lo que se halla más lejos —dijo

sentenciosamente Teodoro—. Esos dos lo rondaban, pero el viejo se reía de ellos. A Rafael lo quería; a su modo, pero lo quería; a los otros los despreciaba. Por eso anularía el testamento, digo yo.

—¿Por esos sobrinos?

—Claro: a él lo pinchaban siempre a cuenta de su avaricia y le decían que para qué echaba tanto tiempo en atesorar si en menos tiempo lo gastarían los herederos. «Ésos sí que se van a divertir todo lo que no te has divertido tú», le decían. Y sabes cómo les contestaba él, ¿verdad?

—Sí, lo sé; pero, dime, ¿tú crees que por eso anuló el testamento?

—¿Para echarlos fuera de la herencia? Y para poder hacerlo, le hacía falta un heredero y apareció uno mejor. Pero no volvió a testar; por lo que fuera, por desidia... Además, era el hijo de la mujer que había amado, ¿no? Y la mujer viajaba embarazada... —Teodoro dejó el aire la última frase.

—¡No me digas! —saltó Carmen al darse cuenta de la dimensión de la insinuación que estaba implícita en la frase de Teodoro—. ¡No me digas! —repitió con todo énfasis.

—Yo no afirmo nada. Nada de nada —reculó Teodoro al ver la explosión de entusiasmo de Carmen.

—Cierto —caviló Carmen—, muy cierto. O sea que, a lo mejor, el primer contacto que hizo Rafael fue en realidad... una providencia para el viejo. Quizá, incluso, la confirmación de una sospecha. Al fin y al cabo —siguió deduciendo por su cuenta—, entre dos que desprecias y uno que desconoces pero que quizá... no es nada extraño que se interesara por Rafael, que, a fin de cuentas, es el que está más limpio a tus ojos. Aunque, claro, genio y figura... era receloso como buen avaro y esperó. Esperó a ver.

—Puede —dijo Teodoro, lacónico.

—Pero, Teo, me falta algo para que todo esto encaje.

—A ver —dijo Teodoro.

—¿Cómo se acercó Rafael al viejo? Se le acercó sin provocar rechazo, ¿no? Y después de toda la historia que hay detrás... porque si eso no es un drama de película venga Dios y lo vea.

Teodoro no solía hablar de sus relaciones con nadie, quizá por un puntilloso efecto contrario al común ejercicio de la habladuría que con el

mismo disimulo que fruición ejercitaban sus vecinos. Acaso por esa razón no conseguía Carmen extraerle información más que con cuentagotas, lo cual la sacaba de quicio. En este aspecto de la vida, Teodoro y Carmen no podían ser más disímiles pues, estando ambos de acuerdo en el punto de partida, esto es, el rechazo a la maledicencia, que es en lo que acaba dando siempre la habladuría, cada uno lo asumía de modo opuesto: con una enfermiza reserva Teodoro y con una franqueza agresiva Carmen; eso los convertía en personas socialmente inútiles para el ejercicio de la vida cotidiana del lugar y en la misma razón se fundamentaba de inicio su mutuo reconocimiento.

Esta vez, sin embargo, Teodoro decidió mostrarse locuaz y le explicó detenidamente a Carmen que la relación entre tío y sobrino comenzó a través de una carta que el segundo dirigió al primero. Un golpe de suerte, o de intuición, o de desesperación que dio en el blanco. Teodoro sólo conocía los términos generales de esta carta y de las siguientes por conversaciones ocasionales con Rafael durante el tiempo en que fueron amigos; en resumen, venía a decir en la carta que nunca se habían conocido porque a la separación de los hermanos él no tenía existencia física y mucho menos voluntad, que eso era asunto entre su padre y el tío, que él había trabajado mucho sin excesiva fortuna y que se ofrecía a trabajar para el tío aunque sólo fuera a cambio de casa y comida pues su orfandad era absoluta, tanto de familia como de patria. Le anunciaba que estaba soltero y que nunca se había casado y que, ya dispuesto a hacerlo a causa de la edad, no concebía otra posibilidad que la que le proporcionara, con ayuda de Dios, su tierra natal.

—Valiente caradura —comentó Carmen con desprecio—, aunque, al menos, admite que quiere casarse.

Por alguna razón que a ambos se les escapaba, aunque Teodoro seguía pensando que el viejo, que estaba tan solo como su sobrino, se sintió conmovido, siguieron carteándose, siempre a iniciativa de Rafael; éste, poco a poco, fue viendo claro que su vuelta era factible, que las respuestas lacónicas de su tío eran suficientemente indicativas, que el interés inicial no sólo no decaía sino que se acrecentaba. La carta que halló Carmen en casa de Tomás Pardos y que se apresuró a mostrar a Teodoro entonces, debía ser de las finales, según él, porque contenía las protestas de virtuosismo y desinterés

de Rafael ante las últimas reservas expresadas por su tío ante el que ya se presumía, a tenor de cómo se habían desenvuelto los acontecimientos, inminente regreso del sobrino desconocido. Y así llegó Rafael, no tan con las manos en los bolsillos, pero tampoco mucho más que un buen puñado de billetes y una maleta de ropa. Teodoro sabía que Rafael guardaba las cartas de su tío y también, según el otro le dijo, las que él le dirigió desde Francia aunque, naturalmente, nunca llegó a verlas, pues no había razón alguna para ello.

—Pero no puedes decir que hayan desaparecido —comentó Teodoro—. Casi con toda seguridad que las tiene él en alguna parte. La que tú viste se le pasaría por alto.

—Por cierto, que tendría que devolvérsela a Tomás porque me dijo que Rafael había preguntado por los dos sobres que le dejó a guardar.

—Pues ya va siendo hora —dijo Teodoro.

—Es verdad —contestó ella—. Total, no nos servían de nada todas esas porquerías y la carta... pues tiene razón Mariana, carece de valor probatorio de nada, mal que me pese. Yo sigo creyendo que él lo mató ¿y tú?

—¿Por qué se habrá acordado de repente de los sobres?, me pregunto yo; también es casualidad... —dijo Teodoro intrigado.

—¿Ahora vas a empezar tú a sacarle punta a todo? A buenas horas, mangas verdes. ¿Tú crees que lo mató sí o no?

—Yo no sé qué decirte, me parece muy duro decir algo así de alguien y quedarse tan campante. Al fin y al cabo, que sea un fresco y un poco fantasma no es para cargarle el muerto.

—¿Un poco, dices? ¿Semejante chuloputas?

—Vaya, no te pases.

—No me paso, Teo, todo lo contrario: estoy precisando. Es cosa de mi formación jurídica, ¿sabes?, no puedo evitarlo, el amor a la precisión de las palabras. Pregúntale a Mariana: en un Juzgado no puede una andarse con ambigüedades.

—Mira que eres mala cuando te pones.

—Como un demonio —respondió ella con la cara encendida.

Y de repente, pero con la seguridad de que llegaba lo que tenía que llegar,

se encontró abrazada a Teo y besándole apasionadamente.

Mariana paseaba por el salón a oscuras, iluminado tan sólo por la luz que provenía de la calle. Estaba inquieta porque desde la última conversación con Carmen algo había cambiado en sus sensaciones aunque no sabía qué. Hay veces en que la incomodidad del cuerpo no pertenece a una causa concreta, o ni siquiera vagarosa, pero se instala dentro y comienza a desarrollarse como un platelminto en los intestinos y desde ahí empieza a emanar sensaciones de angustia que te encogen el estómago. Esa incomodidad, real aunque no demasiado acentuada, la tenía en pie dando vueltas al salón y sin ganas de hacer otra cosa que la distrajera. Una de las mejores soluciones para este estado de ánimo era dormir, pero el sueño estaba lejos todavía. Lo que sí sabía era que su desazón tenía que ver con Rafael Castro. De pronto, le percibía de otro modo sin razón aparente. Ese otro modo le generaba inseguridad e inquietud y no hubiera sido así de saber ella por qué, pero no lo sabía. La situación le recordaba a esa clase de amenazas cuya presencia se siente pero en las que al portador de la amenaza, al ejecutor, no se lo ve, lo cual es como enfrentarse a un fantasma que, para colmo, en este caso ronda por dentro. Hubiera sido lógico que telefonara a Rafael, se citasen y, con toda probabilidad, el encuentro relajara la situación. Ambos sabían perfectamente cómo relajar cualquier conflicto. Sin embargo, una extraña convicción la impelía a no hacerlo. Una convicción o un estado de alerta, no sabría definirlo bien; en todo caso ya era tarde. Volvió a recordar el día en que le estuvo preguntando por las cartas a su tío; se había citado con él expresamente para hablar de ellas aunque sólo le preguntó, no le manifestó su extrañeza. Él debería haber advertido algo porque no tenía un pelo de tonto y, aunque ella trajera el asunto a la conversación con habilidad, su interés por el

motivo estaba tan fuera de lo que era el clima habitual entre ambos que forzosamente se tuvo que notar su intención. Rafael apenas se molestó en explicarle que las había destruido, pues para qué servían, y luego mencionó que aún quedaban dos sobres llenos de papeles de la antigua casa en poder de Tomás Pardos y que tendría que ir a pedírselos por si había algo de valor aunque lo dudaba. ¿Y por qué le interesaban las cartas?, preguntó. Mariana le contestó que sentía curiosidad por indagar en su pasado, por conocerle mejor, por saber cómo se expresaba cuando era un sobrino alejado y maltratado por la vida y Rafael estuvo riendo un buen rato aunque observándola con curiosidad.

Desde entonces, y esto se lo había contado a Carmen posiblemente por su propia inseguridad, empezó a sentir esta inquietud que la tenía en pie sin saber qué hacer ni en qué refugiarse. Por más vueltas que le daba no encontraba una razón clara para el desasosiego, pero ahí estaba, lleno de sombras. La misma oscuridad del salón formaba parte del cuadro hasta que, con un movimiento de hartazgo, encendió las luces. De inmediato volvió a apagarlas. Cuando pasó al baño por no saber adónde ir, se vio reflejada en el espejo y se preguntó mentalmente: ¿Qué pasa? ¿Qué error has cometido? Porque reconocía en la forma el origen del desasosiego; no la razón, evidentemente, sino el origen. Siempre que la oscura conciencia de haber cometido un error, de haber dado un paso en falso, la acometía, era de la misma manera, como ahora. Pero se sentía incapaz de reconocerlo, eso era lo peor de todo. Al final decidió irse a la cama y dormir con la ayuda de un valium. No podía permitirse el insomnio. Entonces, y a cuenta de esta última reflexión, se percató de que hacía días que no abría *Tess of the d'Ubervilles*.

—Lo que yo te diga, que sí que es un crimen, aunque sea perfecto — afirmó Carmen.

—Te he dicho muchas veces que eso no existe, los que hayan quedado impunes lo son por el azar, no por la perfección. La perfección es imposible en un crimen meditado y preparado.

—Ah, quieres decir que éste lo es.

—No. Lo que yo digo es que éste no lo es.

—Pero has dudado.

—No. Lo que sucede es que ya me he creado un clima de inseguridad del que estoy convencida de que has sido tú la inductora por la paliza que me has estado dando con el dichoso crimen.

—¿Lo ves?

—No sé qué decirte. He hablado con Rafael y le he preguntado por las cartas, ya sabes. Dijo que las rompió todas cuando vendió la casa, lo mismo que vendió lo que había dentro. Por las cartas, evidentemente, no le iban a dar nada y él no las necesitaba.

—¿Le dijiste que queda una?

—No.

—¿Por qué?

—Porque hay algo que ya no me gusta en todo esto y, sin embargo, sigue sin haber el menor indicio de que las cosas no fueran como dice el sumario. Quizá es que me ronda más ahora la idea del suicidio y eso me desasosiega porque esconde algo, no un crimen sino un desastre patético. No es plato de gusto para nadie quitarse la vida. Estaría deprimido o... no sé... Algo, la presencia de Rafael, un hombre joven frente a un viejo que de repente se da

cuenta cabal de su decrepitud... ahí está el drama humano, incluso en el alma de un avaro. No —se desdijo—, esto es pura literatura.

—Bueno, algo hemos avanzado.

—No, no hemos avanzado. Tú me has creado un clima de misterio que me tiene preocupada. A eso se le llama lavar el cerebro, ¿sabes?

—Y dime: ¿a él no le extrañaron tus preguntas?

—Yo creo que sí.

—¿Y qué hizo?

—Pues preguntarme él a mí.

—Mar: tú tienes algo más que me ocultas.

—No, nada, salvo que me extrañó que se quedara tan campante. Él sabía que, en el fondo, quien le preguntaba era también la Juez, es un tipo realmente extraordinario, y no se alteró lo más mínimo, no mostró preocupación alguna. Qué quieres que te diga: eso me causa extrañeza. No es normal reaccionar así. Tendría que importarle, ¿no te parece? Hay más extrañezas: la carta sola, por ejemplo. O el gas: ¿tanto había en la casa que saltó de la cama a la cocina contra su costumbre? Oh, Carmen, estoy muy confundida.

—Ése sí es un indicio, Mar: Él *sabía* y esa mañana no fumó hasta... hasta que acabó todo, supongo.

—Es una hipótesis, pero tan traída por los pelos, tan débil. En fin, extrañezas e hipótesis de ficción: a eso nos conducen tus obsesiones.

—Pequeños detalles componen un cuadro —insistió Carmen.

—Un cuadro tal de perfidia que requiere una sangre fría inhumana, ¿no crees? —levantó un dedo ante ella—. ¡Y no me vuelvas a decir lo del Mal porque ya he visto demasiadas cosas en la vida como para que eso me impresione!

—Lo cual me reafirma en su culpabilidad. Sólo una persona culpable puede reaccionar con esa sangre fría.

—Carmen, no hagas frases, por favor, que esto no es una telenovela.

—Si hubiera una pista, una sola pista...

—A mí me cuesta tanto creer lo que dices... Y, te lo confieso, me disgusta tanto... Yo creo que ésta es la última vez que hablamos de lo mismo.

Estoy harta, Carmen, estoy harta. Es una fantasía, Carmen, no te empeñes. Yo también podría sospechar de ti en el sentido de que has alcanzado un grado de obsesión enfermiza que está a punto de requerir atención médica y que no se explica sólo por el cuidado de tu sobrina; y, sin embargo, no te lo he dicho.

—Acabas de decírmelo, gracias.

Mariana, Sonsoles y su amiga María Linaje charlaban tranquilamente sentadas ante un té en una pastelería al fondo de la cual había varias mesas con servicio de cafetería. Mariana solía entenderse bien con Sonsoles Abós, pero sus amigas la aburrían soberanamente. La de ellas dos era una de esas extrañas amistades arraigadas en plena adolescencia que, aunque los vientos las inclinaran en direcciones opuestas, siempre mantenían el pie común. María Linaje, que era una extravagante de provincias, como la definió Sonsoles cuando se citaron por teléfono, estaba empeñada en una conversación sobre clases sociales o, mejor dicho, social, porque no se refería a otra que a la suya misma salvo para compararla ventajosamente con cualquier otra forma de vida sobre el planeta Tierra. Lo mismo que en la cena que dio Sonsoles y en la que Mariana conoció a Rafael Castro.

No era tanto la defensa, observó Mariana, como la seguridad. En realidad ni siquiera establecía comparaciones, por el contrario, lo que le llamaba la atención era la seguridad que manifestaba de pertenecer al mejor de los mundos. Aceptaba la existencia de otros mundos poblados por otra gente, en efecto, entre otras cosas porque no todos podían ser iguales, pero con la condescendencia propia del superior satisfecho. Y lo que más admiraba a Mariana era que no necesitaba formular sus convicciones sino que éstas se desprendían de ella como el titilar de la luz en una araña de cristal. Evidentemente —se decía Mariana— esta mujer nunca ha pisado fuera de una alfombra.

Sonsoles, por fortuna, no vivía en una burbuja. El run-run de la charla de su amiga le traía a la imaginación aquellas historias infantiles en las que una ciudad se encuentra protegida bajo una gigantesca cúpula de cristal. Incluso

en los relatos infantiles los niños se hacían cargo de que la situación paradisíaca de la ciudad bajo la cúpula sólo adquiriría dimensión e interés y tenía sentido bajo la existencia de una amenaza que, naturalmente, era una amenaza exterior. Cuando el relato infantil finalizaba, la satisfacción la producía el hecho de haber conseguido salvar, tras variadas, emocionantes y peligrosas aventuras, el territorio de la ciudad misma, donde ellos se encontraban a salvo. Por el contrario, la cháchara un tanto amanerada de la amiga de Sonsoles mostraba un mundo entregado a una satisfacción tan plana que la emoción y la aventura nunca tendrían lugar en él.

Y, sin embargo, pensaba Mariana, hay ocasiones en la vida en que el horror se cierne de manera tan absoluta sobre una sociedad entera que hasta el mundo más privilegiado se hace añicos y entonces ¿qué horror inconmensurable no invadirá sus almas y sus corazones vaciándoles hasta de la última gota de sangre feliz e ignorante? La sola idea del desvalimiento y el despojo a que se verían sometidas la hacía estremecerse de compasión. Era una compasión que iba más allá de esa clase de gente, que la superaba y se dirigía a la esencia de lo humano, de la que participan tanto los ricos como los pobres. El menesteroso está acostumbrado al duro suelo, pero el pudiente cae desde más alto. Al fin y al cabo, estaba a punto de decir Mariana, sólo la muerte es igualitaria. El mundo, como el dolor, era infinitamente complejo y las ventajas materiales, nada despreciables, concedían beneficios injustos y superficiales; pero la Justicia era cosa de los seres humanos, no de la vida.

—Por eso —estaba diciendo María Linaje, al hilo de cuyas palabras pensaba Mariana— un verdadero señor lo es desde la cuna y papá, no me dirás tú que no, Sonsoles, que le conoces bien, lo es de pies a cabeza.

Sonsoles asintió.

—Pero la educación... —empezó a decir Mariana.

—La educación, también desde la cuna, naturalmente —dijo María.

—Me parece que Mariana se refiere a otra cosa —intervino Sonsoles—. Yo conozco personas que tienen un gran mérito habiendo salido de situaciones familiares no apropiadas que, con tesón, han llegado a tener puestos de relevancia social.

—Yo misma —dijo Mariana imprudentemente— provengo de una clase

media, quizá algo alta, con un padre de carrera universitaria...

La amiga sonrió con condescendencia.

—Desde luego, yo lo encuentro meritísimo... —dijo después. Mariana comprendió que acababa de bajar unos cuantos puntos en su estimación e incluso que el hecho de ser Juez no pasaba de ser, para la otra, una *boutade* o una condición de marimacho. Acababa de recibir la confirmación de que ella, que tampoco lo deseaba, estaría por siempre excluida del club del mejor de los mundos. No le resultaba inesperado; simplemente le asombró la perfecta seguridad con que la otra la situaba fuera de un espacio donde no existía la duda. Y, de consuno, otra idea del mismo racimo se desprendió ante su mente y la dejó inmóvil en su silla, como herida por un golpe de estupor. Sonsoles no lo advirtió hasta que el sesgo de la conversación sacó a su amiga de cuadro; entonces, repentinamente alarmada, se inclinó hacia ella y le preguntó:

—¿Mariana? ¿Te ocurre algo?

Como si la pregunta fuera un ensalmo, Mariana despertó, miró alrededor con gesto angustiado, se llevó las manos a la cara y murmuró con voz trémula:

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío.

Su gesto era de absoluto espanto y desolación porque la luz que se había hecho en su cerebro caminaba por delante de la terrible sospecha que acababa de concebir.

Capítulo V

A primera hora de la mañana del día en que comenzaba a nevar sobre la cornisa cantábrica debido a una borrasca que entró arrolladoramente por el noroeste precedida de un viento frío que heló los huesos de la gente, la Juez Mariana de Marco mandó llamar al capitán López de la Brigada Especial de la Guardia Civil con la mayor urgencia. El capitán se personó en el Juzgado poco después del mediodía y durante un rato el despacho de la Juez estuvo cerrado a cal y canto y a resguardo de toda llamada o interrupción. Al cabo de ese tiempo, el capitán López partió con urgencia y la Juez continuó con las vistas del día, la última de las cuales hubo de posponer para evitar un atasco. Apenas unas horas después de partir el capitán López se sucedieron varias llamadas, entraron mensajes por el correo electrónico, hubo cierto movimiento de personas al final de la mañana y a primera hora de la tarde empezaron a llegar faxes con destino a la Juez de Marco, nada importante aún, puras comprobaciones y acuses de recibo. Después, la comunicación se paralizó y se produjo un tiempo de espera.

Al atardecer, el capitán López se personó de nuevo en el Juzgado donde la Juez de Marco, que sólo se había ausentado para almorzar en una cafetería cercana y regresado en seguida, le recibió en su despacho. La borrasca había deslucido el día y a aquellas horas la luz había desaparecido por completo, la sensación térmica era inferior a la temperatura real debido a que los vientos procedentes del Polo seguían soplando con intensidad y la nieve estaba empezando a cuajar en los tejados de las casas de Villamayor. No era corriente una nevada tan cerca del nivel del mar, sucedía muy de tarde en tarde y en tales ocasiones muchas zonas del interior de la provincia quedaban aisladas y bloqueadas y varios puertos de montaña de la red comarcal de

carreteras se cerraban al tráfico. Todos los servicios públicos se encontraban en estado de alerta y la radio y la televisión advertían a los conductores que se abstuvieran de viajar durante la noche. El capitán López estaba en contacto permanente con su unidad debido a la alerta, pero el carácter urgente y confidencial de la información solicitada por la Juez le decidió a personarse en el Juzgado. El Servicio de Investigación, le confirmó, trabajaba activamente.

—La primera información, en efecto, apunta en la misma dirección que señaló usted, pero nada más que apunta —estaba diciendo el capitán—. Es un asunto extraordinario, realmente.

—No hay motivo suficiente —dijo la Juez con gesto de fastidio— para arrestarlo.

—No —corroboró el capitán—. Ahí va a necesitar usted un poco de tiempo porque estas investigaciones, por aprisa que vayan, pueden tardar varios días. Yo no dudo que usted tenga razón, pero, en efecto, con lo que ahora posee no puede dictar una orden de arresto... y no debe hacerlo porque la confirmación puede tardar días o semanas.

—Por supuesto que no lo haré, desgraciadamente, pero temo que se nos escape entretanto —dijo la Juez—. El asunto es tan duro y revela tal frialdad y falta de escrúpulos que no puedo arriesgarme a dejarlo huir. Ahora la clave es mantener el secreto a cualquier precio. Nadie ha de saber una palabra de lo que está sucediendo. Todos los mensajes solicitados como confidenciales hay que ocuparse de que lo sean. Han de llegar a mi ordenador, que está bajo contraseña, y si vuelven a usar el fax ha de ser exclusivamente por el de mi despacho. Lo que quisiera saber es si pueden llegar a entrar por el fax general.

—No deberían —dijo el capitán—. Hemos dirigido la información hacia su fax. De todas formas, ordenaré recoger los que me entren a mí si me parecen confidenciales; le sugiero que usted haga lo mismo con su fax. No es imposible que, si encuentran el suyo ocupado, opten por enviarlos al Cuartel. En todo caso, voy a ocuparme personalmente de que se advierta allá que sólo pueden enviar la información requerida al número de fax de su despacho; como medida de precaución.

—Sí, bien. Conviene que no nos volvamos unos histéricos —hizo una pausa—. Qué historia, de todos modos.

—La verdad es que es increíble, sí. Increíble —dijo el capitán—. Aunque, dedicándonos a lo que nos dedicamos, no nos debería extrañar tanto. Ya hemos visto muchas cosas; usted no lo sé, porque su dedicación es reciente, pero yo llevo en el Cuerpo toda la vida, como quien dice; y lo que nos queda por ver todavía.

—Sí —aseveró compungida la Juez—, en materia de horrores nunca se llega a tocar fondo. Me pregunto si la maldad tiene un límite, alguno, por pequeño que sea.

—Eso habría que preguntárselo a Dios —dijo el capitán con cierto aire de fatalismo.

—No lo creo yo así —se apresuró a contestar la Juez—. Es decir: yo no creo en Dios ni en el Mal. Como tampoco creo en la Felicidad, si me apuran. Pero en cuanto a la maldad humana ése no es asunto para creer o no en él; es como un territorio desconocido, quizá la única aventura que nos queda en este mundo convertido en parque temático: descubrir los confines de la maldad humana para poder empezar por algún lado. O —agregó después de un silencio reflexivo— descubrir que no tiene límites.

—La veo a usted muy pesimista.

—Me gustaría no serlo, pero la vida te pone ante tales realidades que... Es verdad que llevo poco tiempo en la judicatura, pero le aseguro a usted que mi trabajo en un bufete de abogados penalistas me ha enfrentado a menudo con esa clase de cosas que o te curten o te retiran. Y empecé muy joven.

—Joven es ahora —dijo el capitán, galante.

Mariana sonrió agradecida. Miró por la ventana y vio la oscuridad atravesada por miles de minúsculos puntitos blancos.

—Parece Navidad —comentó.

—No falta tanto —dijo el capitán—. A mis hijos les gusta. Cómo son los niños, ¿verdad?

Mariana se quedó mirando al vacío.

El teléfono sonaba insistentemente y Mariana lo miraba sonar. Estaba tendida en el sofá de su casa en penumbra. Por la ventana entraba la luz eléctrica procedente de la calle. Las sombras se agitaban como movidas por una corriente de aire. Sabía quién estaba llamando, había colocado el teléfono en el suelo al alcance de la mano antes de cerrar el libro, servirse una copa y echarse en el sofá, pero ahora no tenía la menor intención de mover un dedo hacia el auricular; sin embargo, miraba al aparato sonar con una fijeza hipnótica. La semioscuridad del salón le parecía confortable porque la protegía de la verdad desnuda de sus pensamientos. La semioscuridad la arropaba y le impedía ver en detalle las formas de las cosas propias: el mobiliario, los cuadros, los libros, el dibujo de la alfombra; los percibía como una suerte de cuadro informalista resuelto en colores matados donde las líneas de luz despuntaban aquí y allá como trazos de albayalde y ese conjunto difuso, pero reconocible, obraba como un marco de referencia que la mantenía despierta. El mundo, el suyo también, estaba ahí suspendido, aplazado, dejando un hueco de tiempo como un paréntesis en mitad de una frase compleja. A la altura de su mano, en la mesa auxiliar, había un vaso ancho y bajo lleno hasta la mitad junto a una botella de whisky de la que sólo le faltaba el contenido del vaso. Por su mente vagaban las palabras finales de *Tess of the d'Uberilles*: «“Justice” was done, and the President of the Immortals (in Aeschylean phrase) had ended his sport with Tess. And the d'Uberville knights and dames slept on in their tombs unknowing»^{*}.

Alguna razón debía de haber para que la siguieran rondando, aunque no fuera más que su propia entonación, pues sonaban extrañamente acordes con sus sensaciones en estos momentos. Había apretado a leer en los últimos días,

tras haberla tenido casi abandonada y la terminó esa misma tarde al regresar a su piso cansada y vacía, pero cuando cayó la luz del atardecer prefirió seguir a oscuras, mirando desvanecerse la claridad por toda la casa. No quería sentir, no quería saber, no quería levantarse sino adormilarse o alcanzar un estado de beatitud que la mantuviera insensible, no quería pensar en los documentos que irían entrando por el fax en su despacho que, por precaución, había dejado cerrado con llave; y no se quería ella misma. Sólo le apetecía disolverse como quien se encierra en un fumadero de opio hasta la mañana siguiente, a la manera del gigante Ling en el local de Ah Hu en aquella novela por la que comenzó a leer en la adolescencia, gracias a la casualidad y a su hermano. Y a partir de la mañana siguiente, bien despierta, esperaba a que su intuición —intuición que en ella adquiría todos los visos de certeza con la misma seguridad que una sensación de angustia la atenazaba por dentro—, su intuición y las confirmaciones que esperaba empezasen a llegar. En ese momento, apenas pudiera actuar, lo haría sin vacilaciones. Mientras tanto, sólo trataba de hacer durar su inconsciencia y desalojar al deber hasta que éste reclamara inexcusablemente su atención.

El primer día de la segunda borrasca amaneció lluvioso y de color gris muy claro, como si fuera a nevar, pero en San Pedro la nieve no había llegado a cuajar y, en cambio, caía un aguanieve que el viento repartía a rachas irregulares en todas direcciones, a juzgar por los movimientos defensivos de los pocos viandantes que se apresuraban hacia sus destinos. A través de los cristales de la ventana, Carmen los veía caminar y tiritaba en camisón. La sensación de frío, sin embargo, le entraba por los ojos porque la casa estaba caliente; en su alegre confusión había olvidado apagar la calefacción.

Estaba en su dormitorio, junto a la ventana. Volvió la vista atrás y contempló a Teodoro durmiendo plácidamente. «Vaya suerte que tienen estos que trabajan por su cuenta», pensó con una pizca de rencor. De momento sus preocupaciones eran dos: una, llegar a tiempo al Juzgado y, dos, hacer salir a Teo sin que lo vieran.

«Está una ya muy mayor para estos escondites, pero en los sitios pequeños se conoce todo el mundo y si la relación no es formal, con vistas al matrimonio al menos en apariencia, una se coge una fama que ya no se la despega en la vida», pensó mientras se dirigía al baño; se dijo que tendría que despertar a Teo para darle instrucciones, aunque bueno era él para esas cosas y bien que sabía disimular, seguía pensando, porque hay que ver cómo se tenía de escondido lo que yo le gustaba. «Si no se le llega a escapar el otro día, no me entero —pensó—. O a lo peor es que ya no me entero, todo el día encerrada en el Juzgado. Los hombres tirándome los tejos y yo en la inopia».

Se cepilló los dientes vigorosamente y se metió bajo la ducha.

«Tendré que hablar con Mar a ver qué le parece a ella, si yo estoy muy desconectada o es que Teo es una ostra», pensó.

Mientras se secaba, el cuerpo le devolvió sensaciones muy gratas.

«Este Teo... —se dijo—. Quién iba a imaginar lo animado que resulta este mozo en la cama».

Al comienzo de la tercera borrasca consecutiva, estando Mariana de Marco de guardia en el Juzgado, el capitán López salió acompañado por un agente a arrestar a Rafael Castro, que se encontraba en su casa y no opuso resistencia; lo llevó primero al cuartelillo, donde quedó a la espera de que la Juez le llamara a prestar declaración. En verdad que habían tenido un golpe de suerte porque una información adicional resultó decisiva para llevar a cabo el arresto.

—Lo tenemos todo y no tenemos nada concluyente —había constatado la Juez apenas unas horas antes. Estaban en su despacho del Juzgado el capitán y ella y no quedaba en el edificio más que el personal de guardia. Caía la noche. Sentados ambos a uno y otro lado de la mesa, tenían ante sí sendos vasos de plástico que contenían un café sin pretensiones—. No puedo basarme en conjeturas y lo cierto es que no hay modo de probar que asesinó al viejo Castro. Es más, bien podría ser que, en efecto, se tratase de un suicidio o de un accidente y la ocasión le cayera del cielo. Pero no —continuó diciendo al capitán López, que la escuchaba en silencio—. Yo creo que lo asesinó. Un tipo así no pierde el tiempo fingiendo y esperando más allá de lo que considera prudente. Lo extraordinario es el dominio de sí mismo y la capacidad de urdir un plan tan sencillo y tan sofisticado a la vez. Evidentemente es un personaje fuera de lo común.

—Muy inteligente —apostilló el capitán.

—Sí, eso es lo peor. Es como cuando pensamos que la cultura y la inteligencia nos han de hacer por fuerza más humanos y, sin embargo, hombres sumamente inteligentes y sociedades cultas y civilizadas cometen toda clase de crímenes, de genocidios... —hizo una pausa y continuó—. Sí,

es muy inteligente y yo me preguntaba el otro día por los confines de la maldad y cuando pienso que posiblemente estén lindando con los de la inteligencia, me estremezco.

—Eso es una tontería —dijo el capitán. Mariana sonrió amargamente.

—Ojalá lo fuera. Me gustaría ver las cosas como las ve usted, capitán, creo que sufriría menos.

—No sé qué decirle. Yo creo que el sufrimiento está hecho de otra pasta y que el que a usted le afecta tiene más que ver con el alma.

Mariana rió.

—Con darle las vueltas a las cosas. Es lo que ha querido decir, ¿verdad?

—Hombre, no es tan simple —farfulló el capitán.

—Tiene razón, pero el pensar siempre es complicado, para lo bueno y para lo malo. Yo no puedo dejar de pensar como no puedo dejar de mirar hacia lo que me llama la atención, por duro o escabroso que sea. Y cuando miro y no aparto los ojos no puedo dejar de pensar.

—La conciencia —dijo el capitán.

—La conciencia —confirmó rotundamente Mariana—. ¿Sabe?, la gente es conformista, quiere ser conformista e insignificante; supongo que por eso decía Warhol lo de que todo el mundo quiere sus quince minutos de gloria: claro que sí, pero para conformarse siempre. La conciencia debería ayudar a tomarse la vida con mejor intención —hablaba en voz alta, pero para sí misma—; mucha gente inteligente, consciente y sociable desprecia la rebelión. *El servidor se convierte en la verdad del amo*. Quizá tengan razón y quizá mi conciencia sea cosa del pasado y yo no sepa entender qué es lo que está cambiando ni si está cambiando para bien o para mal. Lo cual me preocupa porque los cambios te sobrepasan siempre y a mí, en general, me fastidia no saber adónde vamos. En fin, bonito dilema para alguien que además tampoco se entiende a sí misma —concluyó con un tono extrañamente amargo.

—Yo creo que es bueno que las cosas estén en orden —dijo el capitán, un tanto desconcertado de todos modos.

—Lo sé. Por eso la gente cree en el Mal, porque se necesita un culpable, pero un culpable absoluto, total y absoluto —concluyó Mariana y dedicó una

sonrisa de comprensión y agradecimiento al capitán—. En fin, estoy desvariando y, efectivamente, dándole vueltas a la cabeza, ¿verdad? Y además las mujeres no somos muy dadas a filosofar, por lo visto no se nos da muy bien el pensamiento abstracto, así que no sé por qué le doy la lata a usted.

—Usted es muy inteligente —había una mezcla de convencimiento y afecto en la expresión del capitán López.

—Gracias —respondió la Juez y no pudo decir nada más porque sus ojos quedaron fijos en la hoja que en esos momentos estaba saliendo por el fax. Cuando acabó de salir la tomó entre sus manos, volvió a leerla y al fin levantó los ojos hacia el capitán. Estaba ciertamente excitada, aunque trataba de reprimirlo. Luego el fax volvió a ponerse en marcha y ella fue retirando las hojas que llegaban. Las ordenó, se las pasó al capitán y se arrellanó en el sillón mientras el otro las revisaba. Mariana se dio cuenta de que llevaba toda la noche sentada sin apoyar la espalda en el sillón; quizá llevaba varios días en esa postura y sólo ahora, al sentir el descanso de la espalda, se apercibía de ello. Esperó tranquilamente a que el capitán López terminara de leer. Sobre la excitación mandaba ahora la calma.

—Todo de golpe. Voy a dictar la orden de arresto —dijo la Juez; y tendiendo la hoja de papel al capitán salió en busca de la funcionaria que estaba de guardia.

La nieve había dejado de caer, pero la Juez de Marco seguía sintiéndose en su despacho como sitiada por los elementos exteriores: la nieve barrosa del suelo, la luz débil y blanquecina, los grises cortantes, el color helado de la calle. Los veía por la ventana, recostada en la pared junto al marco, con el dorso de los dedos de una mano sintiendo el frío del cristal, pensando con tristeza en la hostilidad del día. Después sonaron un par de golpes secos y convenidos y ella dijo: «¡Adelante!». La puerta se abrió y en el umbral se recortó la figura de Rafael Castro, a quien iba a tomar la primera declaración. Estaba tranquilo y vestía de sport. El despacho se encogió en el cuerpo de Mariana, pero ella acudió a su mesa y se sentó ante ella. Tras Rafael entraron el Secretario del Juzgado, la funcionaria que debía transcribir la declaración y el Letrado y todos ocuparon su lugar, el detenido frente a la Juez. Rafael Castro miraba a la Juez sin reparo y con calma, pero consciente de que se disponía a abordar un asunto de importancia. Le habían retirado las esposas y su actitud de entereza y hasta una pizca displicente dejaba traslucir, sin embargo, un mayor interés del que probablemente deseaba mostrar. Una vez resueltos los trámites de rigor, el interrogatorio siguió el curso obligado durante casi tres cuartos de hora en los cuales se limitó a responder preferentemente con respuestas cortas y contundentes. Todo cuanto se refería a su persona lo admitió, pero no así la responsabilidad por la muerte del viejo Castro. La Juez no consiguió arrancarle confesión alguna ni incurrió en contradicciones. Al cabo de ese tiempo sin mayor progreso, la Juez dio por concluido este interrogatorio, avisó al Secretario y al Letrado de que, por el momento, podían abandonar el despacho y luego llamó al agente encargado de la custodia y le indicó que la esperasen en el calabozo, donde quería hablar

a solas con el detenido.

Muy pronto bajó al despacho de calabozos, una salita contigua a ellos que se usaba para tomar declaración en ocasiones y se enfrentó al detenido en silencio. Mariana prolongó deliberadamente el silencio, quizá por táctica, quizá por indecisión. En todo caso, cruzó los brazos y esperó. El detenido mantuvo el silencio, impertérrito hasta que poco a poco se fue dibujando una mueca de curiosidad en su rostro.

—Señor Mejía, deseo aclarar algunos puntos, pero considérelolo una conversación y no un interrogatorio. Como verá, estamos solos.

—Usted es Juez y testigo —dijo el detenido sin inmutarse.

—Soy una presencia interesada, no un testigo —replicó la Juez.

—¿Puedo fumar?

La Juez asintió. Fernando Mejía hizo un gesto señalando el bolsillo de su camisa.

—Fuma demasiado —dijo la Juez mientras extraía el paquete del bolsillo y le colocaba un cigarrillo en la boca.

—El mechero está en mi bolsillo —dijo él.

El detenido adelantó la cadera para que ella buscara en el bolsillo del pantalón. La Juez dudó un segundo, se acercó a él, metió la mano adentro, tanteó sin bajar la mirada que tenía fija en sus ojos, extrajo un mechero, lo encendió, lo aplicó a la punta del cigarrillo y lo depositó de nuevo en el bolsillo del detenido. Su mano temblaba ligeramente, pero sólo entonces, con medida calma, llamó al agente para que lo liberase de las esposas.

—Gracias —dijo el detenido aspirando una bocanada—. Si su Señoría me permite decirlo así, hubiera preferido una conversación privada que quizá —añadió alargando deliberadamente sus palabras— fuera más provechosa para usted y para su investigación.

—Ésta no es ni tiene la intención de ser una conversación privada, señor... —la Juez titubeó.

—Mejía —dijo el detenido saliendo al paso del titubeo con el mayor aplomo.

—Señor Mejía —corroboró la Juez—. Ésta no es una conversación privada, como acabo de decirle, sino un interrogatorio sin testigos por si

usted desea, a tenor de ello, ampliar o ajustar sus declaraciones anteriores contestando a las preguntas que le voy a hacer a continuación.

—Adelante, por favor —dijo el detenido.

—Usted ha reconocido en el interrogatorio que su verdadero nombre es Fernando Mejía de Diego.

—Así es.

—Nacido en Bruselas de padres españoles hace...

—Cuarenta y cuatro años —había una provocadora coquetería en la respuesta del detenido que la Juez percibió.

—Su padre era diplomático y su madre se dedicaba al hogar.

—Mi madre era señora y heredera. No tenía otra ocupación.

—No parece, y al hacerle este comentario permítame recordarle que éste no es un interrogatorio oficial, no parece que muestre ningún afecto hacia sus padres.

—Ninguno, en efecto. Yo soy el hijo descarriado de una familia muy poseída de sí misma. Todos ellos: mis padres, mis hermanos y hermanas, cuñados, nietos y demás familia ni siquiera ruegan una oración por mi alma —respondió con descaro.

La Juez reprimió un gesto que bien hubiera podido ser una amarga sonrisa.

—¿Por qué cambió usted de nombre?

—Ah, pues fue una pura casualidad. Conocí a un tipo que se llamaba Rafael Castro y me gustó el nombre.

—Tanto que lo suplantó —comentó mordaz la Juez.

—Eso no voy a negarlo. Lo suplanté.

—Dígame, señor Mejía, ¿qué ha sido del auténtico Rafael Castro?

—Ya se lo he dicho antes: no lo sé. Desapareció.

—Y usted se presentó aquí en busca del tío de Rafael. Según ha declarado lo conocía a través de Rafael y decidió hacerse pasar por él. ¿Se da cuenta de lo difícil que es sostener esa versión de los hechos?

—Por supuesto. No es culpa mía que sea tan inverosímil, pero así sucedió.

—¿No pensó que cualquier día podría presentarse el verdadero Rafael?

—¿En casa de su tío? No. No se atrevía.

—Oh ¿sí? ¿Y cómo es que le recibió a usted, pensando que era su sobrino, con los brazos abiertos?

—Rafael carecía de mano izquierda. Yo no.

—Pero Rafael le escribió.

—Yo me limitaba a hacerle sugerencias en cada caso —su mirada era retadoramente tranquila—, como amigo, se entiende.

—Hay una carta, hallada en la que fue la antigua casa del señor Castro, en la que existen indicios de una correspondencia anterior.

Fernando Mejía sonrió ampliamente.

—Esa carta es de mi puño y letra, como podrá comprobar su Señoría fácilmente. Se me debió traspapelar. Un descuido, quizá.

—Hubo cartas anteriores. No lo digo sólo por lógica deducción sino porque en la oficina de Correos podrán corroborarlo.

—Por supuesto —volvió a contestar con el mayor aplomo el detenido.

—Y la última ¿fue su pasaporte, digámoslo así, para llegar a él?

—En efecto. Ésa es la que hay, ¿no?

—Ya veremos —dijo la Juez—. Lo que ahora me importa es saber por qué usted se viene para acá, acepta un trabajo humillante para ser quien es y soporta a alguien a quien, con toda seguridad, detesta.

—He pisado lugares más inmundos que la triste casa de ese viejo avaro, se lo puedo asegurar. La vida de los descarriados de buena familia está llena de altibajos y con frecuencia descendemos al centro mismo del infierno, aunque —añadió con un gesto pícaro— siempre volvemos a la superficie trayendo algo en los bolsillos.

—Y se instaló a esperar. ¿Qué esperaba?

—Desde luego, no lo que obtuve. Me conformaba, sabiendo que era un avaro, con encontrar el escondite del dinero y desaparecer. ¡Buen sofoco se hubiera llevado! ¿Se lo imagina, Señoría? —Mariana de Marco empezaba a sentirse incómoda por la frecuencia con que aprovechaba la ocasión para tratarla de Señoría.

—Señor Mejía: usted sabe que la usurpación de personalidad es un delito, como lo es el de falsificación de documentos. Y usted debe saber también

que todo cuanto ha obtenido le va a ser confiscado.

—Hay que saber perder —comentó con afectada resignación.

—Va usted a ser acusado de delitos muy graves —siguió diciendo la Juez.

—Permítame que la contradiga, Señoría. Yo no he tenido nada que ver con la muerte del viejo Castro, que se produjo por casualidad, por más que la casualidad fuera conveniente para mí. Si lo que me quiere decir es que iré a la cárcel, le contestaré que no será la primera vez, pero también que nunca he estado en ella por delitos de sangre. Encontrará mi rastro de delincuente blanco en el extranjero, si no lo ha encontrado ya —dijo con una mueca de astucia.

La Juez de Marco se pasó la mano por la frente. Esa mañana no se encontraba bien, no era un buen día, apenas había dormido y le pesaba la cabeza. De pronto, como si hubiera desatado el nudo de un conflicto interno, se percató de que el agente no se hallaba a suficiente distancia de ambos y le ordenó que los dejara a solas. El agente obedeció y se retiró.

—¿No le da miedo quedarse a solas con un presunto asesino? —preguntó el acusado con sorna.

—Bien, señor Mejía, vamos a hablar claro antes de que retome el interrogatorio.

El detenido la miró con simpatía.

—Has hecho bien, querida, el agente era una molestia, aunque entiendo que quisieras cubrirte porque, naturalmente, los rumores corren y...

—No me apee el tratamiento, señor Mejía. Sólo pretendo disponer de la libertad que necesito para decirle lo que quiero decirle. Eso es todo.

—¿Ni aunque los divulgue yo mismo?

—Podrá hacer lo que quiera cuando yo termine, señor Mejía, porque, como se puede imaginar, yo voy a abstenerme, pero le aseguro que quien instruya el caso dispondrá de todos los elementos para juzgarlo debidamente. Yo se los voy a facilitar de manera cumplida y le aseguro que con lo que tengo en las manos su condena es inevitable y será muy, muy larga.

—Oh, lo entiendo, Señoría. Yo haría lo mismo en su caso. De todas formas, los rumores, incluso fuera de este caso...

—Señor Mejía, me parece que no se da usted cuenta de que se enfrenta a dos asesinatos con todos los agravantes.

—¿Asesinatos? Por Dios, Señoría, usted no puede probar eso.

—Yo no. Lo probará el fiscal. Y le condenará mi colega cuando llegue el momento.

—Habla usted de un modo tan vengativo...

—Hablo como Juez y como persona horrorizada de comprobar el cinismo de un criminal como usted.

—Presunto criminal, señoría.

—¿No siente nada?

—¿Qué puedo sentir?

—Yo siento en usted la maldad, señor Mejía.

—Oh, eso. Bien. Cada cual tiene su carácter.

—¡No es un carácter, señor, es una aberración!

—¿No lo entiende usted, verdad?

—No. Jamás he tratado antes a nadie como usted.

—Eso ya lo noté el mismo día en que nos conocimos en casa de su amiga.

Yo quise traerla en coche hasta Villamayor, ¿recuerda?

Mariana de Marco le miraba fijamente.

—Luego... nos seguimos viendo —dijo el detenido lacónicamente.

—¿Está tratando de provocarme?

—¿Quién, yo?, ¿a su Señoría? No, en absoluto. Sólo estaba recordando tiempos felices.

—No lo conseguirá, señor Mejía, yo...

—Rafael —insinuó él, suavemente.

—Señor Mejía, no se equivoque conmigo. Yo no trato de entenderle a usted, lo que me pregunto es qué mecanismo hay dentro del ser humano que puede conducirlo al grado de impiedad y depravación al que usted ha llegado, eso es todo.

—¿Todo? —dijo el detenido como si pretendiera ganar tiempo.

—O quizá no —añadió la Juez—, quizá existan otros límites aún más allá de aquellos a los que usted ha llegado.

—Es duro ser tratado así —dijo de pronto, cambiando el tono, el

detenido.

Mariana rió con una carcajada que golpeó las paredes del despacho.

—¿Sufre usted? —dijo, irguiéndose aún más de lo que ya estaba, con un sarcasmo que chirrió.

—El corazón tiene razones que la razón no comprende —dijo el detenido con una bien medida mansedumbre.

—Olvidaba que no es usted un inculto... como los pobres Castro.

—Déjelos en paz.

—En sus tumbas —dijo rápidamente la Juez.

—El viejo en su tumba... —un gesto malicioso se pintó sobre el de mansedumbre— y el joven por ahí, por esos mundos, quién sabe dónde — terminó de decir con un velado tono de astucia triunfante—. ¿Eso era lo que quería oír su Señoría? Ya veo que no —añadió mimando una contrariedad.

—Eres un perfecto hijo de puta, sin fisuras —dijo Mariana.

—Caramba —comentó el detenido—, menos mal que has echado al agente. Siempre fuiste muy astuta, querida, siempre has escondido un as en la manga —se quedó expectante, haciendo valer la pausa—, pero siempre has jugado a juegos de salón, niña bonita, y yo en los mejores casinos y en los peores antros, ¿comprendes? Nunca me condenarán por lo que tú querrías verme condenado. Nunca —ahora hablaba con una firmeza contundente—. Yo no he matado, sólo he robado.

—Perderás tu fortuna también —dijo ella tranquilamente.

—Aparte de la casa, el coche, los muebles y el reloj, dudo mucho que encuentres nada más.

—Vaya, así que además eres experto en ingeniería financiera.

—No, en ingeniería financiera no, en transporte financiero que es más sencillo. Querida: son unos años a lo sumo, que pueden reducirse y quedarse en... bah, para qué especular —de pronto, se inclinó hacia ella y en esa mirada, que nunca había visto ella, reconoció la mirada del Mal de la que hablaba Carmen e, involuntariamente, se echó hacia atrás con la manos cruzadas por delante como un reflejo de protección—. De todas formas me la has jugado, lo reconozco, mira lo que te debo —juntó las muñecas simbólicamente— y te juro que no lo voy a olvidar... —aquí se detuvo y la

malignidad se convirtió en complacencia— como no me olvido de otras cosas... —dijo demorando con intención sus palabras.

—Bien, señor Mejía, dentro de un momento voy a pedir al oficial que le lleve de nuevo a mi despacho para proseguir el interrogatorio. He tratado de tener con usted una conversación más relajada para hacerlo más llevadero, pero me temo que usted no ha querido colaborar. También aprecio una actitud de suficiencia y creo que le perjudica, no conmigo, que, como le dije, me voy a abstener del caso, sino con quien lo continúe. Es curioso observar que usted carece del sentimiento de arrepentimiento como carece de moral. Realmente, me cuesta creer que pertenezca usted al género humano, por lo menos al que yo trato o del que tengo noción o con el que comparto algo. Cuando terminemos me despediré y espero tener el placer de no volver a verlo nunca más. Todos cometemos errores, señor Mejía, pero lo que importa no son los errores sino los motivos —Mariana de Marco se levantó, hizo una señal al detenido para que continuara en su lugar, se dirigió a la puerta y allí impartió las órdenes oportunas. Luego se apartó y se dirigió a los servicios mientras el personal implicado entraba en el despacho dispuesto a continuar el interrogatorio. Mariana se dirigió al baño, cerró la puerta con pestillo, avanzó dos pasos y de golpe se apoyó en la pared de azulejos con la cabeza alta, el cuello tenso y los puños cerrados. Y de pronto empezó a llorar, poco a poco, suavemente primero, fluidamente después y, por fin, torrencialmente, restregándose la cara con las manos hasta que pudo sentir que estaba hecha un adefesio. Entonces paró, el corazón golpeaba fuerte y lo fue calmando y fue recuperando la respiración. Cuando reunió fuerzas, se acercó al lavabo; no quiso mirarse la cara sino que se lavó concienzudamente y sólo entonces se enfrentó al espejo: tendría que reconstruirse entera para que nadie lo notase, pero no le importó y empezó por secarse. En el servicio hacía tanto frío como en su corazón porque nadie se había ocupado de que la calefacción llegase a los baños.

La Juez de Marco paseaba ante el edificio del Juzgado acompañada por el capitán López. El día estaba frío, aunque ya no quedaba rastro de nieve. Ambos paseaban arriba y abajo por delante de la fachada, ella sujetando con una mano enguantada las solapas vueltas de su abrigo protegiéndose la cara y él con una cazadora sobre el uniforme. Era la hora del almuerzo y la borrasca se alejaba hacia el Mediterráneo.

Estaban hablando acerca del caso de Fernando Mejía —aún les costaba llamarlo así— y ninguno de los dos se hallaba satisfecho con la situación. La Juez, una vez terminados los trámites a los que la obligaba el turno de guardia que hizo que el asunto entrara en el Juzgado, había formalizado su abstención. El capitán López lo lamentaba.

—Porque el caso no entró por turno a su Juzgado sino que fue usted quien descubrió lo que estaba pasando.

—Es increíble lo que puede hacer una intuición. Llegué a pensar que me había dado un ataque de locura. Y no quise perder un minuto porque estoy convencida de que a poco que se hubiera olido algo, habría tomado el portante. Por eso corría prisa detenerlo y, encima, estaba de guardia. Lo que es evidente es que yo no podía ni instruir el sumario ni reabrir el caso. Lo harán bien, no se preocupe.

—Usted sabe que no va a ser fácil imputarle el crimen.

—Los crímenes, capitán. Yo creo que mató también al verdadero Rafael Castro, pero eso va a costar aún más probarlo, en efecto. Entre otras cosas porque no hay cuerpo del delito.

—Por ahora —dijo el capitán López.

—Por ahora... y quién sabe por cuánto tiempo, si es que se descubre.

Mire, un personaje que organiza algo tan bien, porque eso hay que reconocerlo, tan bien como lo ha organizado él, es difícil que no se haya deshecho del cuerpo de una manera eficiente. Si se fija bien, no hay apenas pruebas, lo vamos a inculpar por los pelos y por delitos menores: usurpación de personalidad, estafa... No hay mucho más.

—Estará el dinero.

—No. Me temo que no estará. Es decir: sí está, pero ¿dónde?

—Hoy en día podemos seguir la pista del dinero con relativa facilidad —dijo el capitán López—. Si hay voluntad —añadió entre dientes, confiando en que ella lo oyera. La Juez lo oyó.

—En este caso la hay —dijo ella a su vez, con una media sonrisa de complicidad—, pero no lo encontraremos. Y no lo encontraremos porque podemos seguir su pista hasta que llega a sus manos, es decir, hasta que transforma casi toda la herencia en dinero y, literalmente, se lo lleva en una maleta, o en varias maletas en varios viajes. Podemos hacer suposiciones y nada más. Aquí sólo tenía una parte, que es la confiscada, pero yo creo que él ya contaba con eso si le descubrían y estaba dispuesto a dejar un trocito del botín por salvar la mayor parte. Eso es también una habilidad. Es un hombre muy inteligente, de una inteligencia diabólica y no es una metáfora esto que digo.

—¿Usted cree en el Diablo? —el capitán ensayó una sonrisa bajo el frío.

—No, pero creo en lo diabólico. Mi antigua Secretaria de Juzgado decía que este hombre era la encarnación del Mal. ¿Usted cree en el Mal?

El capitán, como sospechando una trampa, titubeó.

—Yo creo que el hombre es naturalmente bueno y que se pierde bastante a menudo.

—Naturalmente, no. Eso no puede decirse después de Darwin. El hombre evoluciona, eso es todo. ¿Y si la especie humana está evolucionando hacia el Mal?

—Eso es imposible —dijo el capitán con todo convencimiento.

—Depende de la forma que adopte el Mal. No me refiero a sangre y crimen, aunque este siglo se ha empapado bien de sangre; también la estupidez es... ¿No le parece un auténtico mal?

—Yo no creo que la gente sea mala. Hay casos, pero la gente no es mala.

—Me gustaría tener su fe, capitán, lo digo en serio.

—No es fe, es evidencia. Hay maldad, sí; hay verdaderos criminales; pero la gente no es mala gente; es la vida la que hace mucho daño cuando se tuerce.

—Que es casi siempre —completó la Juez—. Yo no hablaba de eso, del destino, sino de la esencia del Mal. Yo quisiera saber dónde está, qué es lo que provoca la existencia de monstruos como éste, un hombre sumamente inteligente, culto, de buena crianza, que actúa con la precisión de una máquina y con la misma falta de sentimientos. Es como si hubiera sufrido una amputación en alguna parte del cerebro, la que domina las emociones. Mejía es una máquina, sí, una máquina de amoralidad y, al mismo tiempo, es sociable, afectuoso si se lo propone; no es sentimental, pero tampoco practica el odio, qué curioso, ¿verdad?; es de una sangre distinta: ahí reside su poder de atracción.

—¿Atracción? —interrumpió el capitán escandalizado—. ¿Qué atracción?

—Me pregunto si no será el avance de una nueva forma de vida y de una nueva moral, si es que a eso se le pudiera llamar moral.

El capitán López se había detenido obligando con ello a Mariana. Él la miraba asombrado, como si estuviera descubriendo un aspecto oculto que saliera de pronto a la luz. Sin embargo, no había extrañeza o reproche en su mirada sino inquietud. Era evidente que las palabras de la Juez le habían impresionado.

—Creo que le estoy preocupando sin motivo —dijo la Juez al ver su gesto.

—No. Es que yo... nunca he pensado en algo parecido... Eso da miedo, ¿no? —añadió cambiando el tono.

—Mucho miedo.

En aquel momento un coche frenó bruscamente al otro lado de la calle y Mariana vio surgir por la ventanilla la mano de Carmen agitándose.

—¿La reconoce? —preguntó Mariana al capitán.

—¡Cómo no la voy a reconocer! —dijo el capitán cruzando la calle junto

a la Juez para saludar a la Secretaria del Juzgado de San Pedro del Mar. Los tres habían resuelto un caso de asesinato que salió en la prensa y armó mucho ruido dos años antes y desde entonces tenía mucho aprecio a la mujer.

Habían elegido un restaurante junto al mar, sobre la playa, y los cristales estaban empañados de modo que sólo alcanzaban a ver la mar fuerte y la playa solitaria y llena de charcos extendidos de manera borrosa. Estaban ante una fuente de arroz blanco cocinado con verduras y almejas y comían con apetito, pero sin dejar de hablar.

—¿Así que fue la carta la que te puso sobre la pista? —dijo Carmen.

—No, no exactamente —respondió Mariana—. La carta fue en realidad el primer signo de inquietud, o de rareza, no sé cómo explicarlo: de que había algo extraño, la única disonancia en algo que a mí me parecía completamente normal. Hay ocasiones en la vida en que algo o alguien te atrae tanto que no le ves defectos y, si se los ves, ni te fijas en ellos, no les das importancia, ¿sabes, no? —Carmen asintió—. Entonces, si un dato, una cosa, lo que sea, te llama la atención, te empiezas a preguntar por qué; te empiezas a preguntar quién ha tirado una piedra al estanque inmóvil y ha formado ondas. Pues algo así me sucedió con la carta. ¿Por qué había sólo una carta y, además, estaba olvidada en casa de ese Tomás Pardos, que, por cierto, me ha caído lo suyo encima como una losa?

Carmen hizo un gesto de fatalidad.

—Cuando le pregunté, me dijo que las cartas las había destruido y que ésa debió de quedar allí por un olvido o un descuido. ¿Descuidada cuando se tomó el trabajo de destruir las otras? ¿Descuidada entre papeles inútiles? Así que no pude evitar preguntarme por qué se había deshecho de todas menos de ésa. ¿Qué había en ella?

—Y ¿qué había? —preguntó Carmen expectante.

—Lo más obvio: su escritura.

El rostro de Carmen reflejó desilusión.

—*Su* escritura —subrayó Mariana. Carmen seguía sin entender—. Bien, luego seguimos con la carta. Lo que en realidad me hizo caer del guindo fue un comentario de una de esas amigas tontas y ricas que tiene Sonsoles y que no dan un palo al agua.

Carmen volvió a expresar suma atención.

—Había algo que no cuadraba en la persona de Rafael Castro, y te lo digo por experiencia —las dos se sonrieron, como si esta referencia hubiera obrado a la manera de un exorcismo; y realmente así fue entre las dos—, y ese algo eran su educación, sus modales... Yo lo atribuía a una educación francesa porque lo cierto es que la familia que acogió a Rafael cuando quedó huérfano era una familia normal, discreta, clase media baja, pero con hijos liceanos, incluido Rafael y, finalmente, la educación francesa media tiene un tipo de cortesía que procede de una civilidad y una cultura bien cuidadas, el Lycée forma estupendamente, la derecha es civilizada y no como esta que ha ganado las elecciones aquí... En fin, tampoco era para extrañarse que un tipo procedente de una familia de gañanes —porque el viejo era un gañán por mucho dinero que hubiera hecho— tuviera esa buena educación dadas las circunstancias, aunque resultaba llamativo; y también resultaba llamativo que un tipo con esa educación quedara reducido a tal estado de desamparo al ponerse a vivir y trabajar al lado de un zopenco como su tío. Te he de decir que, según él —ahora me refiero a Mejía— contaba, no era tanto la estrechez como la nostalgia de una tierra desconocida, pero mítica para aquel niño, lo que empujaba a Rafael Castro.

—Al verdadero Rafael Castro —precisó Carmen.

—Al verdadero Rafael Castro o a la invención del otro, no lo sé —confirmó Mariana—. A este otro le daba todo igual excepto el dinero que le aguardaba si todo salía según sus planes.

—Que salió —volvió a precisar Carmen, que no probaba bocado prendida del relato de su amiga.

—Mi conjetura es que cuando el viejo dio a entender a su sobrino que estaba dispuesto a recibirle, Mejía lo mató y lo suplantó. Eso explica lo de las cartas.

—No lo entiendo —dijo Carmen.

—La última carta, la que conocemos, la escribió Mejía, no Rafael, que supongo que ya estaba muerto. Date cuenta de que Rafael era más bien solitario, no se había integrado socialmente, era un tipo aparte al que se aproximó Mejía, que ése sí que estaba a la cuarta pregunta. No le debió resultar difícil a Mejía justificar que su amigo Rafael, ese tipo raro y huidizo, se había ido fuera por un tiempo. A su vez, el viejo Castro no era un perito calígrafo y no creo que prestase atención al cambio de letras o quizá es que no eran tan distintas. Tanto da. El caso es que Mejía escribe la última carta y la convierte en su salvoconducto. Es la que le identifica como Rafael, incluso caligráficamente, siempre y cuando encuentre las otras, las del verdadero Rafael, y las destruya. Pero ¿cómo va a justificar, si un día cunden sospechas o el azar le juega una mala pasada, que se guarda una sola carta? El cartero... en Correos... Hay constancia de que hubo correspondencia entre tío y sobrino. Entonces tiene una idea genial: la *olvida* junto con un montón de papeles inútiles en la casa que ha vendido a ese Tomás Pardos, pero encareciéndole que los guarde porque ya los reclamará un día. Una vez hecho esto, ¿qué importa que las demás no aparecieran?: fueron destruidas. Como Tomás es un cuidadoso, como buen comerciante, para esto de los papeles y los archivos, la carta está segura y, eso lo aseguro yo, hubiera aparecido (la única que quedaba, vaya golpe de suerte, etcétera), de ser necesaria para confirmar la identidad del falso Rafael Castro. Como por casualidad, ¿comprendes?

Carmen la observaba con la boca abierta y en su cara se dibujaba el colmo de la admiración.

—Pero yo no había llegado aún a esas conclusiones ni hubiera llegado nunca de no haber sido por el parloteo de aquella sinsustancia.

Mariana miró alternativamente su plato, el de su amiga y la bandeja de arroz y dijo:

—¿Qué tal si comemos un poco antes de que se nos quede frío? Cada cosa a su tiempo. Esta exquisitez sólo nos entretiene ahora y, en cambio, lo que te cuento te lo puedo seguir contando en cualquier momento.

—Tienes razón —dijo Carmen obedientemente.

—En todos nosotros, en cada uno a su manera, hay cosas que se tienen desde la cuna y te acompañan de por vida. En el caso de la gente de buena familia son los modales los que quedan impresos; aunque un vástago se convierta en un bala perdida, siempre sabe saludar a una señora, ¿me entiendes? Y entonces, al escuchar a aquella sinsorga, me cruzó por la cabeza una idea absurda, yo lo comprendo. No había nada que me empujase a relacionar esa afirmación con Rafael Castro salvo, quizá, que tu insistencia hubiera dejado dentro de mí una última actitud de recelo respecto a él. Tú sabes que no lo concebía como un asesino porque era un verdadero disparate a tenor de lo que yo veía en él, yo y todo el mundo menos tú, que tampoco tenías indicios racionales; pero se ve que yo llevaba dentro un botón de alerta porque la señal saltó: el comportamiento y las maneras de Rafael Castro, cuya procedencia nada tenía que ver con su estilo por mucho que se hubiera arrimado a una cierta buena sociedad, no podían ser naturales *salvo que no fuera Rafael Castro*.

—Eso sí que está traído por los pelos —dijo Carmen.

—Más inconcluyentes eran tus intuiciones, me parece a mí —dijo Mariana—. En fin, el caso es que la idea me dejó anonadada y empecé a atar cabos, a juntar los pequeños detalles que no encajaban, detalles a lo que no das más importancia cuando los percibes, que los clasificas como rareza y punto. Pero estaba la carta solitaria, estaba una manera de ser que de repente me saltaba a la vista de un modo escandaloso, estaba un cigarrillo que no se enciende cuando debería encenderse... cosas así, a la espera de un significativo que las reúna porque, sueltas, no dicen nada... excepto a fantasiosas como tú.

—Estabas tú... —aventuró Carmen.

—Sí —Mariana calló por unos segundos; después siguió hablando—. En realidad era la distancia entre Vanessa y yo lo que, viendo cómo me trataba a mí, me convenció del sentido de su relación con Vanessa. Sólo era posible si buscaba una ventaja de orden material y ahí se empezaba a dibujar la figura del calavera hijo de buena familia. El buscavidas la seducía a ella, el niño bien se dedicaba a mí. Pero vamos a dejarlo, porque es mucho más complejo y no tengo ganas de ponerme a analizar esa situación. Apenas tuve la revelación tuve también la seguridad y llamé al capitán López, ya sabes.

Carmen asintió con la cabeza.

—Nos pusimos en contacto con la policía francesa, empezamos el rastreo y no sé cómo explicarte lo que sentí cuando vi aparecer por el fax la ficha completa de Fernando Mejía, sus datos biográficos, sus antecedentes y documentación relativa a Rafael Castro, ambos en paradero desconocido, según la policía francesa.

—¿Estaba fichado?

—Ése es el rastro que ni pudo ni puede borrar.

—Pero... —Carmen dudó— ¿de verdad creía que podría mantener siempre la impostura?

—¿Siempre? —Mariana rió—. No. La gente como él sólo busca el tiempo suficiente. Convirtió la herencia en dinero y lo sacó... sabe Dios adónde. ¿A Suiza? ¿A un paraíso fiscal? Mucho me temo que el dinero de tu familia habría acabado corriendo la misma suerte, si le hubiese dado tiempo a disfrutarlo.

—¡Por favor, no me digas eso que se me ponen los pelos de punta! —dijo Carmen.

—En todo caso estaba listo para echar a correr en cualquier momento. O, quién sabe, quizá ya no estuviera interesado en Vanessa.

—Pero tú eras un peligro para él.

—Le encantaba el peligro, me temo.

—¿Y tú?

—Yo nada de nada. Tema cerrado.

Carmen se quedó meditando.

—El caso es —dijo Mariana rompiendo el silencio— que actuamos a toda prisa por miedo a que se nos escapara. Pero te diré una cosa: va a ser difícil encausarle por homicidio. Aparte de que uno de ellos, de confirmarse, pertenece a la Justicia Francesa, no hay modo de probar fehacientemente que asesinara al viejo Castro.

—Eso es lo que yo llamo un crimen perfecto, por cierto —dijo Carmen con retintín.

—Un crimen perfecto es aquel que, creado y ejecutado íntegramente por una persona, la deja a salvo. Aquí interviene el azar, como siempre en los crímenes perfectos, sólo que el azar una vez está a favor del asesino y otras en contra.

—¿Tú no crees que tuviera premeditado todo?

—Yo creo que primero quiso ver al viejo Castro y evaluar sus posibilidades de vida natural. Estoy segura de que el descubrimiento de la pérdida de olfato del viejo le tuvo que sugerir el modo de acabar con él si no moría por las buenas. Parece que las pruebas preoperatorias daban un alto índice de salud y quizá entonces empezara a planear y perfeccionar el crimen. Y aquí entra el azar: ¿murió por un descuido? ¿Fue asesinado? ¿Se suicidó tras perder un aliciente tan importante para un hombre de su edad y condiciones como era el olfato y el aprecio por la comida, que era de lo poco que le alegraba el alma, aparte de la avaricia? No hay respuesta, salvo si Mejía se decide a hablar y no lo hará. ¿Quieres saber mi opinión? —Carmen asintió—. Bien, yo pienso que el viejo debía estar escamado y que lo mató antes de que las sospechas se convirtieran en certezas. Lo mismo que creo que antes, cuando obtuvo de la amistad con Rafael Castro toda la información que necesitaba, se deshizo de él. En otras palabras: venía preparado para matar, para volver a matar y el viejo murió: ésa es la conclusión final.

—O sea, que se saldrá con la suya.

—Verás; de momento está a buen recaudo y, entretanto, es posible que la policía francesa dé pasos adelante, dé con el cadáver de Rafael Castro, halle pruebas... quién sabe.

—Pobre Rafael Castro —dijo Carmen apiadada—. El Mal se cruzó en su camino como un gato negro.

—No, Carmen, el Mal no. Un malvado, un desalmado sí, como otros muchos. O más interesante que la mayoría, ya ves, lo que da tener mundo. Tú no viste el Mal en los ojos de Mejía sino el destello de un alma helada. Pero la maldad carece de todo atractivo para gente tan clara como tú.

Carmen la miró perpleja, fue a hablar y, sencillamente, calló al reconocer el brillo de un dolor apagándose en los ojos de su amiga.

Cuando salieron del restaurante lucía el sol. Las dos se miraron sorprendidas. Habían estado tan embebidas en la conversación que no se percataron del cambio. Las nubes se disgregaban bajo jirones de cielo azul y el mar seguía picado, pero la arena de la playa se mostraba serena y seca de un extremo a otro y la cálida luz resaltaba su color dorado.

—Bueno —dijo Carmen—, ya veremos en qué acaba todo esto. La pobre Vanessa está que no sale de casa. ¿Tú estás bien?

—Más o menos, pero bien.

—Entonces no te pregunto nada.

—Mejor, gracias.

—Y que sea lo que Dios quiera.

—Si la vida fuese lo que Dios quisiera yo no me hubiera dedicado a la judicatura, Carmen, tenlo por seguro. ¿Para qué?

—Bueno, no me importa que seas atea. Tiene que haber de todo en esta vida, ¿no?

—Y tú ¿qué tal? —preguntó Mariana.

—Pues ya lo ves —respondió Carmen señalando hacia delante. Por el camino se acercaba caminando despacio a su encuentro, con una feliz sonrisa de reconocimiento dirigida indudablemente a ella, Teodoro.

—¿Teo? —preguntó Mariana entre divertida y escandalizada.

—Ya ves lo que son las cosas —dijo Carmen—. También las almas sencillas tenemos derecho a disfrutar de la vida.

Madrid, 2004

Reconocimientos

En el interior del texto se encuentran, tomados en préstamo, unos versos de García Lorca, una frase de Hegel y un breve párrafo de Hardy en traducción de M. Ortega y Gasset. También quisiera manifestar mi muy especial agradecimiento por sus lecturas previas del original a Mercedes Casanovas, Isabel Lobera y Natalia Rodríguez Salmones.



JOSÉ MARÍA GUELBENZU nació en Madrid en 1944 trabajó en la revista *Cuadernos para el diálogo* además de colaborar en diversos periódicos y en numerosas revistas literarias. Ha sido director editorial de Taurus y Alfaguara y es colaborador habitual de las secciones de Opinión y Libros del diario *El País*. Entre sus obras destacan su novela de debut *El Mercurio* (1967, finalista del Premio Biblioteca Breve), *La noche en casa* (1977), *El río de la luna*, (1981, Premio de la Crítica), *El esperado* (1984), *La mirada* (1987), *La tierra prometida* (1991, Premio Plaza & Janés), *El sentimiento* (1995), *Un peso en el mundo* (1999), *La cabeza del durmiente* (2003) y *Esa pared de hielo* (2005). Bajo la firma J. M. Guelbenzu ha trasladado parte de su mundo literario al género policiaco con las novelas *No acosen al asesino* (2001), *La muerte viene de lejos* (2004) y *El cadáver arrepentido* (2007). Ha ganado el VIII Premio Periodístico sobre Lectura de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, por su artículo «Hubo una vez una novela», publicado en el *Heraldo de Aragón*, el 15 de marzo de 2007. Su última novela es *Un asesinato piadoso* (2008).

Notas

* Se había hecho «Justicia», y el Presidente de los Inmortales, según frase de Esquilo, había ejercido con Tess su siniestro deporte. Y los caballeros y damas de la familia d'Uberville seguían durmiendo en sus tumbas, ajenos al suceso. <<